BELÉN URCELAY

# TE LLEVO BAJO LA PIEL

XII PREMIO VERGARA
VERGARA
NOVELA ROMÁNTICA

# Te llevo bajo la piel

Belén Urcelay

VERGARA

*Esta es para mi hermana Lucía, por toda su fuerza,*
*valentía y belleza. Quizá yo sea la hermana mayor,*
*pero tú eres mi ejemplo a seguir.*

*Y también es para mi sobrina Olivia, porque sé*
*que cuando sea lo bastante mayor para leer esta novela,*
*se habrá convertido en una mujer increíble*
*con los ojos azules más bonitos del mundo.*

*Por último, quiero dedicar esta historia a todas*
*las mujeres valientes y a todos los hombres*
*que nunca dejarían escapar al amor de su vida.*

# La banda sonora de Maggie y Bryson

En el tocadiscos de Maggie:

— *Dream a Little Dream of Me*. Ella Fitzgerald y Louis Armstrong
— *Heartbreak Hotel*. Elvis Presley
— *Beyond the Sea*. Bobby Darin
— *Brown Eyed Handsome Man*. Chuck Berry
— *All I Have To Do is Dream*. The Everly Brothers
— *Rock Around the Clock*. Bill Haley & His Comets
— *I Put a Spell On You*. Screamin'Jay Hawkins
— *Smile*. Nat King Cole
— *Love is Strange*. Mickey & Sylvia
— *I've got You Under My Skin* (versión de Peggy Lee)

En el tocadiscos de Bryson:

— *A Kiss to Build a Dream On*. Louis Armstrong
— *Dream Lover*. Bobby Darin
— *Mannish Boy*. Muddy Waters
— *Jenny, Jenny*. Little Richard
— *Be-Bop-A-Lula*. Gene Vincent & His Blue Caps
— *The Great Pretender*. The Platters
— *That's All Right*. Elvis Presley
— *Whole Lotta Shakin'Goin'On*. Jerry Lee Lewis
— *I Walk the Line*. Johnny Cash
— *I've got You Under My Skin* (versión de Frank Sinatra)

Esta es la banda sonora que acompaña a nuestros protagonistas. Escanea el código con el móvil y escúchala tú también mientras lees su historia.

# Primera parte

Todos somos estrellas, solo tenemos que aprender a brillar.

MARILYN MONROE

*Stars shining bright above you*
*Night breezes seem to whisper «I love you»*
*Birds singing in the sycamore tree*
*Dream a little dream of me*

*Dream a Little Dream of Me*

# 1

*Beverly Hills, mayo de 1957*

A Maggie McEvers no le gustaban demasiado las fiestas o, para ser más exactos, no le gustaban las fiestas como aquella, en las que se veía fagocitada por otras actrices mucho más exitosas y jóvenes, su exmarido rodeaba con el brazo a su nueva novia cuatro mesas más allá y se sentía tan ignorada que hasta le parecía que los camareros tardaban más en servirla a ella que a los otros comensales.

Ni siquiera sabía por qué había acudido. Jonah la había acabado convenciendo, claro, al insistir en que la única manera de relanzar su carrera era dejarse ver deslumbrante en todos los eventos a los que la invitaran y aprovechar para charlar, «incluso flirtear, pequeña», con cualquier gigante del espectáculo un poco achispado que se le cruzara. Maggie sabía que Jonah, su agente y su amigo, estaba cada día más preocupado por ella. Llevaba exactamente doce meses sin hacer una sola película, justo desde que se había divorciado, y no tenía pinta de que las cosas fueran a mejorar pronto, ni en el plano profesional ni en el personal. Estaba esperando los resultados de la última prueba de casting y no albergaba demasiadas esperanzas... Pero que George Cukor la hubiera invitado a una de sus famosas fiestas había insuflado una pequeña llama de optimismo en Maggie, así que, al final, se había forzado a levantarse de la cama, correr al salón de belleza y adquirir a toda prisa un vestido nuevo de Chanel. El señor Cukor la había saludado cariñosamente al entrar en su mansión, llamándola «Querida Maddie», pero no había vuelto a dirigirse a ella.

Los postres se habían servido hacía rato y, aunque la mayoría de los invitados seguían sentados en las mesas redondas cubiertas por manteles blancos y candelabros de plata, otros se habían levantado y deambulaban por el jardín iluminado con antorchas, sosteniendo las

insustanciales conversaciones de siempre y bebiendo champán como si no hubiera un mañana. Uno de los primeros en abandonar la mesa había sido Bryson, por supuesto. A su exmarido siempre le había resultado difícil aguantar quieto en el mismo sitio durante más de una hora y, por otra parte, le encantaba relacionarse con todo el mundo. No podía limitarse a hablar solo con sus compañeros de mesa. Bryson se hacía amigo de los camareros, provocaba las carcajadas de individuos cuyos nombres desconocía, fumaba con los chóferes que esperaban en la fila de coches de la entrada y seducía a cualquier mujer —soltera o casada, joven o madura— con sus absurdas e interminables anécdotas. En aquel momento, el actor se encontraba de pie junto a la piscina, con un cigarro en una mano y un martini en la otra (probablemente el segundo o el tercero de la noche), inmerso en una conversación con el productor Mike Todd. Su exmarido lucía el esmoquin con la misma naturalidad que si llevara unos pantalones vaqueros y una camisa de franela y, mientras hablaba, movía un pie al ritmo de la música. Adoraba bailar y no tardaría en lanzarse en cuanto Juniper se levantara de su mesa y fuera a buscarlo. Elizabeth Taylor se acercó a ellos entonces, saludó con cordialidad a Bryson y se cogió del brazo de quien desde hacía pocos meses era su tercer esposo. Maggie envidió la capacidad de la joven actriz para integrarse en la conversación de los dos hombres aún más de lo que ya envidiaba su impactante belleza. Elizabeth parecía una diosa griega, enfundada en un vestido blanco que destacaba sus ojos color violeta y su cabello negro. Tenía solo veinticinco años y ya había rodado ese mismo número de películas. Maggie, por su parte, cumplía los treinta al día siguiente y solo había actuado en dos obras de teatro y tres películas, la última de las cuales había sido un completo fracaso. Como toda su vida, en general.

Maggie apartó la vista, suspiró y cogió su copa para beber un poco más de champán, pero vio que estaba vacía. Miró alrededor en busca de un camarero para que se la llenara, no había ninguno cerca de su mesa.

—Toma, cielo. No dependas nunca de los hombres.

Una mano enguantada en raso negro dejó sobre la mesa una botella

de Moët & Chandon junto a su ración intacta de tarta helada. Sorprendida, Maggie alzó los ojos hacia la mujer que se la había dado, de pie junto a su silla. No conocía su nombre, pero aquella cara le sonaba. Muy rubia, esbelta, con rasgos aniñados... Le pareció recordarla de alguna comedia musical menor, de esas que exhiben fastuosos números de baile y excesivo despliegue de Tecnicolor, pero escaso argumento.

—Muchas gracias —respondió al fin, cogiendo la botella. Vertió el champán en su copa con tanta rapidez que la espuma se desbordó y mojó el mantel.

—No te preocupes —rio la joven rubia—, eso trae buena suerte. —Y se alejó de la mesa de Maggie contoneándose en su ajustado vestido azul. «Puede que te la traiga a ti», pensó.

Se bebió la copa despacio, mientras trataba de aparentar que no le importaba que los dos únicos comensales que quedaban aún en su mesa solo conversaran entre ellos. Echó un vistazo a su fino reloj de oro y comprobó que faltaban veinte minutos para medianoche. Jonah no había podido acudir a la cena porque tenía otro compromiso en un club de Bel Air, pero le había prometido que intentaría escaparse pronto para tomar una copa con ella. Como siempre, Jonah prometía mucho pero nunca estaba cuando más le necesitaba.

Maggie se levantó al fin, con la copa otra vez llena, y caminó sola por el jardín. Se cruzó con actores y actrices, la mayoría más exitosos que ella; con productores y directores; con compositores de bandas sonoras; con autores teatrales y aspirantes a modelos; con antiguos amantes de Cukor; con cantantes e incluso con algunos políticos. Casi todos la saludaban con un gesto de la cabeza o un amable «hola», pero ninguno se paraba a hablar con ella.

Rodeó la piscina por el lado opuesto al que se encontraba su exmarido, que aún conversaba con Mike, Elizabeth y, ahora, también Juniper. Cerca de ellos, sentados en el borde, con las perneras de los pantalones del esmoquin remangadas y los pies descalzos dentro del agua, Frank Sinatra y David Niven fumaban puros mientras Judy Garland y Katharine Hepburn se quitaban sus zapatos de tacón para poder imitarlos. Parecían estar divirtiéndose, pero desde que Bogart

había muerto, ya hacía casi cuatro meses, el «Rat Pack» ya no era lo mismo. Aquella pandilla, famosa por reunir a algunos de los más alborotadores y juerguistas miembros del *show business*, era la más conocida y, a la vez, la más cerrada del eje Los Ángeles-Las Vegas. Ni siquiera Bryson, que no se quedaba atrás en cuanto a juergas y escándalos, había podido unirse a ellos. Maggie los miró con recelo; no le gustaba ese estilo tan libertino y hedonista, y se sentía incómoda cada vez que hablaba con alguno de ellos. Le daba siempre la impresión de que la trataban con condescendencia, como si fuera una niñita demasiado inocente para jugar a lo que ellos jugaban. A lo que se suponía que debería jugar también... Pero Maggie jamás había entendido por qué dedicarse a la actuación tenía que implicar necesariamente tales cantidades de alcohol, drogas, sexo y desenfreno.

La orquesta empezó a tocar *Dream a Little Dream of Me*. Cantaban a dúo una hermosa mujer de color y un hombre alto de pelo plateado y la combinación de sus voces resultaba tan maravillosa que la mayoría de las parejas empezó a bailar, incluso sobre el césped que rodeaba la piscina. Una de esas parejas eran Bryson y Juniper. Maggie se acomodó junto a una palmera, casi oculta tras sus hojas, y mientras terminaba su segunda copa de champán, estudió a Juniper de la misma forma en que un entomólogo examinaría a un insecto extraño. La novia de Bryson era indiscutiblemente guapa, con su pelo oscuro, sus rasgos sensuales y su piel perfecta y bronceada... Además, Juniper Gale era una de las actrices más populares que había en la fiesta y lo peor era que estaba acostumbrada del todo a ello: llevaba dieciséis años siendo una estrella, desde su debut en el cine a los once.

Sintiendo los primeros efectos del champán y una extraña sensación de distanciamiento, Maggie se preguntó vagamente qué se sentiría teniéndolo todo: fama, belleza, amigos, talento, dinero y, ahora, a Bryson. Apoyó la cabeza contra el tronco de la palmera; las estrellas brillaban muy arriba y la leve brisa del sur de California jugaba con los finos mechones rubios que se escapaban del recogido de Maggie. Sí, aunque ella se sintiera tan vacía, hacía una noche preciosa.

De pronto fue consciente de lo que podrían pensar los otros invitados al verla allí sola, contemplando como una estúpida cómo su

exmarido bailaba con su nueva pareja, y se alejó de la piscina. Así era vivir en Hollywood, se dijo, preocuparse constantemente por lo que pudieran pensar los demás mientras te esforzabas en aparentar que nada podría importarte menos. La Tierra de los Sueños la había recibido con los brazos abiertos hacía menos de tres años... y Maggie empezaba a asumir que ya le estaba mostrando la puerta de salida.

Un rato después, Maggie atravesó las puertas de cristal que separaban la terraza del salón principal y preguntó a una criada por la ubicación del «tocador». Hacía mucho calor, tanto en el jardín como dentro de la casa, y se alegró de haber conseguido encajar la polvera, la barra de labios y un bote de laca en miniatura en su pequeño bolso. Le daba la impresión de necesitar con urgencia unos cuantos retoques.

El cuarto de baño de la planta baja estaba precedido por una zona destinada a que las señoras se arreglaran y había tantas allí dentro que Maggie dudó en la puerta. El suelo era de mosaicos negros y blancos, como un tablero de ajedrez, y las paredes estaban empapeladas con motivos de animales africanos. Había cuatro grandes espejos tras una encimera de mármol y, delante de cada uno de ellos, cuatro sillas tapizadas con un tejido de rayas blancas y negras. Todas estaban ocupadas por mujeres que se retocaban el rojo de labios o se empolvaban la nariz mientras charlaban entre ellas y, detrás, en segunda fila, otras tantas se inclinaban de pie hacia los espejos, aprovechando los huecos que dejaban las que estaban sentadas. Olía a una mezcla de perfumes diversos, laca, cosméticos y tabaco, y el volumen de las voces y de las risas le hizo pensar en una especie de gallinero de lujo. Por alguna razón, había dado por hecho que se encontraría sola, pero finalmente entró y consiguió apoderarse de un pequeño espacio frente al extremo del último espejo.

Se contempló por un instante. Tenía mejor aspecto del que había supuesto: su cabello rubio seguía en su sitio, brillante como una urna de oro; la piel estaba tan pálida como siempre, sin brillos, y solo necesitaba aplicarse un poco más de pintalabios. Sacó la barra del bolsito, la destapó y se la acercó a la boca, pero justo entonces dos

mujeres se apartaron del extremo opuesto de la fila de espejos, permitiendo a Maggie ver a la joven que se sentaba en la última silla: Juniper. Maggie se quedó paralizada un segundo, pero enseguida se forzó a seguir con el pintalabios, poniendo todo su empeño en que la mano no le temblara. A la vez, continuó mirando con discreción a Juniper a través del espejo. Ella no parecía haberla visto.

No sabía qué era exactamente lo que la hacía sentir tan insegura. ¡Juniper parecía siempre tan alegre y satisfecha, transmitía siempre tanta confianza en sí misma! Nunca tenía que preocuparse de una mala crítica o de no conseguir un papel. De hecho, no tenía que hacer nada para conseguir papeles. Se la imaginaba tumbada durante todo el día en una hamaca junto a la piscina de su mansión, sin miedo a que el sol le quemara la piel tostada, tratando de elegir entre un montón de guiones y disfrutando del martini que Bryson le habría preparado. Y luego Bryson le quitaría el montón de guiones de las manos, los tiraría al suelo entre las risas de ambos, le desataría los tirantes del bañador y harían el amor dentro del agua...

Movió la cabeza, recordándose que esa última parte de sus fantasías sobre la vida de Juniper no debería importarle en absoluto, y comprobó que no se hubiera salido de los contornos de la boca con el lápiz labial. Se dispuso a marcharse, pero la voz de Juniper le llegó entonces por encima del murmullo de conversaciones femeninas:

—No debería irme muy tarde, tengo una reunión con el señor Hitchcock mañana a primera hora.

Maggie aguzó el oído. Sacó la polvera y empezó a aplicarse muy despacio los polvos que en realidad no necesitaba. Mataría a quien hiciese falta por tener la oportunidad de hablar con Hitchcock, aunque fuera cinco minutos, y quería enterarse de lo que Juniper fuese a decir sobre el director. ¿Sería posible...? ¿Sería posible que Juniper fuera a conseguir un papel en su próxima película? No parecía probable: Juniper era una actriz de comedia romántica. Y Maggie, en cambio, se había especializado en dramas, lo cual se acercaba más al registro del director británico. ¡Y además era rubia, por todos los demonios! Hitchcock adoraba a las actrices rubias.

—No creo que consigas nada, Juniper —le respondió una joven

junto a ella—. He oído que *Vértigo* la protagonizará Vera Miles.

—Y yo he oído que hay ciertos problemas con Vera... Lo haré yo. Bryson opina que tengo muchas posibilidades.

«Bryson te diría cualquier cosa con tal de no tener que estar escuchando constantemente tus bobadas».

Juniper se ajustó el escote en forma de corazón de su vestido rosa encendido y sonrió mostrando dos filas de perfectos y blanquísimos dientes. Su amiga cambió de tema.

—¿Qué tal os va a Bryson y a ti?

—¡Oh, de maravilla! Fuimos en yate a Isla Catalina el pasado fin de semana..., ¡aunque apenas salimos del camarote! —Juniper lanzó una carcajada y su amiga la imitó.

Al otro extremo de los tocadores, Maggie cerró la polvera con un golpe seco, provocando un ruido que alertó a Juniper. Sus miradas se encontraron en el espejo. Tardó un par de segundos más de lo que hubiera sido normal, pero Juniper acabó esbozando una amable sonrisa y fue la primera en saludar:

—Hola, Maggie, ¿cómo estás?

A Maggie le pareció que todas las mujeres de aquella estancia se callaban a la vez y fijaban su atención en ellas. Sus labios recién pintados de rojo se estiraron automáticamente en una sonrisa tensa.

—Bien, gracias, Juniper —logró articular—. ¿Y tú?

—No voy mal.

Juniper se levantó de la silla, volvió a sonreír un instante, no tanto a Maggie como a las otras espectadoras de lo que podría ser la escena de una de sus películas, y salió del cuarto de baño acompañada por su amiga. Maggie salió al cabo de unos segundos, sintiendo las mejillas arder por la rabia que le daba no haber sido capaz de saludar antes. Ahora, además de ser la mujer amargada y la actriz fracasada, la gente podría añadir nuevos y horribles calificativos sobre ella: maleducada, insegura, estirada. Mala perdedora.

El reloj del pasillo marcaba las doce y seis minutos. Era oficialmente el día de su cumpleaños... y los seis primeros minutos no le habían deparado ninguna sensación agradable. De pronto decidió que no tenía la obligación de seguir en aquella fiesta: aquello era ridículo. Le

daba igual que Jonah apareciera ahora o que el mismísimo George Cukor le suplicara que se quedase. Se marcharía a casa, se desmaquillaría y se quitaría aquel estúpido vestido nuevo de Chanel, se tomaría un somnífero con la ayuda de dos tragos de whisky y se metería en la cama.

Estaba a dos pasos de la puerta principal cuando Dorothy Jensen, su vecina, la interceptó:

—¡Maggie! ¿No te irás a marchar tan pronto?

Se volvió hacia ella, sujetando contra su pecho el bolso y el chal negro de gasa, como si se tratara de un escudo protector. Los Jensen vivían al otro lado de su calle y formaban un matrimonio elegante, bien avenido y extraordinariamente amable. El señor Jensen era el dueño de un emergente sello discográfico y en los últimos tiempos se había convertido en un asiduo invitado de ese tipo de eventos. Su esposa, Dorothy, era solo un par de años mayor que Maggie y compartía con ella sus problemas para sentirse cómoda en los multitudinarios actos de Hollywood. Habían ido los tres juntos, en el enorme Cadillac blanco del matrimonio, a la mansión de Cukor, pero los habían situado en mesas distintas durante la cena y apenas los había vuelto a ver en toda la fiesta.

—Sí, Dorothy, me marcho. La verdad es que estoy cansada...

Dorothy debió de ver algo en los ojos de Maggie, porque la cogió por el codo y la apartó de la entrada hasta quedar en un rincón más discreto.

—Sé que coincidir con Bryson y Juniper es duro para ti, querida, pero tienes que sobreponerte.

—No se trata de eso...

—Y además... —Dorothy consultó su reloj de brillantes, regalo del señor Jensen por su décimo aniversario de bodas, y una amplia sonrisa se dibujó en su rostro al tiempo que alzaba la vista hacia Maggie—. ¡Y además ya es tu cumpleaños! —La abrazó, y Maggie se vio envuelta en una densa nube de perfume de jazmín—. ¡Felicidades, preciosa!

—Gracias. Solo tú te has acordado.

—¡Oh, vamos, apenas es medianoche y todo el mundo se está divirtiendo! No seas tan quisquillosa. Ven a tomar una copa con Jeff y

conmigo. Te prometo que lo pasaremos bien.

Empezó a tirar de Maggie de nuevo hacia el interior de la casa y ella se dejó arrastrar. Quizá si cambiaba de actitud, las cosas empezarían a mejorar.

—Vaya, nos estamos perdiendo alguna clase de brindis —comentó Dorothy cuando llegaron junto a las puertas acristaladas del salón y pudieron ver y oír lo que pasaba en el jardín.

—Seguro que es por mi cumpleaños —musitó Maggie con sarcasmo.

El señor Jensen apareció entonces ante ellas y estrechó a su esposa por la cintura.

Los ojos azules del hombre brillaban de excitación.

—¡Ha muerto! ¡Acaba de decírnoslo un periodista! No sé cómo ha podido colarse un periodista entre los invitados, pero nos ha contado que la prensa ya lo sabe desde esta tarde y que saldrá mañana en todos los periódicos. Quizá en la radio ya estén...

Las dos mujeres se miraron desconcertadas.

—Un momento, cariño —le interrumpió Dorothy—, ¿quién ha muerto?

—¡McCarthy! —El señor Jensen besó a su mujer y luego se dirigió a Maggie para añadir—: Al parecer ha sido por... ya sabéis. —Fingió llevarse una botella a la boca.

—¡Vaya! —exclamó Dorothy—. Ahora sí que se montará una buena aquí.

Los tres se giraron para contemplar el jardín. Todos los invitados estaban aplaudiendo en aquel momento, algunos incluso se habían subido a las mesas para bailar y gritar consignas. Más al fondo, tres o cuatro se acababan de lanzar vestidos a la piscina. Aunque no podía distinguirlo desde allí, Maggie habría apostado algo a que uno de ellos era su exmarido. Bryson siempre había estado muy cerca de lo que se había llamado Comité de la Primera Enmienda, formado por casi quinientos profesionales del cine que se habían enfrentado a la caza de brujas del senador McCarthy y que defendían la libertad a ultranza. Joseph McCarthy había empezado su cruzada contra el comunismo a principios de la década y los excesos de su forma de actuar, inconcebibles en una democracia como la estadounidense, habían

levantado ampollas entre los ciudadanos. Considerándose cabecillas de la libertad de expresión, muchos guionistas, escritores, actores y periodistas se habían declarado públicamente en contra de sus métodos, a veces sufriendo devastadoras consecuencias. No era de extrañar que los invitados de la fiesta, todos relacionados con el mundo del cine, celebraran el fallecimiento del senador como si se tratara del fin de una guerra. Al fin y al cabo, en cierto modo, lo era.

—¡Oh, Dios mío! ¡Mirad a Katherine Hepburn! —rio el señor Jensen entre dientes—. Vamos, unámonos a ellos. —Puso una mano sobre el hombro de cada una de las dos mujeres, pero Maggie se apartó.

—No, prefiero irme a casa.

—¡Pero Maggie...!

—No me importa nada de esto, Dorothy, sinceramente.

Dorothy suspiró y se quedó mirándola con lástima.

—Maggie, no te tomes a mal lo que voy a decirte, pero quizá si te empezara a importar un poco más lo que pasa en el mundo exterior, no te sentirías tan desgraciada...

Maggie le devolvió una mirada furibunda y le dio la espalda al matrimonio para atravesar de nuevo el amplio salón en dirección a la puerta principal.

En la zona delantera de la mansión esperaba una larga fila de Cadillac, Mercedes y Porsche último modelo. Algunos chóferes uniformados fumaban en un rincón bajo las palmeras mientras aguardaban a que sus jefes se cansaran de tanta diversión, sabiendo que en la mayoría de los casos ya estaría amaneciendo cuando eso ocurriera. Entonces se acordó de que había llegado en el coche de los Jensen y de que tendría que dar con otra forma de regresar a su casa.

Contempló alternativamente la puerta principal, que se mantenía abierta, y los coches de lujo dispuestos ante ella, mientras consideraba sus opciones. Podía esperar a que otro invitado decidiera marcharse y, si se trataba de alguien con quien tuviera un mínimo de confianza, pedirle el favor de que la llevara en su coche. O podía también entrar de nuevo y hacer que un criado llamara a la compañía de taxis... Esa

segunda opción era algo totalmente alejado de las costumbres de las estrellas, pero ella no era ninguna estrella: Maggie estaba segura de que el taxista ni siquiera la reconocería.

Una sombra se movió detrás de Maggie, aunque fue más bien como si intuyera el movimiento, en vez de percibirlo de verdad.

—Hola, Maggie —dijo la sombra. Maggie reconoció la voz al instante y se encogió con un escalofrío a pesar del calor que hacía—. Supongo que no llevas un encendedor encima.

Cuando la figura se acercó lo suficiente a la farola de la entrada, la luz amarillenta reveló con mayor claridad las facciones angulosas de Bryson Mallory. Su exmarido tenía unos rasgos peculiares, que lo alejaban de la belleza clásica de actores como Gregory Peck o Rock Hudson, pero había sido elegido varias veces como uno de los diez hombres más atractivos del cine. Aunque quienes lo conocían sabían que era cercano y divertido, su irresistible encanto tenía mucho que ver con su aire disoluto y un poco turbio, gracias al cual había conseguido sus primeros papeles en películas policiacas. Sus ojos oscuros, de mirada algo cansada pero innegablemente seductora, su nariz rota por su pasado de boxeador, el pelo moreno que le caía sobre la frente y la sonrisa cínica habían atraído a Maggie desde que lo viera por primera vez, en la casa londinense de su tío Bobby. Ahora, dos años y medio después de su primer encuentro, ya divorciados y de pie junto a la entrada mal iluminada de la casa de Cukor, Maggie era incapaz de definir cómo se sentía en su presencia.

—Sabes perfectamente que no fumo —respondió ahorrándose el saludo.

—Nunca pierdo la esperanza de que empieces a hacerlo. No entiendo dónde he dejado mi encendedor, se me ha debido de caer en algún sitio. —Hizo un gesto a uno de los chóferes que estaban fumando, el cual se acercó de inmediato y le dio fuego.

El cigarro que pendía de los labios de Bryson se encendió y él aspiro casi con fruición, como si llevara muchas horas sin fumar en vez de lo que seguramente habían sido escasos minutos. Maggie supuso que, ahora que había conseguido lo que buscaba, Bryson volvería adentro, pero se quedó plantado frente a ella, fumando con aire

despreocupado. Se fijó en que el esmoquin y el pelo estaban secos, por lo que, de haber apostado de verdad que era uno de los que se habían lanzado a la piscina, habría perdido. Era raro que se hubiera contenido. Estaban a más de un metro de distancia y, aun así, podía oler el alcohol en su aliento. Y cuando Bryson bebía, se convertía en el alma de cualquier fiesta.

—¿Qué haces aquí sola?

—Me voy a casa.

—¿Tan pronto?

—Sí. —Se acordó de Juniper en el tocador y añadió—: Tengo una reunión importante en los estudios a primera hora.

Bryson asintió con la cabeza, pero no dijo nada. ¿Sabría que era mentira? ¿Sería capaz de preguntar con quién tenía la reunión? Maggie odiaba la posibilidad de que estuviera enterado de lo mal que le iban las cosas y cambió con rapidez de tema.

—He oído que McCarthy ha fallecido. Imagino que lo estarás celebrando.

—Yo no celebro la muerte de nadie, Maggie. Sigues confundiéndome con los villanos a los que interpreto.

—Porque tú nunca haces nada por resolver la confusión —le espetó secamente, apartándose un poco más.

Bryson lanzó una carcajada y ella puso los ojos en blanco. Aquella era una de las razones por las que aquel hombre la irritaba tanto: cuando intentaba herirlo con sus comentarios irónicos, solo conseguía que se riera. Y, por el contrario, cuando trataba de explicarle sus sentimientos de forma calmada y sincera, se acababa enfadando como si le hubiese insultado. La comunicación entre ellos siempre había supuesto un desafío y por eso, si se encontraban en algún evento o en los estudios, limitaban la conversación a un breve saludo. Esta vez aquello se estaba alargando demasiado.

—Vuelvo a la fiesta —dijo él con tono ligero cuando terminó de reírse. Tiró la colilla sobre la grava y la aplastó con su reluciente zapato negro—. Espero que te vaya bien mañana.

—¿Con qué? —preguntó Maggie desconcertada.

—La reunión. Esa tan importante que has dicho que tienes.

—¡Ah, sí! Gracias. —Se llevó una mano al cabello con nerviosismo y decidió terminar de forma elegante—: Y vosotros pasadlo bien el resto de la noche. Juniper y tú, quiero decir...

Él la miró con curiosidad, como si estuviera tratando de discernir cuánta sinceridad había en ese deseo. Maggie se giró hacia la fila de coches aparcados, dando por finalizado el encuentro, pero, aunque le daba la espalda, notaba que Bryson no se movía de donde estaba. ¿Qué quería? Tras unos segundos de silencio, la voz de su exmarido sonó de nuevo, ahora parecía estar un poco más cerca:

—Por cierto, Maggie... Feliz cumpleaños.

Se volvió hacia él, sorprendida de que se hubiera acordado y dispuesta a agradecerle el detalle, pero Bryson se dirigía ya al interior de la casa.

La casa de Maggie sobresalía del resto de las de su calle porque, al igual que su propietaria, parecía rescatada de un pasado muy remoto. De estilo Tudor, evocaba las románticas casas de campo británicas y este era el principal motivo por el que Maggie había insistido tanto en comprarla. Vivir en esa casa, le había dicho a Bryson, sería como tener un poquito de Escocia en una ciudad que no podía ser más diferente a su tierra. Bryson habría preferido emprender su vida juntos en una mansión más moderna, pero en aquel momento estaba tan loco por ella que accedió sin pensarlo. Incluso permitió que le pusiera a la casa el nombre de Highland y que lo grabaran en un ornamentado letrero de hierro que clavaron a la entrada. Su aspecto pintoresco la hacía parecer una casa de cuento de hadas, no la vivienda típica de una estrella de Hollywood. La fachada era asimétrica, de ladrillo, con entramados de madera decorativa. Los techos, muy altos, contaban con frontones inclinados y los tejados estaban dispuestos a varias alturas. Las ventanas también eran altas y estrechas, agrupadas de tres en tres, y las que había junto a la puerta principal tenían vidrieras de colores. En el interior, las enormes habitaciones estaban decoradas con suelos de madera oscura, rieles de madera y estuco que cruzaban las paredes de piedra blanca y muebles de anticuario, muy caros pero

de aire campestre y confortable.

Cada vez que Maggie traspasaba el umbral y cerraba la puerta, sentía haber llegado a un refugio después de haber dejado atrás algo o alguien muy molesto que la hubiese estado persiguiendo. Lo único que no le gustaba de Highland era que también había sido el hogar que compartiera con Bryson... aunque fuese durante tan poco tiempo, pero no podía hacer mucho al respecto, únicamente mudarse, lo cual, en realidad, no era algo que deseara.

El vestíbulo estaba casi a oscuras. Solo lo iluminaba la pequeña lamparita del rincón que Lucy siempre dejaba encendida cuando se retiraba a su dormitorio antes de que Maggie hubiera regresado. A su asistente y mejor amiga le gustaba levantarse casi al amanecer, también se acostaba muy pronto. Maggie agradecía no tener que hablar con ella en ese momento: le habría preguntado qué tal se lo había pasado en la fiesta y no estaba de humor para hablar del asunto.

Un repiqueteo de patitas bajando apresuradamente la escalera la hizo sonreír. Su perrita, una cavalier king Charles spaniel, había cerrado un poco en el corazón de Maggie el agujero que había abierto el divorcio y ahora no podía imaginar la vida sin ella. Se agachó para cogerla en brazos, aunque estuvo a punto de perder el equilibrio a causa de los altos tacones de sus zapatos y por todo el champán que había bebido, y hundió el rostro en el suave pelo blanco y castaño del animal.

—Hola, Skye —la saludó en voz baja para no despertar a Lucy—. Hola, pequeña mía. Me alegro de verte. —La perrita lamió la mejilla de Maggie como saludo y permitió que la llevara en sus brazos de vuelta arriba.

Ya en su dormitorio, Maggie dejó a Skye sobre la colcha de tartán de la cama y empezó a desvestirse. Aunque estaba deseando cerrar los ojos y dejarse llevar por el sueño, colgó el vestido en el vestidor, guardó los accesorios en su sitio y ordenó el tocador después de desmaquillarse y quitarse las horquillas del pelo. Una empleada acudía todas las mañanas a limpiar, pero a Maggie no le gustaba dar más trabajo del estrictamente necesario. Su madre la había enseñado desde pequeña a hacerse cargo de su propio desorden, y los años en

Hollywood no habían hecho mella en esas costumbres.

Antes de levantarse del tocador, contempló un momento la vieja fotografía enmarcada en plata que tenía junto al espejo. Su abuela Elizabeth sonreía en tonos sepias desde algún momento de principios de siglo. Aunque por aquel entonces ya debía de tener más de cuarenta años, seguía siendo muy guapa y, sobre todo, parecía muy feliz. Según su tío Bobby, cuando le habían hecho aquella fotografía, acababa de descubrir que estaba inesperadamente embarazada: la madre de Maggie, Edine, nacería ocho meses después. Maggie suspiró y le pidió en silencio a su abuela que le diera un poco de la fuerza que había tenido en vida.

Por fin se metió en la cama. Skye acudió a acurrucarse en sus brazos y Maggie permaneció quieta en la oscuridad, sintiendo contra ella los latidos del pequeño corazón de la perrita y su cálida respiración. Se había dado cuenta demasiado tarde de que el frasco de somníferos que escondía en el cajón del tocador estaba ya vacío y le asustaba la certeza de lo mucho que le costaría dormir sin esa ayuda.

Hizo un doloroso repaso de la noche. No había conseguido hablar con Cukor. En cambio, había tenido que pasar por la humillación de encontrarse con Juniper. Y, por último, para rematarlo, ese encuentro con Bryson. No, no deseaba volver con él, pero le dolía que la hubiera sustituido tan pronto. Todas las palabras románticas que en su día le dijera a ella, ahora se las diría a Juniper, como si su historia de amor y su matrimonio nunca hubiesen tenido una importancia real, como si hubieran sido solo una especie de ensayo fallido. Maggie no había salido con nadie desde su separación, ni siquiera para mitigar su soledad o para evadirse de sus problemas, por más que Jonah y Lucy le habían insistido una y otra vez. «Hazlo solo por divertirte —solía decir Jonah—, un poco de coqueteo, o incluso una noche de pasión, no te comprometen a nada, y te subirá la moral». Lucy tampoco entendía sus negativas, pues, desde su punto de vista, tener una cita suponía reafirmar su belleza. Eso tampoco le valía a Maggie. Que un hombre la halagara, le dijera lo hermosa que era y tratara de seducirla no significaba absolutamente nada para ella, aparte de la molestia de tener que rechazarle justo después.

De modo que allí estaba, sola con la perrita en su enorme cama, en la madrugada de su cumpleaños (horrible por segundo año consecutivo), con sus dos únicos amigos durmiendo o divirtiéndose en algún club, mientras su familia iniciaba un nuevo día a ocho mil kilómetros de distancia, en Inverness. Durante un instante pensó en llamar por teléfono a casa de sus padres, ya llevarían un par de horas despiertos, pero su llamada los alarmaría y, además, ¿qué iba a decirles? ¿Que se sentía muy sola y deprimida? ¿Que era incapaz de hacer remontar su carrera en el cine? ¿Que algunas noches aún la atormentaba el fracaso de su matrimonio? No. Esperaría unas cuantas horas a que ellos la llamaran para felicitarla por su cumpleaños y, entonces, con tono razonablemente alegre, les aseguraría que todo estaba más o menos controlado: que había proyectos en marcha, que tenía amigos, que el bache de su divorcio formaba parte del pasado. Que era feliz. Podía representar con facilidad ese papel durante una breve conversación telefónica con sus padres; después de todo, aunque no fuera una estrella como Juniper, Maggie era actriz.

Maggie se encogió bajo la colcha a cuadros verdes y azules y contempló la oscuridad de su enorme dormitorio. La esperaba una larga noche en la que dormiría poco y pensaría mucho... Lo peor era que empezaba a sentir lástima de sí misma y aquella era la sensación más horrible del mundo. Las cosas podrían irle mal desde hacía meses, pero si ahora iniciaba una nueva etapa en la que, además, se compadecía de sí misma, terminaría tocando fondo, aquello significaría que estaba a punto de convertirse en una mujer patética. Ella no había dejado a su familia en Escocia y se había marchado a Hollywood para eso... Lo había hecho para estar con Bryson, para convertirse en estrella, para alcanzar su propósito en la vida, para que todos sus sueños se cumplieran.

Su disgusto aumentó cuando los ojos se le llenaron de lágrimas de rabia y frustración; apretó los párpados para no derramarlas y ahogó un sollozo. No quería alarmar a Skye, que ya roncaba suavemente entre sus brazos; y gracias a sus esfuerzos para no llorar, poco a poco surgió una nueva sensación de determinación: aguantaría con la cabeza bien alta hasta que el fango la cubriera por completo.

# 2

*Pasado: Londres, diciembre de 1954*

El pequeño Morris Minor verde se detuvo bruscamente frente a una casita pareada de la calle Garrick, bastante cerca de Leicester Square. Habían despejado la nieve de las aceras, pero, aun así, los dos hombres que bajaron del coche se movieron con cuidado para no resbalar mientras sacaban las maletas. El más anciano, londinense de nacimiento, estaba acostumbrado a los gélidos inviernos ingleses, pero el más joven, el famoso actor estadounidense Bryson Mallory, llevaba ya varios años celebrando las fiestas navideñas bajo el benigno clima del sur de California. A pesar de ello, a Bryson le gustaba verse de nuevo en un escenario en el que la Navidad concordaba con la idea que casi todo el mundo se hacía de ella: frío, nieve, gruesas prendas de abrigo, bebidas calientes y niños con gorros de punto y mejillas enrojecidas tirando de un trineo. Ver a Santa Claus paseando bajo las palmeras de Sunset Boulevard, con una temperatura de veintitrés grados, agitando una ridícula campanilla y abriéndose paso entre viandantes con gafas de sol y prendas de verano, siempre le había producido una sensación extraña, casi triste.

—Tengo que volver a darte las gracias por invitarme a cenar en tu casa hoy, Bobby —le dijo al hombre mayor—. Aunque no me habría importado pedir cualquier cosa al servicio de habitaciones de mi hotel...

—¿En Nochebuena? ¡Qué tontería!

Bobby cerró de golpe la puerta del coche y llevó su pesada maleta hasta la entrada de la casa sin aparente dificultad. Bryson lo siguió, admirando la fuerza y la agilidad que aún conservaba. Bobby del Piero tenía setenta y tres años, pero sus ojos verdosos reflejaban el destello alegre y la mirada de un hombre mucho más joven, y tanto su voz

como sus movimientos eran animados, llenos de fuerza y vitalidad. Bryson esperaba ser así cuando alcanzase su edad, aunque teniendo en cuenta su relación con la bebida, el tabaco, el sueño y todo lo demás, podría darse por satisfecho si llegaba vivo a los cincuenta.

Bobby y Bryson se habían conocido hacía unas semanas en Los Ángeles, durante un almuerzo organizado para revisar los términos en que se estaba adaptando la novela de Bobby, *Niebla en Venecia*, al guion de la película que Bryson iba a protagonizar. A pesar de la diferencia de edad, los dos congeniaron tan bien durante el almuerzo que quedaron para jugar al golf a la mañana siguiente y, para cuando acabó el partido, ya eran grandes amigos. Bryson admiraba al escritor y lo veía como al padre al que apenas había conocido. Y a Bobby le divertía el sentido del humor de Bryson y disfrutaba dejándose llevar por su energía y sus ganas de vivir la vida. Después de que el director que iba a encargarse de *Niebla en Venecia* se apartara repentinamente del proyecto y este se cancelara, Bryson recibió la noticia de que un importante productor británico, Damien Clayton, podría estar interesado en solucionar aquella situación, así que había decidido aprovechar el regreso de Bobby a su ciudad natal para acompañar a su nuevo amigo y, de paso, concertar una reunión con el señor Clayton.

Bobby había permanecido más de un mes en Los Ángeles, la fecha de su regreso estaba marcada con tinta roja en el calendario de la cocina. Maisie-Leigh se había quedado sola en la casa durante todo ese tiempo y, aunque había estado muy ocupada con los ensayos de la obra de teatro, apenas podía esperar a que su tío regresase. La casa estaba demasiado vacía, demasiado silenciosa sin él. Maisie-Leigh se había pasado todo el día preparando la cena de Nochebuena, una cena que también sería de bienvenida, y ahora que el sol se había puesto, solo le quedaba quitarse el delantal y arreglarse un poco mientras aguardaba el sonido de las llaves en la puerta principal. Eligió su vestido favorito, uno de los que había traído consigo desde Inverness, de lana azul marino adornado con un cinturón de piel marrón que destacaba la cintura. Se soltó el pelo, repasó la forma de las ondas con

las tenacillas y se dio un poco de color en los labios y en las mejillas. El espejo le confirmó que había logrado el efecto que buscaba: lo suficientemente arreglada para una ocasión tan señalada como era la cena de Nochebuena y el regreso de su tío, pero no demasiado elegante ni maquillada. Después de todo, cenarían los dos solos en aquel pequeño comedor sin pretensiones.

Por fin oyó el ruido de la puerta principal al abrirse, seguido del de las maletas y bultos que se dejaban caer sobre el suelo del vestíbulo. Salió corriendo de su dormitorio y se precipitó escaleras abajo, pero se detuvo a la mitad al descubrir que había alguien más junto a su tío.

—¡Maisie-Leigh! —exclamó Bobby al verla mientras se quitaba el abrigo, el sombrero y los guantes. Dejó las prendas sobre una silla y le abrió los brazos.

Maisie-Leigh terminó de descender la escalera y lo abrazó, sin dejar de ser consciente en ningún momento de la presencia del desconocido que esperaba junto a ellos.

—¡Bienvenido, tío Bobby! —saludó con un tono bastante más tímido del que le habría salido si hubieran estado solos—. Me alegro de que ya estés en casa.

—Y yo también, querida. ¡Los Ángeles es fabuloso, pero no hay nada como el hogar y una buena taza de té inglés! —Bobby se apartó para poder mirar a su sobrina y le pellizcó ligeramente la mejilla—. Me alegro de verdad de volver a verte, jovencita. Estás preciosa.

Maisie-Leigh sonrió y miró con cautela al otro hombre. Solo entonces Bobby reparó en que todavía no se conocían.

—Te presento a Bryson Mallory. Ha venido conmigo desde Los Ángeles y será el actor que interprete a Marco.

Ahora que el hombre también se había quitado el abrigo y el sombrero, pudo reconocerlo. Lo había visto muchas veces, en realidad, no solo en películas, sino también en revistas y —le parecía recordar — en un anuncio de cigarrillos. Bryson Mallory era toda una estrella y, aunque Maisie-Leigh sabía que durante su estancia en Hollywood su tío se relacionaría con celebridades del mundo del cine, nunca había siquiera imaginado que una de ellas aparecería en su casa, la víspera de Navidad, aún temblando por el frío y manchando de nieve y barro

la vieja alfombra del vestíbulo.

—Me alegro de conocerte, Maisie-Leigh —dijo Bryson con voz profunda y una mirada chispeante en sus ojos oscuros. Le extendió la mano para que se la estrechara y luego añadió—: Tienes un nombre muy curioso.

—Es escocés —murmuró ella.

Hubiera querido que su voz sonara más firme o incluso que se le hubiera ocurrido un comentario ingenioso sobre el tema, pero le estaba costando pensar con claridad. No podía dejar de mirar al actor, tratando de comparar su imagen de las películas y las fotografías con el hombre real que tenía ante ella. Siempre había visto a Bryson Mallory como a un villano, un personaje peligroso al que la policía acababa atrapando al final de la película, alguien turbio y complicado que podía vaciar el cargador del revólver en un minuto y, al siguiente, pedir un whisky en la barra de un bar oscuro con una indiferencia fascinante. Sin embargo, el hombre que acababa de estrechar su mano tenía una expresión agradable y amistosa en su atractivo rostro, en absoluto sombrío. Aunque la voz... La voz era exactamente la misma. Le hacía pensar en vino caliente con especias, en un terciopelo muy oscuro... Bryson no era lo que se podría considerar un galán ni tenía unas facciones perfectas, pero desprendía un magnetismo una intensidad tales que una chica podía sentirse abrumada solo con que la mirase.

—Bryson tiene una habitación reservada en el Savoy. —La voz de Bobby la sacó del ensimismamiento y dirigió la mirada de nuevo hacia su tío—. Pero le he invitado a cenar esta noche con nosotros. Te parece bien, ¿verdad, querida?

Maisie-Leigh sonrió y se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja, que sentía arder casi tanto como sus mejillas. Hizo un esfuerzo por recomponerse, respirando como le habían enseñado en el teatro, desde el estómago.

—Claro que sí. Pondré otro plato en la mesa —respondió con un tono que le pareció mucho más controlado, pero, entonces, cometió el error de cruzar su mirada con la del actor y supo, sin ninguna duda, que había vuelto a ruborizarse.

Bryson era un gran conversador, siempre lo había sido, desde niño. Su carácter extravertido y su capacidad para mantener la conversación, fuera con quien fuese y en prácticamente cualquier ambiente, eran dos de los dones que le habían ayudado en su carrera de actor. Nunca se ponía nervioso, nunca se alteraba ni perdía su actitud relajada, casi indolente. Podía disfrutar de la extraña comida inglesa que tenía en su plato (demasiados guisantes y tajadas de carne con mucha salsa por todas partes), recordar anécdotas con Bobby de su estancia en Los Ángeles y, a la vez, fingir que no se sentía en absoluto impresionado por la chica que estaba sentada al otro lado de la mesa. Le encantaba cómo bajaba los párpados sobre sus ojos azul oscuro cuando sus miradas se cruzaban demasiado tiempo, así como que no le hubiera contado que era actriz de teatro hasta que su tío comentó que estaba preparándose para representar el papel de Ofelia en *Hamlet*. En Los Ángeles, las chicas que intentaban abrirse camino como actrices se lo contaban a cualquiera que quisiera escucharlas, muchas veces antes de decir su nombre, pero Maisie-Leigh prefería escuchar a hablar y, cuando lo hacía, era con comentarios ingeniosos y un sentido del humor ligeramente sarcástico, adorable. Ya se había enterado de que había dejado a sus padres y hermanos en su Inverness natal para poder dar clases de interpretación en Londres, donde vivía su tío Bobby. Llevaba viviendo en su casa casi dos años y *Hamlet* sería la segunda obra en la que iba a actuar.

—Estoy deseando verte como Ofelia dentro de tres días —le dijo Bobby a su sobrina mientras esta servía el postre, una especie de bizcocho oscuro, adornado con un ramito de acebo, que ella llamó «tarta de Navidad»—. ¿A qué hora dijiste que empezaba la obra?

—A las seis, pero el día del estreno siempre suele retrasarse un poco...

—¿Crees que podrías conseguir otra butaca para Bryson?

Maisie-Leigh terminó de servir la tarta, un poco desconcertada, y volvió a sentarse.

—¿Otra butaca...? —Le lanzó una mirada interrogativa a Bryson.

—Me encantaría verte actuar —se apresuró a decir él, muy consciente de que era la pura verdad—. Y lo cierto es que siempre he

querido ver una obra de Shakespeare en escena... Me temo que en Los Ángeles no suele representarse mucho teatro clásico.

—Oh, pero no esperes demasiado, la compañía en la que actúo no es importante y yo solo...

Bobby la interrumpió sonriéndole afectuosamente.

—Maisie-Leigh, eres una actriz extraordinaria. Solo estás empezando, estoy seguro de que te harás famosa.

—No quiero hacerme famosa —replicó ella—. Solo quiero ser una buena actriz, saber que la abuela Elizabeth estaría orgullosa de mí... —En ese punto le tembló un poco la voz y los ojos se le llenaron de lágrimas. Bobby se inclinó un poco hacia ella por encima de la mesa y le dio unas palmaditas en el hombro.

—Vamos, vamos, no te pongas triste, querida. Ella ya está orgullosa de ti. —Luego se dirigió a Bryson para explicarle—: Mi madre murió hace un par de años. Maisie-Leigh y ella estaban muy unidas.

—Lo siento —murmuró él.

La joven se recompuso un poco y acabó de dos tragos su copa de vino. Seguía teniendo los ojos brillantes, pero ya no era debido a las lágrimas, sino al orgullo.

—Mi abuelo fue uno de los ilusionistas más importantes de su época y mi abuela trabajó a su lado como ayudante durante casi treinta años. Siempre me contaba lo maravilloso que era estar sobre un escenario y cuánto le gustaría que yo siguiera sus pasos. Por eso decidí hacerme actriz.

Bryson no supo muy bien qué responder. No quería profundizar en temas familiares ni en cuestiones demasiado íntimas, al fin y al cabo, se habían conocido solo hacía un par de horas, pero aquella no le parecía una razón demasiado buena para adentrarse en el mundo de la interpretación. Un actor debía saber en lo más profundo de su ser que había nacido para eso, que lo llevaba dentro... Al final, comentó con un tono estudiadamente frívolo:

—Ser famoso no está tan mal. Quizá deberías probarlo.

—Si tú lo dices, lo convertiré en mi única ambición en la vida.

A pesar de su contestación, Maisie-Leigh puso los ojos en blanco con cierta gracia y le dedicó una alegre sonrisa. Era evidente que el vino la

relajaba y hacía que se tomara con más ligereza sus comentarios... Y, por otra parte, le teñía de un color precioso las mejillas.

Maisie-Leigh no volvió a ver a Bryson en los tres días siguientes. Lo prefería así, porque tenía que concentrarse en el estreno de la obra y estaba convencida de que le resultaría mucho más difícil con su presencia. Sin embargo, durante todo el día de Navidad se preguntó qué estaría haciendo, aunque no se atrevió a preguntárselo a su tío. Le parecía difícil de creer que alguien como Bryson Mallory pasara la Navidad solo en un hotel, tan lejos de su país y de su familia, si es que la tenía. Tampoco pudo evitar buscar todas las revistas que guardaba en la casa y repasarlas en busca de información sobre su vida privada, aunque no descubrió mucho. Había fotografías de él, claro, en los estrenos de sus películas o en fiestas, a veces acompañado de bellas actrices, pero no se daban detalles sobre sus relaciones.

El día del estreno de *Hamlet* pasó toda la mañana sola. Bobby había salido pronto, sin dejar ninguna nota concretando a qué hora regresaría y Maisie-Leigh se dedicó a sus ejercicios de voz y a repasar su texto. Había reservado otra butaca junto a la que ocuparía su tío, pero intentaba no pensar en que era precisamente Bryson quien iba a ocuparla ni en que tendría sus ojos puestos en ella siempre que estuviera en el escenario durante las casi tres horas que duraba la obra.

Bobby volvió a casa justo a la hora del almuerzo. Lo primero que hizo fue preguntar a Maisie-Leigh qué tal llevaba los nervios del estreno, pero se notaba que algo ocupaba su mente.

—¿Ocurre algo, tío? —le preguntó ella al tiempo que colgaba su abrigo y su sombrero en el perchero de la entrada—. Has estado fuera toda la mañana.

—Estaba con Bryson —respondió y, al oír ese nombre, Maisie-Leigh se volvió de golpe hacia él para prestarle toda su atención—. Reunidos con Damien Clayton.

—¡Ah, sí! Recuerdo que lo mencionasteis en Nochebuena. ¿Qué tal ha ido?

—No muy bien. —Bobby entró en la sala de estar y se sentó junto a la chimenea encendida—. A Clayton no le gusta el guion tal y como está ahora y tampoco cree que Bryson encaje del todo en el papel, de modo que no hemos llegado a ningún acuerdo.

—Lo siento, por los dos... ¿Qué pasará ahora con el proyecto?

—Bueno, *Niebla en Venecia* se paraliza por el momento, claro. Y Bryson vuelve a Estados Unidos pasado mañana.

Ella se giró hacia la chimenea y trató de colocar mejor el extremo de la guirnalda decorativa. Claro que Bryson volvía a Estados Unidos. Incluso aunque la reunión hubiera ido bien, allí estaban su casa, su trabajo y sus amigos, quizá incluso su novia. Pero no había esperado que se marchara tan rápido.

—Supongo que estará muy disgustado... —comentó, volviendo a mirar a Bobby.

—Sí, lo está. Le pregunté si le apetecía ir a comer algo, pero me aseguró que prefería encerrarse en su hotel. Sin embargo, me encargó que te dijera una cosa.

—¿A mí? ¿El qué?

—Que no faltaría a tu estreno esta noche.

A las nueve en punto del día siguiente, la camarera del Savoy que le llevaba el desayuno cada mañana a Bryson llamó inútilmente a la puerta de su habitación durante más de cinco minutos. Al final se rindió y dejó la bandeja en el suelo, a un lado de la puerta, lamentando perderse ese día la visión del actor en pijama, ya con un cigarro entre los labios y una sonrisa somnolienta.

Bryson no había podido conciliar el sueño hasta el amanecer y, aunque había oído los golpes en la puerta, se sentía demasiado aletargado como para levantarse. Permanecía tumbado boca abajo sobre las sábanas revueltas, tan incapaz de salir de la cama como de volver a dormirse. Era extraño porque, aunque estaba agotado y disgustado por el nefasto resultado de la reunión con Clayton, su mente no dejaba de girar alrededor de una sola imagen: Maisie-Leigh en el escenario la noche anterior.

Se había quedado impresionado; aquella mujer era mucho mejor actriz de lo que había supuesto. Habría que pulirla un poco, desde luego, cambiarle el absurdo nombre que le habían dado sus padres y hacer algo con ese acento terroso del norte de Escocia, pero tenía madera de estrella. Había estado dándole vueltas al asunto toda la noche y había decidido que no podía volver a Los Ángeles al día siguiente sin hacer algo al respecto. Aquella chica no podía quedarse en esa compañía teatral casi de aficionados, y dudaba que por ella misma fuera a intentar ir más allá.

Poco a poco, a medida que iba tomando forma su plan, Bryson se fue despejando. Se tomó el café que le habían dejado delante de la puerta, ya frío, y se dio una ducha rápida. Luego, rebuscó en su equipaje hasta encontrar su cámara de fotos y se aseguró de que tuviera película.

—No me gusta que me hagan fotografías —protestó débilmente Maisie-Leigh, intentando no tiritar de frío.

—Será solo un momento. Toda actriz profesional debe tener un book de fotos. Te estoy ahorrando un montón de libras.

Bryson miró a su alrededor. El pequeño jardín trasero de la casa de Bobby estaba cubierto de nieve y era difícil decidir dónde situar a Maisie-Leigh, pero sabía que aquel era el enclave perfecto. La luz y el fondo tan blanco, solo roto por el verde de los arbustos de acebo, resaltarían la belleza de la joven y no distraerían la atención de su rostro.

—¿Me quito el gorro?

—Sí. ¿Por qué no te pones allí, junto a la puerta de hierro?

Maisie-Leigh fue hasta esa zona del jardín, se quitó el gorro de punto y trató de peinarse el cabello con los dedos, pero solo consiguió alborotarlo más. Bryson sonrió satisfecho; eso era justo lo que buscaba: captar cómo su cabello rubio rojizo rozaba de forma natural las mejillas enrojecidas por el frío, pero sobre todo la ingenuidad y la frescura de su rostro y ese aire tan llano y poco sofisticado, pero tan sensual a la vez, tan... *escocés*. En Hollywood aullarían de entusiasmo

en cuanto vieran las fotos. No podrían esperar a ponerle las garras encima.

Maisie-Leigh estaba contenta por el éxito que había tenido como Ofelia y se preparaba para la tercera noche de representación. Trataba de no pensar en Bryson, que ya estaría en el avión, camino de Nueva York, donde haría escala antes de continuar al oeste. Era absurdo pensar en él ahora que se había marchado y que probablemente no volvería a verlo si no era a través de una pantalla de cine. Además, solo había estado con él en tres ocasiones: en la cena de Nochebuena, en la celebración posterior al estreno y, por último, la víspera, cuando le había hecho las fotografías. Aquel había sido el momento más íntimo y especial de los tres, porque estaban solos y porque él se acercaba mucho y la tocaba para apartarle el cabello de los ojos o para que inclinara la cabeza de un determinado modo. Aunque le había aconsejado que no mirara a la cámara, cuando le hizo la última foto le había mirado directamente a él, casi con insolencia. Justo después, Bryson había bajado la Kodak, dejando que colgara de la cinta sobre su pecho, y sus ojos se habían encontrado ya sin obstáculos durante un larguísimo instante, pero eso era lo máximo que había ocurrido.

—¿Estás visible, querida? —oyó preguntar a Bobby al otro lado de la puerta.

—Sí, pasa.

Se quedó sentada frente al tocador, girada hacia la puerta de su dormitorio, envuelta en la bata y con un rulo a medio quitar. Bobby entró en la habitación y le tendió una nota.

—¿Qué es esto?

Su tío esbozó su sonrisa juvenil.

—Bryson me pidió antes de marcharse que te la diera.

Ella desdobló el papel con el corazón latiendo apresuradamente y la leyó:

«Te llamaré muy pronto».

Solo eso, sin apelativos cariñosos ni despedidas sugerentes... Pero, de alguna manera, en lo más profundo de su ser, Maisie-Leigh supo

que esa breve nota significaba mucho más: el anuncio de que su vida estaba a punto de cambiar para siempre.

# 3

Los rayos de sol incidieron directamente sobre la cara de Maggie cuando alguien descorrió sin piedad las cortinas. Frunció el ceño y apretó los párpados, negándose a abrir los ojos y tratando con todas sus fuerzas de retrasar la realidad de un nuevo día.

—Maggie.

—No —respondió sin más, aún con los ojos cerrados.

—Maggie. —La voz de Lucy resonó, insistente, desde muy cerca—. Es casi la hora de comer.

Abrió los ojos lentamente y se encontró con la cara de su asistente. No pudo evitar reírse: Lucy se había colocado en la cabeza uno de esos gorritos de cartón en forma de cono que se ponían los niños en las fiestas infantiles.

—Feliz cumpleaños, querida.

—¡Oh, Lucy! —Se incorporó en la cama y la abrazó—. Muchas gracias.

—Tenía una tarta de fresas como desayuno especial para ti, pero ahora tendrás que tomártela como postre del almuerzo.

—No debería engordar. Es lo único que me falta para que me echen de Hollywood de una patada.

—No seas ridícula. Has adelgazado cinco kilos desde..., ya sabes.

—Sí, ya sé —cortó Maggie. «Desde la separación». Una imagen de Bryson de la noche anterior cruzó por su cabeza, devolviéndole su mal humor. Volvió a hundir la cabeza en la almohada—. Creo que me quedaré todo el día en la cama, Lucy.

—Ni hablar.

Observó con los ojos entornados a la joven mientras esta abría las ventanas para dejar entrar el aire templado del mediodía. Lucy había sido su asistente casi desde que aterrizara en Hollywood. Cuando empezó a trabajar para ella, acababa de terminar sus estudios de

secretariado; entonces acababa de cumplir veintidós años, pero a Maggie le impresionó su inteligencia, su carácter práctico y resolutivo, así como su capacidad para solventar todo tipo de problemas. Lucy siempre llevaba medias de repuesto en su bolso por si a Maggie se le hacía una carrera en las suyas; sabía responder en su nombre lo más adecuado en cada ocasión si a ella no le apetecía contestar una llamada de teléfono (lo cual sucedía casi siempre) y tenía una memoria asombrosa. A Maggie le gustaban sus gafas de concha y la expresión aguda de sus ojos verdes que asomaba por detrás de los cristales y también le gustaba su refinado acento de Boston, tan distinto del de Los Ángeles y del suyo propio. Cuando Bryson y Maggie rompieron, Lucy empezó a pasar algunas noches en Highland para impedir que cayera en un exceso de conmiseración y que bebiese demasiado whisky, pero, al final, acabó recogiendo sus escasas pertenencias del apartamento que compartía con una amiga y se trasladó de forma permanente a Highland, donde dormía en el segundo mejor dormitorio y se ocupaba prácticamente de todo. Ahora, además de su asistente, era su mejor amiga.

Lucy estaba plantada en mitad de la habitación, con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada clavada en Maggie. Esta supo que no se movería de allí hasta que se levantara de la cama, así que abrió del todo los ojos, apartó las sábanas y se sentó en el borde. De inmediato notó un latigazo de dolor azotar sus sienes y que el estómago se le revolvía con violencia.

—Necesito un Alka-Seltzer —gimió—. Por favor, Lucy...

La joven alzó las cejas con reprobación, pero salió del dormitorio. Maggie esperó sentada en la cama, sintiendo martillazos en su cabeza y acariciando a Skye, que se había hecho una bolita en su regazo. Su asistente regresó dos minutos después sosteniendo en una mano un vaso de agua con la tableta ya disolviéndose y, en la otra, una maceta adornada con un lazo de satén rojo, en la que crecía una espléndida orquídea blanca. Lucy le tendió el vaso y, a continuación, la planta.

—¿Es para mí? ¿De quién es?

—Hay una tarjeta.

Maggie vació el vaso y lo dejó sobre la mesilla. Colocó la maceta

junto a él y abrió el pequeño sobre blanco. El corazón empezó a latirle muy fuerte ante la posibilidad de que fuera de Bryson. Recordó cómo la había felicitado la noche anterior... ¿Sería capaz su exmarido de hacer algo tan inapropiado y a la vez tan... romántico como enviarle flores por su cumpleaños?

—«¡Feliz cumpleaños para mi querida flor escocesa, que crece más bella cada año que pasa! Siento no haber pasado por la fiesta anoche, pero nos veremos pronto y te compensaré (no tires la orquídea por la ventana). Montañas de amor, J.» —leyó en voz alta. A pesar de su mal humor y de que seguía molesta con su agente porque no hubiera aparecido para apoyarla, sonrió ampliamente—. Es de Jonah.

—Es preciosa —afirmó Lucy—. Por cierto, ¿qué tal la fiesta? ¿Te divertiste?

—¿Tú qué crees?

—¿Hablaste con Cukor, al menos?

—Ni siquiera dijo bien mi nombre cuando le saludé.

Se puso de pie por fin y fue hacia el baño, aunque solo con la intención de lavarse la cara y los dientes. No iba a vestirse: pensaba meterse de nuevo en la cama en cuanto Lucy la dejara en paz.

—Bueno, pero ¿no intentaste conversar con él después de eso? —la oyó preguntar desde el dormitorio.

Maggie se secó la cara con la toalla y se miró en el espejo. Tenía ojeras y bolsas bajo los ojos y los labios pálidos; necesitaría una mascarilla de pepino y una gruesa capa de crema de belleza antes de pensar siquiera en salir de casa. Aunque, realmente, no tenía ningún motivo para salir...

—¿Para qué? —suspiró en respuesta a la pregunta de Lucy antes de empezar a cepillarse el pelo para terminar recogiéndoselo en una coleta—. No habría conseguido nada.

Salió del baño aún en camisón, pero se vio interceptada por Lucy, que la empujó de nuevo adentro.

—Habrías conseguido que por lo menos se aprendiera tu nombre para la próxima vez. Dúchate y maquíllate, ponte un vestido bonito y sal a dar un paseo o a tomar algo al Club de Campo. ¿O por qué no vas un rato a la playa? Estás muy pálida, no puedes pasarte encerrada

en Highland todo el tiempo, la gente tiene que verte de vez en cuando.

—A la gente le da igual verme o no —repuso amargamente.

—Odio cuando te pones así, Maggie, pero no voy a entrar en esa discusión. Te empeñas en cavar tu propia tumba, pero no permitiré que te entierres...

—¡Anoche fui a esa fiesta! —exclamó Maggie, perdiendo la paciencia y haciendo un movimiento brusco con el que derribó una pequeña pila de toallas—. ¿Qué más quieres? Os hice caso a ti y a Jonah y fui. Es muy fácil para vosotros mandarme hacer esto y aquello durante todo el día «por mi bien», pero mientras tanto os quedáis cómodamente en casa o pasándolo bien en otro sitio y no tenéis que aguantar ver a vuestro ex con su nueva pareja ni escuchar cómo esta presume delante de todos de lo bien que les va...

Lucy no se alteró lo más mínimo por su arrebato, sino que se quedó mirándola fijamente con perspicacia.

—¡Así que es eso! Por eso estás de tan mal humor.

—No sé qué quieres decir... Y no estoy de mal humor.

—Viste a Bryson y a Juniper —apuntó Lucy, directa y franca como siempre—. Y sigues sin superarlo.

Maggie se quedó estupefacta ante el comentario.

—Eso no es verdad —replicó con la voz temblando de rabia—. ¡No es verdad en absoluto! —Y cerró la puerta del baño con un sonoro portazo.

De acuerdo, quizá Lucy tuviera razón. No podía quedarse todo el día encerrada en Highland, lamentándose por pasar su cumpleaños sola y olvidada. Su asistente tenía cosas que hacer y Jonah, por muchas orquídeas que enviase, no iba a ir a su casa a animarla. Sus padres ya habían telefoneado desde Inverness y, con su llamada, las «celebraciones» habían finalizado.

A las cinco y media de la tarde, el Mercedes color perla de Maggie recorría Wilshire Boulevard con la capota subida. El sol ya no quemaba tanto como a mediodía, pero ella no quería arriesgarse. Una cosa era no estar «tan pálida», como decía Lucy, y otra sufrir

quemaduras de segundo grado en su desagradecido cutis escocés. No había planeado demasiado qué hacer. Desde luego, no pretendía tumbarse en bañador en la playa delante de todo el mundo, pero podía dar un paseo por el muelle de Santa Mónica, respirar el aire de mar y, tal vez, comprar algo bonito en una de esas pequeñas tiendas del paseo. No le apetecía conducir más lejos que eso ni estar en un lugar demasiado solitario.

Sin embargo, cuando aparcó lo más cerca posible del muelle y se acercó más a la playa, se arrepintió de haber elegido Santa Mónica: había demasiada gente por todas partes, demasiado alboroto y demasiada diversión. Y todo aquello, lejos de animarla, la irritó más. Suspiró, se ajustó el pañuelo de chifón que llevaba en torno a la cabeza y se puso las gafas de sol oscuras. No creía que nadie fuera a reconocerla, pero, si alguien lo hacía, quería que al menos pareciera que tenía miedo de que alguien la reconociera...

Se adentró en la larga pasarela de madera del muelle y paseó unos minutos entre niños que gritaban y corrían, puestos de helados, de caramelos, de patatas fritas y de perritos calientes, parejas enlazadas por el talle y jóvenes en bañador. Compró una Coca-Cola y se la bebió de pie mientras contemplaba a los niños más pequeños que daban vueltas montados en los caballitos del antiguo carrusel. Recordó haber estado allí con Bryson, recién llegada a Estados Unidos, cuando aún ni siquiera eran pareja, y lamentó aún más haber ido. Luego, se sentó en un banco que miraba hacia el sur: la zona que llamaban Muscle Beach. A Maggie le desagradaba profundamente, pero a la vez la fascinaba... Ver a esos musculosos hombres haciendo acrobacias y lanzándose por el aire de uno a otro a jovencitas bronceadas y risueñas como si fueran muñecas de goma resumía casi de forma perfecta todo lo que odiaba de Los Ángeles. A pesar de ello, los miró un buen rato. Uno de los hombres daba vueltas sobre sí mismo, de forma incansable, agarrado a dos barras paralelas que vibraban cada vez que hacía un giro. Otro levantaba a pulso a una chica en biquini que no dejaba de sonreír. La chica alzó las piernas para pasarlas por encima de los enormes hombros masculinos, el hombre la impulsó hacia atrás y ella dio una voltereta en el aire y aterrizó limpiamente sobre la arena, con la

misma sonrisa del principio. El corrillo de gente que los rodeaba aplaudió, pero Maggie solo pudo fruncir el ceño y parpadear, perpleja. ¿Cómo conseguían esas pieles perfectas y doradas, que brillaban de esa forma bajo el sol a causa del aceite bronceador y del sudor del ejercicio? ¿Cómo podían las chicas parecer tan femeninas y, a la vez, ser tan atléticas?

¡Tenían todos un aire tan saludable, tan vigoroso! Maggie se sentía exhausta solo con observarlos, y las emociones que despertaban en ella eran increíblemente contradictorias: los despreciaba y los envidiaba a la vez.

El corrillo de espectadores nunca se disolvía del todo, pues los que se retiraban eran sustituidos con rapidez por nuevos curiosos, pero, un poco más allá, a medio camino de la orilla, se había formado otra pequeña multitud, retenida por varias vallas portátiles enterradas en la arena. Al otro lado de las vallas un hombre desplegaba un trípode, y otro, arrodillado, rebuscaba en lo que parecía un maletín. Una mujer de mediana edad con otro maletín en la mano aguardaba junto a ellos. Aunque no distinguía bien los detalles, daba la impresión de que iba a comenzar una sesión fotográfica.

Sin tener nada mejor que hacer, se quedó mirando sentada en el banco hasta que una figura femenina con gafas de sol y envuelta en un albornoz amarillo traspasó los límites marcados por las vallas. Algo en la manera en que saludó a los presentes, los hizo reír y se despojó con naturalidad del albornoz encendió todas las alarmas de Maggie.

Se levantó del banco y miró alrededor. A la derecha, bastante cerca de donde estaba ella, había uno de esos artilugios para ver el paisaje a distancia que funcionaban con monedas. Rebuscó en el bolso hasta dar con una moneda de cinco centavos y se lanzó sobre el catalejo como una gaviota hambrienta sobre el dónut de un paseante incauto. Lo orientó hacia la dirección que le interesaba, pero no vio nada. Debía de estar desenfocado. Se dio cuenta de que aún tenía las gafas oscuras puestas y las subió a lo alto de su cabeza con impaciencia. Volvió a mirar.

Sí, allí estaba. Era Juniper, tal como había sospechado. Iba vestida con un traje de baño blanco sin tirantes que resaltaba su bronceado y

acentuaba sus curvas, y calzaba sandalias altas de cuña. La mujer del maletín estaba extendiendo polvos sobre sus mejillas con una brocha, aunque Maggie no veía que necesitara ese retoque. ¿Acaso se podía mejorar siquiera un poco aquel adorable cutis? ¿Todavía no se asemejaba lo suficiente a un tentador melocotón maduro? ¿Por qué se molestaban en maquillarla? Juniper estaría perfecta incluso emergiendo de una montaña de basura... Cuando la mujer se retiró, un hombres le dio unas indicaciones a Juniper mientras otro preparaba la cámara. La actriz se tumbó directamente sobre la arena, boca abajo, con la barbilla apoyada en las palmas de las manos, y dejó que la fotografiaran así. Al otro lado de la valla los curiosos sonreían con embeleso y algunos empezaban a suplicar autógrafos. Maggie no los podía oír, pero se imaginaba lo que decían.

Los siguientes minutos representaron una más de las pequeñas torturas que Maggie tenía que soportar a diario desde hacía meses. El fotógrafo continuó disparando su cámara mientras Juniper daba volteretas laterales, lanzaba al aire un balón a rayas inflable, reía con los brazos extendidos y coqueteaba con el objetivo y, en realidad, con todos los presentes. Cuando uno de los asiduos de Muscle Beach apareció y levantó entre risas a Juniper por encima de sus hombros, Maggie supo que ya tenía suficiente. Se apartó del catalejo y volvió a ponerse las gafas, momento en que se sintió algo mareada. Bryson, al menos, no la había acompañado. La posibilidad de que su exmarido hubiera estado en esos momentos con Juniper, contemplándola con admiración y amor mientras la fotografiaban, en tanto que Maggie estaba allí de pie en el muelle, pasando su cumpleaños sola y espiándola con un catalejo, oculta por su pañuelo y sus gafas de sol, le dio ganas de vomitar.

Cuando entró en casa, encontró a Lucy acabando de darle un baño a Skye. La perrita, que cuando estaba mojada parecía aún más diminuta, se escapó de un salto de los brazos de Lucy para ir a saludar a su dueña.

—¡Skye! —gritó la asistente—. ¡Aún no hemos acabado!

—Lucy, ya sabes que no es necesario que hagas esto... —Maggie cogió la toalla rosa de la perra y la envolvió con ella, frotándola con suavidad—. Cuidar de Skye no es parte de tu trabajo.

—Lo sé, pero me gusta. Cuando vivía en Boston mis padres nunca me permitieron tener una mascota. —Lucy se puso de pie y cogió otra toalla para secarse ella misma. Tenía toda la parte delantera del vestido mojada y llena de restos de jabón y pelos de perro—. ¿Te lo has pasado bien?

—Deja de preguntarme eso cada vez que vuelvo a casa. El día que me lo vuelva a pasar bien en esta ciudad, seré la primera en gritarlo desde los tejados...

—¿Qué ha ocurrido esta vez?

—Juniper. En la playa de Santa Mónica. Una sesión fotográfica. —Terminó de secar a Skye y la permitió salir del cuarto de baño—. Supongo que saldrá esta semana en todas las revistas. Será la nueva chica Hitchcock, la habrán nominado a un Oscar o algo así...

—Faltan meses para los Oscar. Y no creo que su último papel fuera demasiado bueno. No suelen nominar a protagonistas de comedias románticas como mejor actriz.

—Han nominado a Katharine Hepburn un montón de veces...

Lucy pareció quedarse sin saber qué responder. Se apartó el flequillo húmedo de la frente y lanzó a Maggie una mirada de reproche, el mismo tipo de mirada que le había dirigido Dorothy en la fiesta.

—Tienes que quitarte a Juniper de la cabeza. Estás obsesionada con ella.

—No estoy obsesionada. Solo quiero averiguar qué es lo que hace para tener tanto éxito desde que empezó y hacer yo lo mismo y...

—Oh, Maggie, no tienes que imitar a nadie. Tú eres perfecta tal como eres...

—Sí, claro —replicó con tono sarcástico al tiempo que salía del cuarto de baño, antes de dejarse caer de bruces en la cama—. Por eso estoy felizmente casada y no dejan de suplicarme que protagonice películas.

Lucy se plantó junto a la cama mucho más rápido de lo que

cualquier ser humano menos acostumbrado a las espantadas de Maggie podría.

—Ni hablar, levántate. Jonah ha telefoneado mientras estabas fuera...

—¿Y le has dado las gracias de mi parte por abandonarme anoche?

—Hemos quedado con él para cenar en Lawry's —siguió Lucy impertérrita—. Dentro de dos horas.

—¡Oh, Lucy! —gimió Maggie—. ¿No te parece que...?

—¿Que ya has hecho bastante? —acabó por ella—. No, no me lo parece. —Lucy entró en el vestidor y Maggie la perdió de vista, pero su voz continuaba escuchándose desde dentro, obstinada, inagotable —. No creo que hayas hecho nada desde hace tiempo, la verdad. Nada más que quejarte, beber whisky y hacerte la víctima.

Maggie supo que estaba irremediablemente abocada a asistir a esa cena en Lawry's con Jonah y Lucy y se levantó de mala gana. Se asomó al vestidor, donde la joven asistente rebuscaba entre los vestidos colgados del perchero.

—Jonah me ha dicho que nada de negro esta vez. La verdad es que parece que estés guardando luto por alguien... Quiere que vayas de rojo o de algún otro color llamativo.

—¿Cómo sabe que anoche iba de negro?

—Me lo ha preguntado. Dice que no debería habértelo permitido. — Sacó un vestido azul zafiro, de un color parecido al de los ojos de Maggie, de falda amplia, corpiño ajustado y escote en pico, y se lo ofreció—. El azul te favorece. Píntate los labios de un rojo vivo y ponte colorete, ahora estás casi más pálida que esta mañana. Si Jonah te ve tal y como estás en este momento, renunciará a ser tu agente.

—Tampoco es que me esté ayudando demasiado.

—Quiere tener una charla seria contigo... Todo lo seria que pueda ser una charla con Jonah, por supuesto.

Maggie pensó en algo que pudiera responder a eso, pero se rindió. Se sentía agotada psicológicamente, con la cabeza demasiado embotada por tanto discutir consigo misma como para discutir con otra persona. Así que asintió en silencio con la cabeza como una niña aceptando una regañina, cogió el vestido azul y empezó a elegir unos

zapatos que hicieran juego. Por muy pesados que fuesen Jonah y Lucy, iba a tener que hacerles caso. Después de todo, eran los dos únicos amigos que tenía en Los Ángeles.

Maggie era consciente de la razón por la que Jonah había elegido Lawry's: su comida era lo más parecido a la comida británica que se podía encontrar en Los Ángeles y sabía que ella no desperdiciaría ninguna oportunidad para hacer algo remotamente relacionado con su país. Cuando acompañaron a Lucy y a ella a una discreta mesa situada en un extremo de la gran sala decorada en tonos verdosos, Jonah ya estaba sentado. Aunque solo tenía un cóctel frente a él, ya parecía estar preparándose para el banquete que pediría: se había desabrochado la chaqueta de cuadros, que apenas podía contener su corpulencia, y había aflojado la llamativa corbata color verde lima a juego con el pañuelo que le asomaba del bolsillo. Su pelo rizado, que intentaba controlar con todo tipo de productos capilares, brillaba bajo las lámparas del local. Se levantó en cuanto las vio junto a la mesa y abrazó a Maggie como si hiciera meses que no la viera, aunque solo habían transcurrido un par de semanas desde su último encuentro.

—¡Mi adorable rosa escocesa! ¡Feliz cumpleaños! —exclamó en un tono demasiado alto para el gusto de Maggie, al tiempo que le apartaba la silla para que se sentara junto a él.

—Eso era lo que decías en la tarjeta con que acompañaste la orquídea —repuso Maggie, tomando asiento y mirando nerviosa a su alrededor. Por supuesto, nadie los miraba a ellos. Todos los comensales cercanos estaban enfrascados en sus conversaciones y en el contenido de sus platos.

—¿Te gustó? Me costó decidirme entre la orquídea o un ramo de rosas. Pero las rosas me parecieron muy... de amante. ¡Lo cual, por desgracia, no soy!

Maggie sonrió. A Jonah le gustaba bromear y dedicarle todo tipo de comentarios aduladores, pero casi todos sus amigos y conocidos sabían que, en la actualidad, no sentía ningún interés sexual por ninguna mujer. Había estado casado hacía años, pero tras un doloroso

divorcio, se entregó a una sucesión de aventuras —unas más discretas que otras— con los hombres más atractivos de Hollywood que se prestaron a ello. En esos momentos, disfrutaba de una relación no del todo secreta con un diseñador de vestuario mientras pasaba un fin de semana de cada dos con su hija de nueve años, Jen.

—Maggie está un poco molesta contigo porque no apareciste anoche en la fiesta de Cukor —comentó Lucy. Se quitó los guantes blancos y se puso las gafas de ver antes de desplegar el menú ante ella.

—Lo siento muchísimo —se disculpó Jonah, aunque no parecía demasiado compungido—. Me fue absolutamente imposible escaparme. ¿Hablaste con Cukor?

—No. Fue un horror, Jonah. Y, para colmo, Juniper también estaba allí, presumiendo de que iba a tener una reunión muy importante con Hitchcock esta misma mañana. Supongo que será la protagonista de *Vértigo*, porque por la tarde estaba en Santa Mónica, haciéndose una sesión de fotos en medio de la playa...

—Oh, pequeña, ¿es que ahora trabajas como espía? ¿Sigues a Juniper allá donde va?

Maggie dejó caer su menú sobre el mantel blanco y lo miró indignada.

—¡No la estaba siguiendo! Me enteré de lo de Hitchcock cuando coincidimos en el tocador, en la casa de Cukor. Y esta tarde yo solo intentaba airearme un poco, siguiendo vuestro consejo, por cierto, y dio la terrible, lamentable, asquerosa casualidad de que...

—¡Tranquila, tranquila! Solo bromeaba. Respira hondo, cielo. —Jonah guardó silencio cuando el camarero se aproximó para tomarles nota y los tres se concentraron en elegir la cena.

La verdad era que había poco donde escoger, pues Lawry's estaba especializado en las costillas de ternera. Aquel local se había hecho famoso por sus tiernos cortes de carne, así como por la original forma en que los servían: un camarero uniformado arrastraba un carrito plateado a cada mesa, cubierto por una pequeña cúpula, bajo la cual se cocinaba la carne exactamente en el punto que cada cliente deseara. Maggie y Jonah habían cenado incontables veces allí y, a pesar de ello, los camareros solo parecían recordar a Jonah. Este pidió

el vino blanco de siempre y después se dirigió de nuevo a ella con un tono más serio y, al mismo tiempo, más amable.

—Olvídate del asunto de Hitchcock. Sé que no le va a dar el papel a Juniper.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Lucy, guardando de nuevo las gafas en el bolso.

Jonah alzó sus redondos ojos pardos al decorado techo del restaurante en un gesto de exagerada impaciencia.

—¿De verdad creéis que Juniper encaja en el perfil de actriz que suele utilizar Hitchcock? —Vació su copa de un trago y continuó—: Ya que estás tan pendiente de ella, Maggie, dime: ¿acaso te parece rubia, gélida y elegante? ¡Pero si es todo lo contrario! Una morenita fogosa, un volcán en erupción, un...

—De acuerdo, no sigas —lo interrumpió Maggie sin saber si reír o molestarse. Al final optó por sonreír. ¡Qué tonta había sido al creer las ostentaciones de Juniper! Una placentera sensación empezaba a invadirla—. ¡Esa chica es tan absurda...! En realidad, todos sabemos que el papel es para Vera Miles. Este mismo año ha firmado un contrato de cinco años con él, así que era lo lógico.

—No, querida, tampoco se lo va a dar ella. Resulta que la señorita Miles está embarazada.

Lucy cogió del brazo a Jonah, con los ojos tan brillantes de excitación como estaban los de Maggie después de escuchar aquello.

—¿Entonces Maggie tiene posibilidades? ¡Ella es la rubia más gélida que existe!

—¡Lucy! —se quejó Maggie a pesar de estar en el fondo encantada.

—No, no, chicas, tranquilizaos —dijo Jonah. El camarero se acercaba ya con el carrito de la carne, así que solo le dio tiempo a murmurar—: Kim Novak.

—Oh —musitó Lucy con un mohín.

—Maldita sea —siseó Maggie con menos delicadeza.

Abandonaron el tema mientras el camarero servía tres platos con chuletas, espinacas a la crema, puré de patatas e incluso pudin de Yorkshire. Maggie se animó un poco al probar el pudin y, durante un breve instante, pudo imaginarse que estaba en el comedor de su tío

Bobby, en Londres. Últimamente pensaba mucho en todo lo que había dejado al otro lado del charco.

—Bueno, Maggie, pasemos a lo que nos interesa de verdad —dijo Jonah una vez dio cuenta de la mitad de su plato—. Aún no me han dicho nada acerca del resultado de la prueba que hiciste el otro día. ¿Te han llamado a ti directamente?

—No sé nada tampoco.

La prueba era para el papel protagonista en un melodrama muy del estilo de Maggie: joven viuda de guerra, con dos niños pequeños, que se ve forzada a dejar su apartamento por no poder pagar el alquiler y que trata de sobrevivir con la ayuda de un periodista del que se enamora..., hasta que su marido muerto reaparece un buen día y su corazón se ve dividido entre ambos. Tras hacer la prueba se había marchado muy contenta, segura de que le darían el papel, pero los días pasaban y nadie se ponía en contacto con ella. Ni con Jonah, al parecer. No era buena señal.

Jonah levantó las cejas y se dedicó a cortar carne, masticar y tragar durante un rato, indicio de que tampoco él estaba muy esperanzado.

—Tenemos que dar un giro a todo esto —afirmó de pronto. Las dos mujeres dejaron de comer para prestarle atención—. No podemos continuar así, Magg.

Ella dejó los cubiertos sobre el plato.

—¿Y qué quieres que haga, Jonah? —Intentaba mantener un tono de voz calmado, pero le daba la impresión de que había llegado el momento de los reproches y nada la irritaba más que eso. Como si ella tuviera la culpa de que todo fuera mal, cuando el trabajo de Jonah consistía justo en conseguirle papeles y en cuidar su imagen—. Ya se lo he dicho esta mañana a Lucy: voy a las fiestas que me decís, a todas las pruebas de las que me avisas, sonrío y me muestro amable si alguien me reconoce por la calle...

—¿Es que alguien te reconoce por la calle? —preguntó Jonah con un deje de compasión—. Tenemos que cambiar la imagen que la gente tiene de ti, tanto dentro del *show business* como fuera.

—¿Cuál es esa imagen? —quiso saber ella, aunque ya se lo imaginaba. Pero quería oírselo decir a Jonah.

—De actriz sin ningún impulso ni ambición, que ha permitido que su chispa se apague porque le importa más que su exmarido esté con Juniper Gale que cualquier otra cosa.

—¡Eso no es cierto!

—Sí lo es —intervino Lucy, y deslizó sus serenos pero sagaces ojos de la cara encrespada de Maggie a la de Jonah—. Hoy he tenido todo el rato la impresión de que lo que más le disgustó de la fiesta de anoche no fue que Cukor la ignorara, sino encontrarse a Bryson con Juniper.

—Me lo creo —repuso Jonah, y le hizo un gesto al camarero para que le sirviera más puré de patatas.

—Admito que puedo sentir cierta envidia en determinados momentos por lo bien que va siempre la carrera de Juniper, pero no querría volver a estar con ese borracho egocéntrico ni a cambio de todos los papeles de Hitchcock. Se lo puede quedar ella para siempre.

—Entonces, hazme el favor de empezar a cambiar de actitud. En adelante, no quiero nada de vestidos negros, nada de caras largas y nada de miradas lánguidas en las fiestas, porque, aunque anoche no estuve para vigilarte, te puedo imaginar perfectamente. Quiero más alegría californiana y menos melancolía escocesa al borde del acantilado, no sé si me explico. Y si no lo sientes así, lo finges: para eso eres actriz. —Jonah volvió a llamar al camarero para que se acercara a la mesa—: Llévese los platos y traiga una primera botella de champán. Tenemos un cumpleaños que celebrar y lo vamos a hacer a lo grande.

Por alguna razón, la cena en Lawry's tuvo el efecto de mejorar un poco el estado de ánimo de Maggie. Durante los dos días siguientes, trató de relajarse y de tomarse las cosas con calma y se propuso que, en cuanto se viera con fuerzas, empezaría a seguir de verdad las indicaciones de Jonah.

El jueves era el día libre de Lucy (aunque desde el principio Maggie la había animado a tomarse una tarde de descanso siempre que lo necesitara), por lo que se encontraba sola en la casa. Ya estaba harta

de todos aquellos días en los que solo había estado en su dormitorio, había preparado una tetera y se había instalado en el salón con Skye, enroscada sobre sí misma encima de un cojín a cuadros del sofá.

El álbum «Black Coffee» de Peggy Lee sonaba en el tocadiscos y Maggie canturreaba por lo bajo *I've got You Under My Skin* mientras terminaba de pintarse las uñas de rojo. No tenía mala voz, pensó. Quizá debería probar suerte en los musicales. Podría trasladarse a Nueva York, actuar en Broadway todas las noches y alejarse así de los horrores de Los Ángeles para siempre, pero sin que pareciera que se había rendido. Se propuso hablar con Jonah de la posibilidad de tomar clases de baile y cerró el frasquito de esmalte. Aunque las uñas de las manos ya se le habían secado, las de los pies todavía no. Los apoyó en el escabel y se recostó en el sofá. Tuvo el impulso de coger a Skye y colocarla sobre su regazo para acariciar su sedoso pelo, pero estaba plácidamente dormida y no quiso molestarla.

Se fijó en que todavía no había leído *Life*. Lucy se encargaba de comprar con regularidad un variado ramillete de publicaciones —*Life*, *Look*, *Photoplay*, *Reader's Digest*—, tanto para mantenerse informadas como para estar al día de cualquier asunto relacionado con el cine que pudiera interesar a Maggie. Cogió la revista sin mover los pies del escabel y terminó la taza de té antes de abrirla por la primera página. Skye abrió los ojos al oír el crujido del papel y recorrió con torpeza el mullido sofá para acercarse a Maggie como si a ella también le interesaran los reportajes. Maggie empezó a acariciarla detrás de las orejas con una mano, mientras que con la otra pasaba las páginas. Leyó por encima un largo artículo sobre el descubrimiento de unos hongos que, al parecer, producían extrañas visiones. Estaba segura de que Bryson ya los habría descubierto mucho antes que la pareja que decía haber sido la primera en participar en esa ceremonia indígena... Se preguntó quién querría (aparte de su exmarido) tener esas febriles alucinaciones. ¿No tenían suficiente con las escenas que la realidad te ponía delante de los ojos? ¿O se trataba precisamente de eso, de huir de la realidad? Maggie jamás había probado ninguna droga (bueno, sí, sus píldoras para dormir) y ni siquiera había fumado un solo cigarrillo. Si las cosas no cambiaban pronto, quizá debería empezar a

planteárselo...

Pasó varias páginas más sin detenerse demasiado hasta que se encontró cara a cara con Juniper, tumbada en la arena de la playa de Santa Mónica. Había llegado a la sección de celebridades y la señorita Juniper Gale era la elegida de esa semana. Contempló su rostro y su cuerpo un rato, no tanto buscando detalles que criticar sino admirando en silencio la naturalidad que mostraba al posar y la auténtica alegría que irradiaban su sonrisa y sus ojos oscuros. Leyó el recuadro con la breve reseña biográfica de la actriz, que habían aderezado con lo que denominaban «algunas curiosidades»: había nacido en Jacksonville, Florida, hacía veintisiete años; su casa disponía de uno de los mayores vestidores de Hollywood; llevaba actuando desde los once años; se había casado y divorciado dos veces; sus bebidas favoritas eran el vino tinto y el tequila; no comía carne y su principal afición consistía en broncearse en la playa o en la piscina.

—Fascinante —murmuró Maggie con sarcasmo para sí misma.

Empezó a leer el texto principal buscando la confirmación de que Juniper no iba a protagonizar *Vértigo*, pero lo que encontró en lugar de eso la dejó helada:

«Aunque es casi seguro que conservará su nombre de soltera para no generar confusión en los créditos de sus películas, en realidad deberíamos referirnos a la bella actriz como "señora Mallory", ya que fuentes fidedignas del mundo del espectáculo nos han confirmado que la señorita Gale se habría casado en secreto con el actor Bryson Mallory a bordo de un velero, hace muy pocos días».

Se quedó mirando fijamente las palabras impresas hasta que se desdibujaron frente a sus ojos y perdieron todo el sentido. Había sucedido. Bryson se había vuelto a casar. Era algo que nunca había imaginado, mucho menos que ocurriera tan pronto. Hasta el momento, después de miles de horas de reflexión sobre las causas de su fracaso matrimonial, había estado segura de que Bryson se había casado con ella en un arrebato de enamoramiento y que enseguida se había percatado de que no estaba hecho para el matrimonio. Por eso habían roto, ¿no? No se trataba de que no quisiera estar casado con ella, sino de que no podía permanecer casado con nadie. Él nunca

había dicho eso, pero Maggie lo había deducido: su personalidad ligeramente egocéntrica, sus ansias de libertad, sus problemas para contraer un compromiso real con otra persona y, en un contexto más práctico, su excesiva afición a la bebida y sus dificultades para mantener un mínimo de orden en la vida doméstica... Esas eran las razones por las que Maggie pensaba que se había separado de ella. No había sido por su culpa. No era que no la amara. Se trataba, simplemente, de que no había nacido para ser esposo. Sin embargo, todas esas convicciones acababan de estallar en mil pedazos, porque resultaba que sí quería ser esposo, pero no su esposo...

Apartó la revista y cogió a Skye para acomodarla en su regazo. De pronto Maggie había empezado a temblar y el calor de la perrita la reconfortaba un poco. Miró hacia las ventanas para comprobar si había alguna abierta; aunque estaban en mayo, a veces corría una brisa fresca que enfriaba el ambiente. Estaban todas cerradas. Se levantó y fue a la cocina con Skye en brazos y se las ingenió para seguir sosteniéndola mientras se preparaba más té. ¿Por qué tenía tanto frío de repente?

«Pero en caso de que yo tuviera razón y fuera cierto que no podía ser un buen marido, entonces es aún peor —siguió reflexionando mientras se calentaba el agua—, porque eso significa que está tan enamorado de Juniper que se le ha olvidado por completo su incapacidad para el matrimonio...». Sacó la caja del té de la despensa y metió una bolsita en la taza. Aunque a ella no le importaba que estuviera enamorado de otra, por supuesto... Lo que le molestaba era que, ahora que había aparecido la noticia de su boda secreta, toda la atención recaería una vez más en ellos, justo cuando se había propuesto cambiar de actitud y trabajar de verdad para salir de su crisis profesional. Nada de lo que hiciera a partir de ahora serviría en absoluto.

La tetera silbó justo en el mismo momento en que sonó el teléfono. Dejó a Skye en el suelo para descolgar.

—¿Diga?

Al otro lado de la línea, una voz femenina y educada preguntó:

—¿Podría hablar con la señorita McEvers, por favor?

—Soy yo.

—Oh, señorita McEvers, buenas tardes. La llamo de parte del señor Hobbson. Me ha encargado que le transmita su gratitud por acudir a la prueba de la semana pasada, pero lamentablemente el papel no podrá ser para usted. Lo sentimos mucho, pero...

Maggie tragó saliva y contestó con rapidez, antes de que las disculpas se alargaran demasiado. No quería oír explicaciones ni motivos.

—No importa, gracias por llamar. —Y colgó el auricular con suavidad.

Cruzó una mirada con Skye, que esperaba muy quieta, sentada en el suelo, y volvió a la cocina para llenar la taza. No le gustaba que el té quedara demasiado fuerte, así que dejó la bolsita solo unos segundos antes de sacarla y tirarla al cubo de la basura. Su tío Bobby clamaría al cielo y la mataría a ella por ultrajar así la tradición británica del té, pero aun así ella lo endulzó con una cucharadita de miel y volvió al salón con la taza humeante. De camino se fijó en que el ficus que adornaba el rincón parecía un poco seco. Extendió el brazo libre para comprobar la tierra y el movimiento la desequilibró, provocando que inclinara la taza sin querer. Un poco de té hirviente le abrasó el dorso de la mano. Maggie lanzó una exclamación de dolor y volvió a la cocina para poner la mano bajo el grifo de agua fría. Después regresó al sofá con la taza, la dejó con cuidado sobre la mesita de café, enterró la cabeza entre las manos y se echó a llorar.

# 4

Tres horas después, Maggie consiguió reunir las fuerzas necesarias para trasladarse del salón al dormitorio. Antes de subir la escalera, se vendó de forma precaria la mano que se había quemado y con la otra cogió la botella de Macallan. Más tazas de té no solucionarían nada... Sabía que el whisky tampoco lo haría, pero por lo menos la aturdiría unas horas.

Se dejó caer en la cama junto a Skye y bebió unos sorbos directamente de la botella. Estaba haciendo lo mismo de lo que siempre había acusado a Bryson: evadirse de sus problemas con el alcohol, pero le daba igual. ¿Quién iba a enterarse? Y, más importante aún, ¿quién podría reprochárselo? No había logrado el papel y su exmarido se había casado con la mujer por la que la había dejado a ella. Si aquel no era un buen momento para beber, ¿cuál sería entonces? Al estar reclinada, se atragantó con el último trago y tosió con violencia, alarmando a Skye. La venda mal ajustada se le desprendió; tiró de ella impacientemente para quitársela del todo, haciéndose más daño, y la dejó en la mesilla junto a la orquídea de Jonah y el frasco vacío de somníferos. Como el más vergonzoso de sus secretos, en el fondo del cajón residía la última foto que se había hecho con Bryson, durante su luna de miel. El camarero de un restaurante de Carmel donde habían cenado una noche había estado encantado de sacarles la foto y ellos se lo habían recompensado prometiéndole que le enviarían una copia autografiada por correo en cuanto revelaran el carrete. No recordaba si al final se habían acordado de enviarla, solo sabía que en aquel momento se había sentido tan feliz que su única preocupación consistía en la posibilidad de que todo aquello terminase algún día, lo cual era exactamente lo que había sucedido.

Deslizó la fotografía bajo la almohada, bebió otro trago de whisky y

cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, algo dentro de su cabeza palpitaba dolorosamente y la mano aún le ardía. Debía de haberse quedado dormida y tenía esa desagradable sensación de no saber si habían transcurrido diez minutos o cinco horas... Sí que recordaba con total claridad todo lo ocurrido, de modo que los únicos efectos del whisky habían sido más ganas de dormir y dolor de cabeza.

Se incorporó hasta quedarse sentada en la cama. La luz había declinado bastante, calculó que debían de ser las ocho de la tarde. Skye ya no estaba con ella. Escuchó ruidos en el vestíbulo y comprendió que Lucy acababa de llegar a casa y que la perrita había bajado para recibirla. Esperó inmóvil a que la joven entrara en su dormitorio y, cuando lo hizo, se vio reflejada en la expresión compasiva que asomó a su rostro al verla ahí, despeinada, llorosa y con la fotografía a su lado en la cama.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Lucy apresurándose a ir hacia ella.

Sin poder controlarse, se echó a llorar otra vez. Lucy se sentó a su lado y la acogió entre sus brazos, acariciándole el pelo y la espalda mientras sollozaba.

—Se ha casado con Juniper... Y no me han dado el papel... —farfulló Maggie contra la pechera de la blusa azul de Lucy.

—Cariño, no te entiendo nada. —Lucy sacó un pañuelo del bolsillo de su falda y se lo ofreció a Maggie, pero, como no lo cogió, terminó por secarle ella misma las lágrimas. Sin embargo, el gesto resultaba inútil, pues era completamente incapaz de parar de llorar—. ¡Maggie, por favor, por favor, tranquilízate un poco y dime qué ha pasado! Y después, si quieres, sigues llorando...

La necesidad de compartir con Lucy lo ocurrido consiguió que se calmara lo suficiente para poder contárselo de manera inteligible y, cuando al fin ella lo entendió, continuó abrazándola y dijo con tono comprensivo pero sensato:

—Siento que no te hayan dado el papel, pero estoy segura de que la próxima prueba a la que te presentes será un éxito. Y, en cuanto a Bryson y Juniper, bueno, sabías que era algo que podía ocurrir en cualquier momento...

Maggie lo sabía y ahora se daba cuenta de que lo había estado

temiendo desde hacía tiempo. En su interior se abrieron unas compuertas que dieron paso a un torrente de emociones aterradoras: ira, frustración, dolor, humillación, celos... y pánico. El torrente la inundó, barriendo cualquier atisbo de control y de estabilidad o equilibrio que pudiera quedarle. Volvió a temblar como le había ocurrido en el salón, pero con mayor violencia, y el nudo que tenía en el estómago y en la garganta desde que se había enterado de las dos noticias se desató del todo. Maggie lanzó un grito de pura rabia, el aullido de un animal malherido, rompió la foto en pedazos, agarró el primer objeto que vio, que resultó ser la maceta con la orquídea, y la lanzó contra la pared opuesta. Por último, se tumbó boca abajo en la cama, aferrando con fuerza la almohada, y volvió a echarse a llorar con sollozos desesperados.

Un rato después, cuando su arrebato se había calmado un poco y la marea de dolor se había extendido lo suficiente para que sus efectos empezaran a extinguirse, se levantó de la cama y, sujetándose a los muebles del dormitorio, consiguió llegar a la puerta. Lucy había salido de la habitación en algún momento, pero la oyó hablando por teléfono en su despacho. Por el tono y las palabras, dedujo que hablaba con Jonah.

—Me temo que es una crisis de nervios... No, no «una crisis más de las suyas», hablo de una crisis nerviosa auténtica... Ahora está sola, sí, pensé que sería mejor dejar que se calmara... ¡No creo que vaya a hacerse daño a sí misma, por amor de Dios, no está tan mal...! Sí, entraré ahora a verla... ¡Fue lo primero que miré, obviamente, pero no le quedan! Si pudieras conseguirnos otro frasco lo antes posible y hacer que alguien nos lo traiga a Highland... Yo no me atrevo a dejarla sola en casa otra vez. De acuerdo, se lo diré. Esperaremos a que vuelvas a llamar. Gracias.

Maggie retrocedió hasta el cuarto de baño y se lavó la cara con agua fría. Tenía el rostro muy rojo, los ojos y la nariz hinchados y el pelo alborotado, y empezó a desenredárselo con el peine mientras aguardaba a que Lucy volviera. Esta se asomó por la puerta del baño

justo cuando Maggie se aplicaba un poco de agua de colonia en el cuello y en las manos.

—¿Te encuentras mejor?

Ella se encogió de hombros. Se sentía un poco avergonzada por su arrebato, pero si había alguien en el mundo ante quien pudiera pasar por esa vergüenza, ese alguien era Lucy. Volvieron al dormitorio. Maggie se dejó caer en la butaca, presa de un repentino agotamiento extremo.

—He hablado con Jonah. Me ha dicho que te llamará pronto y que no te preocupes por nada. —Lucy esbozó una sonrisa llena de confianza, cogió del brazo a Maggie para que se levantara y la condujo de nuevo a la cama. Ella se dejó llevar con mansedumbre y permitió que la arropara y la besara en la frente—. Descansa, querida, nosotros cuidaremos de ti.

Efectivamente, el timbre sonó poco tiempo después y Lucy subió enseguida con un nuevo frasco de tranquilizantes. Maggie tomó dos píldoras con un vaso de leche caliente y se sumergió en las profundidades de un sueño consolador que duró hasta bien entrado el día siguiente, cuando Lucy la despertó con el desayuno. Era conmovedora la forma en que la cuidaba y la expresión preocupada que trataba de esconder tras su fachada de alegre sensatez. Solo por eso, Maggie se esforzó por recuperarse de su «crisis de nervios» y se levantó para ducharse, vestirse y dar un paseo con Skye.

Cuando regresaron, Lucy la llamó desde el piso de arriba.

—¡Es Jonah, al teléfono!

Subió la escalera y cogió el auricular que le tendía.

—¿Puedes venir a verme al despacho? Tenemos que hablar —le dijo con voz suave pero más seria de lo habitual en él.

Un nuevo temor asaltó a Maggie. ¿Y si Jonah renunciaba a ser su agente? Supo que tenía que sobreponerse cuanto antes y evitar futuras crisis emocionales antes de que fuera tarde y tanto Lucy como él la abandonaran, igual que había hecho Bryson ya. Respiró hondo y murmuró:

—Estaré allí en menos de una hora.

Lo primero que una persona veía al entrar en el despacho de Jonah era la gran fotografía enmarcada de su hija Jen, rodeada de sus dibujos, calificaciones escolares y tarjetas de felicitación hechas en clase. Jonah era un hombre ocupado y su vida podía ser un caos en algunos aspectos, pero adoraba a su hija y procuraba rodearse de recuerdos suyos en el lugar donde pasaba la mayor parte del tiempo: su despacho.

Lo segundo que más llamaba la atención era la pequeña barra de bar que había conseguido encajar sin que pareciera demasiado extravagante. Aquella barra estaba confeccionada con la misma madera que el escritorio. Los dos taburetes de terciopelo hacían juego con la silla de oficina giratoria. Maggie se sentó directamente en uno de ellos y dirigió a su agente una mirada desfallecida a través de las gafas de sol.

—Una copa, Jonah. Por favor —le suplicó en lugar de forzar cualquier tipo de saludo. Estaba demasiado destrozada como para ser cortés con alguien con quien ya tenía confianza.

Jonah, sentado a su mesa, alzó las manos con las palmas hacia arriba en un gesto de resignación y se levantó para acercarse a ella. Desapareció un momento de su vista mientras rebuscaba en los armaritos bajos del otro lado de la barra, pero en cuanto empezó a colocar botellas y copas en la superficie, dijo:

—Te prepararé un martini, pero solo porque ya es más de mediodía y te noto la desesperación en la voz.

—No me gusta el martini, nunca me ha gustado. Bryson siempre intentaba que... —Se detuvo. Era demasiado orgullosa como para ponerse a contarle a Jonah los pequeños detalles de su relación con Bryson y mucho menos en aquel momento—. ¿Tienes ginebra y tónica?

—Eres británica hasta cuando bebes —sonrió Jonah, y empezó a prepararle la bebida—. ¿No vas a quitarte las gafas?

Hizo la pregunta sin mirarla, y con un tono tan cálido que Maggie estuvo segura de que sabía perfectamente por qué las llevaba puestas en el interior. No tenía sentido, por tanto, seguir llevándolas. Se las quitó y cruzó la mirada con él. No se molestó en bajar los ojos para

ocultar lo rojos que los tenía por el llanto ni intentó esconder las ojeras que había debajo. Buscó lástima en la expresión de Jonah, pero solo halló comprensión y simpatía.

—¿Es porque no te han dado el papel o por lo otro? —Deslizó la copa por la superficie de la barra hasta dejarla a su alcance—. ¿O por ambos motivos?

—¿Qué quieres decir con «lo otro»?

—Ya sabes a qué me refiero.

Fue de nuevo hacia su escritorio y movió unos cuantos papeles hasta sacar la revista *Life*. La agitó en el aire para mostrársela.

—¿Creías que no lo había leído? Además, Lucy me lo contó por teléfono.

De forma inesperada, los rasgos de Maggie se contrajeron y se echó a llorar sobre el gin-tonic sin poder evitarlo, tapándose la cara con las manos. Se sentía más patética que nunca, pero era incapaz de controlarse. Notó la enorme mano de Jonah sobre su hombro.

—Es mentira, Maggie.

Apartó las manos de su rostro, sin saber si había oído bien.

—¿Qué?

Jonah suspiró y solo en ese momento Maggie empezó a darse cuenta de que, quizá, su agente estaba tan agotado como ella misma de sus crisis emocionales.

—No se han casado. Me lo ha dicho Hedda Hoopper; la llamé en cuanto lo leí para preguntarle si era cierto, y me dijo que no. Ya sabes que ella y yo no somos precisamente buenos amigos... Es una arpía intrigante que ha destrozado la carrera de decenas de actores, pero sabe qué rumores son ciertos y cuáles falsos, aunque muchas veces se aproveche de ello...

Maggie no le escuchaba del todo. Se había quedado con el «No se han casado», lo demás le daba igual. Aun así, un pequeño reducto de fiereza y altivez pugnaba por hacerse más poderoso desde el fondo del campo de batalla que era su corazón.

—¡Bryson puede hacer lo que quiera! ¡Me da igual que se case con Juniper, espero que eso esté claro!

—Sí. Sí, por supuesto que está claro —replicó Jonah suavemente—.

Es evidente que ya has pasado página y que no te importa en absoluto la vida amorosa de tu exmarido.

—¡Oh, Jonah! —exclamó ella, irritada, y volvió a sollozar.

Estaba harta de todo aquello. De sentirse desplazada, sola e ignorada. De luchar por controlar sus emociones durante días y luego permitirse aquellos arranques y entonces no saber cómo parar. De que todo el mundo avanzara en sus vidas y ella siguiera en aquel limbo, en esa niebla blanca y espesa que la separaba de los demás.

Cuando se tranquilizó un poco, sacó un pañuelo y la polvera de su bolso y se dedicó a arreglar el destrozo mientras Jonah se servía a sí mismo otro gin-tonic. Guardaron silencio los dos minutos que le costó a Maggie borrar los rastros de las lágrimas y después preguntó con una voz que le sonó demasiado lastimera, como de gatito recién nacido:

—Entonces ¿no se han casado?

—No. —Jonah sacó su pitillera y se sentó en el otro taburete, junto a ella. A Maggie le encantaba que su relación profesional estuviera tan unida a su relación personal como para poder hablar dentro de su despacho sentados a la barra en lugar de a la mesa. Encendió un cigarro—. Pero dime la verdad, Magg. Yo la sé, pero quiero oírtela decir a ti. Te había destrozado, ¿verdad?

Ella dio un largo sorbo a su copa antes de contestar. La ginebra le daba fuerzas y la tónica era refrescante y deliciosamente amarga.

—Sí —confesó. Percibió la mirada punzante de Jonah a través de la pequeña nube que este había formado al fumar y se apresuró a añadir —: No, no deseo volver con Bryson, es solo que...

—Está bien, está bien, te comprendo —la cortó—. No hace falta que digas más. En realidad, te he llamado para hablar de otro asunto más importante, aunque está relacionado.

Jonah volvió a su escritorio y llevó a la barra unas cuantas hojas sueltas y una pluma estilográfica negra y dorada que dispuso entre los dos. Las hojas estaban llenas de anotaciones desordenadas, fechas, borrones y párrafos resaltados con un círculo alrededor o tachados con una gran cruz. Maggie no consiguió descifrar más que algunas palabras sueltas sin sentido y esperó a que Jonah empezara a

explicarse. Su agente se encaramó de nuevo al taburete y le dedicó una amplia sonrisa.

—Maggie, tengo el honor de presentarte nuestro plan maestro. «El Plan Maestro del Gran Jonah», podríamos llamarlo.

Las delicadas cejas de Maggie se alzaron en un gesto de escepticismo.

—Sorpréndeme.

—Ya te hablé en Lawry's de lo urgente que empieza a ser que cambiemos tu imagen —comenzó Jonah un poco más serio—. Y no me refiero a tu aspecto, que, salvo por tu nefasta afición a los vestidos negros y a las lágrimas, es exquisito, sino a la imagen que tiene la gente de ti. Si hiciera una encuesta, estoy convencido de que nueve de cada diez personas dirían que sienten compasión por ti, y no es eso lo que deben sentir, sino admiración. Deben desear ser como tú, contemplarte fascinados; no ofrecerte un pañuelo y una copa. Cuando una persona da la impresión de estar perdida, de haber aceptado su fracaso, acaba por no atraer otra cosa que más fracasos.

—¡Yo no he aceptado mi fracaso!

—Quizá no, pero esa es la impresión que das... Sola, sin integrarte de verdad en Hollywood, con este lamentable parón en tu carrera, mientras Bryson y Juniper obtienen el favor de la crítica y del mundo en general, hacen una película tras otra y protagonizan titulares en las revistas. Lo más llamativo es que parece que no dejan de divertirse ni un momento, ¿verdad? —Maggie asintió en este punto, porque era justo lo que siempre pensaba de ellos cuando los veía, pero dejó que continuara hablando—. Y, cuanto más se divierten, mejor les va. Es como un círculo vicioso. —Jonah dio otro trago a su copa y añadió—: Estamos de acuerdo en que a ti te pasa justo lo contrario, ¿no?

—Supongo que sí —admitió ella.

—Bien, pues eso es lo que tenemos que cambiar. Tenemos que hacer que el mundo vuelva a verte como el centro de atención, como una mujer deslumbrante y feliz a la que todo le va de maravilla.

Maggie emitió una corta risita hecha a partes iguales de cinismo y amargura.

—¿Y cómo vamos a producir semejante milagro?

—Con un viaje. Un viaje promocional de varias semanas por Gran Bretaña, tu tierra. Los británicos, que nunca te han olvidado, serán los primeros en enterarse de lo bien que vuelve a irte todo y después se enterará el resto del mundo.

—Necesito más detalles, Jonah —solicitó ella. La ginebra empezaba a producir su efecto y tenía que concentrarse cada vez más para entender bien lo que estaba diciendo.

—Me he puesto a trabajar muy duro por ti, cariño, y estoy perfilando una gira promocional que empezará en Londres y terminará en Edimburgo. El mes que viene, en junio. Tengo casi cerrada tu participación como jurado en *El show de talentos de Martin Jenner* y te quieren como imagen de un nuevo champú femenino. Como eres escocesa, les parece buena idea rodar el anuncio en los alrededores del castillo de Edimburgo o algo similar. Hay algún acto más del que aún espero confirmación, pero te aseguro que solo con lo que te he mencionado tu fama se reactivará como las viñas de Napa en septiembre.

—Bueno, gracias por tu trabajo, suena maravilloso. Ya me mandarás los detalles —respondió Maggie sin ocultar del todo su desilusión. Había esperado algo más que un anuncio de champú y salir en un concurso de televisión, pero aquello era mejor que nada. Además, volvería a Londres y a Escocia. Vería a su tío Bobby y quizá incluso podría visitar a su familia en Inverness. Y si las cosas seguían mal, quizá decidiera no regresar jamás a Estados Unidos.

Se sujetó al borde tapizado en capitoné de la barra y estiró una pierna hacia el suelo para bajar del taburete, pero Jonah la detuvo cogiéndola del codo.

—Eso no es todo, querida.

—¿Qué más hay?

Jonah esbozó una sonrisa lobuna, como si hubiese estado guardando lo mejor para el final y no pudiera esperar más a contarlo.

—Bryson te acompañará.

Maggie se quedó mirándolo sin comprender.

—¿Bryson? ¿Mi exmarido? ¿Me acompañará en el viaje? ¿Por qué?

Jonah apagó el cigarro con parsimonia.

—Vas a interpretar el mejor papel de tu carrera, hasta ahora. Mejor dicho: los dos lo haréis. —Cuando vio que Maggie iba a llevársela de nuevo a los labios, le apartó la copa de delante y la dejó en el otro extremo de la barra—. Se acabaron los gin-tonics por el momento. Quiero que me prestes toda tu atención y que lo entiendas todo bien. Bryson y tú vais a fingir durante toda la gira que os habéis reconciliado.

Ella intentó decir algo: protestar, reírse, mostrar de nuevo incomprensión... Pero solo consiguió que sus labios rojos formaran una perfecta O y que sus ojos se abrieran como platos.

Jonah pareció advertir que era incapaz de articular palabra, por lo que continuó hablando él.

—Imagínate: Bryson Mallory y Maggie McEvers juntos otra vez, felices y enamorados mientras cruzan el océano en un elegante trasatlántico de camino a Europa, mientras pasean por las calles de Londres, mientras bailan en los mejores clubes... Regresarás por fin a Escocia por primera vez desde hace tiempo y encima lo harás del brazo del hombre con el que te casaste y del que luego te divorciaste. La gente pensará que tu vida vuelve a estar en orden, que estás enamorada y, más importante aún, que el hombre que renunció a ti por la gran Juniper Gale te ama de nuevo. En definitiva, que te has salido con la tuya. Será como un cuento de hadas: la pobre Maggie, después de pasar momentos tan amargos, ha logrado su final feliz. Saldrás en todas las revistas y te lloverán ofertas de trabajo. Todo el mundo volverá a adorarte.

—Pero..., pero... —trató de decir Maggie. A pesar de la detallada explicación de Jonah, o quizá precisamente por ella, estaba estupefacta. Le parecía un plan tan imposible de llevar a cabo que no sabía ni qué preguntar primero. Su agente aguardaba con considerable paciencia su reacción, tenía que reaccionar de algún modo—. Jonah, no entiendo nada de lo que estás diciéndome. ¿Cómo vamos a hacer eso?

—Sé que ahora mismo te parece descabellado, pero tienes que verlo como una mera maniobra publicitaria...

—¿Una mera maniobra publicitaria? ¿Fingir durante varias semanas

que Bryson y yo nos hemos reconciliado? —Su tono de voz se agudizaba por momentos, casi como si se encontrara al borde de la histeria... y así era—. ¿Y luego qué? ¿Fingir que volvemos a casarnos y fingir que vivimos juntos de nuevo en Highland? ¿Y dentro de un año fingir que tenemos mellizos?

—Cálmate, Magg, te va a acabar sangrando la nariz si te alteras tanto... Bastará con esas semanas en Inglaterra y Escocia y, evidentemente, solo tendréis que aparentar cuando estéis en público. Para cuando embarquéis de regreso a Estados Unidos ya te habrán ofrecido trabajo varios productores y entonces podrás diseñar con libertad tu nueva y flamante vida.

—¿Y qué diremos Bryson y yo sobre nuestra relación cuando acabe la gira?

—Que habéis vuelto a separaros durante un tiempo por el bien de los dos, sin más detalles.

—Pero, en ese caso, al cabo de unos meses volveríamos a estar igual que al principio del círculo...

—Espero que para entonces ya hayas aprendido un poco, cielo.

Los dos guardaron silencio un buen rato. El cerebro de Maggie analizaba cada aspecto de lo que Jonah había explicado, calibraba los pros y los contras, trataba de determinar si ese plan era factible. Intuía los numerosos peligros y dificultades inherentes (¡Bryson y ella fingiendo durante semanas que se amaban!), pero tenía que admitir que, poco a poco, se iba sintiendo cada vez más atraída por la idea. Tal vez funcionara y le devolviera un poco del brillo que había perdido. Y, además, constituía... un desafío.

—¿Y Bryson? —preguntó al final.

—¿Qué pasa con Bryson?

—Pues que... ¿por qué iba a aceptar algo así? Es decir, ¿qué ganaría mi exmarido con todo esto? Por lo que veo, solo me beneficia a mí, en tanto que para él supondría un montón de problemas. Con Juniper, para empezar.

Jonah se quitó la chaqueta de rayas y se remangó la camisa, como si aún quedara mucho trabajo por hacer. Luego, cogió una hoja en blanco y destapó la pluma estilográfica.

—Si Bryson acepta, conseguirá a cambio algo que lleva persiguiendo desde hace años. —Posó el plumín de oro sobre el papel, que absorbió enseguida una gota de tinta azul, y empezó a escribir de forma rápida y decidida—. Espero que no tengas ninguna cita esta tarde, Maggie. Vamos a redactar el documento que le presentarás a Bryson, tú y yo juntos, ahora mismo. No te preocupes, te explicaré todo lo que debes decirle para que acepte... Y, por cierto, querida: cuando vayas a hablar con él, asegúrate de ser amable y, por lo que más quieras, procura ponerte especialmente guapa.

# 5

*Pasado: Hollywood, marzo de 1955*

Maisie-Leigh no podía dejar de mirar a través de los ventanales. El salón de Bryson daba a un patio rodeado de palmeras, buganvillas y naranjos, que mantenían un ambiente fresco y sombreado, cuyos colores intensos contrastaban con el plácido azul del cielo. Ni siquiera había llegado aún la primavera, pero allí, en el sur de California, el clima era casi de verano. Podía contar con los dedos de una mano cuántos días comparables a ese habían tenido en Escocia en pleno mes de agosto y aún le sobrarían dedos.

Habían transcurrido cuatro días desde que aterrizara en Los Ángeles, sola y nerviosa, llamando la atención con su inadecuado abrigo de lana, su sombrero invernal y su, para ella, inconfundible e imperdonable aire de pueblerina. En Inverness —incluso en determinados ambientes de Londres— podía destacar por su belleza, pero ¿allí? Las jóvenes que veía, todas ellas, eran deslumbrantes, con sus figuras esculturales, sus trajes a la última moda y su cabello perfecto. La mayoría estaban bronceadas o, al menos, lucían un tono de piel de un saludable dorado. Maisie-Leigh, agotada después del largo viaje, se había sentido demasiado flaca, pálida y sosa desde que había puesto los pies allí y no era consciente de las miradas que le dirigían la mayor parte de los hombres que se cruzaban con ella. Mientras recogía su maleta y se abría paso entre la multitud de la sala de llegadas, se había preguntado mil veces por qué Bryson la había llamado conminándola a ir. Le había parecido un terrible error. ¿Quizá lo había entendido todo mal? ¿Tal vez se había tomado en serio algo que no era más que una frívola invitación por parte de un actor famoso que no tenía nada que perder?

Un chófer uniformado la había esperado mostrando un cartel con su

nombre y la había guiado en silencio por el exterior del aeropuerto hasta un elegante Chrysler New Yorker de color negro. Tenía órdenes de conducirla directamente a casa del señor Mallory, le había dicho al abrirle la portezuela, y Maisie-Leigh se había alegrado infinitamente de llevar en el bolso un pequeño neceser con polvera, barra de labios y peine para arreglarse un poco.

El reencuentro con Bryson había resultado muy extraño. Al parecer, había llegado a su casa justo en el momento en que estaba discutiendo con su agente, pues el actor la había recibido con el auricular del teléfono pegado a la oreja y alternando palabras de bienvenida para ella con expresiones airadas a su interlocutor, pero después le había servido una copa de vino blanco muy frío y había insistido en que se sentara un momento en los sofás de piel de su salón, mientras le exponía detenidamente los planes que tenía para ella. De momento, le había explicado, se alojaría en una suite del hotel Sunset Tower, en West Hollywood. Cuando hubiese descansado del viaje, la acompañaría a comprarse «un par de vestidos apropiados» (eso lo había dicho mirando con las cejas enarcadas su falda marrón oscuro y su sencilla blusa blanca) y, un par de días después, la llevaría a los estudios y la presentaría a todos quienes estaban deseando conocerla. Él mismo correría con todos los gastos de las primeras semanas, hasta que consiguiera su primer trabajo. Y, entonces, la ayudaría a buscar un apartamento y la presentaría a más gente aún; esta vez, a amigos y conocidos, para que no se sintiera sola.

Ahora se encontraba de nuevo en su salón, esperando a que él saliera de la cocina. En un par de horas pisaría unos estudios de cine por primera vez en su vida y lo haría acompañada por uno de los actores más famosos de su época. Apenas se lo podía creer. Visualizó la querida cara de su abuela Elizabeth e imaginó lo orgullosa que estaría de ella. «¡Abuela, estoy en Hollywood! ¡Voy a ser actriz, actriz de verdad!». Los ojos se le llenaron de lágrimas de emoción y sus labios dibujaron una amplia sonrisa.

—Estás preciosa ahora mismo. Me pregunto en qué estarás pensando.

Bryson había entrado en el salón sin que ella se diera cuenta y la

miraba sonriendo. Llevaba una bandeja de mimbre con dos copas de cóctel adornadas con rodajas de naranja. Maisie-Leigh se sonrojó y no respondió nada, pero se apartó un poco para que pudiera dejar la bandeja sobre la mesa. Él rodeó el sofá para sentarse a su lado, demasiado cerca para no perder la serenidad. No se parecía a ningún hombre que hubiera conocido y no podía acostumbrarse a su presencia. La forma en que sonreía, el timbre de su voz, la energía profundamente masculina que desprendía...

—¿Qué es? —preguntó con un hilo de voz refiriéndose a la bebida.

Él le tendió una de las copas y al hacerlo le rozó la mano. Maisie-Leigh se estremeció de los pies a la cabeza.

—Un martini de naranja. Lleva vermut, vodka y zumo de naranja de mis propios naranjos. Te encantará.

—Nunca he probado el martini.

—Pues qué mejor momento que este.

Los estudios de la Warner Bros eran exactamente como ella había imaginado: un hervidero de actividad, de empleados ajetreados, carritos motorizados parecidos a los que se utilizaban para jugar al golf y todo tipo de personajes que parecían sacados de una máquina del tiempo: guerreros indios, emperadores romanos, piratas de los Mares del Sur, caballeros medievales, reinas egipcias y vaqueros del Oeste. Los ojos de Maisie-Leigh lo absorbían todo con avidez, consciente de que quizá aquella sería la primera y última vez que visitaría el estudio. No estaba en absoluto convencida de que fueran a darle un papel en ninguna película, ni siquiera un papel de extra como camarera o mujer que camina por la calle. Por mucho que Bryson asegurara que tenía talento, tan solo había actuado en un par de obras de teatro con una compañía modesta. Pero él no parecía en absoluto preocupado. La llevó hasta el edificio principal en su propio coche, un deportivo descapotable de dos plazas, conduciendo él mismo, y mientras avanzaban no dejó de hablar ni un momento. Manejando el volante con una sola mano y sujetando el cigarro con la otra, Bryson iba indicándole qué se hacía en cada edificio y quién era cada una de

las personas con las que se cruzaban. Saludó con la mano a un atractivo joven rubio que fumaba sentado en un escalón de cemento. Vestido de manera informal, con tejanos azules y una camiseta blanca, tenía un rostro melancólico y dulce. El chico respondió a su saludo y sonrió de forma encantadora, dejando ver una hilera de perfectos dientes blancos.

—Ese era James Dean —le informó Bryson cuando pasaron de largo —. Es muy joven aún, pero te aseguro que será una estrella.

—¿Todos los que llegan aquí se convierten en estrellas? —preguntó ella con candidez. La respuesta de Bryson fue solo una larga carcajada y Maisie-Leigh tuvo que sacar un pañuelo para secarse el sudor de la frente. A cada segundo que pasaba estaba más nerviosa.

Siguió a Bryson por el interior del edificio principal, un laberinto de pasillos y puertas de despacho, algunas abiertas, que dejaban ver a hombres con las corbatas aflojadas gritando al teléfono y a secretarias que corrían de un lado a otro con carpetas en la mano.

—Ahora nos recibirá Phillip O'Neill. Es la mano derecha de Jack Warner, así que, si le gustas, lo tendrás todo prácticamente hecho.

Maisie-Leigh se detuvo en mitad del pasillo e instintivamente lo agarró por el codo con aprensión.

—Oh, Bryson, no sé si...

Él se detuvo también y la miró con expresión amable.

—No estés nerviosa. —Le retiró un mechón de pelo del rostro y sonrió de manera confiada—. Le vas a encantar. Recuerda que ya ha visto la grabación de tu actuación en Londres.

—No creo que sea lo mismo que esto.

—Tú sonríe y no digas nada a menos que te haga una pregunta directa.

Bryson llamó a una puerta cerrada con los nudillos y entró sin esperar a que respondieran. Maisie-Leigh se quedó en el pasillo, incapaz de moverse, hasta que él la cogió de la mano y la empujó con suavidad al interior.

Dentro, una secretaria les hizo pasar a un pequeño despacho en el que un hombre corpulento de unos cincuenta años, con entradas y fino bigote, se levantó de la mesa para saludarlos. Otro hombre más

joven, de pelo rizado y ataviado con un traje beis con pajarita, esperaba de pie a un lado del escritorio.

—¡Bryson, muchacho! —exclamó el hombre mayor—. Ven y ponte cómodo. ¿Un cigarro? ¿Una copa?

—No, gracias, Phillip. —Tomó a Maisie-Leigh por la cintura y la situó frente a él, para que los dos hombres pudieran verla bien—. Ella es la joven de la que te hablé, la señorita Maisie-Leigh McEvers.

Phillip la miró de arriba abajo sin ningún disimulo, con tanta meticulosidad y de forma tan penetrante como si se tratara de una máquina de rayos X, hasta el punto de hacer que se sintiera muy incómoda. La cara del hombre no dejaba traslucir nada, ni aprobación ni decepción, y se preguntó qué estaría pensando. Durante un minuto largo nadie dijo nada en aquel pequeño despacho.

—Bueno, tenías razón, Bryson, es adorable —dijo por fin el hombre más joven, que aún no se había presentado pero que parecía más amable que el otro.

—Disculpa, Maisie-Leigh —intervino el actor—, te presento a Sam Rutherford, asistente de producción.

—Encantada —musitó ella con voz trémula, haciendo un esfuerzo por no salir corriendo.

Phillip estaba caminando a su alrededor, como un buitre a punto de abatirse sobre la carroña.

—Es bonita, sin duda, ¡pero hay tantas chicas bonitas!

—Oh, vamos, Phillip, es evidente que no es solo una chica bonita —protestó Sam—. Mírala. Tiene algo especial, una especie de dignidad regia. Parece... me recuerda un poco a Maureen O'Hara hace diez años...

—No tiene nada que ver.

—No me refiero al aspecto físico, sino a la expresión.

—Bueno, quizá porque también es irlandesa...

«Soy escocesa, maldita sea», quiso exclamar Maisie-Leigh, pero se mordió la lengua como le había recomendado Bryson.

—Irá bien en papeles de doncella en apuros —reflexionó Sam frotándose la barbilla—. Damas medievales, jovencitas raptadas por piratas..., ese tipo de cosas.

—Sí, tal vez. ¿Qué opinas de su cabello?

—Convendría aclararlo un poco. No me gusta ese tono de rubio, casi tira a cobrizo. La queremos rubia del todo o pelirroja de verdad.

—Rubia del todo, pues. Avisa a los peluqueros. Y está demasiado pálida y delgada, ¿no te parece? Que alguien le recete un complejo vitamínico...

—¡Pero entonces la convertiremos en una más del montón!

Maisie-Leigh respiró hondo. Odiaba que hablaran de ella como si no estuviera presente. Se sentía como una yegua en una feria de ganado de las Highlands. Miró de reojo a Bryson, pero este estaba apoyado contra el borde del escritorio, con los brazos y los tobillos indolentemente cruzados y una sonrisa plácida en la cara. Parecía estar divirtiéndose con aquello o, al menos, considerándolo normal.

Phillip dejó por fin de caminar alrededor de Maisie-Leigh y se situó junto a Bryson, pero los tres hombres continuaron con los ojos fijos en ella.

—¿Sabes, Sam? Creo que tienes razón. Sí que tiene algo especial —reconoció Phillip al cabo de unos segundos. La mano derecha del dueño de los estudios empezaba a sonreír y a asentir con la cabeza. Parecía más satisfecho con ella con cada decisión que tomaban para cambiarla—. Nunca será una más del montón. De hecho, puede que se convierta en una verdadera estrella.

—¡Estupendo! —Sam dio una palmada y se enderezó la pajarita—. Señorita McEvers, ya puede retirarse. La llamaremos en un par de días, cuando tengamos todo listo...

—Una cosa más —le cortó Phillip de forma brusca—. ¿Qué te parece el nombre?

—El nombre, desde luego. Hay que admitir que es ligeramente...

—Ligeramente horrible. Tendremos que buscarle otro.

—Aunque no te lo creas, ha ido bien —le aseguró Bryson esa misma noche en un restaurante de moda cercano a la playa de Santa Mónica mientras se inclinaba sobre la mesa para servirle más champán. Maisie-Leigh estuvo a punto de tapar su copa con la mano, pero no

llegó a hacer el gesto. Bastaría con no bebérsela. ¿Cómo podía él beber tanto a lo largo del día y seguir funcionando? Bloody Marys después del desayuno, martinis de aperitivo, vino en el almuerzo y champán en la cena. Y no solo era él: todos allí parecían demasiado aficionados al alcohol, como si más que sorber un cóctel estuvieran apurando el cáliz de la vida—. En cuanto te llamen, volveremos a los estudios para que te vean los esteticistas y luego te buscaremos un buen representante.

—No es necesario que me acompañes siempre a los estudios, Bryson. Ya has hecho muchísimo por mí, no quiero causarte más molestias.

Él se quedó mirándola como si no comprendiera qué había querido decir. Bryson le parecía un hombre extraño o, más bien, complejo. Normalmente daba la impresión de ser un amante de las diversiones, despreocupado e incluso frívolo, pero había momentos como aquel en que sus ojos oscuros adquirían una expresión más profunda y seria. Aún no se había atrevido a preguntarle si tenía novia o una amante, si estaba enamorado de alguien, y empezaba a sospechar que, si no lo hacía, no era solo por discreción, sino también por miedo a que la respuesta fuera afirmativa.

—Pero yo quiero acompañarte —protestó él con su voz cálida y seductora—. A no ser que tú no lo desees, claro.

—Sí que lo deseo —respondió ella con excesiva rapidez.

Bryson vació su copa y, después de secarse los labios con la servilleta, se echó hacia atrás en la silla y cambió de tono, volviendo a uno mucho más profesional, el que utilizaba cuando hablaban de su carrera de actriz.

—Tenemos que pensar en un nuevo nombre para ti.

—No quiero cambiarme el nombre.

—Muchas actrices lo han hecho o por lo menos lo han modificado un poco. El nombre es importante en la industria del cine.

—¿Tú también piensas que Maisie-Leigh es un nombre horrible? —quiso saber, soltando los cubiertos y poniéndose a la defensiva.

—No, a mí me gusta mucho. Ya te lo dije cuando tu tío nos presentó, ¿recuerdas? Pero es complicado de memorizar, sobre todo

con tu apellido escocés detrás. Necesitas un nombre más ligero y pegadizo.

Decidió no oponerse más y confiar en el criterio de Bryson. Se terminó la copa de champán y después de que Bryson pagara la cuenta, salieron del restaurante.

—¿Te apetece dar un paseo antes de volver al hotel? —propuso él señalando el muelle iluminado que se alzaba por encima del océano.

Ella asintió y caminaron lentamente en silencio. La luna estaba casi llena y las estrellas brillaban muy arriba, aunque la iluminación de los cafés, los cines y las tiendas que aún permanecían abiertas le restaban algo de brillo. Una vez más, Maisie-Leigh se asombró de estar paseando junto a Bryson en ese mundo casi irreal, tan lejos de su familia, de Escocia, de todo cuanto conocía. Se preguntó qué estarían haciendo en ese momento sus padres, sus hermanos, su tío Bobby... Se preguntó si ellos se estarían preguntando qué estaba haciendo ella.

—¿Estás contenta de estar aquí?

Bryson seguía preocupándose por su bienestar exactamente igual que el primer día en que había aterrizado en Los Ángeles. Parecía sinceramente preocupado por ella, a pesar de las reticencias que habían mostrado sus padres cuando les anunció que se marchaba a Hollywood porque Bryson Mallory creía en su talento. Ellos no confiaban demasiado en que el actor no fuera a dejarla abandonada a su cuenta y riesgo en cuanto se aburriera de ella, pero eso no había ocurrido. Todavía. En ocasiones, Maisie-Leigh se preguntaba si en algún momento tendría que pagar algún tipo de precio... A Bryson o a cualquiera de los hombres que la ayudaran a conseguir un papel. Había oído muchas historias sobre lo que las jóvenes recién llegadas a Hollywood se veían obligadas a hacer para alcanzar el éxito. Pero ella se obligaba a confiar en Bryson. Ya llevaban una semana viéndose casi todos los días y ni siquiera había intentado besarla.

—Claro que estoy contenta —contestó.

Él sonrió un poco, como si supiera que no estaba totalmente segura de nada de lo que estaba haciendo. Se detuvo al final del muelle y se apoyó en la barandilla de madera, mirando hacia el mar. Maisie-Leigh, en cambio, lo miró a él.

—Los principios son complicados. Aún recuerdo cuando llegué aquí.

Se dio cuenta de que aún no sabía nada del pasado de Bryson. Ni de su presente, en realidad, solo sabía lo concerniente a su profesión.

—¿Cómo te convertiste en estrella?

—Tuve suerte, aunque hasta ese día mi vida no fue nada fácil. —Se giró para quedar de cara a ella y continuó—: Nací en Chicago. Mis padres regentaban un bar y les iba bastante bien, pero cuando se impuso la Ley Seca todo se fue a pique. Mi padre lo convirtió en un local clandestino, pero no duró ni tres meses: lo descubrieron enseguida. Murió en la cárcel a causa de una infección respiratoria. No me acuerdo de él, yo solo tenía dos años. Mi madre trató de sacarme adelante trabajando de camarera y de dependienta en unos almacenes, pero la acabaron echando y, cuando se vio sin recursos, me envió a casa de unos parientes de Nueva York. En principio iba a ser solo por una temporada, hasta que ella encontrara otra forma de ganar dinero, pero al final me quedé allí.

Maisie-Leigh escuchaba su historia casi sin respirar. Nunca habría imaginado que la vida de Bryson Mallory hubiera comenzado de manera tan trágica. Esas cosas jamás se publicaban en las revistas.

—¿Y qué ocurrió entonces?

—Bueno, pasaron los años. Los parientes de mi madre se convirtieron en mi única familia. Me cuidaron, me mandaron al colegio, me trataron como a un hijo. En algún momento me dijeron que ella también había muerto, pero para entonces mi madre se había convertido en un vago recuerdo y seguí con mi vida en Nueva York. Una noche, cuando tenía unos veinte años, fui al cine con una chica. Era nuestra primera cita, pero lamento admitir que en el momento en que se apagaron las luces y comenzó la película, me olvidé por completo de su presencia. Era *El halcón maltés* y, cuando salí del cine, ya había decidido que mi misión en esta vida era convertirme en un actor como Humphrey Bogart. Desde esa noche, nada ni nadie fue tan importante para mí como conseguirlo. Mis parientes no podían costearme los estudios de interpretación y, como ya era mayor de edad, lo hice yo mismo.

—¿Tenías dinero?

—Ni un centavo. Pero sí tenía fuerza y determinación y una estupenda condición física. Me hice boxeador.

La boca de Maisie-Leigh se abrió en una exclamación muda de puro asombro. Eso tampoco lo había leído en ninguna revista. De repente, se fijó en su nariz. Había algo curioso en las facciones del actor, algo que, sin quitarle un ápice de atractivo, resultaba un poco asimétrico, imperfecto, aunque era difícil decir en qué radicaba el defecto, si es que había alguno. Ahora se daba cuenta de que era por la nariz. Debían de habérsela roto alguna vez.

—¿Y eras bueno? —quiso saber.

—Sí. No excepcional, pero me defendía, nunca mejor dicho. —Sacó un cigarrillo de la pitillera y lo encendió. Ella ya le había dicho que no fumaba, por lo que no le ofreció ninguno—. Solo lo hacía para pagar la escuela de interpretación y no tuve que boxear demasiado tiempo, porque a los seis meses de empezar los estudios me ofrecieron un pequeño papel como extra en una película de gánsteres. Era justo lo que siempre había soñado. En 1942 me trasladé a Los Ángeles y luego todo fue muy rápido. Fui consiguiendo más papeles en ese tipo de películas, sobre todo como secundario o villano, y un año después ya era uno de los actores mejor pagados. —Se llevó el cigarrillo a los labios, soltó el humo formando un círculo perfecto y sonrió—. Esa es mi historia, Maisie-Leigh. Y no veo razón para que no triunfes tú también.

Bryson la llevó en coche de vuelta a su hotel, pero aparcó media manzana más allá.

—No quiero que me reconozcan los clientes y los botones. Esta noche no me apetece firmar autógrafos —explicó.

Aquello era cierto, pero además se resistía a que su despedida con Maisie-Leigh fuera breve y fría. Cuando estaban en público, tenía que recordarse que cualquier gesto un poco íntimo que pudiera tener hacia ella podría interpretarse como un noviazgo a punto de desembocar en boda. No le gustaba que los medios le adjudicaran falsas relaciones amorosas y, por tanto, cada vez que salía con una chica intentaba

evitar que saltaran las alarmas. Y él ni siquiera estaba saliendo con Maisie-Leigh. Ella estaba aún al otro lado de la frontera, en el reino del anonimato, pero eso cambiaría muy pronto. Sin embargo, quería protegerla el mayor tiempo posible..., aunque él tuviera que frenar ciertos impulsos.

Maisie-Leigh lo miró desde su asiento en la oscuridad del coche. Él había subido la capota antes de entrar de nuevo en la ciudad y así el habitáculo del deportivo parecía aún más pequeño. Tenía la radio puesta y cantaba Sinatra, pero Bryson la apagó y le devolvió la mirada en silencio. Ella tenía una expresión adorable en el rostro: un poco expectante, algo tímida... y decididamente anhelante. Dejó que pasaran unos segundos más, conminándola sin palabras a que saliera del coche. Debió de captarlo, porque pareció un poco decepcionada, pero cogió los guantes del salpicadero y alargó la mano hacia el tirador.

—Nos veremos pronto, en cuanto Phillip nos avise —le dijo él.

Maisie-Leigh asintió y abrió la puerta, pero no llegó a salir. Se inclinó sobre él y lo besó en la mejilla.

—Buenas noches, Bryson. No sé cómo agradecerte todo esto —dijo. Había bajado los párpados sobre sus preciosos ojos azules y estaba tan cerca de él que sus pestañas le rozaban la mejilla. Añadió en un susurro tan cálido como su aliento—: ¿Cómo podría pagártelo?

Entonces comprendió por qué parecía tan ansiosa. El ardor que había empezado a invadirlo se convirtió en una sensación helada. Se apartó de ella con brusquedad y la miró alarmado.

—¡Por Dios, Maisie-Leigh! ¿No creerás que debes...?

Ni siquiera podía terminar la frase. Pocas cosas herían de verdad a Bryson, y menos aún podían escandalizarlo, pero en ese momento se sintió así: escandalizado y terriblemente herido.

El rubor subió de inmediato por el cuello de ella hasta cubrir toda su cara. Horrorizada y avergonzada por lo que acababa de dar a entender, Maisie-Leigh salió a toda prisa del coche y corrió bajo la luz de las farolas en dirección al hotel.

Al día siguiente, Maisie-Leigh llamó a la puerta de la casa de Bryson dispuesta a pedirle perdón. Se había sentido aliviada, pero, de alguna manera, también había sido terrible darse cuenta de que él no esperaba nada de eso por parte de ella y, sobre todo, ver su expresión de desconcierto, de horror y de decepción.

Bryson abrió y, aunque pareció un poco sorprendido de verla, la invitó a pasar. Iba descalzo, vestido con unos pantalones deportivos y un polo blanco, y llevaba un guion en la mano.

—No quiero interrumpirte —dijo ella mientras lo seguía hacia el patio, donde él estaba instalado en una de las hamacas de mimbre—. Solo quería pedirte perdón por lo de anoche.

Bryson se sentó en la hamaca y recogió el cigarrillo que había abandonado en un elegante cenicero de pie.

—Maisie-Leigh, no tienes que pedirme perdón, no hace falta —replicó con tono tranquilo y una expresión sombría—. Lo único que importa es que entiendas bien esto: no tienes que hacer nada que no quieras para agradecer favores ni para que te den papeles. Ni conmigo ni con nadie. Si no asimilas eso desde ya, ascenderás muy rápido en Hollywood, pero Hollywood te devorará más rápido aún. Sé que piensas que la mayoría de las actrices, cantantes o modelos se han comportado así en sus inicios, pero tú no debes hacerlo. Prométemelo.

Maisie-Leigh asintió, más avergonzada aún que cuando había huido de su coche. ¿En qué había estado pensando? Ella no era ese tipo de chica, pero desde que había llegado allí se sentía confusa y desorientada, como si su perspectiva de la realidad ya no tuviese ningún valor y necesitara alterarla, pero estaba claro que había cometido un terrible error.

—Te lo prometo.

—Bien. —Bryson parecía decidido a zanjar el tema ahí, pero, después de dar una calada al cigarrillo, desvió la mirada hacia los naranjos y dijo—: Te reconoceré que heriste mi vanidad. Pensaba que te gustaba. Seré tonto, pero no imaginé que lo único que cruzara por tu cabeza fuera cumplir con una especie de deber.

—¡No! —exclamó ella—. Bryson, yo... Yo te adoro.

No sabía de dónde había sacado el valor para pronunciar esas

palabras, pero ya las había dicho. Él volvió a dirigir su mirada a su rostro, pasando de sus ojos a su boca. Le pareció que dejaba escapar un leve suspiro, pero no estuvo segura. Entonces, Bryson tomó su mano, se la llevó a los labios y le dio un suave beso en la palma.

—Pues, entonces, confía en mí. No te he hecho cruzar el océano y todo Estados Unidos para que seas infeliz o hagas cosas que no te gusten. —Se levantó de la hamaca y volvió a sonreír con el aire despreocupado que a ella le encantaba—. Y, ahora, deja que prepare unos martinis...

—Si no quieres que haga nada que no me guste, tengo que decirte algo —le detuvo.

Él pareció intranquilo de nuevo.

—¿De qué se trata?

—La verdad es que no me gusta nada el martini.

Bryson se echó a reír.

El hombre que Bryson le había presentado era grande, muy grande, y el traje que llevaba, de un llamativo color azul mar y demasiado ajustado, no hacía más que resaltar su corpulencia. Llevaba una colonia demasiado intensa y hablaba con un tono de voz más alto del necesario, pero a Maisie-Leigh le había caído bien nada más estrechar su mano. Se llamaba Jonah Leary y acababa de aceptar convertirse en su agente.

—No conozco demasiado a Bryson Mallory en lo personal, pero si él dice que tienes talento, me lo creeré. Me ha informado de que tienes veintisiete años, un poco mayor para empezar en esto, pero en fin... No me ha contado mucho más de ti. Solo sé que eres escocesa y que has actuado en Londres, en el teatro.

Maisie-Leigh empezó a contarle todo lo que pensó que él necesitaría saber: cómo era su familia, cuándo empezó a interesarse por la interpretación, a quién había conocido en Londres, que su tío era el escritor y guionista Bobby del Piero y que su abuela materna se había dedicado al mundo del espectáculo a principios de siglo. Estaban en su despacho, sentados en dos sillones de piel, y aquella era la primera

vez que se sentía cómoda de verdad en presencia de alguien de Hollywood que no fuera Bryson. Quizá por eso no podía dejar de hablar. Incluso empezaba a desear que le ofreciera una bebida de la pequeña barra que tenía encajada al fondo.

—Espera, espera —la interrumpió Jonah con un gesto impaciente—. Todo eso ya me lo irás contando. Ahora lo importante es que terminen de hacerte los arreglos que faltan, que un profesor de dicción elimine ese desquiciante acento que tienes y que decidamos tu nuevo nombre.

Aún no se había acostumbrado a su nuevo color de pelo, aunque Bryson le había asegurado que le favorecía mucho. También le habían blanqueado los dientes, pero todavía tenía que someterse a pruebas de maquillaje y engordar exactamente tres kilos, ni uno más ni uno menos.

—Querría conservar mi nombre real, pero ya me han advertido el señor O'Neill, el señor Rutherford y también Bryson que es imposible.

—Imposible del todo —aseveró Jonah, y se inclinó hacia delante para estudiarla con detenimiento—. Tu apellido no me disgusta, pero el nombre es atroz. ¿Cómo podríamos llamar a esta adorable rosa escocesa?

—¿A quién? —preguntó ella, desconcertada.

—A ti, querida, a ti. Veamos... ¿Kitty? ¿Suzanne? ¿Lorna? No, no, no te pegan nada... —Arrugó la nariz y resopló, hastiado—. Pero ¿qué demonios significa Maisie-Leigh?

—Bueno, Maisie es un diminutivo escocés para Margaret, aunque mis padres decidieron combinarlo con Leigh en lugar de ponerme el nombre completo.

Jonah sacó un peine de algún lugar de su enorme persona y se lo pasó por los rizos, pensativo.

—Margaret ya me gusta más. Suena elegante. Pero Margaret McEvers es demasiado largo para que aparezca en los luminosos de las salas de cine... —Entonces dejó caer el peine, que aterrizó debajo de la barra, y una enorme sonrisa se dibujó en su cara redonda—. ¿Y qué tal Maggie?

—¿Maggie? —repitió ella.

—Eso es, encanto. ¡Absolutamente adorable y americano! —Cogió

un bloc del escritorio y lo anotó, como si temiera olvidarlo—. Arreglado. Desde ahora serás Maggie McEvers.

# 6

Bryson arrancó solo un par de acordes de su Martin acústica antes de concluir que tenía que llevarla de nuevo al lutier, aunque lo había hecho hacía menos de un par de meses. Suspiró, recordando todas las noches en que se había dejado la guitarra olvidada en el jardín, expuesta a los dañinos cambios de temperatura. Era muy posible que no estuviera cuidándola todo lo bien que el instrumento merecía.

Dejó la guitarra a un lado junto a su hamaca y cogió el Bloody Mary. Bryson era un firme defensor de la combinación de zumo de tomate, vodka y sal para asentar el estómago y disipar el embotamiento de cabeza de la resaca, y Dios sabía que en aquel momento lo necesitaba más que nunca. Había empezado a beber martini con Juniper la tarde anterior, para después continuar con whisky y una partida de póquer con amigos por la noche, y terminar al amanecer él solo, apurando los restos de una vieja botella de tequila que había encontrado en el fondo del mueble bar. No estaba seguro de que añadir vodka a tal mezcla de destilados fuera a sentarle tan bien como otras veces, pero estaba dispuesto a arriesgarse. Bebió unos tragos y contempló el agua de la piscina azul turquesa, pensativo. Aquel día no tenía cosas que hacer, que él recordara, pero que no lo recordara tampoco quería decir nada. Solía dejarse a sí mismo recordatorios escritos en trozos de papel por diversos lugares de la casa, pero ¿cómo podría estar seguro de no haber olvidado escribirlo?

—¿Bry?

Juniper avanzaba hacia la piscina desde la terraza del dormitorio principal. Llevaba puesto el mismo vestido de lunares atado al cuello que la tarde anterior, gracias a la cariñosa pero firme oposición de Bryson a la propuesta de dejar parte de su ropa en la casa de él. Adoraba a Juniper, pero no quería tener trescientos pares de zapatos de tacón tirados en su dormitorio.

—¿Te vas ya? —le preguntó sin necesidad, teniendo en cuenta el bolso y las llaves del descapotable que colgaban de su mano.

—Sí. Mi masajista llega en media hora.

—¿No te bastan los masajes que te doy yo? —preguntó con tono insinuante—. Puedo darte otro ahora mismo... —Rezó por que dijera que no; Bryson ni siquiera estaba seguro de que en esos momentos pudiera meterse en la piscina sin ahogarse.

Juniper se rio y se puso unas grandes gafas de sol de pasta blanca. El efecto le volvió diminuta la nariz y le destacó los bronceados pómulos.

—¿A lo que me hiciste ayer en tu cama lo llamas masaje? —Se inclinó para besarlo en los labios—. ¡Debería ser yo entonces quien cobrara a mi masajista!

Bryson soltó una carcajada. El sentido del humor de Juniper era desvergonzado e insolente, y nunca se había molestado en ocultarlo, ni siquiera para salvaguardar su aura de niña prodigio. Juniper conseguía ser ella misma sin fingir ni esforzarse y siempre le salía bien. Era una de las cualidades que más admiraba de su novia.

—¿Te veré mañana, June?

Ella cogió el vaso de Bloody Mary y le robó unos sorbos antes de contestar.

—No lo sé. Te llamaré por teléfono.

La observó mientras se alejaba contoneándose por el jardín, deteniéndose un momento en la verja de entrada para hacerle un gesto de despedida con el brazo extendido, sin girarse hacia él, y segundos después Bryson escuchó el motor de su coche.

Se quitó la camisa de manga corta y se estiró en la hamaca, consciente de que debería ponerse un poco de loción solar pero incapaz de moverse para hacerlo. Bostezó de una manera muy poco apropiada para un galán del cine (lo cual, desde luego, no se consideraba) y dejó la mente en blanco unos minutos. Le encantaban los periodos de tiempo entre rodaje y rodaje, cuando apenas tenía que trabajar y podía limitarse a saborear los frutos de dicho trabajo.

Estaba planteándose seriamente reunir las fuerzas necesarias para zambullirse en la piscina cuando oyó el inconfundible sonido de unos tacones sobre el camino de baldosas que atravesaba el jardín. Sin abrir los ojos, alzó la voz para preguntar:

—¿Te has olvidado de algo, Juniper?

Pero entonces, a medida que los pasos se aproximaban más, llegó hasta su nariz un olor especial. Era un aroma cítrico, con recuerdos a rosas y a especias orientales, que le disipó de golpe cualquier resto de resaca y le devolvió a un tiempo pasado que guardaba muy en el fondo de su memoria. Aunque, pensándolo mejor, era un perfume que ya había olido brevemente, hacía muy pocas noches, en la fiesta de Cukor...

Abrió los ojos.

El sol le cegaba ligeramente, pero no tanto como para no distinguir los ojos azul oscuro y el rostro pálido, severo y perfecto de Maggie. Bryson la miró perplejo:

—¿Qué haces aquí?

—Necesito hablar contigo un momento —respondió ella en tono tranquilo, como si todavía vivieran juntos.

—No. Quiero decir, ¿cómo has entrado?

—La verja estaba abierta. Es increíble lo descuidado que sigues siendo... —comentó como quien no quiere la cosa. Ya empezaba a atacarle con su sutileza habitual y no llevaban ni medio minuto hablando.

—Juniper ha sido la última en salir, se la habrá dejado ella abierta.

—Una prueba de que sois tal para cual —zanjó Maggie con una sonrisa glacial.

«Bruja estirada...». Qué alta era, ahí de pie alzándose muy por encima de él. Alta y recta como una pértiga, tanto como sus fastidiosos y agotadores principios morales. Bryson se incorporó en la hamaca hasta quedar sentado para salvar un poco la inferioridad de posiciones y levantó una ceja.

—¿Qué quieres, Maggie? Ahora en serio.

Ella pareció un poco incómoda y durante un momento apartó los ojos de él y se mordió ligeramente el labio inferior. Las mejillas se le

habían enrojecido, aunque tanto podía ser a causa de su repentino nerviosismo como por llevar al sol más de cinco minutos.

—¿Podemos ir dentro? Aquí hace demasiado calor.

—Prefiero que nos quedemos aquí: así los vecinos me oirán gritar si me haces algo —repuso Bryson, mordaz.

—No digas tonterías. —Maggie cogió el vaso de Bloody Mary y se lo tendió—. Toma, puedes llevarte tu cóctel. No seré yo quien te impida seguir bebiendo.

—No podrías aunque lo intentaras —contestó él, pero acabó poniéndose de pie, abrochándose de nuevo la camisa y guiando a su ex al interior de la casa.

La condujo al salón sin dejar de sentirse inquieto por lo que pudiera querer decirle. Desde que él se había mudado definitivamente de Highland y habían firmado el divorcio, no había nada que les quedara por hablar. Aunque sabía que a Maggie no le iba demasiado bien, solo la veía muy de vez en cuando, si se encontraban por azar en algún sitio. Nunca habían sido de esas antiguas parejas que mantenían la amistad a pesar de haberse separado. A Bryson le resultaba imposible considerar a Maggie como amiga, no solo por lo mal que había terminado su relación y por la tensión que aún había entre ellos, sino también —y especialmente— por la intensidad de los sentimientos que habían compartido. A pesar de todo, le hizo en broma un exagerado gesto caballeresco para que tomara asiento en el sofá de piel beis. Ella se sentó con rigidez. Llevaba una falda lápiz gris pálido, tan estrecha que Bryson se preguntó cómo podía siquiera andar con ella, una blusa sin mangas blanca bastante escotada y zapatos negros de tacón alto. Tenía que reconocer que su exmujer estaba preciosa y muy sofisticada así vestida, pero también que era un atuendo más propio de una reunión de negocios que de una posible escena de seducción.

—¿Puedo servirte alguna bebida? —le ofreció, solícito—. Algo propio de una dama como tú, por supuesto. ¿Zumo de naranja, té helado, agua con gas...?

—No, gracias, eres muy amable.

—Entonces, dime a qué debo agradecer este placer inesperado.

Maggie dejó su gran bolso de cocodrilo en el sofá junto a su cadera

izquierda y se acomodó mejor, todo cuanto la falda le permitía.

—He estado hablando con Jonah, mi agente. Supongo que te acuerdas de él...

—Claro.

—Bueno... No sé si sabes que últimamente no me están dando demasiados papeles. —Maggie bajó la vista, como si se sintiera un poco humillada por tener que admitirlo delante de él, y Bryson experimentó un pequeño pinchazo de culpabilidad, aunque no tendría por qué. No era culpa suya que la carrera de Maggie fuera mal mientras que la suya y la de Juniper continuaban siendo un éxito.

—Continúa —se limitó a decir Bryson.

—Jonah cree que las cosas podrían mejorar para mí si la gente me viera de una manera más... —Titubeó y miró a su alrededor, como si el adjetivo que buscaba estuviera escondido en alguna parte del salón —. Como una mujer más feliz y exitosa —dijo al fin, casi escupiendo las palabras—. Dice que se trata de una especie de círculo vicioso: cuanto más éxito parece tener alguien, más consigue. También funciona al contrario, al parecer; una imagen de fracaso y amargura solo atrae eso.

Él la escuchaba con atención, cada vez más desconcertado. ¿Adónde quería llegar? ¿Iba a pedirle la dirección de un psiquiatra o de uno de esos cantamañanas que cobraban miles de dólares a cambio de «convertirte» en una persona mejor?

—Sí, estoy de acuerdo con Jonah, pero no entiendo por qué vienes a mi casa para contármelo...

Maggie se levantó de pronto y se puso a pasear de un lado a otro de la amplia habitación, retorciéndose las manos. Parecía cada vez más nerviosa. Sus tacones resonaban sobre el suelo de terracota con un ritmo regular, desde la pared donde se encontraba el mueble bar y el tocadiscos hasta las puertas acristaladas que daban al jardín. Él la siguió con la mirada, controlándose para no volver a preguntarle qué quería, qué hacía allí con él, en su casa, en su salón. No estaban totalmente a solas desde hacía meses y la sensación era tan extraña que Bryson estuvo a punto de levantarse también, ir hacia ella, poner las manos sobre sus delicados y blancos hombros y zarandearla hasta

que hablara de una vez, pero, en vez de eso, siguió sentado en el sofá y encendió un cigarrillo.

—Siempre me ha gustado esa fotografía —dijo ella de repente.

Bryson miró en la dirección que señalaba, la pared sobre la chimenea, donde colgaba la foto enmarcada de él montado en un enorme caballo negro en la playa de Carmel. La había tomado la propia Maggie durante la luna de miel y aquello —que en consecuencia ella no saliera en la imagen— era el único motivo por el que estaba colgada en su salón. Ninguna de las otras fotografías, en las que salían juntos, había adornado nunca las paredes ni las mesas de la casa de Bryson.

—Maggie... —murmuró con tono levemente amenazante. Se estaba cansando de tener paciencia, de esperar con educación a que se decidiera a ir al grano.

Ella lo miró, aún en el otro extremo del salón, y algo en la forma en que lo hizo le puso a Bryson la piel de gallina.

—De acuerdo. En pocas palabras, Jonah opina que una buena forma de relanzar mi carrera sería que fingiéramos una reconciliación durante un viaje promocional por Gran Bretaña.

Bryson sonrió. No pudo hacer otra cosa; ni lanzar una carcajada como si fuera una broma ni tampoco tomárselo en serio. Quizá no lo había entendido bien; después de todo, en el fondo, aún le duraba la resaca.

—¿Cómo dices?

Ella suspiró y volvió al sofá. Se sentó de nuevo, esta vez más cerca de él.

—Jonah está preparando para mí una gira por tres o cuatro ciudades destacadas de Inglaterra y Escocia. Sería la invitada de honor en diversos actos, rodaría un anuncio publicitario y cobraría muy poco en comparación con lo que otras actrices piden por ese tipo de cosas.

—¿Y no sería mejor que cobraras lo normal? —preguntó tontamente, como si eso fuera lo más importante de lo que parecía estar planteando.

—El dinero es lo de menos. Reconozcámoslo, no soy una estrella como Juniper ahora mismo, aunque en mi país siguen sintiendo cierto

afecto por mí... Esa es la baza que jugaremos.

—Me duele un poco la cabeza, ¿podríamos abreviar e ir directamente al tema de nuestra reconciliación?

—Creo que está bastante claro. Si el mundo nos ve de nuevo juntos, si en todas las revistas y en todos los periódicos hablan de que estamos otra vez enamorados, con unas buenas fotos de nosotros aparentando ser felices, mi imagen mejorará. Dejarán de verme como una mujer fracasada y volveré a ponerme de moda.

Bryson, de pronto muy irritado, aplastó el cigarro en un cenicero y encendió otro de inmediato.

—Maggie, yo no tengo que «aparentar ser feliz». ¡Yo ya soy feliz! He hecho tres películas en lo que va de año, tengo amigos, una novia preciosa...

—No hace falta que me lo restriegues por la cara —repuso ella, ya sin el tono amable y contenido que había estado empleando hasta entonces—. Ya lo sé, me alegro mucho por ti. ¡No te imaginas cuánto! Pero podrías dejar de ser un egoísta durante solo unas semanas y hacerme ese favor...

—¿Por qué tendría que hacerte ningún favor, Maggie? Ya no estamos casados. Ni siquiera somos amigos. Apenas cruzamos dos palabras cuando coincidimos en algún sitio... Y, de repente, un día estoy tan tranquilo en mi hamaca, en mi piscina, y te da por aparecer sin avisar para plantearme algo que es... ¡bueno, lo más absurdo que he escuchado nunca, ni siquiera de tu boca, lo cual ya es mucho decir!

—Antes de ponerte a despotricar contra mí, podrías ser un poco listo y preguntar al menos por algunos detalles...

—No me interesa conocer los detalles.

—¿Sabes por qué Jonah ha elegido Inglaterra y Escocia? —continuó sin hacerle caso—. Escocia es mi tierra natal. Allí me adoran y están muy orgullosos de mí. Me ven como una nueva Deborah Kerr. Y en Londres es donde empecé mi carrera como actriz y donde aún sigue viviendo mi tío Bobby, así que también tengo cierta influencia. En cambio, Bryson, a ti... —Hizo una pausa y se sonrió como un gato maligno y satisfecho—. ¡A ti te odian en Gran Bretaña!

—Tampoco me importa lo que piensen de mí en ese barrizal

inhóspito que llamáis las Highlands...

—Te odian porque para ellos me has abandonado y arruinado la vida.

—¡Eso no es verdad!

—Da igual, esa es la idea que tienen de ti —zanjó agitando una mano, como si aquello fuera un tema que no mereciera detenerse a discutir—. Pero si creyeran que estamos juntos otra vez, también te adorarían allí como te adoran en Estados Unidos. Y puede que consiguieras sacar algo más... Un beneficio añadido que estoy segura de que apreciarías mucho.

¿Desde cuándo se había vuelto tan implacable? No era así cuando se casó con ella... Y, a pesar de eso, no pudo evitar sentir curiosidad por ese «beneficio añadido». ¿Sería capaz de estar refiriéndose a tener sexo con él? ¿Un complemento real para una reconciliación falsa?

—Maggie, suéltalo todo de una vez. ¿Qué beneficio?

—Le diré a mi tío Bobby que utilice toda su influencia para que Damien Clayton te ofrezca trabajar con él. No sé si sabes que mi tío es ahora un guionista muy respetado en Gran Bretaña y que *Niebla en Venecia* se ha convertido en una de las novelas más vendidas de la década. Clayton le ha suplicado a mi tío que le permita retomar el proyecto que dejó paralizado hace tres años. Y si tú aceptas cumplir con tu parte, yo te prometo que a cambio obtendrás el papel protagonista.

Bryson se llevó el cigarrillo a los labios y aspiró hondo. Trabajar con Damien Clayton era un sueño que le había sido negado, una de las pocas cosas que no había podido conseguir desde que era actor. Le encantaba la novela de Bobby y la posibilidad, prácticamente olvidada ya, de dar vida al protagonista en la pantalla volvió a excitarlo casi con violencia. Aunque no lo demostró, su entusiasmo al pensar en ello era tal que por un momento estuvo a punto de aceptar la ridícula propuesta de Maggie, pero se controló. Su plan tenía tantas aristas que era imposible pasarlas por alto.

—¿Y qué ocurrirá cuando volvamos a Estados Unidos? —preguntó haciendo un esfuerzo por no sonar exaltado o ansioso—, ¿qué pasará cuando dejemos de fingir que volvemos a estar juntos?

—Para cuando eso ocurra, los dos ya habremos obtenido lo que queremos.

Ella lo miraba muy tranquila. Había recuperado el tono de voz calmado y la expresión astuta y felina de sus ojos que tanto le inquietaba había desaparecido por completo.

—Te recuerdo que tengo una novia real.

—¿Cómo olvidarlo? —Maggie puso los ojos en blanco—. Tu relación con Juniper no tiene por qué sufrir daños.

—No imagino cómo podremos evitarlos, teniendo en cuenta que debería fingir ante el mundo que vuelvo a estar enamorado de ti...

La observó mientras ella abría el bolso para sacar una fina carpeta de cartón que le tendió sin ceremonias.

—Jonah y yo hemos redactado esto para que tengas todo claro. Aquí encontrarás no solo información sobre el viaje, los hoteles y los actos a los que acudiremos. También aparecen reflejados los principales puntos que pudieran preocuparte sobre..., bueno, sobre nuestra relación durante esas semanas.

Bryson cogió la carpeta y la miró como si fuera una bomba a punto de estallar. La dejó sobre la mesa, sin abrir, y se levantó del sofá.

—¿Qué puntos, Maggie? ¿Cosas como si tendremos siempre dos habitaciones reservadas o solo una? ¿O cuántas veces al día deberé besarte cuando estemos en público? —resopló, sintiendo que empezaba a entrar en pánico—. ¿Te refieres a ese tipo de «puntos»?

Ella también se puso de pie, se alisó la falda y recogió el bolso del sofá con un movimiento elegante.

—Léelo al menos. Y llámame cuando hayas tomado una decisión.

—Ya sabes cuál va a ser mi decisión.

Maggie no dijo nada y empezó a caminar de vuelta al jardín. Él la siguió hasta la verja, también en silencio, pero muy de cerca, para asegurarse de que realmente salía de su propiedad. Cuando el coche de Maggie desapareció calle abajo, se sintió como si todo un ejército de bárbaros a caballo hubiera cruzado a galope por el interior de su cabeza, arrasando con todo y dejándole completamente exhausto.

Tuvo que buscar el vaso de Bloody Mary durante un buen rato hasta encontrarlo abandonado en una mesita del salón, medio oculto tras

una lámpara, y volvió con él a la zona de la piscina. Terminó la bebida en dos tragos y se lanzó al agua tratando de imitar a un joven Johnny Weissmüller, pero todo lo que consiguió fue hacerse daño en el abdomen y rasparse un dedo del pie con los baldosines del fondo.

—«Nuestra querida Maggie McEvers ha sido vista paseando por un parque cercano a su fabulosa casa de Beverly Hills en compañía de su perrita Skye (foto superior), llamada así en prueba de lo mucho que esta maravillosa estrella venera sus raíces escocesas. Desde que Bryson Mallory la abandonó, Maggie está descansando una temporada de los focos para centrarse en recuperar la tranquilidad y la vida feliz que el actor le había negado durante su breve relación y su posterior divorcio...».

Bryson lanzó la revista sobre el escritorio de su agente, Anthony Holland, provocando que las montañas de documentos se tambalearan y que el hombre de pelo blanco sentado a la mesa pestañeara varias veces con inquietud.

—Bueno, Bryson, es normal que en las revistas británicas...

—¡Me odian, Anthony! —bramó. Empezó a ir de un lado al otro del despacho, enfurecido—. ¡Realmente me odian allí, tal como dice ella!

—Esta revista es de hace cuatro meses. ¿De dónde la has sacado?

—¿Acaso importa? —El despacho de Anthony era demasiado pequeño para seguir caminando por él teniendo en cuenta la violenta energía que lo invadía en ese momento. Se dejó caer en una de las sillas frente al escritorio y miró al hombre a los ojos—. Necesito que seas sincero conmigo. ¿Hasta qué punto es absurdo lo que propone Maggie?

La carpeta que su ex le había entregado el día anterior estaba ahora abierta sobre la mesa entre los dos hombres, con su contenido diseminado por encima. Ahora, más que una bomba, le parecía una serpiente de cascabel, avisando de un inminente ataque. Anthony ya lo había leído todo, pero todavía no había dictado sentencia.

El agente volvió a coger un par de páginas del acuerdo y alzó sus cejas densas y plateadas.

—No es tan absurdo, hay que admitirlo. Ese Jonah Leary es un tipo inteligente. Astuto, yo diría... —Se secó el sudor de la frente con el pañuelo—. Esto que te sugieren llevar a cabo es poco ortodoxo, desde luego, y diría que ligeramente humillante para ti en ciertos aspectos... Pero no es absurdo. Podría favorecerte mucho, si lo gestionas bien. Participar como jurado en un programa televisivo tan importante como *El show de talentos de Martin Jenner* podría devolverte el favor del público británico si te muestras agradable y cercano..., sobre todo con Maggie, claro. —Bryson resopló y Anthony se inclinó hacia delante y le apuntó con el dedo índice como si estuviera a punto de regañarlo—. Esa etapa de Londres es crucial y, además, tendrás la oportunidad de reunirte con Damien Clayton. Si hay un lugar y momento en tu vida en que valga más la pena que te comportes como un hombre extraordinario, sería en Londres y en esos días en concreto.

—Entendido, avancemos... ¿Qué pasa con lo demás?

—La inauguración del hotel en Birmingham no debería suponerte mucho esfuerzo, ¿no? Simplemente tienes que participar en la fiesta, dormir esa noche en su mejor suite y dejar que te fotografíen mientras aseguras que has pasado una estancia de lo más agradable...

—¿Y Maggie también dormirá en su mejor suite? —inquirió con cinismo.

—Aquí pone que siempre dispondréis de habitaciones separadas, si es eso lo que te preocupa.

—¡Por supuesto que me preocupa, Anthony! ¿Crees que Juniper lo consentiría si supiera que...?

El agente se echó a reír.

—Así que el problema para ti sería que se enterara Juniper, no el hecho de compartir habitación con Maggie...

—No quería decir eso y lo sabes. —Pero Bryson se daba cuenta de que aquello era exactamente lo que había dicho. Pasó con rapidez al siguiente punto—: ¿Qué opinas de ese anuncio publicitario rodado en Edimburgo?

—En principio, sería solo Maggie quien apareciera en el mismo. Al fin y al cabo, se trata de un champú femenino... —Anthony estudió los papeles—. Pero si estuvieran de acuerdo los empresarios, tu exmujer

está dispuesta a permitir que salgas tú también en el anuncio.

—¡Claro que está dispuesta! ¡Tendría mucho más éxito si saliéramos juntos!

—Bryson, cálmate y controla esa enorme vanidad tuya. Jonah Leary ha ideado esto para su cliente, que es Maggie, no para ti, recuérdalo. Y para que aceptes someterte a ello, te han colocado delante el anzuelo de Damien Clayton.

Bryson se echó hacia atrás en la silla y se cruzó de brazos.

—¿Me estás diciendo que no acepte?

—Te estoy diciendo que sigas la corriente a tu ex en esos aspectos que a ella le benefician y que en el fondo a ti te dan igual..., para que tú puedas aprovechar los que te benefician a ti.

Reflexionó unos instantes mientras fumaba. Anthony Holland tenía fama de ser un hombre sensato, austero y juicioso. No llevaba a actores recién llegados a Hollywood porque sus métodos estaban concebidos para quienes ya habían logrado consolidar sus carreras. No hacía cosas raras ni le gustaban las estrategias que tuvieran que ver con escándalos calculados, golpes de efecto ni entrevistas impactantes. Por tanto, si estaba de acuerdo con la propuesta de Jonah Leary, era porque realmente tenía sentido para él.

Bryson era consciente de que estaba a punto de aceptar, pero antes quería asegurarse de determinados puntos sobre los que no podía dejar de pensar.

—¿Cómo debemos...? —empezó a preguntar. Pero el tono firme, incluso airado, que había estado utilizando hasta el momento, se había vuelto inseguro. De hecho, de pronto no sabía cómo expresar lo que quería preguntarle. Volvió a intentarlo—: Cuando estemos juntos en público, ¿cómo tenemos que...?

—¿Comportaros el uno con el otro? —sugirió Anthony. Bryson tragó saliva y asintió sin apartar la mirada expectante de la cara de su agente—. No pide nada excesivo... Colocarte siempre cerca de ella, utilizar un tono cariñoso, coger su mano de vez en cuando, sonreír mucho, invitarla a bailar siempre que haya ocasión, rodearla con tus brazos y, por supuesto, cuando os entrevisten, elogiarla y comentar lo feliz que te sientes por estar de nuevo juntos.

—Se me revuelve el estómago solo de imaginarlo —gruñó—. ¿Nada de besos?

—Nada de besos..., a no ser que tú desees besarla.

Bryson le arrebató los documentos de las manos.

—¿Ha tenido la osadía de escribir eso? —Repasó las líneas con rapidez en busca de la frase, hasta que la suave risa de Anthony le interrumpió. Alzó la vista—. ¿Qué pasa?

—Claro que no ha escrito eso. Lo he dicho para que captes que tendrás que tener mucho cuidado.

—No te preocupes. Sé manejar a esa estirada escocesa.

—No me preocupo... y no me estás entendiendo. Con lo que tendrás que tener cuidado es con tus sentimientos hacia esa estirada escocesa. Eso es lo que espero que sepas manejar.

—¡Pero si es mi exmujer!

—Precisamente —repuso el anciano con calma—. Estuviste enamorado de ella y, si hacéis este viaje, pasaréis mucho tiempo juntos. Cabe que...

Esta vez fue Bryson quien lanzó una sonora carcajada, tan fuerte que se le saltaron las lágrimas.

—No voy a enamorarme otra vez de Maggie, Anthony —contestó cuando pudo volver a hablar. Se secó los ojos mientras trataba de serenarse, se levantó de la silla y le tendió la mano a su agente para despedirse—. Pase lo que pase durante ese disparatado tour promocional, puedo garantizarte algo: no hay absolutamente ninguna posibilidad de que vuelva a enamorarme de ella.

# 7

—¿No te parece que todo esto es una...? —empezó a preguntar Lucy, dudosa, cuando acabó de repasar los documentos en su pequeño despacho de Highland.

—¿Una brillante estrategia? —sugirió Maggie.

—No. Una locura tremenda, más bien.

Lucy giró la cabeza para mirarla y se quitó las gafas. Estaba sentada en la silla de su escritorio, desde donde llevaba a cabo todo su trabajo como asistente, y Maggie había estado aguardando de pie junto a ella mientras acababa de leer todos aquellos documentos. La opinión de Lucy la decepcionó un poco, aunque en realidad no había esperado otra cosa. Ella era sensata y prudente y, lo más importante, aborrecía a Bryson. Maggie tendría que haber adivinado que un plan como aquel, que suponía pasar tanto tiempo tan cerca de su exmarido, le parecería una pésima idea.

—¿Qué es exactamente lo que te parece una locura?

—Pues no sé, Maggie, ¿por dónde empiezo? —repuso la joven con sequedad—. ¿Que vayas a pasar tres semanas con Bryson haciendo esa pantomima ridícula? ¿Que dejes Los Ángeles, donde se supone que tienes que buscar trabajo como actriz, para dar tumbos por Inglaterra y Escocia solo para participar en un concurso de la BBC, grabar un anuncio de champú y acudir a la inauguración de un hotelito de cuatro estrellas?

—No voy a participar en un concurso, voy a ser parte del jurado.

—Da igual. La cuestión es que no tiene ningún sentido. ¿Y qué pasará cuando regreséis? ¿En qué momento confesaréis que no estáis juntos?

—Eso ya lo iremos viendo, Lucy, no nos agobiemos antes de tiempo.

En lugar de contestar, Lucy se quedó mirándola fijamente sin parpadear, lo cual debía de ser complicado, pensó Maggie, teniendo en cuenta la cantidad de rímel que llevaba en las pestañas. Era su mejor amiga, junto con Jonah, y no podían ser más diferentes entre ellos. Los quería a los dos, pero los dos la exasperaban a veces, como en ese preciso instante.

—De acuerdo, muy bien, haz lo que quieras —replicó Lucy al cabo de unos segundos sin abandonar su seriedad—. Al fin y al cabo, solo soy tu asistente. Si quieres destrozar un poco más tu vida, yo solo podré ayudarte a recoger los pedazos después.

Maggie sonrió. Sabía que lo había dicho con intención de que abandonara la idea, pero no discutiría con ella ni un minuto más.

—Gracias —se limitó a responder—. En cuanto Bryson me dé una respuesta, se lo comunicaremos a Jonah y sacaremos los billetes de barco...

—¿Qué pasa si Bryson se niega a ir?

—Entonces me marcharé yo sola. —Se dejó caer en el femenino sofá rosa de dos plazas que Lucy tenía en su despacho—. Necesito escapar un tiempo de todo esto. Quiero ver a mi tío, a mis padres y a mis hermanos. Quiero pasear por las calles de Inverness, quizá incluso me anime a hacer una excursión hasta el lago Ness.

—¿En ese caso no se trataría solo de trabajo? —quiso saber Lucy. Había apoyado la espalda en el respaldo de la silla y parecía un poco menos crispada ahora.

—No. Creo que podría ayudarme a decidir qué quiero hacer de verdad con mi vida.

—¿Y si Bryson acepta?

Maggie se encogió de hombros y no contestó. A pesar de haber hablado largo y tendido con Jonah y de haber leído los documentos varias veces, no tenía una idea muy clara, en realidad, de cómo se desarrollarían los acontecimientos en caso de que de verdad fueran a hacer esa gira los dos juntos. Le parecería irreal hasta el mismo momento en que se viera a bordo del barco con él.

El teléfono de la mesa de Lucy empezó a sonar, sobresaltándolas a las dos, y su asistente lo descolgó con la diligencia de costumbre.

—Residencia de Maggie McEvers. Lucy Jenkins al habla. —Escuchó durante un breve instante—. Sí, un momento.

Lucy se levantó de la mesa para cederle el sitio frente al teléfono a Maggie y esta se acercó.

—¿Es para mí? ¿Quién es? —preguntó. Lucy se limitó a poner los ojos en blanco, pero de una forma tan expresiva que el cuerpo de Maggie empezó a temblar antes incluso de que su cerebro adivinara la respuesta. Cogió el auricular—. ¿Diga? Soy Maggie McEvers.

Al otro lado de la línea le pareció escuchar un ligero suspiro, como si alguien tratara de armarse de paciencia, o de valor, antes de hablar.

—Maggie, soy Bryson.

Su voz sonaba demasiado cercana, como si estuviera junto a ella en el despacho de Lucy. La voz de Bryson siempre la había afectado. Trató de sonar despreocupada y amable.

—Hola, Bryson, ¿cómo estás?

—Bien, gracias —respondió él con el mismo tono exageradamente cortés. Hubo un pequeño silencio—. Te llamo para confirmarte que participaré en... en esa gira promocional.

La cara de Maggie se iluminó con una sonrisa de victoria. Se giró un poco hacia Lucy, que había ocupado su puesto en el sofá, y le enseñó el dedo pulgar en señal de triunfo. La joven arqueó las cejas y negó con la cabeza, tan desolada como si estuviera a punto de presenciar el fin del mundo. Maggie la ignoró y se centró en la conversación telefónica.

—Me alegro de que hayas decidido aceptar —le dijo a su exmarido —. Creo que será muy beneficioso para ambos.

—Eso espero —replicó él—. Pero, Maggie...

—¿Qué?

—Nada de trucos, ¿de acuerdo?

—¿A qué te refieres?

—Nos ceñiremos a lo que pone en el acuerdo, volveremos a Los Ángeles lo antes posible y seguiremos con nuestras vidas.

—Por supuesto —repuso Maggie, empezando a sentirse un poco ofendida. ¿Qué creía que pretendía hacer ella, aprovechar el viaje para volver a pescarlo?—. A mí tampoco me llena de alegría pasar tres

semanas pegada a ti otra vez.

Los dos guardaron silencio de nuevo hasta que Bryson volvió a hablar con un tono un poco más ligero:

—Bien, pues espero entonces a que me enviéis el billete del barco.

—Sí, Jonah llamará a la Cunard y te lo enviará lo antes posible. — Estuvo a punto de darle las gracias, pero se contuvo y colgó con suavidad y sin despedirse. La idea había sido de Jonah, pero le iba a suponer tantos beneficios a su exmarido como a ella misma, así que ¿por qué iba a agradecerle nada? Si no fuera por culpa de Bryson, además, no estarían en esa situación los dos.

—De modo que ha aceptado —oyó decir a Lucy desde el sofá.

—Sí. —Se levantó, sintiéndose contenta de verdad por primera vez desde hacía tiempo—. Por favor, Lucy, llama a Jonah y dile que puede pedir dos billetes en primera clase, tal y como estaba previsto. ¡Oh, y uno para perros!

—¿Vas a llevarte a Skye?

—Claro que me llevo a Skye.

Lucy se puso en pie y avanzó hacia el escritorio. Se sentó, sujetó el auricular bajo la barbilla antes de marcar y garabateó algo en su bloc de notas mientras esperaba a que le pasaran la llamada. Miró de soslayo a Maggie.

—Uno para perros, pues, además de dos billetes en primera y otro en segunda. Y lo mismo para los vuelos entre Los Ángeles y Nueva York.

—¿Otro en segunda? ¿Para quién?

Lucy tapó el extremo del auricular con la mano y sonrió un poco.

—Ay, Maggie... No pensarás que voy a permitir que te vayas tú sola a hacer algo como lo que pretendéis hacer, ¿verdad?

Dorothy Jensen dejó al fin su vaso vacío sobre la mesa y se dispuso a marcharse. Maggie llevaba esperando un buen rato a que lo hiciera y se levantó también como un resorte. Aunque valoraba la amistad de su vecina y agradecía que hubiera acudido a su casa para despedirse, tenía todavía muchísimas cosas que hacer. Había llegado el día de

volar a Nueva York, desde donde embarcarían rumbo a Inglaterra, y oía los tacones de Lucy en el piso de arriba, yendo de una habitación a otra mientras seguía meticulosamente cada paso de una larga lista de tareas previas al viaje. Estaba deseando unirse a ella. Todos sus pensamientos estaban concentrados en los preparativos, no en el monólogo de la señora Jensen acerca de las mejores tiendas de Londres para comprar ropa.

—No entiendo por qué no coges un avión de Nueva York a Londres, en lugar de pasar tantos días metida en un barco —comentó Dorothy mientras recogía los guantes y el bolso de la mesita de café.

Ya habían hablado de eso al principio de su visita, cuando Dorothy señaló lo maravillosa que le parecía la PanAm en todos los aspectos, incluso en los vuelos de larga distancia, y Maggie tuvo que aclararle que solo volaría para ir de Los Ángeles a Nueva York y que allí embarcaría en el *Queen Elizabeth*, pero, a pesar de ello, volvió a explicárselo:

—Prefiero el barco. Siempre me ha parecido muy agradable navegar, aunque se tarde más tiempo en llegar a los sitios.

Esa no era la razón, por supuesto. La razón de embarcarse en el trasatlántico y pasar cuatro días encerrados en él era que, siguiendo los designios de Jonah, proporcionaría muchas más oportunidades para que Bryson y ella fueran observados durante las primeras escenas de su «actuación». Los lujosos salones del *Queen Elizabeth* y los rincones de cubierta junto al océano constituían, sin duda, un entorno mucho más romántico que la estrecha cabina de un avión.

—Bueno, querida, pues te deseo buen viaje. —Dorothy se inclinó para besarla en la mejilla—. Espero que todo vaya bien.

—Gracias, Dorothy.

La acompañó hasta la puerta y se quedó observándola mientras cruzaba la calle de camino a su casa. Su vecina no sabía nada de la verdadera naturaleza del viaje; solo le había contado que su agente le había organizado una gira por Gran Bretaña... Maggie se sonrió y cerró la puerta. Si todo iba como debía ir, los Jensen leerían los titulares acerca de la reconciliación del año al mismo tiempo que el resto del mundo.

Se apresuró a subir las escaleras. Lucy estaba arrodillada en el vestidor de su dormitorio, envolviendo sombreros y guantes en papel de seda. A su lado, Skye se entretenía mordisqueando con sus diminutos dientes la esquina de una caja de zapatos. Maggie se quedó mirando a la perrita y de pronto la invadió el pánico.

—Dios mío, ¿dónde estará su cartilla veterinaria? Nos la pedirán en el aeropuerto y en el barco...

—Ya la tengo —respondió Lucy sin dejar de envolver artículos—. Está en la bolsa con el resto de sus cosas: la comida, sus cuencos, el cepillo y el champú, su mantita y un par de juguetes. Podemos comprarle otra camita al llegar a Londres, si no duerme bien solo con la manta, pero creo que no es necesario llevarnos la de aquí.

Maggie respiró aliviada. Al principio le había parecido una idea malísima que Lucy se sumara al viaje, pero ahora se alegraba. Ella se sentía tan sobrepasada ante la perspectiva de lo que podría ocurrir a partir del momento en que embarcara junto a Bryson que era incapaz de pensar en los detalles más prácticos.

—¿Qué haría sin ti? —suspiró.

Lucy acabó con los sombreros y le arrebató a Skye con suavidad la caja de zapatos para poder comprobar su contenido.

—Solo espero que tu exmarido cuente con alguien como yo que se asegure de que esté en el aeropuerto dentro de cuatro horas. Lo mataré con mis propias manos si pierde el avión.

—Oh, no, Bryson no irá en nuestro vuelo, volará a Nueva York por su cuenta mañana por la mañana.

—¿Por qué? —Cada vez que hablaban de Bryson, la desconfianza invadía el menudo rostro de su asistente.

—No lo sé. ¿Qué más da?

Lucy se levantó y empezó a descolgar varios vestidos de las perchas.

—Supongo que no hace falta que te diga que espero que tengas mucho cuidado con Bryson.

—No necesitaré tantos trajes de verano, Lucy. El clima de allí es totalmente distinto y querré un atuendo más campestre e informal cuando vaya a ver a mi familia...

—No cambies de tema. ¿Y si, en el transcurso de toda esa loca

representación vuestra, empiezas a sentir por tu exmarido algo que no...?

—Botas impermeables y calcetines de lana —añadió Maggie según se le iba ocurriendo, abriendo un cajón tras otro—. También un par de jerséis gruesos, porque en Escocia hace frío incluso en junio, tenlo en cuenta para tu equipaje. Quizá debamos comprar esas cosas en Nueva York, aquí apenas tenemos ropa de invierno...

Lucy soltó los vestidos y se giró hacia ella, exasperada.

—¡Maggie!

Qué persistente era esa chica. Supo que no le quedaba más remedio que tener esa conversación y dejó de moverse por el vestidor para encararse a ella.

—De acuerdo. ¿Qué quieres que te diga, Lucy? Si quieres que te prometa que mantendré a raya mis sentimientos por Bryson, lo haré. Me será muy sencillo: no albergo ningún sentimiento hacia él. —Lucy mostró otro de sus gestos de desconfianza levantando una ceja y Maggie sonrió con una seguridad que no sentía—. Además, tiene a su novia, ¿no? Aunque lo de su boda fuera mentira, sí es cierto que su relación está bastante afianzada. Y nunca se me ocurriría meterme entre ellos, yo no soy como Juniper.

—¿Qué le ha dicho a Juniper para convencerla de que le permita hacer este viaje contigo? No creo que a ella le haya hecho mucha gracia...

—A Bryson siempre le ha importado muy poco lo que opinen sus novias sobre lo que él haga o deje de hacer. Sus novias y sus esposas. ¿No soy yo el mejor ejemplo? —Salió del vestidor y comprobó que había metido el pasaporte en el bolso que llevaría durante el vuelo. Alzó un poco la voz para que Lucy la pudiera oír—. No sé lo que le habrá dicho a Juniper, ese es su problema.

La conversación se extinguió mientras Lucy iba a su dormitorio a preparar su propio equipaje y Maggie revisaba la lista de tareas. Ahora que su ropa y sus artículos personales ya estaban guardados en dos grandes maletas de piel roja, una enorme sombrerera, una bolsa de mano y un maletín de maquillaje, y que las cosas de Skye también llenaban otra bolsa más, solo le quedaba ducharse y vestirse con el

conjunto que había elegido para el avión. No era necesario cerrar el gas ni el paso del agua, tampoco proteger los muebles con fundas, porque la empleada del hogar seguiría cuidando de Highland. La víspera había cenado con Jonah para repasar todos los detalles del itinerario y habían prometido mantener una comunicación continua.

Entró en el cuarto de baño y se quitó la ropa para darse una ducha y lavarse el pelo. ¿Sería capaz de llevar a cabo todo aquello? ¿De estar permanentemente junto a su exmarido, fingiendo que habían recuperado su antigua relación, mientras el mundo los observaba y opinaba sobre el tema? ¿Y cómo serían las cosas con Bryson cuando no estuvieran en público? No tenía ni idea. Ni siquiera se atrevía a asegurar que fueran a ser amables el uno con el otro. Bryson no la odiaba, eso lo sabía (¿por qué motivo iba a odiarla él a ella?), pero tampoco sentía ningún interés ya por ella y le daba la impresión de que, para él, aquel viaje era una enorme carga que se había echado sobre su espalda solo porque estaba obsesionado por trabajar con Damien Clayton. Si no fuera por eso, estaba convencida de que se habría negado en rotundo a someterse al plan de Jonah.

Maggie se miró con atención en el gran espejo dispuesto sobre la encimera de mármol. Acababa de cumplir treinta años; aún era joven y hermosa. No poseía la belleza sensual y alegre de Juniper, pero le gustaban sus rasgos delicados, sus ojos color zafiro y su fino cabello rubio. Podía parecer gélida, como decía Lucy, pero Bryson había estado una vez enamorado de ella, la había deseado en cuerpo y alma, y ahora al menos debería sentirse orgulloso de posar ante las cámaras a su lado. «Puedo hacerlo —se dijo—. Todo saldrá bien y, cuando regrese a Hollywood, lo haré convertida en una estrella... de nuevo».

# Segunda parte

El amor es fuego, pero nunca puedes anticipar si va a dar calor a tu corazón o a destrozar tu hogar.

JOAN CRAWFORD

*Give me a kiss before you leave me*
*And my imagination will feed my hungry heart*
*Leave me one thing before we part*
*A kiss to build a dream on*

*A Kiss to Build a Dream On*

# 8

*Nueva York, junio de 1957*

El vestíbulo del Waldorf Astoria estaba tranquilo a aquellas primeras horas de la noche. Maggie había cenado en su suite, pero había bajado a recepción para preguntar si tenían algún periódico inglés disponible. Por supuesto, enterarse de lo ocurrido en Inglaterra con dos o tres días de retraso no le importaba demasiado; no tanto como asegurarse de que Bryson había tomado su avión a tiempo y se registraba en el mismo hotel que Lucy y ella, como estaba previsto. Teniendo en cuenta el cambio horario entre la costa oeste y la este, calculaba que debía de haber aterrizado en La Guardia hacía más de una hora.

El solícito conserje de impecable uniforme y guantes blancos le entregó un ejemplar del *Times* perfectamente planchado en una bandeja de plata. Maggie se sentó en un sillón de cara a la entrada, desplegó el diario ante ella y se dispuso a esperar como haría cualquiera de los detectives que solían aparecer en las películas de Bryson. Lucy se había retirado temprano a su habitación después de pasar el día juntas por la Quinta Avenida, entrando y saliendo de una tienda tras otra. Pasar un día entero de compras, después de un vuelo transcontinental, había sido demasiado para su asistente, y Maggie la había animado a irse pronto a la cama. Tenían que estar en el puerto al día siguiente, a las doce del mediodía, y la necesitaba fresca y despejada. Maggie, por su parte, nunca se había sentido tan activa. La sensación de apatía que la había acompañado los últimos meses había desaparecido por completo y una especie de vibrante energía, algo vivo y eléctrico, recorría su cuerpo desde que habían salido del avión la noche anterior. Se preguntaba si se debía a que la aventura estaba a punto de comenzar o solo a que ya no se encontraba en Los Ángeles.

Estaba terminando de leer con el ceño fruncido un artículo sobre la

caza del zorro cuando un pequeño revuelo de conserjes, botones y otros huéspedes se formó junto a la puerta giratoria. Maggie bajó un poco el periódico para poder atisbar sin ser vista. Sí, era Bryson, haciendo una de sus entradas triunfales en el hotel, sonriente incluso con el cigarro pendiendo de los labios, con el pelo ligeramente despeinado, el rostro cansado y ataviado con una gabardina de color beis. El revuelo continuó un rato mientras Maggie observaba desde detrás del *Times*. Dos botones discutieron entre ellos por el honor de subir el equipaje, los huéspedes empezaron a pedir autógrafos y el conserje trató de facilitarle la llave de su habitación lo antes posible, al tiempo que suplicaba desesperado a los curiosos que se retiraran para dejarle respirar. Bryson, entre tanto, esperaba apoyado en el mostrador, fumando y sonriendo con indolencia. Cuando terminó de completar el registro y recibió su llave, dedicó un par de minutos a firmar para varias mujeres y un par de hombres antes de dirigirse a los ascensores.

En ese momento, Maggie abandonó el periódico sobre el sillón, corrió en la misma dirección que él y se coló en el ascensor en el que acababa de entrar justo cuando las puertas se cerraban.

—Hola, Bryson —lo saludó casi sin aliento, pero procurando sonreír.

Él pareció sorprendido. A Maggie le encantaba atraparlo con la guardia baja, igual que el día en que había ido a hablar con él acerca de la idea de Jonah, cuando lo había encontrado tumbado en la hamaca, creyéndose que pasaría una tarde apacible junto a la piscina. Aquello había resultado maravillosamente satisfactorio.

—Hola, Maggie.

Se acordó de que se suponía que quería subir en el ascensor por el mismo motivo que él, para ir a su propia habitación, y pulsó el botón de su piso. Se fijó en que el botón del piso 42 ya estaba iluminado: eso significaba que la habitación de Bryson se encontraba un piso más arriba de la suya y que se bajaría ella primero, justo lo que quería.

—¿Has tenido un buen vuelo? —le preguntó.

—Sí, bastante bueno. He estado dormido casi todo el rato. —La sorpresa inicial que había mostrado al ver a Maggie había sido

sustituida ya por su familiar expresión juguetona, señal de que estaba relajado y a punto de meterse con ella de alguna forma. En efecto, a continuación, dijo—: ¿Y tú, Maggie? ¿Lo pasaste muy mal en el tuyo? Recuerdo cómo apretabas siempre mi mano en los despegues... ¿A quién se la has cogido ahora que no estaba yo contigo?

Maggie clavó la vista en la fila de botones que se iban iluminando a medida que ascendían y sonrió sin ninguna alegría.

—Oh, siempre encuentro a un caballero dispuesto a darme la mano en esos momentos.

—Cuánto me tranquiliza que sea así.

Ya iban por la vigésima planta. Quería preguntarle antes de que se fuera si podía contar realmente con él para lo que iban a hacer, pero no sabía cómo expresarse.

—¿Tienes todos los detalles sobre el muelle al que tenemos que ir mañana?

Bryson la miró un poco irritado y ella se arrepintió de haberle hecho esa pregunta. Parecía una madre que no confiaba en que su hijo pudiera desenvolverse por sí solo para encontrar la puerta de su colegio.

—¿Todos los detalles? —repitió él despacio—. Pediré al chófer que me lleve al puerto y le diré que voy a embarcarme en el *Queen Elizabeth*, ¿qué más detalles debería tener?

No volvieron a hablar hasta que el ascensor se detuvo en el piso de Maggie y las puertas se abrieron. Ella suspiró internamente y miró por encima del hombro a su exmarido antes de salir. Bryson también la estaba mirando con atención, casi alerta, como si esperara que hiciera algo extraño.

—Bueno, pues que duermas bien —le deseó Maggie.

—Solo voy a mi habitación a cambiarme de ropa. Quiero ir a un club de jazz que acaba de abrir.

—¡¿Ahora?! —exclamó ella. Volvió a meter medio cuerpo en el ascensor y pulsó a toda prisa el botón que mantenía las puertas abiertas—. ¡No quiero estar mañana en el muelle angustiada y pensando que estás desplomado en el hotel con resaca!

Bryson apartó el dedo de Maggie del botón, pero ella le dio un

manotazo y volvió a presionarlo antes de que las puertas se cerraran.

—¡Maggie, no empecemos! ¡Me apetece escuchar un poco de música y tomar una copa y me importa un bledo si te parece mal!

Los ojos de ella se entornan hasta convertirse en dos rendijas de acero azul.

—Se supone que este viaje es para que nos vean juntos, Bryson, no para que te vayas a beber y escuchar jazz por Manhattan tú solo...

—Sí, a partir de mañana, así figura en el acuerdo. Tranquila, llegaré a tiempo para coger el barco y seré todo tuyo para empezar la repugnante falsa que Jonah Leary y tú me obligáis a representar.

—Nadie te obliga, solo tu ambición de trabajar con Clayton —le recordó. Él ya no intentaba impedir que las puertas siguieran abiertas, pero parecía tan deseoso de perderla de vista que Maggie hizo un esfuerzo por cambiar de actitud. Si no empezaban a llevarse medianamente bien cuando estaban a solas, nadie creería que se amaban cuando estuvieran en público. Bajó los párpados para no parecer demasiado desesperada y le preguntó en tono resignado—: ¿Quieres que vaya contigo?

Él se echó a reír con una carcajada socarrona que molestó a Maggie mucho más que todo lo que había dicho antes.

—¿A un club de jazz? ¿Para aguantar tus quejas sobre el humo de tabaco, la música demasiado estridente y el número de copas que decida pedir? Ni lo sueñes, guapa. —Apartó su mano de la botonera del ascensor y empujó a Maggie con suavidad para que saliera—. Vete a dormir como la niña buena y perfecta que eres. Nos veremos mañana en el barco.

Muda de indignación, ella le lanzó una mirada furibunda y trató de hallar una buena contestación a eso, pero las puertas se cerraron entre ellos y se encontró sola en el pasillo enmoquetado de su piso.

Más que un club de jazz, The Red Cave era un antro que parecía sacado de una pesadilla inducida por la fiebre. Situado en el corazón de Harlem, se accedía al local descendiendo una larga y estrecha escalera de caracol, que se abría a una especie de gruta húmeda y fría

iluminada con decenas de farolillos rojos. Las pequeñas lámparas de las mesas también eran rojas, lo cual, unido a la espesa humareda de los cigarrillos y a los efluvios del alcohol, producía una atmósfera ligeramente similar a lo que uno podría imaginar como el infierno, un ambiente que a Bryson le encantó en cuanto entró. Juniper le había aconsejado el club la semana anterior, prueba de lo bien que le conocía ya. En Los Ángeles, Bryson solía acudir a locales de moda, bien iluminados, con guardarropa, camareros uniformados y botellas de champán enfriándose en cubiteras de plata junto a cada mesa, pero en realidad los locales que le gustaban se parecían mucho más a aquel en que se encontraba en ese momento.

El empleado que le condujo a una de las pocas mesas libres que quedaban no le reconoció y eso fue otro punto a favor para el Red Cave. Pidió un bourbon y se quitó la gabardina. El escenario estaba vacío; debía de ser el rato de descanso de los músicos, así que se entretuvo charlando con los tres hombres afroamericanos que ocupaban la mesa contigua. Aquello también era estupendo: a pesar de que Harlem era un barrio con población mayoritariamente negra, era raro encontrar un club donde admitieran a personas de color como clientes. Los invitó a cigarrillos y a una ronda de lo que estuvieran bebiendo, que resultó ser bourbon también, y brindó ruidosamente con ellos por el señor Jim Beam y por todos sus futuros descendientes.

Cuando los músicos volvieron al escenario y empezaron a tocar, Bryson abandonó la conversación, se apoyó relajadamente en el respaldo de la silla y se concentró en la música y en vaciar su vaso. No tenía ni idea de la hora que era, tampoco le importaba. Sabía que había aterrizado a las ocho y media de la noche, pero después había perdido la noción del tiempo. Bryson nunca llevaba reloj y, de haberlo tenido, tampoco habría sabido cuál era el cambio horario exacto respecto a Los Ángeles, así que daba igual. Tanto podían ser las once de la noche como las cuatro de la madrugada. Había dormido mucho en el avión y, por tanto, aunque cansado del viaje, también estaba muy despejado. Además, no quería que llegara la mañana siguiente. Eso significaría que había llegado el momento de subir a un barco para pasar nada menos que veintidós días en compañía de su exmujer,

recorriendo un país que detestaba y en el que a él le odiaban.

¿Qué había pasado exactamente en el ascensor? De repente le vino la escena a la mente y no pudo quitársela de la cabeza, ni siquiera con la acelerada música de jazz que tocaba la banda (esa era una de las razones por las que le gustaba tanto charlar, aunque fuera con desconocidos: le ayudaba a centrarse en unos temas para olvidarse de otros). Maggie y él habían estado juntos y solos durante escasos minutos en la estrecha cabina del ascensor, pero ella casi había conseguido que le estallara la cabeza con sus advertencias y sus mohines de disgusto. No había tenido otro remedio que ponerla en su sitio. Las luchas de poder entre ellos habían sido la tónica habitual durante el poco tiempo que estuvieron casados y no parecía que eso fuera a cambiar ahora... Era como si, en lugar de admirarse e intentar hacerse felices el uno al otro como las parejas normales, sus dinámicas estuvieran basadas en demostrar su superioridad moral e intelectual. Ella siempre le hacía sentir como alguien que no estaba a la altura de las circunstancias y, en cuanto a él, reconocía que no se había dedicado del todo a hacerla feliz, más allá de los primeros meses de noviazgo. Maggie era conocida en el mundo del cine como «la rosa escocesa», pero para Bryson era más bien una espina. Su espina escocesa. Y, sin embargo, le había dado un poco de pena la expresión ofendida de su rostro cuando la echó del ascensor...

Por el rabillo del ojo atisbó cierto movimiento en la mesa contigua. Dos recién llegados estaban tratando de que los tres hombres negros se levantaran y les cedieran su mesa, a lo cual se negaban. Bryson dejó de prestar atención a los músicos y se giró del todo hacia la mesa vecina, preparado para actuar en caso necesario. Sus ocupantes seguían negándose a moverse y trataban de ignorar a los otros dos, manteniendo los ojos fijos en el escenario, pero esto pareció molestarlos mucho más. Uno de los hombres blancos agarró de la manga al hombre de color más menudo del grupo y tiró para obligarlo a ponerse en pie. El chico se zafó de él y los recién llegados empezaron a gritarle algo. Bryson no podía oír bien las palabras, pero por la cara que pusieron los tres amigos estuvo bastante seguro de que los insultos racistas ya habían saltado. «A la mierda», se dijo al tiempo

que se levantaba de su mesa.

Bryson no fue quien lanzó el primer puñetazo, pero sí el que golpeó mejor. Su pasado de boxeador afloró con tanta facilidad como si nunca lo hubiera dejado atrás. En un momento dado era un sofisticado actor famoso y un tipo simpático y, al siguiente, un bruto que repartía ganchos de derecha calibrando al mismo tiempo no romper demasiados huesos a los dos hombres blancos que se lanzaron a la vez contra él. No le importaba si acababan la noche todos juntos en una comisaría. Tampoco le importaba recibir unos cuantos golpes si con ello defendía el derecho de su nuevo amigo negro a disfrutar de un poco de jazz y de un buen bourbon en el local que le diera la gana.

Ningún hombre debería soportar que le arrebataran eso.

La comisaría de Harlem a la que lo habían llevado estaba muy animada a aquellas horas de la madrugada. Prostitutas, borrachos, carteristas y marrulleros como él esperaban sentados en los duros bancos de metal o entraban y salían acompañados de policías. Al menos, a él no le habían esposado, pero sentía la cabeza a punto de estallar (casi tanto como cuando se encontraba con Maggie) y el puñetazo que había recibido en la mandíbula, el peor de los que le habían propinado esos dos individuos, era como fuego emponzoñado, como un latido ardiente que le irradiaba veneno hacia los ojos y las orejas. Le daba la impresión de que su cráneo había duplicado su tamaño, aunque, si hacía caso de su reflejo en la mampara que separaba el cubículo, no parecía demasiado grave. Ni siquiera se le había aflojado ningún diente.

—Solo una llamada —le advirtió el policía, poniendo el teléfono a su alcance.

¿A quién iba a llamar? ¿A Maggie? Se imaginó la cara de su exmujer cuando el timbre del teléfono sobre la mesilla de la suite interrumpiera su sueño reparador de nueve horas y él le explicara que se había metido en una pelea y que quería que respondiese por él ante la policía. Rio entre dientes. Aunque podría ser delicioso, no estaba lo suficientemente borracho y acabó dando al agente un número de

teléfono de Los Ángeles.

Anthony Holland respondió casi enseguida, aunque en Los Ángeles debía de ser tarde también ya. Bryson le resumió la situación y, cuando terminó de hablar, solo escuchó un larguísimo suspiro.

—Anthony, por favor, sé que es tarde y que quieres volverte a dormir, pero te suplico que le expliques al agente quién soy o me retendrán aquí y acabaré perdiendo el barco.

—Pero ¿en qué demonios estabas pensando? —gruñó su agente a cuatro mil kilómetros de distancia—. No puedes aterrizar en Nueva York y solo unas horas después ponerte a lanzar puñetazos en un club solo para defender a un desconocido...

—¿No puedo? Yo diría que es lo mínimo que un ser humano debería hacer.

—Escucha, Bryson: una vez iniciado este viaje no puedes permitirte este tipo de cosas. No deberías permitírtelas nunca, en realidad. Eres una celebridad, una persona famosa, y los titulares tienen que hablar de tus películas y de tu vida amorosa, nada más. Supongo que no tengo que explicarte que la imagen que necesitas dar a partir de mañana no es la de un loco borracho que se mete en peleas...

—De acuerdo, tienes razón —concedió, pasándose una mano por los ojos. Ahora que la subida de adrenalina se había extinguido, solo sentía cansancio y dolor. Lo único que quería era volver cuanto antes al Waldorf, tomarse una aspirina y meterse en la cama—. Por favor, ¿puedes hablar con el agente y convencerlo de que me deje marchar por esta vez?

—Está bien. Pásamelo.

Anthony tardó un buen rato en arreglarlo y Bryson salió de la comisaría justo en el momento en que salía el sol. La ciudad empezaba a despertar, aún había poca gente en las calles. Hacía fresco a esa hora y solo entonces se dio cuenta de que había dejado olvidada la gabardina en el Red Cave; por suerte, guardaba el paquete de cigarrillos en el bolsillo de la chaqueta. Encendió uno y la mandíbula le dolió aún más por la tensión de mantener el cigarro entre los labios. A pesar de ello, sonrió al hombre que repartía botellas de leche cuando se lo quedó mirando y comenzó a silbar una de las tonadas

que había oído en el club mientras bajaba por Park Avenue en dirección al hotel.

Cuando Lucy descubrió que Maggie había solicitado también para ella un camarote en primera clase, dio la impresión de no saber si abrazar a su jefa o enfadarse por haber perdido el control de los preparativos en un aspecto. Estaban ya en el interior del *Queen Elizabeth*, en la zona de recepción, rodeadas de maletas y de un alboroto que le dificultaba mucho a Maggie la tarea de controlar la llegada de Bryson.

—Maggie, no tenías que haberlo hecho. No nos sobra el dinero para pagar dos suites en el barco... —seguía protestando Lucy mientras ella vigilaba la pasarela de embarque.

Skye ladró. La perrita parecía un poco atemorizada ante la cantidad de personas que se movían a su alrededor y Maggie se agachó para cogerla en brazos.

—Lucy, ¿cómo iba a permitir que estuvieras cuatro días encerrada en un camarote de segunda mientras yo duermo en una suite? —replicó distraídamente, volviendo a fijar la vista en la pasarela—. Además, lo paga Jonah, no nosotras... ¡Como Bryson no llegue a tiempo, lo mataré con mis propias manos!

—Eso es lo mismo que dije yo en Los Ángeles.

Eran las doce y diez de un día soleado y caluroso en el puerto de Nueva York y el barco iba a soltar amarras en menos de media hora. Bryson todavía no había dado señales de vida y Maggie apenas podía creerse que pudiera ser tan irresponsable como para perder el barco, especialmente después de habérselo advertido. Nunca estaba segura de si hacía ese tipo de cosas para irritarla o solo porque él era así, incapaz de estar en los sitios puntual y de limitarse a hacer las cosas tal y como se hubiera comprometido. ¿Cómo había logrado llegar tan lejos en su carrera?

Por fin lo vio aparecer a través de la puerta abierta que comunicaba la pasarela con el interior del barco. Llevaba gafas de sol, una camisa blanca y un jersey de golf atado por las mangas sobre los hombros, e iba conversando con el grupo de gente que se había formado a su

alrededor. El encargado de recibir a los viajeros, que había estado hasta el momento atendiéndolas a ellas, se disculpó apresuradamente y corrió hacia Bryson para darle la bienvenida.

—No estoy segura de poder aguantar esto —musitó Maggie.

Lucy estaba mirando fijamente al actor, ajustándose las gafas como para ver mejor.

—¿Qué le ha ocurrido en la cara?

Maggie lo examinó mientras se acercaba a ellas. Bryson tenía la parte izquierda inferior de la cara enrojecida y bastante hinchada.

—¿Qué demonios te ha pasado? —le preguntó en tono brusco cuando estuvo lo bastante cerca.

—Ya me tienes aquí, preciosa —respondió él con suavidad al tiempo que deslizaba un brazo por su cintura y se inclinaba por encima de Skye para besarla a ella en la mejilla, muy cerca de la comisura de los labios.

Maggie se quedó de piedra, pero consiguió ponerse en situación a tiempo y no rechazar su beso ni apartarse. Estaba tan alarmada por el aspecto de la mandíbula de Bryson que había tardado un poco en acordarse de que la función ya había dado comienzo. Perdida la esperanza de recibir alguna explicación, esperó a su lado a que firmara en el registro del barco mientras trataba de sobreponerse al efecto de su breve beso. Hacía mucho tiempo que no se tocaban de modo afectuoso y lo miró de reojo para comprobar si él también estaba afectado de alguna manera por el súbito reinicio del contacto físico. Bryson parecía mucho más agotado que cuando se habían visto la noche anterior y no se quitaba las gafas de sol, señal de que volvía a sufrir resaca y de que había dormido poco o nada, pero no dejaba de sonreír a quienes lo rodeaban. Rio con calidez y firmó un autógrafo encantado cuando un empleado le aseguró que su hija de catorce años estaba enamorada de él, y después le ofreció un billete de veinte dólares a un joven camarero que pasaba cerca.

—¿Serías tan amable de llevarme un Bloody Mary a mi camarote dentro de diez minutos? —le pidió.

—¡Por supuesto, señor Mallory! —Al chico se le iluminaron los ojos, aceptó el billete y corrió a cumplir el cometido. Maggie tuvo que

contenerse para no resoplar: ahora ya no podía reaccionar así.

Pocos minutos después, se vio formando parte de la pequeña comitiva que se adentraba por el pasillo de los camarotes de primera clase. El hombre que les mostró las tres puertas correspondientes pareció un poco confuso por la situación y Maggie comprendió que seguramente se trataba de la primera persona en plantearse que ella y Bryson volvían a ser pareja. Sin embargo, el empleado se retiró sin más comentarios que un discreto «Espero que disfruten de la travesía». Lucy también desapareció enseguida tras la puerta de su camarote. Maggie y Bryson se quedaron solos en el pasillo.

—¿Puedes explicarme ahora lo que te ha pasado para llegar tarde y con la cara así?

Bryson se quitó las gafas de sol estilo aviador y se frotó con suavidad la mandíbula. Aquella mañana no se había afeitado y la sombra de barba oscurecía aún más el tono cárdeno de esa zona de su piel.

—Una pequeña gresca sin importancia.

Maggie volvió a dejar a Skye en el suelo y se cruzó de brazos. Lo miró con suspicacia con la cabeza un poco ladeada.

—¿Con qué motivo?

—Supongo que miré con demasiado interés a la mujer de alguien. Ya sabes cómo soy. —Bryson se encogió de hombros evitando su mirada y abrió la puerta de su camarote—. Voy a echarme un rato. No creo que nos veamos antes de la cena, pero te prometo que estaré en el comedor a las ocho en punto para demostrar al pasaje y a la tripulación el profundo amor que siento por ti.

—Perfecto. Estoy tan deseosa que dedicaré la tarde a elegir el vestido para la ocasión —repuso ella con el mismo sarcasmo—. Mi única preocupación en el mundo es que estés orgulloso de mí y que...

—Bryson —jadeó una voz femenina a su espalda—. ¡Casi no llego a tiempo!

Maggie se volvió en dirección a la voz y se quedó tan estupefacta que se tambaleó y estuvo a punto de pisar a Skye. Juniper avanzaba hacia ellos por el pasillo con su melena oscura perfectamente ondulada, un ajustado traje azul pálido que se ceñía a sus curvas y un

largo fular de gasa atado al cuello. El fular ondeaba a su paso y no hacía mucho por ocultar su voluptuoso escote.

—Hola, cielo —la saludó Bryson. Miró a ambos lados del pasillo para asegurarse de que no había testigos y le dio un largo beso en los labios a su novia. Maggie se encogió—. ¿Se ha retrasado el avión?

—No, pero el chófer no estaba en el aeropuerto a mi llegada y mi representante tardó un rato en resolverlo. Creo que voy a despedirle en cuanto regresemos. —Juniper se puso de puntillas para distinguir los números dorados que colgaban de la sucesión de puertas cerradas —. Da lo mismo. Aquel es mi camarote, espero que traigan pronto mi equipaje... —A continuación, le dedicó a Maggie una alegre sonrisa, como si acabara de reparar en su presencia—. Oh, hola, Maggie.

Ella no se molestó en responder. La sangre le hervía en las venas y su cerebro trataba de elegir las palabras adecuadas entre un montón de insultos y acusaciones, pero nada se ajustaba del todo a lo que la situación requería. Estaba temblando de ira. Tragó saliva con dificultad y se dirigió a Bryson para preguntar con voz ahogada:

—¿Podemos hablar a solas?

—Por supuesto —respondió él, tranquilo—. ¿En tu camarote o en el mío?

Bryson abrió la puerta del suyo antes de que Maggie pudiera escoger y le hizo un gesto invitándola a pasar dentro.

—Luego te veo, June —dijo antes de cerrar tras ellos.

Se encontraban en la pequeña pero lujosa sala de estar privada de la suite. Las paredes estaban forradas de paneles de madera clara y había un sofá de tres plazas de terciopelo ocre y una barra de bar bien surtida pegada a la pared. Un escritorio junto a los ventanales marcaba la división entre el saloncito y el dormitorio.

Maggie soltó la correa que sujetaba a Skye para que pudiera moverse libremente por el camarote y se encaró con su exmarido. Procuraría no gritar, pero no podía prometer nada.

—¿Qué hace Juniper aquí?

—Es mi novia y, como es natural, me acompañará durante el viaje.

—¿Como es natural? —repitió, furiosa. Percibió que una vena empezaba a latirle en la frente. Dio un paso hacia Bryson y él

retrocedió a su vez, aunque no parecía en absoluto impresionado—. ¿Te parece muy natural que tu novia vaya a estar con nosotros mientras fingimos una reconciliación?

Sonaron unos golpecitos en la puerta y Bryson acudió a abrir. Era el joven camarero, que le llevaba el Bloody Mary.

—Gracias —dijo Bryson aceptando el vaso.

—Es un honor, señor.

Cuando el camarero se fue, volvió a cerrar la puerta y probó la bebida. Luego, dejó el vaso sobre la barra con una calma que desesperó a Maggie y le dijo:

—En el acuerdo que redactasteis no decía nada de que no pudiera venir Juniper.

—¿Te estás riendo de mí? ¡Tú mismo dijiste que nada de trucos!

—Mira, Maggie, te aseguro que su presencia no afectará en absoluto al plan. Ella comprende lo que estamos haciendo, y no es que esté encantada, pero respetará las reglas. Tendrá siempre su propia habitación y no nos demostraremos afecto en público... Será lo contrario de lo que tenemos que hacer tú y yo: Juniper y yo fingiremos que no estamos enamorados.

Ella se apartó todo lo posible de la barra para no caer en la tentación de lanzarle una botella o un vaso.

—¡Le has dado un beso en mitad del pasillo del barco! —lo acusó.

Bryson tuvo la desfachatez de reírse. Se acercó a ella con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón; se acercó tanto que Maggie pudo oler el vodka en su aliento y distinguir los cortos pelitos de su barba de dos días.

—¿Te molesta mucho verme besarla?

El tono de voz que empleó, totalmente distinto al que había usado hasta entonces, hizo que sintiera un leve mareo y que por un momento no pudiera apartar los ojos de los suyos, pero enseguida se recobró.

—No se trata de que lo vea yo, sino de que os puedan ver los demás. No vuelvas a hacerlo —le exigió indignada antes de apartarse de él para encaminarse a la puerta. Al ir a abrirla, miró a su ex por encima del hombro y añadió—: Hablaré con Jonah sobre todo esto, pero

confío en que sepas cómo vas a explicar a la gente la presencia de Juniper y la mía al mismo tiempo.

Dio un portazo y trató de calmarse antes de que alguien pudiera verla. Dos segundos después, la puerta volvió a abrirse un poco y Bryson asomó la cabeza.

—Maggie, espera —la llamó.

Ella se volvió aguardando alguna otra explicación, una disculpa o la promesa de que Juniper sería devuelta al muelle de inmediato antes de que el barco zarpara.

—¿Qué?

Bryson abrió del todo para permitir que una desconcertada Skye saliera del camarote y le tendió a Maggie la correa.

—No te olvides a tu perra.

Se dirigió a su camarote, pero cambió de idea y llamó a la puerta del de Lucy. Estaba demasiado enfadada como para quedarse sola.

—¿Qué te pasa? —quiso saber la joven en cuanto vio la expresión de su cara.

Su asistente se había quitado los zapatos de tacón y ya había dispuesto la agenda y sus útiles de trabajo sobre el escritorio, antes incluso de sacar la ropa de la maleta. Maggie irrumpió en la salita de estar, idéntica a la de Bryson, y empezó a caminar de un lado a otro.

—Juniper está en el barco —explicó de forma sucinta.

—¿Juniper? ¿Está aquí? ¿Ha venido a despedir a Bryson?

—¡No, maldita sea! Ha venido a acompañarlo. Durante todo el viaje.

Maggie se dejó caer pesadamente en el sofá y miró a Lucy en espera de su reacción. Los ojos de su amiga se agrandaron de incredulidad.

—¿Cómo se atreve? —Lucy fue hasta el escritorio y cogió la carpeta del acuerdo.

—No te molestes —la avisó al reparar en lo que iba a hacer—, no dice en ningún sitio que no pueda venir. Debimos pensar en ello antes.

—Pero ¿cómo vais a estar las dos a la vez con él? ¿Qué va a decir para explicarlo?

—No lo sé.

Se deslizó hacia abajo hasta que su cabeza quedó sobre un reposabrazos y sus pies sobre el extremo opuesto del sofá. Maniobró para deshacerse de los zapatos sin incorporarse ni usar las manos y fijó los ojos en el techo del camarote. Seguía furiosa, pero a la vez se sentía agotada. Su cabeza no dejaba de dar vueltas a todo aquel plan desde hacía semanas y ahora surgía otra preocupación añadida que lo hacía todo aún más difícil.

—No se puede confiar en él, Lucy —se lamentó—. Hará cualquier cosa para estropearlo todo y lo peor es que lo hará sin faltar al acuerdo y sin poner en peligro su oportunidad con Damien Clayton. ¿Es que no puede separarse de Juniper ni unos cuantos días? ¡Cuando estaba conmigo no era así! Si me quejaba de que pasábamos mucho tiempo separados, decía que era demasiado dependiente...

—Bueno, tendrás que sobrellevar la situación lo mejor posible.

Lucy se sentó en la silla del escritorio, de cara a ella, y las dos se quedaron en silencio un rato. Maggie rememoró la imagen de Juniper recorriendo el pasillo a su llegada, con aquel traje azul ceñido y sus maliciosos ojos chispeantes, y tuvo que controlarse para no emitir un bufido de frustración. Le daba la sensación de que la actriz ganaba siempre, de que ganaría siempre, sin importar lo que ella hiciera ni cuánto se esforzara. Y en cuanto a Bryson... Lo aborrecía tanto en ese momento que ni siquiera podía pensar en él sin que una niebla roja de odio inundara su cerebro. Solo con pensar en que durante tres semanas tendría que soportar su sonrisa cínica e insolente, sus gestos románticos hacia Juniper, sus aires seductores, la forma en que aprovecharía cualquier oportunidad para reírse de ella mientras aparentaba amarla...

De pronto, la niebla roja se disipó de golpe. Bryson no aparentaría amarla. La amaría de verdad.

Se incorporó en el sofá y volvió a ponerse los zapatos con una nueva expresión en el rostro, tan animada y salvaje a la vez que Lucy preguntó, extrañada:

—¿A qué viene ahora esa sonrisa?

Maggie no sabía que había sonreído, pero no le sorprendió. Tenía un nuevo plan y era magnífico. Le supondría trabajo añadido, más

esfuerzo, energía y tesón, pero lo conseguiría. Ya lo había conseguido una vez, hacía años, y volvería a hacerlo.

—Haré que vuelva a estar enamorado de mí.

Lucy se llevó una mano a la frente con cansancio.

—Oh, no, Maggie, te lo suplico...

—No intentes quitarme la idea de la cabeza, estoy decidida. —Se puso de pie y se miró en el espejo que había junto al sofá, pero no se fijó de verdad en su reflejo. Era más importante pensar en cómo se comportaría con su exmarido la siguiente vez que se vieran: en la cena —. Primero conseguiré que me desee tanto que le duela y después lograré que me ame. Y en cuanto conquiste a Bryson...

Dejó la frase en suspenso, olvidándose de que estaba hablando con Lucy. En realidad, hablaba más consigo misma, para poner en orden sus pensamientos. Tenía mucho que hacer: ir a su camarote, sacar los vestidos, llamar a alguna camarera para que le planchara el elegido para esa noche y, quizá, pedir cita en el salón de belleza del barco.

—¿En cuanto conquistes a Bryson...?

Al oír la voz de Lucy, reparó de nuevo en su presencia y le dedicó una dulce sonrisa.

—Entonces, le romperé el corazón.

# 9

*Pasado: Los Ángeles, otoño de 1955*

Al final, resultó que Maisie-Leigh —o Maggie, tal como se llamaba ahora— encajaba mucho mejor en los melodramas del estilo de la década anterior que en las películas históricas y de aventuras que parecían estar tan de moda en ese momento. Su primer papel había sido el de la hija de un nuevo rico despreciado por la alta sociedad, que se veía obligada a soportar el desdén de la familia de su prometido, el aristocrático dueño de una plantación de Luisiana. Durante casi toda la película, su personaje, Ruby Terrance, sufría, lloraba, enfermaba y luchaba por obtener la aprobación y el respeto general antes de conseguir un final agridulce que dejaba al público con lágrimas en los ojos y una sonrisa soñadora en los labios. *Sueños sin rostro* se había estrenado a finales de octubre y, aunque no era la protagonista, la crítica se había fijado en ella y la había elogiado mucho más de lo que se había atrevido a esperar.

Su contrato con la Warner Bros tenía una duración de dos años, lo habitual para una actriz que empezaba, y su salario era de doscientos dólares semanales, más que suficiente para pagar el apartamento que Bryson le ayudó a buscar en Burbank, cerca de los estudios. El apartamento estaba en un edificio de los años veinte y era pequeño pero cómodo y muy luminoso y, sobre todo, para ella sola. Ya había conocido a algunas actrices principiantes como ella, que se veían obligadas a compartir casa para sufragar los gastos de alquiler, pero, gracias al buen ojo de Bryson y a su influencia, se había hecho con una auténtica ganga.

Hacía casi dos meses que no lo veía. Aquel verano ella había estado muy ocupada con el rodaje de la película y, aunque a veces él se acercaba al plató para saber cómo le iba e infundirle confianza,

apenas podían hablar unos minutos durante los descansos. Y después, cuando al fin terminó su trabajo en *Sueños sin rostro* y comenzaron las labores de posproducción, fue Bryson quien empezó a rodar una de sus acostumbradas películas policiacas, esta vez en el papel de un detective alcohólico acusado falsamente de matar a su propio hijo. Maisie-Leigh no se había atrevido a acudir a su rodaje como había hecho él ni una sola vez, pero todas las noches, cuando se acostaba en su cama de color rosa y apagaba la luz, se preguntaba cómo estaría, cuándo volvería a verlo y si se habría liado con la actriz que coprotagonizaba su película. Había instalado el teléfono en la mesilla del dormitorio en vez de en la salita de estar, para poder responder enseguida en caso de que la llamara en mitad de la noche y, aunque había hecho un par de amigas con las que quedaba de vez en cuando para tomar un café, se sentía tremendamente sola sin él.

Jonah Leary había percibido su aire melancólico a pesar del éxito de su primer papel. Maisie-Leigh confiaba en que no adivinase la razón y se esforzaba en no pronunciar nunca el nombre de Bryson delante de él por miedo a que descubriera sus sentimientos en su tono o en su mirada. Maisie-Leigh amaba en secreto a Bryson desde hacía tiempo, probablemente desde que lo conociera en Londres, pero no dejaría que nadie lo supiera. Por ello, para que Jonah no pensara que le ocurría algo raro, aceptó su invitación para asistir a la inauguración de una sala de baile en Hollywood.

Entró de su brazo y un camarero los guio hasta una pequeña mesa redonda, cerca de la pista de baile. Jonah pidió una botella de champán y, mientras esperaban a que se lo llevaran, observó a su alrededor sin ningún disimulo.

—No parece que haya nadie conocido —comentó.

—¿Esperabas ver a alguien en concreto? —preguntó ella mientras se quitaba la estola de piel con que se cubría los hombros.

El camarero llegó con el champán y lo sirvió. Cuando volvió a retirarse, Jonah cogió la copa y respondió con ligereza:

—Nunca se sabe.

Pero Maisie-Leigh se fijó en que continuaba mirando a su alrededor y por primera vez se planteó si su agente estaría también enamorado

de alguien inalcanzable o si tendría una amante a la que estuviese deseando ver. Lo único que sabía de su vida privada era que estaba divorciado.

—Es pronto aún —lo alentó después de vaciar la mitad de su copa. El champán le gustaba y siempre conseguía animarla y hacerla sentir como la estrella que aún no era—. Quizá dentro de un rato llegue la persona que esperas.

Jonah sonrió divertido.

—¿Cómo sabes que espero a alguien?

—Supongo que lo he intuido por la manera en que buscas con la mirada entre la gente. —Se encogió de hombros—. ¿Es guapa? ¿Es una mujer relacionada con el mundo del cine?

Él se sirvió más champán sin decir nada y contempló por un momento a las parejas que bailaban en la pista, sin contestar. Luego volvió a centrar su atención en ella y la miró a los ojos con una sonrisa tímida.

—¿Quién ha dicho nada de una mujer?

Maisie-Leigh comprendió que por primera vez estaba compartiendo con ella algo tremendamente íntimo y personal, algo que con toda probabilidad muy pocos sabrían, y se sintió agradecida por ello. Jonah Leary, aparte de ser su agente, se estaba convirtiendo en un buen amigo.

—Bueno, pues espero que venga y conocerlo —replicó, y Jonah sonrió aún más, sus ojos pardos se iluminaron y alzó la copa para un brindis.

—¿Qué te parece si bailamos, preciosa? —le propuso a continuación.

—Será un placer.

Salieron a la pista y Maisie-Leigh se abrazó a la corpulenta figura de Jonah, que era un bailarín bastante ágil a pesar de su exceso de peso. Dejó que la llevara de un lado a otro al ritmo del foxtrot que tocaba la orquesta, hasta que sintió otra mano apoyada en su hombro.

—¿Me permites? —preguntó a su espalda una voz que ella reconocería en cualquier parte.

Se giró para encontrarse cara a cara con Bryson.

—¡Bryson! ¿Qué haces aquí? Pensé que todavía estabas rodando...

—Acabo de terminar —respondió sonriendo antes de saludar a Jonah con una inclinación de cabeza—. Señor Leary.

—Toda tuya, Mallory —dijo este soltando a Maisie-Leigh—. Iré a ver si encuentro a cierta persona.

Bryson la tomó entre sus brazos justo cuando la orquesta iniciaba un fox mucho más lento que el anterior. Maisie-Leigh era consciente de que no podía dejar de sonreír. Bryson llevaba un esmoquin impecable y estaba tan atractivo y elegante que le resultaba increíble que pudiera moverse con libertad por el local sin que hordas de admiradoras lo asaltaran. Se dio cuenta de que algunas parejas que bailaban cerca lo habían reconocido, pero todas ellas respetaron su espacio.

—¿Qué tal te ha ido, Maggie? Hace mucho que no nos vemos.

—¿Por qué me llamas así?

—Es tu nombre ahora. Debes acostumbrarte a él, incluso cuando no estás trabajando. —La acercó un poco más a su cuerpo, demasiado para lo que requería un fox, y ella sintió que algo en su interior se derretía como el oro líquido—. Me alegro de habernos encontrado aquí. Quería llamarte para darte la enhorabuena por tu éxito, pero nunca veía el momento...

—Gracias —respondió—, pero es un éxito relativo. Mi papel solo...

—Es un éxito absoluto —la corrigió él, haciéndola girar con lentitud —. Tu primera película y la crítica ya se ha fijado en ti. Eso no suele pasar.

—¿Qué tal te ha ido a ti?

—Bien, pero estoy agotado. —Bryson movió muy despacio la mano por su espalda, enviando una corriente eléctrica directamente al centro de su sistema nervioso—. Y te he echado de menos.

Se detuvieron en mitad de la pista. Maisie-Leigh se quedó atrapada en su mirada oscura; oía el latido de su propio corazón mucho más alto y claro que la música de la orquesta. Sin necesidad de intercambiar palabras, salieron de la pista de baile y atravesaron deprisa toda la sala hacia el exterior. Recordó de manera fugaz que había dejado el bolso y la estola sobre su mesa, pero no le importó.

Ya fuera, Bryson se detuvo junto a su coche aparcado, la apoyó

contra la portezuela y la besó exactamente de la forma en que ella siempre había imaginado.

Le estaba volviendo loco. Maggie pasaba de mujer fogosa y apasionada una noche a jovencita recatada que lo detenía en cuanto ponía las manos sobre los botones de su vestido. Al principio, Bryson había pensado que se trataba de algún tipo de estrategia, de un juego femenino de ahora sí y ahora no; después de todo, ella era la que había empezado el acercamiento la noche en que se le insinuó en su coche, aunque hubiera sido por las razones equivocadas. Sin embargo, había acabado por comprender que aquellos cambios de actitud no se debían a ningún ardid caprichoso, sino que obedecían solo a una inseguridad que aún no había aprendido a dominar. Maggie le deseaba tanto como él a ella, pero al mismo tiempo le daba miedo las consecuencias que su relación física pudiera tener. Unas veces ganaba el deseo; otras veces vencía el miedo. Y él tenía una paciencia infinita cuando ocurría lo segundo, porque entendía lo extraño que debía de ser para ella haberse convertido en la amante de una estrella de cine, las dudas que podían cruzar por su cabecita. Le había dicho ya que la quería, pero Maggie no parecía creérselo del todo.

A principios de diciembre, cuando Bryson empezaba a recuperar la tranquilidad después de los actos y fiestas a los que no había parado de asistir por el estreno de su última película, Maggie le llamó para contarle que Jonah Leary acababa de conseguirle su segundo papel para un drama de época.

—¡Esta vez seré la protagonista, Bryson! ¡Hasta el punto de que el título de la película se llama como ella! —le dijo entusiasmada, y él sonrió al imaginar la luz azul que debía de llenar sus ojos en ese mismo instante—. Seré Sylvia Delaney, una enfermera de la gran ciudad que llega a un pueblo pequeño, justo antes de que estalle la Gran Guerra.

—¡Vaya, suena muy bien! Tenemos que celebrarlo.

La llevó a cenar marisco a un restaurante de lujo junto al mar y luego a bailar y a beber champán. Maggie empezó la noche contenta y

animada, pero su actitud fue cambiando a medida que pasaban las horas. Cuando entraron en casa de Bryson poco después de medianoche —mucho más pronto de lo que este había calculado— y la tomó en sus brazos para besarla, se dio cuenta de que, aunque no le rechazaba, Maggie estaba más distante y tensa de lo que nunca la había visto desde que la conocía.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó soltándola—. ¿Estás nerviosa por el rodaje?

—No. Además, ya te he dicho que no comenzará hasta después de las fiestas navideñas.

—¿Entonces?

Se acercó a su mueble bar y buscó un vaso limpio y una botella de bourbon. Ella frunció el ceño.

—¿Es que siempre tienes que beber?

Bryson volvió a dejar la botella y el vaso en su sitio y se encaró con Maggie. Sabía que estaba de mal humor por algún motivo desde el principio de la noche, aunque hasta ese momento se hubiera esforzado (no demasiado bien) en ocultárselo.

—¿Cuál es el problema? —le preguntó, más desconcertado que enfadado—. Hemos salido a celebrar tu nueva película y a pasarlo bien. Te llevo a cenar a un buen restaurante en un sitio precioso, te llevo a bailar, pido una botella del mejor champán... ¡Y ahora intento besarte y parece que ni siquiera estás aquí!

—¡De eso precisamente se trata!

—¿De que te bese?

—¡De todo! —exclamó alzando los brazos. Maggie empezó a recorrer el salón de un extremo al otro—. Lo único que hacemos es ir a cenar, a bailar y a beber. ¡Por el amor de Dios!, ¿acaso no sabéis hacer otra cosa aquí? Y luego nos besamos en tu coche, en la playa o en tu casa y a veces nos acostamos y está muy bien, pero...

—Pero ¿qué? —Bryson estaba más confuso y molesto cuanto más hablaba ella. No la entendía en absoluto, pero sí empezaba a comprender que había algo indefinido que los hacía peligrosamente incompatibles. Sin embargo, ignoró la idea y añadió—: Pensaba que todo eso te gustaba. Que yo te gustaba. —Fue hacia ella y la obligó a

mirarle a los ojos levantándole la barbilla con un dedo—. Que me querías.

—Y te quiero, Bryson —suspiró Maggie, más calmada—. Pero empiezo a cansarme de este tipo de vida. Me gustaría hacer cosas normales.

—Lo que hacemos es lo normal.

Ella no contestó, sino que desvió la mirada y se mordisqueó el labio inferior, pintado de un tono rojo cereza. Había aprendido a maquillarse de una forma mucho más sofisticada que cuando llegara a Los Ángeles hacía casi un año y, con la ayuda de los peluqueros y esteticistas de los estudios, su belleza había aumentado hasta rozar la perfección. Aunque había actrices tan guapas como ella, Maggie tenía algo más en su interior, una especie de luz que la hacía sobresalir del resto.

—A veces no sé lo que hago —dijo ella entonces antes de añadir en voz más baja—: Ni lo que digo.

La tomó por los hombros y percibió que su rigidez se había desvanecido. Ya no estaba malhumorada, sino de nuevo triste e insegura.

—La próxima vez te llevaré a hacer algo fuera de la ciudad. Quizá podríamos alquilar unos caballos y pasar el día en el campo.

El rostro de ella se iluminó por completo y le rodeó el cuello con los brazos.

—¡Eso me encantaría! —Escondió el rostro contra su hombro durante un instante mientras él le acariciaba el cabello. Luego, alzó la cabeza y lo besó en los labios con suavidad—. Eres maravilloso, Bryson. No quiero que esto termine nunca...

—Yo tampoco quiero —susurró él. Iba a añadir algo más, pero Maggie le desabrochó el botón superior de la camisa y luego sustituyó sus dedos por sus labios y Bryson no pudo pensar más durante un rato.

El rodaje de *Sylvia Delaney* empezó a primeros de enero. Esta vez, Maggie ya estaba acostumbrada al ritmo y a la manera en que se hacía todo, pero ahora era la protagonista en vez de un personaje

secundario, por lo que no resultó exactamente más fácil. Había pasado las Navidades con Bryson y, aunque había echado de menos a su familia, estaban tan enamorados y se sentía tan feliz por estar junto a él que sus primeras fiestas navideñas lejos de su casa no fueron tan duras como había imaginado. En realidad, se divirtió mucho con Bryson. La temperatura alcanzó los veinticinco grados el día de Navidad y él le hizo entrega de su regalo ataviado con un traje de baño rojo y un gorro de Santa Claus. Ella se había reído al verlo aparecer así, pero cuando abrió la cajita que le tendió y descubrió una preciosa pulsera de oro con pequeños zafiros, se quedó sin aliento. Nunca le habían regalado nada tan caro y hermoso. Bryson le dijo que el color de los zafiros le recordaba a sus ojos y la ayudó a abrochársela alrededor de su muñeca. A continuación, la ayudó a despojarse de todo lo que no fuera la pulsera.

Una tarde, cuando llevaban casi un mes de rodaje, Bryson entró en su camerino de los estudios mientras el maquillador le hacía algunos retoques antes de que empezara la última escena que rodaría ese día. Maggie le sonrió a través del espejo cuando se acercó al tocador.

—Te traigo zumo recién exprimido de mis naranjas —le dijo él enseñándole un termo pequeño—. Sé cuánto te gusta el zumo de naranja, aunque seas tan rara como para no añadirle vermut ni vodka, y que te pones de mal humor si no ingieres suficiente vitamina C.

Maggie se rio.

—Muchas gracias. —Cogió el termo y apartó la bandeja llena de barras de labios para poder dejarlo sobre el tocador—. Pero ahora no puedo beber nada —dijo señalando al maquillador, que seguía inclinado sobre su cara aplicando colorete con una brocha.

Bryson sonrió y le pidió educadamente al maquillador que les concediera un momento a solas. El hombre frunció el ceño, pero dejó la brocha y salió del camerino. Maggie giró la silla para quedar de frente a Bryson y se quitó la capita de algodón con que se cubría su traje de enfermera para no mancharlo mientras la maquillaban.

—Estás muy guapa vestida así —le dijo él—. Quizá deberías cambiar de profesión. No puedo imaginar nada más maravilloso que caer enfermo o herido y que me atienda una enfermera como tú...

—No creo que te hubiera gustado luchar en la Gran Guerra. Me temo que no servían muchos martinis en el campo de batalla —bromeó. Esperó la carcajada de Bryson, al que le encantaba que hiciera ese tipo de comentarios levemente sarcásticos sobre su afición a la bebida, pero él no se rio. Quizá se había pasado—. Lo siento, solo estaba bromeando...

Él la interrumpió al sujetarla por los brazos y tirar hacia arriba de ella para que se levantara de la silla. Bryson tenía una expresión extraña, más intensa de lo habitual. Dejó las manos sobre sus hombros una vez que ya estuvo de pie y su voz tembló un poco cuando dijo:

—Te necesito, Maggie. Quiero que te cases conmigo.

# 10

La mandíbula le dolía (mucho), estaba cansado y tenía resaca una vez más, pero Bryson sabía que, como siempre, mostraba la apariencia y el comportamiento del hombre más carismático y encantador del mundo, como correspondía a su condición de estrella de cine. No había podido dormir más que unos minutos aquella tarde, debido al malestar y al movimiento del barco, al cual no tendría más remedio que acostumbrarse. Hacia las cinco había aprovechado que la mayor parte del pasaje de primera se encontraba en el salón principal tomando el té para deslizarse sin ser visto hasta la enfermería, en busca de novocaína (que no consiguió), aspirinas y pastillas para dormir, y a la barbería, para que le afeitaran antes de la cena. Con aquel balanceo, se sentía incapaz de hacerlo por sí mismo sin correr el riesgo de degollarse o de desmayarse por el dolor del puñetazo. Después, había tenido una charla con Juniper para asegurarse de que comprendía bien lo que se verían obligados a decir y a hacer y ahora estaba sentado a la mesa del capitán, en el comedor privado, un privilegio que solo los viajeros más importantes entre el pasaje disfrutarían todas las noches de la travesía.

—Es absolutamente necesario que la Cunard incorpore aún más mejoras en los buques, sobre todo en primera clase —estaba diciendo el capitán, un hombre alto de pelo blanquísimo, a lady Bedingfield—. Si no lo hace, en un par de años no habrá absolutamente nadie que elija cruzar el Atlántico en barco en lugar de hacerlo en avión.

No se enteró muy bien de la respuesta de lady Bedingfield, tampoco le interesaba demasiado. Tenía el brazo enguantado de Maggie a dos centímetros del suyo y los ojos atentos de Juniper clavados en su rostro. La situación le había divertido los primeros cinco minutos, pero la sensación de tensión soterrada que flotaba sobre la mesa empezó a incomodarle antes de que sirvieran los entremeses. En la

mesa del capitán todos sonreían y charlaban amigablemente: lord y lady Bedingfield, que regresaban a Inglaterra después de haber ido a visitar a su hija, casada con un americano, la cual acababa de tener un bebé; el capitán Thompson, acompañado durante esa travesía por su esposa, y el Trío Magnífico: Maggie McEvers, Juniper Gale y él mismo. De momento, ni los Bedingfield ni los Thompson habían hecho comentario alguno al respecto, aunque Bryson los había sorprendido más de una vez mirándose asombrados entre ellos y levantando las cejas.

A su lado, Maggie se inclinó un poco sobre la mesa para alcanzar la botella de vino y una vaharada de su perfume le alcanzó de lleno. Su primer impulso fue apartarse un poco de ella, pero rectificó a tiempo: cogió él mismo la botella y le sirvió vino. Recordó que Maggie no bebía vino tinto, porque decía que le daba dolor de cabeza, pero esa noche parecía más animada que de costumbre y aquella ya era su tercera copa.

—Aquí tienes —dijo con calidez, siendo recompensado con una radiante sonrisa.

Le preguntó al capitán Thompson la primera tontería que se le ocurrió, algo sobre su opinión personal acerca de los barcos desaparecidos en la zona de las Bermudas y, una vez empezó a responder, dejó de escucharlo. Maggie se había enfurecido de verdad con él al ver aparecer a Juniper —tal como había previsto— y suponía que en aquellos momentos continuaba odiándolo, pero era mejor actriz de lo que la gente pensaba y se comportaba como una mujer verdaderamente enamorada, toda sonrisas, miradas melosas y palabras dulces. Si el capitán Thompson supiera cómo era en realidad, solo podría compararla con las malvadas sirenas de Ulises... Estaba guapa, eso tenía que reconocerlo. Más guapa de lo que la había visto nunca desde la ruptura. No llevaba el pelo recogido, sino con un ligero moldeado que le enmarcaba el rostro hasta rozar los hombros, y se había puesto un vestido de seda del color que más le favorecía, el azul zafiro. El vestido tenía un escote palabra de honor, pero se cubría con un echarpe de gasa semitransparente, de un tono azul más claro. Estaba menos pálida que de costumbre, como si el vino la hubiera

encendido desde dentro, y los ojos le brillaban. Parecía bastante contenta y segura de sí misma, cosa rara en ella, y ni una sola vez la había visto mirar hacia Juniper. Esta, por su parte, iba vestida de amarillo, con adornos de pedrería, y en ese instante había dejado de observarle y se reía a carcajadas de algo que le estaba contando lord Bedingfield. Tendría que recordarle más tarde que no podía mostrarse tan contenta y despreocupada en ningún momento; después de todo, se suponía que acababan de romper y que la tirantez entre los dos era considerable, en especial esa primera noche en la que coincidían en el barco.

Bryson había decidido pedirle a Juniper que lo acompañara casi desde el primer momento, después de revisar concienzudamente los documentos del acuerdo y cerciorarse de que ningún párrafo prohibía su presencia. Era consciente de que estaba siendo un poco tramposo aprovechándose de esa laguna, pero tenía dos buenas razones: en primer lugar, Juniper era su novia y tenía todo el derecho a acompañarlo si ambos lo deseaban, y, en segundo lugar... Bueno, se podría decir, simplemente, que no quería que Maggie se saliera del todo con la suya. Ella había conseguido que pareciera que Bryson no tenía más remedio que aceptar el trato, pero a cambio tendría que soportar la presencia de Juniper.

Había resuelto cómo explicar la presencia simultánea de las dos mujeres mientras se encontraba en el sillón del barbero, con los ojos cerrados y una relajante toallita caliente sobre los párpados, una vez que los calmantes empezaron a hacerle efecto y pudo pensar con claridad. Diría que Juniper le había dejado a él unas semanas antes, pero que ella también tenía previstas ciertas reuniones de trabajo en Inglaterra y que habían terminado coincidiendo en el barco. Se negaba a quedar otra vez como el malo y, además, no quería humillar en público a Juniper. Bastante iba a tener que aguantar la pobre durante el viaje, como para encima someterla a la tortura de que todos los medios afirmaran que él había roto con ella para volver con su exmujer. Maggie tendría que estar de acuerdo con su explicación.

—¿Le apetece unirse a nosotros?

Bryson levantó la vista del postre. El capitán Thompson le miraba

aguardando alguna respuesta. No tenía ni idea de qué estaban hablando en ese momento.

—Me temo que me he perdido la propuesta, capitán —admitió sonriente.

—Una visita al puente de mando, en cuanto acabemos de cenar —le aclaró el capitán, e hizo una inclinación de cabeza a la dama sentada a su derecha—. Petición de lady Bedingfield.

—Me encantaría.

A su lado, Maggie carraspeó ostensiblemente.

—Me duele un poco la cabeza, Bry, ¿no podrías acompañarme a mi camarote?

Bryson se giró hacia ella. Su exmujer se frotaba con delicadeza las sienes y tenía los ojos entornados, como si de verdad se encontrara mal.

—¿Ahora? —dudó.

—Si no te molesta...

Percibió que todas las personas de la mesa estaban pendientes de su reacción y se dio cuenta de que lo que le estaba obligando a hacer supondría la primera confirmación oficial de que Maggie y él volvían a ser pareja.

—Por supuesto que no —contestó.

Dobló la servilleta con calma, se levantó y le tendió una mano a Maggie para ayudarla a ponerse en pie. Se forzó a no mirar a Juniper mientras la manita de su ex desaparecía en el interior de la suya y, cuando se dirigió al resto de los comensales para despedirse, se sintió poco menos que un fraude.

—Discúlpennos, por favor. Nosotros nos retiramos.

Estrechó las manos del capitán y de lord Bedingfield, besó las de sus esposas y salió del comedor privado con Maggie. Entonces, Maggie lo adelantó y, en vez de tomar el pasillo de los camarotes, le condujo al exterior. Bryson la siguió, dejándose llevar por una extraña inercia.

No hablaron ni se detuvieron hasta que estuvieron fuera, en la cubierta de paseo. Bryson se apoyó en la barandilla, de espaldas al mar, y se cruzó de brazos.

—Esto es absurdo, Maggie. Aquí no hay nadie.

Ella parecía un poco distraída, como si estuviera concentrada en otra cosa.

—¿Y...?

—Pues que no tiene sentido que estemos aquí solos. Nos vería más gente en el puente de mando, con los demás. Será mejor que te vayas al camarote como querías hacer. —¿Qué haría él? Quizá tomar una copa en el bar, antes de retirarse. Pero a solas, sin ella. Su presencia le incomodaba profundamente—. Por otra parte, ¿no estabas furiosa conmigo?

—Sí, pero nadie se creerá lo nuestro si al menos no intentamos llevarnos bien.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan sensata?

Maggie no respondió. Se envolvió mejor con el echarpe, aunque aquella fina gasa azul no podía abrigar demasiado, y Bryson se preguntó si tendría frío y si él debería quitarse su chaqueta y ofrecérsela. Antes de que pudiera decidirse, ella alzó una mano y le tocó la mandíbula con delicadeza.

—Cuéntame por qué te dieron el puñetazo.

Bryson tragó saliva. El dedo índice de Maggie reseguía el contorno de su rostro despacio, desde la sien hasta la barbilla. En algún momento se había quitado los guantes de satén y el contacto del dedo con su piel se parecía tanto a una caricia que por un instante se quedó sin aliento. Entornó los ojos; de alguna manera resultaba doloroso, como si le hubiera propinado otro puñetazo.

—Ya te lo conté.

—No me creo que te pegaran solo por mirar a una mujer. —Ella retiró la mano, ladeó la cabeza y le sonrió con estudiada dulzura—. Si fuera así, a estas alturas ya estarías muerto.

Bryson soltó una risa amarga. No sabía por qué le había dado esa explicación... Quizá era que le gustaba cumplir las expectativas que tenían algunas personas acerca de él y, en especial, Maggie: ella siempre esperaba lo peor de su comportamiento. Cuando ocurría eso, Bryson encontraba que, a veces, lo más fácil era seguir la corriente. Sabía lo que su exmujer pensaba de él, porque se lo había dicho (y gritado) muchas veces en los peores momentos de su matrimonio: que

era un mujeriego vanidoso, un egoísta y un irresponsable. No había sido capaz de convencerla de lo contrario entonces, no se molestaría en intentarlo ahora. Sin embargo, por algún motivo, en ese momento prefirió decir la verdad:

—Me metí en una pelea para defender a un hombre de color al que estaban molestando en un club.

Ella lo miró a la cara y Bryson sostuvo su mirada. No había escepticismo en los ojos azules de Maggie, sino respeto y admiración. Era la primera vez en mucho tiempo que lo miraba así.

—Oh, Bryson, podrían haberte...

—Volviendo al tema de Juniper —la interrumpió él, y la mirada de Maggie se enfrió al instante—, diré que ella decidió romper conmigo hace unas semanas y que hemos coincidido en el barco porque también debía viajar a Inglaterra.

Maggie frunció el ceño.

—¿O sea, que habrías vuelto conmigo solo porque Juniper te ha abandonado? ¿Como si yo fuera un segundo plato? Me parece bastante humillante para mí, sinceramente...

—¡¿Y acaso todo esto no es muy humillante para mí también?! —exclamó Bryson. Acompañó sus palabras con una patada a la barandilla. Estaba empezando a perder la paciencia otra vez—. ¡Tengo que seguirte por tu país durante tres semanas, besándote los pies e ignorando a mi novia, solo porque no eres lo bastante buena actriz como para triunfar sin argucias publicitarias!

—¡Te recuerdo que, si tú fueras lo bastante buen actor, no necesitarías de esas argucias para convencer a Clayton de que cuente contigo en su película! —contratacó ella—. ¡Tú me necesitas tanto como yo a ti!

La contempló unos segundos mientras intentaba calmarse. Su pelo rubio y resplandeciente, la expresión voluntariosa pero un poco ingenua a la vez, su apariencia engañosamente delicada... De repente pudo ver la escena desde fuera, como si él fuese a la vez actor y espectador de una película: él vestido con el esmoquin y ella de azul, apoyados en la barandilla del *Queen Elizabeth*, dos pequeñas figuras en mitad de un océano inmenso y de una noche llena de estrellas, y una

repentina sensación de melancolía lo invadió.

—Eso era antes, Maggie —murmuró—. Antes sí te necesitaba.

Ella bajó los párpados y pareció entristecerse por sus palabras.

—Nunca me diste esa sensación.

Durante un momento ninguno de los dos habló y Bryson se reprochó haber dado pie a esa conversación. Una de las cosas por las que más se esforzaba en su día a día era por vivir el presente. Aunque se lo permitía de vez en cuando, odiaba dejarse llevar por recuerdos tristes, por la añoranza, por pensamientos acerca de lo que había perdido o abandonado. Sin embargo, si estaba solo y del humor adecuado, algunas noches se servía un whisky, ponía un disco de Billie Holiday o Louis Armstrong y dejaba que la nostalgia lo arrastrara un par de horas. Nunca más tiempo.

—Es tarde —dijo, aunque no lo era—. Mañana nos espera un largo día de falsedad, el primero de muchos. Deberíamos irnos a descansar ya.

Se apartó de la barandilla para volver al interior, pero Maggie le impidió avanzar al agarrarle con suavidad por el codo.

—Espera, Bryson. ¿Por qué no ensayamos un poco?

—¿A qué te refieres?

—La cena de esta noche ha sido en *petit comité*, pero a partir de mañana empezará la función delante de todos. Y hace siglos que no mostramos..., ya sabes, auténtico cariño físico. Me da miedo que estemos demasiado rígidos o tensos cuando tengamos que hacerlo.

Escudriñó su rostro para saber si realmente le preocupaba aquello o solo trataba de ponerle a prueba, pero no pudo averiguarlo. Solo percibió una especie de alarma lejana, que resonaba perdida en algún lugar de su interior, como si le avisara de que estaba a punto de ponerse en peligro. Y a Bryson le encantaba correr peligros.

—Muy bien, Maggie. Dime qué quieres que ensayemos exactamente. Elige una escena.

Ella sonrió, satisfecha de que hubiera aceptado. Aún tenía la mano sobre su codo y la deslizó hacia arriba para apoyársela en la parte superior del brazo.

—Acabamos de cenar en un restaurante de moda en Londres.

Hemos disfrutado de una romántica velada a la vista de cien comensales, has pagado la exorbitante cuenta y la botella extra de champán y me has ayudado a levantarme.

—Igual que he hecho antes en la mesa del capitán...

—Sí. Me pones la mano en la cintura mientras salimos del local. Todas las mesas nos miran.

Bryson apoyó la mano en la cintura de Maggie, dejando aun así una respetuosa distancia entre ellos. Rozó sus costillas inferiores y se percató de que había adelgazado bastante desde el divorcio. Eso le hizo volver a sentirse culpable.

—Y luego, ¿qué? —suspiró.

—Fuera del restaurante nos detenemos un momento. Aún pueden vernos a través de las ventanas. —Maggie se acercó más a él y apoyó la cabeza sobre su hombro. Con el movimiento, el echarpe de gasa se deslizó por su espalda y cayó al suelo de madera, pero ninguno se molestó en recogerlo. Bryson estaba demasiado concentrado en el cosquilleo del pelo de ella contra su mejilla, en el calor de su cuerpo y, una vez más, en el aroma de su perfume. Aquello empezaba a resultar excesivo, pero no se apartó. Maggie tenía razón: tendrían que estar así muchas veces durante los próximos días—. Ahora estréchame entre tus brazos. Y sonríe. Porque eres muy feliz de que yo sea tuya de nuevo...

La voz de ella era como una corriente cálida, un río perezoso y profundo que se adentraba en Bryson y amenazaba con inundarlo. Estrechó a Maggie contra él y aspiró la fragancia de su cabello. Se negó a sonreír. Luego, inclinó un poco la cabeza para poder ver la expresión de su rostro. Había cerrado los ojos y tampoco sonreía. Qué extraño era tenerla así de nuevo y, aunque fuera mentira, qué intenso.

Al cabo de unos segundos le levantó la barbilla con un dedo y ella abrió los ojos. No se separó ni un centímetro. Solo se quedó mirándolo fijamente.

—Pero nada de besos, ¿no? —musitó Bryson con aspereza—. En el acuerdo pone que nada de besos.

—Nada de besos —confirmó ella con otro susurro.

De pronto fue como si el director hubiera exclamado «corten» y las

cámaras hubiesen dejado de grabar. Maggie se separó de él, recogió el echarpe y se envolvió de nuevo con la gasa azulada.

—Buen ensayo —dictaminó sin mirarlo. Su voz había perdido ya toda calidez y sonó casi aburrida cuando añadió—: Hasta mañana, señor Mallory.

—Que duermas bien, querida —le deseó Bryson empleando el mismo tono indiferente.

Esperó un rato después de que ella desapareciera en el interior del barco, aferrado con tanta fuerza a la barandilla que se le pusieron los nudillos blancos. Permaneció así unos minutos, permitiendo que el viento frío de la noche le cortara las mejillas, y luego traspasó la misma puerta que había cruzado Maggie, dejando que se cerrara tras él con un sonoro golpe. Recorrió los pasillos a largas zancadas, sin detenerse y sin mirar a nadie, hasta llegar a la zona de camarotes de primera clase. Localizó el que estaba buscando y llamó a la puerta. Por suerte, se abrió enseguida.

—¡Bryson! ¿Qué haces aquí?

Juniper parecía sorprendida, pero sonreía. Ya se había quitado el vestido amarillo y llevaba puesto un camisoncito corto blanco, con finos tirantes que eran simples lazos atados sobre los hombros redondos y bronceados.

—Tenía la esperanza de que no estuvieras en el puente de mando —dijo él entrando ya en su camarote—. Le prometí a Maggie que durante el viaje no haría esto contigo, pero nadie se enterará y esta noche lo necesito. ¿Te parece bien? —Y, sin esperar respuesta, hundió su boca en el cuello de Juniper al tiempo que le desataba los tirantes del camisón.

A la mañana siguiente, el sol de finales de primavera inundaba la zona de cubierta destinada a que los perros pasearan y pudieran hacer sus necesidades. Maggie inhalaba a fondo el aire marino y se dejaba conducir por Skye que, sujeta a la correa, disfrutaba de su primer paseo del día. A su lado, Lucy cargaba con la agenda y la carpeta de documentos que llevaba a todas partes, incluso cuando, como en aquel

momento, no había ninguna tarea que requiriera su atención.

Cada una había desayunado en su camarote, por lo que no habían tenido oportunidad de hablar desde antes de la cena del día anterior.

—Entonces ¿todo fue bien anoche? —preguntó Lucy.

—Sí, aunque como cenamos en el comedor privado del capitán no tuvimos demasiado público —respondió Maggie. Se detuvo para permitir que Skye olisqueara un punto concreto del suelo que parecía llamar su atención—. Pero después fue mejor.

—¿Por qué? ¿Qué pasó?

Maggie sonrió. Se había despertado con dolor de cabeza por el vino pero sintiéndose contenta de verdad por primera vez en meses, aún no tenía muy claro el verdadero motivo. Solo sabía que estaba relacionado con Bryson: con la forma en que la había abrazado y con la certeza de que tendría que hacerlo muchas más veces en un futuro inmediato. Y lo que ahora podía ser aún una obligación para él, muy pronto se convertiría en un auténtico placer, algo que su exmarido anhelaría a cada momento que la viera... Hasta que cayera rendido a sus pies y Maggie le rompiera el corazón, como había hecho él con ella.

—Hicimos... una especie de ensayo. —Soltó una risita sin poder evitarlo al recordar el momento en cubierta.

—¿Qué quieres decir?

—Ya sabes, para que la gente nos vea realmente enamorados. Le dije a Bryson que era importante ensayar. —Skye se empeñó en pasar por detrás de una silla plegable y la correa se le enredó en una de las patas. Maggie dejó de hablar un momento mientras la liberaba y continuó—: Así que me tomó en sus brazos...

Lucy la detuvo para poder mirarla a la cara.

—¿Te tomó en sus brazos? —preguntó asombrada—. Pero ¿estabais solos?

—Sí. Y, Lucy, te aseguro que...

—¿Qué? —Lucy parecía a punto de chillar de impaciencia.

—Te aseguro que le gustó. No me preguntes por qué, pero tuve el convencimiento absoluto de que mi plan saldrá bien—. Maggie sacó las gafas de sol de su bolso y se las puso con gesto enérgico, como si

fuera una intrépida aventurera. Cada minuto que pasaba estaba más contenta—. Y, ahora, tengo que irme. ¿Puedes quedarte tú con Skye?

Le pasó la correa a su asistente sin esperar su contestación y subió la escalera metálica que conducía a la cubierta superior, la cubierta de paseo para primera clase. Tuvo que recorrerla por completo antes de divisar a Bryson, reclinado en la última hamaca. Aprovechó que parecía absorto en un libro para mirarlo antes de que él reparara en su presencia. También llevaba gafas de sol y la ropa informal que llevaba le hacía parecer más joven de lo que era. Tenía la camisa azul remangada justo hasta debajo de los codos y la brisa le había despeinado el pelo oscuro, que le caía sobre la frente. Maggie lo encontró tan guapo, a su estilo algo tosco y descuidado, que por un momento no se atrevió a acercarse más, pero entonces Bryson levantó la mirada, la vio y ella ya no tuvo otro remedio que aproximarse.

—¿Qué lees? —le preguntó.

Él le mostró la cubierta del libro. Era *Niebla en Venecia*, la novela de su tío Bobby.

—La estoy releyendo para preparar mi reunión con Damien Clayton.

—Es buena, ¿verdad? Mis abuelos se conocieron en Venecia y después de casarse viajaban a menudo allí con mi tío y mi madre. Por eso está tan bien ambientada.

—Lo sé, me lo contó él mismo.

A Maggie no se le ocurrió nada más que decir. Se sentó en la hamaca contigua y miró el mar para no tener que mirar a Bryson. Entonces él preguntó:

—¿Has avisado a Bobby de que cuando nos vea juntos en Londres no será... real?

—Sí —respondió ella. Se fijó en la botella de cerveza que había junto a la hamaca de Bryson y deseó darle unos tragos. Tenía la garganta repentinamente seca—. Está al corriente de todo.

Bryson la observó tras sus impenetrables gafas de sol.

—¿Y qué opina?

No supo qué responder. Había telefoneado a su tío en cuanto hubo recibido los billetes del barco para avisarle de que lo vería en Londres muy pronto y explicarle la razón de su visita, y él se había quedado

callado un buen rato. Teniendo en cuenta las circunstancias del divorcio, su tío había aceptado con amabilidad llamar a Damien Clayton para que Bryson pudiera reunirse con él, pero no había dicho nada acerca del montaje publicitario y eso no era buena señal. Bobby seguía siempre la máxima de «Si no tienes nada agradable que decir, no digas nada», razón por la que Maggie deducía que su opinión sobre el asunto debía de ser negativa.

—Creo que no quiere meterse en eso —contestó al final. Miró a su alrededor: la cubierta de paseo estaba bastante despejada, solo había seis o siete viajeros cerca, la mayoría mirando al mar apoyados en la barandilla. Se preguntó dónde estaría Juniper, no era la clase de chica que imaginaba quedándose en el camarote durante toda la travesía—. ¿Dónde está tu novia?

Él bebió un poco de cerveza directamente de la botella y se secó la boca con el dorso de la mano. Maggie recordó lo atraída que se había sentido en el pasado por esos gestos de Bryson, tan masculinos y rudos, de los que solía prescindir cuando estaba en público. Ahora sería Juniper quien fuese testigo de ellos.

—Van a proyectar una de sus primeras películas en la sala de cine y le han pedido que prepare un pequeño discurso de presentación —le explicó él mientras levantaba con la uña la etiqueta de la botella.

Las gafas de sol que ambos llevaban funcionaban como parapeto entre ellos. Después de que la noche anterior se hubieran abrazado, ahora parecía haber aumentado la distancia de esos escasos milímetros a cientos de kilómetros y a Maggie le resultaba mucho más difícil hablar con él. Ni siquiera entendía cómo se había atrevido a darle aquellas indicaciones: que le pusiera la mano en la cintura, que la estrechara entre sus brazos... Había sido como estar bajo el influjo de un hechizo y Bryson también se había dejado llevar por él. A la luz del día todo parecía haber vuelto a la normalidad, por poco normal que hubiera sido jamás su relación.

Sin embargo, saber que Juniper no aparecería durante un buen rato la alegró. Podría seguir con Bryson a solas un poco más de tiempo, sin sentirse insegura ni amenazada por la presencia de la estrella. Iba a preguntarle qué pensaba hacer él hasta la hora del almuerzo cuando

una niña de unos diez años se acercó y los miró con timidez, como si estuviera armándose de valor para dirigirse a ellos. La niña tenía un bonito cabello largo y ondulado, castaño oscuro, la piel muy blanca y los ojos de un color similar al de los suyos.

—Hola, cielo —le sonrió Maggie.

—Perdón por molestar —dijo la niña con tono educado, y señaló a dos mujeres que los miraban desde unos metros más allá. Las mujeres se sonrojaron y desviaron la vista en cuanto Maggie las miró—. Mi madre está allí, con su amiga la señora Robinson, y quería un autógrafo suyo, pero no se atrevía a pedirlo. Le he dicho que yo lo haría.

Bryson rio con benevolencia y le hizo un gesto a la niña para que se acercara más a él.

—No molestas, pequeña. Con mucho gusto te firmaré un autógrafo para tu madre y otro para su amiga.

La niña pareció un poco incómoda y miró alternativamente a Bryson y a Maggie.

—Señor, lo siento, pero la firma que quiere es la de la señorita McEvers.

Maggie se quedó perpleja, pero Bryson no pareció molestarse. Lanzó una carcajada y se echó hacia atrás en la hamaca, apoyando la cabeza sobre sus brazos cruzados detrás de la nuca.

—Parece que esta vez te requieren a ti, Maggie.

Ella estuvo a punto de preguntar extrañada «¿Por qué?», pero se limitó a coger la libreta y el bolígrafo que le ofrecía la niña.

—¿Cómo se llama tu madre? ¿Y su amiga?

—Beverly y Grace —contestó la pequeña encantada.

Maggie percibió la admiración en sus ojos y su corazón se hinchó de gratitud. Hacía mucho que no se sentía el objeto de la admiración de nadie. Les dedicó su firma «con mis mejores deseos» y pasó la página de la libreta para disponer de otra hoja en blanco.

—¿Quieres otro para ti?

—¡Claro!

—¿Cómo te llamas?

—Olive, señorita McEvers. Usted es la actriz favorita de mi madre,

por eso le puso su nombre a mi hermanita. Todavía es un bebé.

—¡Vaya, qué amable! —Aturdida, empezó a escribir la dedicatoria para la niña. Sin levantar los ojos del papel, le preguntó por pura curiosidad—: ¿Y la llama Maggie o Margaret?

—¡Oh, no! Le puso su nombre real, Maisie-Leigh. Ella lo lee todo acerca de usted, la adora. Cree que es la mujer más bella del cine. Mi padre también lo cree.

Maggie le devolvió la libreta y se quedó mirando a Olive en silencio, tan impactada por sus palabras que sentía los ojos llenos de lágrimas. No supo qué responder. Bryson debió de notarlo, porque se incorporó en la hamaca hasta quedar sentado y le pasó el brazo por los hombros para atraerla hacia él.

—Es que es la mujer más bella del cine —dijo con énfasis—. Y la más maravillosa.

Tanto Olive como Maggie se quedaron boquiabiertas. Maggie sabía que aquellas palabras y aquellos gestos cariñosos no eran sinceros, pero escuchar esa frase de su boca, que la tocara así..., ¡parecía tan real! Sonaba exactamente igual que cuando le decía esas cosas al principio de su relación. Cuando de verdad lo sentía. A Maggie le pareció increíble que hubiese habido una época en la que todo entre ellos fuera así y soltó un pequeño suspiro.

—Señor Mallory, ¿entonces vuelven a estar juntos? —Los ojos azules de Olive brillaban esperanzados e inocentes—. Mamá y la señora Robinson estaban diciendo al verlos que quizá se habrían reconciliado...

Bryson tardó un par de segundos en responder, pero a Maggie le pareció un rato larguísimo. Espero tensa a que él contestara, sin atreverse a responder ella.

—Así es —dijo Bryson al fin. Maggie percibió que su voz resonaba algo rígida, pero seguro que la niña no lo habría advertido—. Puedes decirles a tu madre y a la señora Robinson que volvemos a estar juntos.

—¡Qué bien! —se alegró la niña—. La verdad es que hacen mejor pareja que usted y...

Olive se detuvo bruscamente y enrojeció al darse cuenta de que iba

a decir algo poco educado, pero Bryson no dejó de sonreír.

—¿Que yo y la señorita Gale?

Maggie tuvo que controlarse para no soltar una carcajada. De modo que había gente que la prefería a ella y que deseaba esa reconciliación... Cuando el mundo empezara a enterarse de la noticia, su fama se dispararía como el corcho de una botella de champán.

—¿Se volverán a casar? —preguntó Olive. Al ver a Bryson dispuesto a responder a todas sus preguntas, su timidez parecía haber desaparecido.

Maggie dejó de mirarla y centró su atención en él. Las gafas de sol, una vez más, le impidieron captar su verdadera expresión.

—Aún no hemos hablado de ello, preciosa —respondió Bryson con mucha diplomacia.

Olive asintió, les dio las gracias a ambos y volvió con su madre y la amiga de su madre, que habían presenciado desde lejos toda la escena. La niña les enseñó los autógrafos y las dos señoras les hicieron un gesto de saludo y agradecimiento a Maggie y a Bryson. Se alejaron por la cubierta y ellos volvieron a quedarse solos. En cuanto se perdieron de vista, Bryson retiró el brazo de los hombros de ella.

—No me ha gustado nada tener que decir esas mentiras —dijo en voz baja.

—Pues vamos a tener que hacerlo muchas más veces —replicó Maggie molesta. La burbuja de felicidad que la había rodeado al sentir la admiración de Olive y al escuchar las palabras de Bryson estalló—. Ya sabías que sería así cuando aceptaste.

—Sí, sí, lo sé. ¡Es solo que esa niña nos miraba de una forma tan... inocente!

Maggie se puso en pie.

—Siento que te hayas visto forzado a mentir tanto sobre lo que opinas de mí —dijo con ironía—. Me encantaría ser la mujer más bella y maravillosa del cine, pero parece que ese puesto está ocupado para siempre por Juniper. Qué le vamos a hacer.

—¡Oh, Maggie, no tiene nada que ver con eso! ¿Por qué tienes que meter siempre a Juniper?

—Sabes perfectamente por qué.

A pesar de las gafas, Maggie reconoció la expresión que asomó al rostro de Bryson: era la que siempre afloraba cuando le insinuaba algo que no era del todo verdad, pero que de alguna manera le hacía sentir culpable.

—Lo nuestro no se acabó por culpa de Juniper —dijo él con cansancio—. Ya lo hablamos mil veces en su momento.

Se percató de que estaba comportándose justo como no le convenía: insegura, celosa, amargada. Se había propuesto ser siempre con Bryson como había sido la noche anterior, pero, en cuanto se descuidaba un momento, volvía a criticarle por cosas del presente o del pasado. Ahora había perdido el control de la conversación... y en lo último que pensaría Bryson aquel día sería en querer estar con ella. Ya no podía dar marcha atrás; no le quedaba más remedio que retirarse antes de que empeorara y tratar de revertirlo un poco más tarde. Sin decir ni una palabra más, Maggie se alejó por la cubierta de paseo intentando mantener la cabeza alta.

Ese día no se presentaron más oportunidades. Cenaron de nuevo en la mesa del capitán y Bryson estuvo muy correcto y solícito con ella, incluso pudo escuchar una conversación entre la señora Thompson y él, en la que la dama le preguntaba en voz baja si volvían a «entenderse». Maggie dejó de comer y de escuchar al capitán para atender a lo que contestara Bryson, que fue un agradable pero escueto «Ciertamente nos entendemos bien». Era una gran ironía, pensó ella, que la señora Thompson hubiera elegido justo esa expresión. Si algo no habían podido conseguir nunca era entenderse.

Pero esa noche no pudo volver a quedarse a solas con Bryson. Lord Bedingfield lo invitó a una partida de póquer con otros dos pasajeros en el salón de fumadores y, aunque no era un recinto exclusivo para hombres, Maggie pensó que no tenía sentido estar allí sentada, sola, mientras él jugaba a las cartas.

Volvió a su camarote, se quitó el vestido de noche y trató de leer un rato tumbada en la cama con la esperanza de terminar cayendo dormida, pero la idea de que, quizá, no consiguiera seducir a Bryson

antes de regresar a Los Ángeles la distraía demasiado. Tal vez el amor de su ex por Juniper era tan fuerte que resistiría cualquier tentación... Puede que la amara mucho más de lo que la había amado a ella en el pasado.

Tras leer cuatro veces el mismo párrafo, se dio por vencida y se levantó de la cama. Se vistió con lo más cómodo que encontró, sin preocuparse ya de representar el papel de estrella ni de estar hermosa, y cogió a Skye en brazos.

—Vamos un rato fuera, querida —susurró en la oreja suave y peluda de la perrita—, quizá después consigamos dormir.

Aquel era el cuarto día de travesía y Bryson estaba harto. Se había cansado de pasear por cubierta, contemplar el mar, leer en la hamaca y cenar rodeado de la alta sociedad de primera clase. Necesitaba urgentemente estar en un espacio no acotado, tener libertad para ir adonde quisiera, como, por ejemplo, a algún club. Quería emborracharse con sus amigos, escuchar buena música y tocar la guitarra. Echaba de menos incluso trabajar. Pero, sobre todo, estaba harto de fingir. Nunca habría imaginado, cuando firmó su primer contrato en 1942, que su profesión acabaría llevándole a actuar incluso cuando no estuviese delante de las cámaras.

Ahuecó la mano alrededor de la cerilla para protegerla del viento y le costó tres intentos encender el cigarrillo. Estaba en popa, en el extremo más lejano del barco que uno podía estar sin caer al agua. Había intentado leer las últimas treinta páginas de *Niebla en Venecia* en la hamaca, como solía hacer antes del almuerzo, pero hacía demasiado frío para estar ahí tumbado. El tiempo había cambiado y densos nubarrones grises cubrían el cielo. El mar era casi del mismo color. Tendría que comprarse ropa en Londres; la prenda más abrigada que se había llevado de Los Ángeles era la gabardina y se la había dejado olvidada en el Red Cove de Nueva York. Era una buena gabardina, ya habría encontrado un nuevo dueño a esas alturas...

—El apego solo lleva al sufrimiento —murmuró recordando una frase budista que había leído en algún sitio.

Un hombre en el que ya se había fijado antes apareció por estribor y cruzó la popa antes de subir la escalera que llevaba a la cubierta superior. Bryson lo siguió con la mirada hasta que desapareció de su vista. Era otro pasajero de primera clase, de unos cuarenta años, elegante, alto y con un bigotito pasado de moda. Aparentemente viajaba solo y, teniendo en cuenta el acoso implacable al que sometía a Maggie, debía de aburrirse mucho. Bueno, quizá no se podía llamar «acoso implacable» a lo que hacía, pero, en cualquier caso, parecía muy interesado en ella.

La primera vez que los había visto juntos fue la segunda noche de travesía, cuando Bryson estaba jugando al póquer en la sala de fumadores, sentado a una mesa de juego junto al ventanal. Cuando había levantado la vista de sus cartas para intentar atraer la atención del camarero y que le sirviera otro whisky, descubrió que al otro lado del ventanal, iluminados tenuemente por los faroles de cubierta e inmersos en un interludio que solo se podía calificar como flirteo, estaban Maggie y el caballero en cuestión. Ella iba encantadoramente desarreglada, con una camisa de franela a cuadros y el pelo suelto, y llevaba a Skye en brazos. El hombre estaba acariciando a la perra y sonriendo a Maggie como un imbécil. Bryson siempre había despreciado a los hombres que se excusaban en un pretendido amor por los animales para acercarse a una chica. Pero Maggie idolatraba a su perra y la atención que le dedicaba el tipo había logrado animar su rostro y hacerla sonreír de una manera tan seductora que Bryson acabó siendo grosero con el camarero y perdiendo su mano del póquer.

La segunda vez había sido la noche anterior. Bryson se encontraba en el comedor principal, ya sentado a la mesa con otros pasajeros de primera clase, y Maggie entró justo cuando aquel hombre abría la puerta para salir. La saludó con un suave apretón de manos y conversaron un momento. Bryson no podía oírlos desde donde estaba sentado, pero habría apostado algo a que había elogiado su vestido de esa forma vacua y gastada de los hombres poco originales. Ella había deslizado las manos por la falda de tul y había sonreído, encantada. Luego, el hombre había mantenido la puerta abierta para que ella

pasara y se había quedado unos instantes contemplando su retaguardia con suma insolencia mientras Maggie avanzaba por el comedor. Cuando ella se sentó a la mesa por fin, Bryson olvidó el acuerdo y la ignoró durante toda la cena.

Por supuesto, no era asunto suyo con quién quisiera relacionarse su exmujer. El único problema era que, si ella le obligaba a alejarse de Juniper en público para no estropearlo todo, Maggie también debería alejarse de otros hombres que no fueran él. Era una mera cuestión de justicia, de equilibrio, de pura ecuanimidad y honradez en la forma de...

—Bryson.

Se giró. Ahí estaba ella, ataviada con un jersey de mohair rosa y un pañuelo cubriéndole la cabeza para que el viento no la despeinara.

—Buenos días, querida.

Últimamente se sentía muy orgulloso por el tono en que pronunciaba la palabra «querida»: lo suficientemente sarcástico para que ella no se lo tomara en serio, pero lo bastante educado para que no pudiera reprochárselo. Maggie sonrió. Parecía muy contenta; seguro que se había encontrado en la cubierta superior con su caballero de brillante armadura. Eso era lo que necesitaba, sin duda: un pretendiente honorable, aburrido y fiel que le abriera las puertas y la venerara como a una diosa.

—Pensé que te encontraría leyendo en la hamaca.

—Estoy leyendo aquí —respondió, aunque no se le ocurría ningún sitio peor para leer que aquel rincón de popa azotado por el viento.

—¿Y dónde tienes el libro?

Bryson bajó la mirada hacia sus manos. Hacía un rato había sujetado el libro con ellas, pero ahora no tenía ni idea de dónde estaba.

—No lo sé —admitió. Le daba igual lo que ella dijera, aunque sabía perfectamente lo que iba a ser: que era un desastre.

—Eres un desastre.

Bryson se rio entre dientes. Entonces ella sacó la mano que mantenía escondida a la espalda y le tendió el libro.

—Te lo habías dejado olvidado sobre la hamaca.

—¿Lo has abierto? —preguntó él al tiempo que lo cogía.

—No. ¿Por qué?

—Da igual. —Bryson dejó de mirarla y en su lugar contempló el horizonte. El color gris imperante se había oscurecido tanto que todo parecía haber adquirido la pátina de una de sus primeras películas en blanco y negro. Como si las palabras tuvieran vida propia, para su infinito pesar se escuchó a sí mismo preguntando—: ¿Dónde has dejado a tu amigo?

Ella pareció sinceramente desconcertada.

—¿Qué amigo?

—Ya sabes. El apuesto caballero con bigotito ridículo que adora a Skye y tus vestidos de noche.

—¡Oh! ¡Dios mío, Bryson, ni siquiera recuerdo su nombre...! —empezó a decir. Enseguida se detuvo, irguió los hombros y frunció el ceño—. Un momento, ¿por qué tengo que darte explicaciones? ¡Ya no somos matrimonio y tú estás aquí con tu novia, por todos los demonios!

—A eso me refiero —replicó él reaccionando con rapidez—. Me exiges que ignore a mi novia en público, pero tú te tomas esas libertades...

—¿Libertades? ¿Hablar con otro pasajero ahora se considera tomarse libertades? ¿Y cuando tú te quedabas hasta el amanecer en casa de Juniper ensayando vuestros papeles? ¿Te acuerdas de eso, Bryson? ¡Me decías que era una loca por ponerme celosa, pero ahora te parece que estoy...!

—No estarás insinuando que ahora estoy celoso yo, Maggie —la interrumpió—. Sería muy absurdo por tu parte. Como bien has dicho, soy yo quien está aquí con su novia...

—Lo cual es una trampa manifiesta, por cierto —siseó ella—. Igual que lo fue ignorarme anoche durante la cena. Eso es incumplimiento de contrato.

—Esto no es un contrato, rubita. Un contrato es lo que se firma cuando te ofrecen participar en una película, por ejemplo, aunque entiendo que a ti se te haya olvidado después de tanto tiempo.

—Gracias por explicármelo, Bryson. Se me ocurre otro ejemplo: un

contrato también es el matrimonio, ¿verdad? —sugirió con su mejor tono de candor. Y entonces añadió furiosa—: ¡Y tú no tardaste ni dos meses en romperlo!

—De acuerdo. De acuerdo —resopló él. No estaba dispuesto a discutir de nuevo sobre ese tema—. Llamemos a esto contrato, si quieres, a mí me da igual. Lo único que pretendo es hacer esa película con Damien Clayton.

—No sé cómo lo conseguirás si te vas dejando el libro por todas partes...

—¿Por todas partes, Maggie? ¿Te encuentras el libro una vez en una hamaca que frecuento tanto que prácticamente lleva mi nombre y ya me lo voy dejando por todas partes? —Agitó el libro frente a su cara —. Además, no necesito el libro, ¡me lo sé de memoria!

Maggie le arrebató el volumen con un hábil manotazo.

—¡Entonces no te importará que me lo quede yo, genio de la actuación!

Bryson trató de recuperarlo, pero ella escondió los brazos tras la espalda y giró cuando él intentó cogerlo desde atrás. Forcejearon un momento. Con los dientes apretados, la acorraló contra la barandilla para que no pudiera moverse mientras seguían luchando por el libro. Maggie era más fuerte de lo que parecía a simple vista, pero aun así le estaba resultando difícil competir con la fuerza y el tamaño de Bryson. Pareció aflojar los músculos un segundo, pero en cuanto él maniobró para apoderarse del brazo con que sujetaba el libro, volvió a revolverse con fiereza. Era como un cervatillo asediado que no se daría por vencido hasta su último aliento y aquello excitó a Bryson de forma inesperada. Tenía su cabeza muy cerca, unos centímetros por debajo de la barbilla, y todo el cuerpo pegado al de él. Los dos jadeaban por el esfuerzo. En un último ataque, Bryson cambió de táctica y la cogió por la cintura para obligarla a girar hacia el lado contrario. El movimiento desestabilizó a Maggie, que extendió el brazo desesperadamente para agarrarse a la barandilla. Por desgracia, era el mismo brazo que sostenía el libro, el cual salió despedido y cayó como a cámara lenta, metro a metro, hasta desaparecer en el mar.

Asomados a la barandilla, los dos se quedaron mirando las olas que

rompían contra el casco.

—Estarás contenta, Maggie —gruñó Bryson mientras trataba de recuperar el aliento.

—Lo siento.

Maggie no parecía sentirlo demasiado, pero al menos no intentó replicar ni echarle la culpa a él. Se ajustó bien el pañuelo de la cabeza, que se le había deslizado con el forcejeo, y, sin decir nada más, se giró para marcharse.

# 11

El tiempo empeoró todavía más al caer la noche. El *Queen Elizabeth* oscilaba de un lado a otro casi con violencia, como si en vez de ser un gran trasatlántico fuera una cáscara de nuez. A primera hora de la mañana se haría la escala en Cherburgo y, poco después, llegarían a Southampton; los pasajeros parecían contar las horas, la mayoría planeaba retirarse pronto a los camarotes, como si así la noche pudiera pasar más deprisa.

Bryson llamó a la puerta del camarote de Juniper hacia las ocho de la tarde. Había adquirido la costumbre de ir a visitarla justo antes de la cena, para poder hablar sin público y pasar un rato a solas. Era algo que mantenían en secreto, hasta el momento Maggie no lo sospechaba. Bryson siempre se aseguraba de que nadie lo viera entrar ni salir de su camarote, así que no le daba la sensación de estar poniendo nada en riesgo.

Juniper tardó más de lo habitual en abrir la puerta y, cuando lo hizo, Bryson supo que el movimiento del barco había causado estragos en ella. Su cutis, por lo general bronceado y saludable, había adquirido un tono enfermizo, entre pálido y verdoso, y no se había vestido para cenar, sino que llevaba un largo quimono floreado.

—¿Qué ocurre? —le preguntó él al verla así.

—No voy a ir al comedor esta noche, Bry. Estoy mareadísima. No puedo siquiera pensar en comida y mucho menos hacer el esfuerzo de vestirme y maquillarme.

Él le acarició la mejilla.

—Lo siento, June. Mañana estaremos en tierra firme. ¿Puedo hacer algo por ti?

—No. Solo quiero tumbarme, cerrar los ojos y esperar que este infierno acabe pronto.

Bryson la dejó en el camarote y se encaminó solo al comedor, pero

en el último momento cambió de idea y se dirigió al bar. No tenía hambre y tampoco le apetecía pasar otra noche rodeado de los ya demasiado conocidos pasajeros de primera clase. Prefería pasar un rato solo en el bar, aprovechando que la mayor parte del pasaje estaría en los comedores.

Como había previsto, a la hora de la cena el Observation Lounge Bar estaba casi vacío. Se sentó en uno de los taburetes azules, encaramado a la barra semicircular, y pidió un martini. Podía cenar a base de las aceitunas que le pusieran dentro de las sucesivas copas.

Había una gramola en un rincón y en ese momento sonaba *The Great Pretender*, de The Platters. Soltó una carcajada ante el irónico título de la canción y el camarero se quedó mirándolo sorprendido. Bryson le hizo un gesto con la mano, como queriéndole transmitir que no tenía que preocuparse por él ni hacerle demasiado caso, y se llevó la copa a los labios. En realidad, lo más irónico de todo —y esto era algo que no podía adivinar el camarero, ni Juniper, ni Maggie ni nadie en el mundo— era que ya ni siquiera sabía qué era exactamente lo que estaba fingiendo.

Acababa de pedir el segundo martini cuando vio a la asistente de Maggie entrando en el bar. Bryson no había tenido demasiada relación con la joven durante el tiempo que estuvo casado con Maggie y, desde el divorcio, apenas habían cruzado un saludo en alguna ocasión. Sabía que no tenía una buena opinión de él, no solo porque Bryson era consciente de su lealtad inquebrantable hacia Maggie, sino porque Lucy no se molestaba en disimular su desaprobación cuando lo miraba. A Bryson no le importaba, la verdad; casi se alegraba de que Maggie contara con una amiga tan fiel. La chica era atractiva, con sus pequeños rasgos felinos y su aire eficiente, pero la autoridad moral que ostentaba resultaba aún más insoportable que la de su exmujer.

La asistente se dirigió directamente a la barra y, cuando descubrió a Bryson, apareció en sus ojos una mirada de disgusto. Él levantó su copa y la alzó un poco hacia ella como gesto de saludo.

—Señorita Jenkins.

—Señor Mallory —respondió ella con sequedad—. Veo que ya ni siquiera se molesta en cenar antes de comenzar a beber.

—Las aceitunas remojadas en ginebra son suficiente sustento para mí.

—Eso explica muchas cosas.

—Con el debido respeto, señorita Jenkins, es su jefa la que debía de estar borracha para plantear este delirante plan, no yo.

La joven desvió la mirada como si no valiera la pena contestar y se dirigió al camarero:

—La señorita McEvers cree que anoche se dejó aquí un chal de color lavanda.

El camarero sacó el chal de debajo de la barra y se lo entregó a Lucy. Bryson lo reconoció enseguida: Maggie lo había llevado la noche anterior, cuando su desconocido pretendiente había elogiado su vestido en el umbral del comedor. ¿Significaba aquello que después de la cena Maggie había estado en el bar con él? No se la imaginaba bebiendo sola. Beber en soledad en una barra debía ser una actividad restringida a los hombres como él, no para las mujeres preciosas y perfectas como Maggie... El punto en el que habían desembocado sus pensamientos lo alarmó y se concentró en su copa, pero justo entonces ella apareció como de la nada andando majestuosamente y cogió el chal de manos de su asistente.

—Gracias, Lucy. —Alzó la mirada hacia Bryson—. Hola.

—Hola, Magg.

Ninguno de los dos parecía saber qué más decir. Lucy intervino con presteza:

—¿Vamos a cenar, Maggie?

Ella pareció considerarlo durante un segundo; miró a Bryson, miró a Lucy y finalmente contempló el chal que tenía en la mano y un libro que sujetaba con la otra, en el que Bryson no se había fijado hasta el momento.

—¿Por qué no vas yendo al comedor? —le sugirió finalmente Maggie a su empleada—. Creo que me tomaré una copa aquí antes.

La cara de Lucy era tan elocuente que Bryson casi pudo escuchar las palabras que parecía estar dirigiendo mentalmente a ambos. Primero a Maggie: «Estás cometiendo otro error». Y luego a él: « No te atrevas a tratarla mal». Pero se fue sin decir nada, dejándolos solos en el

Observation Lounge Bar.

Maggie se sentó en el taburete contiguo al suyo y pidió un Macallan, sin hielo y sin agua, y Bryson sonrió para sí. Siendo ella alguien que lo criticaba tanto por beber, no se andaba con remilgos ni con bebidas de mujeres. A Maggie siempre le había gustado el whisky y, con cada milla que se aproximaban a su tierra, se adivinaba más en ella su procedencia escocesa. Era como si, a medida que se alejaban de Los Ángeles, fuera recobrando su antiguo yo.

Él dio un sorbo a su martini sin dejar de mirarla de reojo: estaba acabando de acomodar la falda de su vestido azul zafiro, el mismo que había llevado la primera noche, para que no se le arrugara en el pequeño taburete. Cuando terminó, emitió un leve suspiro y le tendió el libro que llevaba.

—Me siento un poco culpable por lo que pasó esta mañana, así que... toma.

Era un ejemplar de *Niebla en Venecia*, una edición mucho más antigua que la que ahora descansaba en el fondo del Atlántico. Bryson cogió el volumen sin decir nada, lo abrió por la primera página y leyó la dedicatoria: *Para mi querida sobrina Maisie-Leigh, como regalo por tu duodécimo cumpleaños. Quiero que tengas el primer ejemplar que recibí de la imprenta. Te quiere, tu tío Bobby. 10 de mayo de 1939*.

Cerró el libro y se lo tendió a ella de nuevo.

—No puedo aceptarlo.

Maggie no lo cogió.

—Bryson, por favor, quédatelo. Lo necesitas para la reunión con Clayton.

—Es una primera edición, con su dedicatoria personal para ti. Te lo regaló por tu cumpleaños. —Y repitió con mayor contundencia—: No puedo aceptarlo.

—Entonces, considéralo un préstamo. Ya me lo devolverás cuando consigas el papel.

Bryson cogió el libro y murmuró un casi inaudible «Gracias». Ella podría interpretar que no le estaba demasiado agradecido, pero nunca se había sentido tan conmovido por un gesto suyo. Maggie acababa de recordarle lo generosa y desprendida que era por naturaleza y, de

pronto, se vio impelido por el deseo de hacer algo para corresponderle. Cualquier cosa... Ya se le ocurriría qué.

—¿No te da miedo que lo pierda en algún sitio? —quiso saber.

—Sí —admitió ella, y los dos se echaron a reír.

—Voy a dejarlo a buen recaudo en mi camarote. —Bajó del taburete y la miró a los ojos. Se sentía un poco aturdido, como ansioso, y sabía que esta vez no era a causa del alcohol—. ¿Me esperarás aquí?

Maggie le mantuvo la mirada y asintió despacio.

Cuando Bryson regresaba del camarote, comprobó que la orquesta que amenizaba con música todas las veladas ya había empezado a tocar en el salón principal de primera clase. Aquello era perfecto para devolverle el favor. Se apresuró a volver al bar, donde Maggie seguía encaramada a la barra, dando un sorbito tras otro a su whisky. Le recordó a un precioso periquito azul bebiendo de su bebedero en una jaula dorada.

—¿Quieres bailar? —le preguntó sin ceremonias.

—¿Bailar? —repitió ella sorprendida, casi atragantándose—. ¿Quieres decir juntos?

—Claro. —Le tendió la mano para ayudarla a ponerse en pie—. ¿No es una de esas actividades que debemos hacer en público? No se me ocurre nada más romántico para el pasaje y toda la tripulación que vernos bailar juntos.

Cuando llegaron al salón, algunas parejas que ya habían terminado de cenar empezaban a salir a la pequeña pista de baile. Todas ellas repararon en Maggie y en Bryson y se quedaron mirándolos un momento mientras los dos se adentraban en la pista. Bryson la guio hasta el centro, donde pudieran ser vistos desde cualquier ángulo, apoyó el brazo en la espalda de ella y la acercó a su cuerpo un poco más de lo que era necesario para bailar foxtrot. Percibió que ella se ponía rígida.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó al oído.

—Nada.

—Pareces un poco... nerviosa.

—¿Por qué iba a estarlo?

Notó que hacía un esfuerzo por relajarse y que se acercaba un poco

más. La mano de Maggie subió hasta su nuca lentamente, recorriendo su columna vertebral y provocándole un largo estremecimiento, y se quedó ahí. Los dos martinis, y solo ellos, fueron los culpables de que a continuación susurrara:

—Echabas de menos bailar conmigo, ¿verdad?

Maggie esbozó una sonrisa afectada. La mano sobre su nuca se movió un poco hacia arriba, acariciándole las puntas del pelo.

—Casi tanto como lo echabas de menos tú.

La orquesta terminó la canción que estaba tocando y emprendió una nueva pieza: *A Kiss to Build a Dream On*, la canción que había popularizado Louis Armstrong hacía unos cuantos años. Bryson recordó haber bailado esa misma canción con Maggie el día de su boda y se preguntó si ella se estaría acordando en ese momento, pero preferiría que le mataran antes que intentar averiguarlo.

Maggie bailaba muy bien, era elegante y suave entre sus brazos, y tarareaba versos de la canción de vez en cuando. «Dame un beso antes de que me dejes y mi imaginación alimentará mi corazón hambriento», musitaba, y Bryson se imaginó por un instante que se lo decía de verdad a él. Que se lo estaba pidiendo. ¿Qué pasaría si la besara? ¿Cómo reaccionaría ella, teniendo en cuenta que estaban en público y que no podía rechazarlo sin echar abajo su plan? Solo para comprobarlo, inclinó la cabeza sobre la de Maggie, de forma que sus labios no se rozaban por escasos milímetros. Ella no se apartó, sino que entreabrió la boca y lo miró profundamente a los ojos. «Qué tonta serías, pequeña Maisie-Leigh, si permitieras que te besara a estas alturas de nuestra película... Incluso aunque fuera solo por el bien de tu carrera. Ganarías fama, sin duda, pero perderías tu tranquilidad. Lo mejor que has hecho en tu vida ha sido alejarte de mí». Los pensamientos de Bryson eran muy claros al respecto, pero su cuerpo reaccionaba por su cuenta. Sus sentidos solo veían los labios rojos y los ojos azules de ella, oían la canción que sonaba cuando se casaron, sentían el tacto de su mano sobre la nuca, olían su perfume y el leve aroma a whisky en su aliento... Solo le faltaba saborear su boca.

El potente flash de una cámara de fotos profesional le deslumbró. Parpadeó un par de veces para enfocar bien la vista y se apartó de

Maggie, mirando a su alrededor en busca del origen. Consiguió ver a un joven, con una enorme cámara colgada del cuello, que huía apresuradamente del salón, tropezando con las parejas que bailaban.

—¡Maldita sea, un jodido periodista!

Salió a toda prisa de la pista en la misma dirección hacia la que había corrido el hombre, pero este ya había desaparecido. Maggie lo agarró de la manga de la chaqueta y Bryson se giró hacia ella. Su exmujer estaba sin aliento y lo miraba desconcertada.

—¿Por qué te enfadas tanto? —quiso saber—. ¡Que nos fotografíen en momentos así es justo lo que queremos!

Su argumento tenía lógica, pero, aun así, Bryson se sentía inexplicablemente disgustado por la foto que les había sacado mientras bailaban. Trató de pensar con claridad, pero no pudo, y dijo lo primero que se le ocurrió:

—Me parece raro que no nos hayamos encontrado antes con él. Si había un periodista a bordo, ¿por qué no nos ha asaltado hasta ahora?

Maggie se encogió de hombros. Tenía las mejillas rojas y su pecho subía y bajaba agitadamente a causa del baile y de la carrera posterior en pos del periodista.

—Quizá ya lo haya hecho y no nos hayamos dado cuenta hasta esta noche.

Él se pasó la mano por el pelo y siguió escudriñando el vestíbulo, más allá de Maggie. No había ni rastro del hombre. Echó a andar hacia las escaleras que llevaban a la zona de camarotes.

—Creo que ya ha sido suficiente por hoy —le dijo a Maggie sin volverse a mirarla—. Hasta mañana.

Ya estaba cerca de la escalera cuando la oyó llamarlo por su nombre. Se giró un poco, impaciente. ¿Acaso no sabía cuándo era bastante?

—Sé por qué te ha molestado tanto que nos fotografiaran —afirmó ella.

—Ah, ¿sí? —replicó con ironía.

Subió el primer escalón y se detuvo ahí un segundo, sin saber si quería oír más o no.

—Sí. —Maggie dio un par de pasos hacia él. Bryson subió dos

escalones más y se apoyó en la barandilla de la escalera para volver a mirarla de soslayo—. No te habría importado lo más mínimo si te hubieran hecho la foto cuando estuvieses fingiendo conmigo. El problema es que en ese momento no fingías y, de hecho, estabas a punto de...

Bryson lanzó una carcajada con el único propósito de interrumpir su frase.

—No tienes ni idea de lo que dices. Descansa, Maggie: creo que el whisky te produce alucinaciones.

Ella sonrió como si le hubiera dedicado algún tipo de halago y se dio la vuelta para entrar de nuevo en el salón. Bryson se apresuró a subir el resto de la escalinata, recorrió a grandes zancadas el pasillo de la cubierta superior y se encerró en su camarote maldiciendo por enésima vez el día en que había aceptado el acuerdo.

El puerto de Southampton estaba repleto de gente que esperaba el desembarco de los viajeros. El *Queen Elizabeth* había atracado al fin en el muelle destinado a los grandes trasatlánticos, acomodando tras largas maniobras su enorme mole de hierro con más de trescientos metros de eslora, pintada de negro, blanco y rojo. En el extremo más alejado del puerto, los pequeños barcos de pesca ingleses se balanceaban con suavidad sobre las aguas aceitosas como inquietas aves de colores.

Maggie, Lucy y Skye esperaban junto a la pasarela a que les permitieran desembarcar. Sus bultos de equipaje, dispuestos a su alrededor, formaban como una barricada que las separaba del resto del pasaje. Maggie contemplaba la costa inglesa como si acabara de llegar al Paraíso. Ni el cielo nublado, ni la temperatura de unos diez grados en pleno mes de junio ni las sirenas de los barcos y los gritos de los marineros parecían molestarla lo más mínimo.

—Inglaterra te encantará, Lucy —le dijo, abrochándose la chaqueta con la mano que no sujetaba la correa de Skye—. Y Escocia, más todavía.

Lucy se subió el cuello de su gabardina y hundió las manos en los

bolsillos. Era evidente que tenía frío, que estaba cansada y que no compartía la animación de Maggie, pero no se quejaba. Por el contrario, esbozó una sonrisa educada y dijo:

—Estoy segura. Tengo ganas de llegar a Londres y conocer a tu tío Bobby.

Maggie iba a responder, pero la distrajo la visión de Bryson a unos cuantos metros de donde estaban ellas. Estaba charlando animadamente con un marinero, ajeno a las miradas de los pasajeros más cercanos. Era increíble cómo le cambiaba la cara según estuviera molesto o contento, tenso o relajado. La noche anterior, cuando el periodista les había hecho la foto, todos sus rasgos se habían crispado por la irritación, pero ahora su rostro no delataba ningún enfado, como si nada de aquello hubiera ocurrido nunca. A Maggie incluso le resultaba difícil creer que había estado a punto de besarla, pero así era. Si ese periodista no los hubiera interrumpido...

Lucy pareció darse cuenta de que no dejaba de mirar a su exmarido y le dio un codazo.

—¿A qué viene esa cara?

Maggie apartó la mirada de él y se giró de nuevo hacia Lucy.

—¿A qué te refieres?

—Estabas mirando a Bryson como si... ¡Oh, ni siquiera quiero decirte cómo!

Se apartó el pelo de la cara y se acercó un poco más a su asistente para poder hablar sin que nadie más la escuchara, a pesar de que el alboroto general del desembarco le habría permitido gritar.

—Anoche, cuando te fuiste a cenar, bailamos en el salón y un periodista nos sacó una foto. ¡Lo más probable es que mañana esté publicada en una docena de revistas!

—Bueno, eso es estupendo...

—Y no solo eso. —Maggie no sabía cómo contarle el resto. Solo con recordarlo, se ponía nerviosa. Su sonrisa se ensanchó al añadir—: Justo antes, Bryson estuvo a punto de besarme.

La expresión de Lucy pasó del asombro al disgusto y terminó reflejando inquietud.

—Oh, Maggie, ya has empezado a hacer lo que más me temía:

confundir lo que estáis aparentando con sentimientos reales por su parte.

—No seas absurda, si me alegro tanto es porque mi estrategia empieza a funcionar. Quizá Bryson aún no me ame, pero te aseguro que empieza a desearme. —Un marinero retiró la cadena que cerraba el paso de la pasarela de desembarque y Maggie cogió su bolsa de mano con gesto enérgico—. Y eso es el principio de todo, Lucy. Va mejor de lo que esperaba, ¿sabes? No imaginé que trataría de besarme antes incluso de llegar a Inglaterra...

Lucy le hizo un gesto al empleado encargado del equipaje para que fuera tras ellas y siguió a Maggie y a Skye por la pasarela.

—Admite que no es por tu estrategia. Nunca has dejado de estar enamorada de él.

—¿Cómo voy a seguir enamorada de alguien así? —Maggie había llegado ya a tierra firme y se giró para señalar a Bryson, que en ese momento recorría la pasarela con un cigarro entre los labios y saludando con la mano a un grupo de chicas que lo habían reconocido y le llamaban desde el muelle. No había rastro de Juniper—. No te preocupes tanto por mí, esto es solo un pequeño juego de venganza... Y, ahora, ¿quieres dejar de fruncir el ceño y sonreír un poco? ¡Por fin estamos en Inglaterra!

Sin poder contener su entusiasmo, Maggie cogió en vilo a Skye, le plantó un beso en la cabeza y esperó a que Bryson llegara hasta ellas. Entonces, sonrió de forma encantadora justo cuando un grupito de periodistas, sin duda avisados por Jonah, la abordaba para darle la bienvenida a su país.

# 12

*Pasado: Londres, febrero de 1956*

Bobby se había alegrado mucho al saber que iban a casarse y había insistido para que se alojaran en su propia casa en vez de en el Savoy, pero Bryson ya estaba nervioso por tener que acudir al día siguiente a Inverness para conocer a los padres de Maggie y le aseguró que, para una sola noche, no valía la pena que les preparara un cuarto. Estarían perfectamente en el hotel, añadió, y le prometió que irían a desayunar a su casa antes de salir hacia Escocia.

En cuanto Maggie aceptó su propuesta de matrimonio, Bryson se había encerrado con el director de *Sylvia Delaney* en su despacho durante dos horas, hasta convencerlo de que cambiara el plan de rodaje para adelantar todas las escenas de Maggie, de manera que ella pudiera terminar su trabajo antes de lo previsto y, así, viajar a Gran Bretaña antes de la boda para pedir su mano a los McEvers. Era pura formalidad, por supuesto, porque estaban en la década de los cincuenta y no en el siglo XIX, y Maggie tenía nada menos que veintiocho años, pero Bryson quería hacer las cosas bien. Quería mirar a los ojos de su padre y que él comprobara que no estaba ante un vil seductor americano que hubiera conquistado a su hija para abandonarla en el futuro.

Pero eso sería al día siguiente. De momento, estaba tumbado en la cama *king size* de la suite, con la espalda apoyada en un enorme almohadón y con Maggie a su lado, vestida solo con una combinación blanca. Tenía la cabeza reclinada sobre su hombro y él le acariciaba los rizos rubios distraídamente mientras pasaba las páginas del *Times*.

—Me encanta leer un periódico en el que no se diga absolutamente nada de mí —comentó con tono frívolo.

—No seas tan prepotente —sonrió ella. Aunque no veía su cara,

adivinó que estaba poniendo los ojos en blanco—. No eres el centro del universo...

—Ya sé que no. —Dejó el periódico y volvió la cabeza para besarla en la nariz.

—... Pero sí eres el centro de mi universo.

Maggie se levantó de repente y rebuscó en una de las maletas. Luego volvió a la cama y le tendió un sobre.

—¿Qué es esto? —preguntó Bryson cogiéndolo.

—Quería dártelo aquí, cuando volviéramos a estar juntos en Londres, porque... En fin, ábrelo.

Sacó una fotografía no muy grande y se quedó mirándola. La reconoció enseguida, porque la había tomado él mismo hacía poco más de un año.

—¿Lo recuerdas? Me hiciste esta foto en el jardín de Bobby, poco después de conocernos... Jonah la tiene en mi book y le pedí que me dejara hacer una copia más pequeña para regalártela. Dale la vuelta.

Bryson obedeció y leyó la dedicatoria:

«Te querré siempre, Bryson, no importa lo que ocurra a partir de ahora. Maisie-Leigh».

Por alguna razón, aquel pequeño obsequio y, sobre todo, las palabras que lo acompañaban, hicieron mella en él de forma mucho más profunda que cualquier regalo más caro o elaborado que pudiera haberle hecho. Volvió a darle la vuelta a la fotografía para contemplar durante unos segundos más a Maggie cuando aún era Maisie-Leigh, apoyada contra la puerta de hierro del jardín nevado de su tío, con el pelo alborotado y las mejillas como manzanas. Luego, sin pronunciar palabra, dejó la foto y el sobre encima del periódico doblado y estrechó a Maggie contra su cuerpo con tanta fuerza que temió hacerle daño.

Se casaron el último día de febrero en una pequeña iglesia blanca de Santa Bárbara. Aquel año era bisiesto y bromearon acerca de que solo podrían celebrar su aniversario una vez cada cuatro años, por lo que su matrimonio sería más duradero que el de las parejas normales

casadas cualquier otro día. Ellos no se consideraban una pareja normal. No porque fueran actores de Hollywood, sino porque estaban convencidos de estar mucho más enamorados que la gente corriente. Eso era lo que se decían el uno al otro al menos diez veces al día: que su amor superaba cualquier medida, que estaban al borde de la locura, que nada ni nadie los separaría jamás.

La ceremonia fue breve, con solo dos invitados que actuaron como testigos de los novios: Jonah Leary y Anthony Holland, el agente de Bryson. Maggie lució un sencillo vestido azul pálido adornado con una camelia cerca del escote y un sombrero con un corto velito de tul. No hubo invitados ni una gran celebración posterior, solo una cena tranquila con sus testigos en la terraza de un restaurante junto al mar. Después de cenar, Jonah y Anthony brindaron una vez más a su salud y se marcharon. Entonces, Bryson se levantó de la silla y le tendió la mano a su mujer.

—¿Quieres bailar?

Maggie se puso de pie y tomó la mano que le ofrecía. Al fondo de la terraza tocaba una pequeña banda. La canción era *A Kiss to Build a Dream On*, una de sus favoritas, aunque nunca la había bailado con él. En el restaurante no había pista de baile como tal, pero sí un espacio amplio de tarima de madera que lindaba directamente con la arena de la playa y que estaba iluminado por una ristra de pequeñas bombillas de colores. La brisa del mar jugaba con los pliegues de gasa del vestido y con los mechones sueltos de su cabello, y se abrazó a Bryson pensando que nunca en su vida olvidaría ese momento y que tampoco volvería a sentirse tan feliz. Ese pensamiento la alarmó un poco: ¿significaba eso que a partir de entonces las cosas solo podían empeorar?, ¿acaso llegaría un día en que miraría atrás, se acordaría de ese instante y envidiaría la felicidad que habían sentido?

Su primera noche como marido y mujer la pasaron en un hotelito de Santa Bárbara cercano al restaurante donde habían cenado. La habitación tenía una terraza con vistas al mar y una cómoda en cuyo cajón descubrieron un diario con tapas de cuero, en el que los

huéspedes podían dejar por escrito su experiencia en el hotel o las circunstancias que los habían conducido hasta allí. Maggie y Bryson escribieron unas líneas por separado, que el otro no pudo leer hasta que ambos hubieron acabado de escribir, y firmaron solo con sus iniciales.

Después, Maggie se encerró unos minutos en el cuarto de baño, donde se cambió el vestido azul por su camisón nupcial, largo y de color rosa muy claro, que había comprado en Londres hacía solo un par de semanas, sin que Bryson lo supiera. Luego, se cepilló el cabello y se puso unas gotas de su perfume favorito. Cuando volvió al dormitorio, encontró a Bryson sentado en el borde de la cama. Ya se había descalzado y estaba desabotonándose la camisa, pero cuando levantó la mirada y la vio, se quedó boquiabierto. Maggie rio con timidez; habían pasado la noche juntos muchas veces antes, pero estaba casi tan nerviosa como si aún fuera virgen. Después de todo, aquella sería la primera vez que haría el amor con su esposo.

—Ven aquí —murmuró Bryson con voz ronca.

Ella se sentó en su regazo. Imaginó que le quitaría el camisón de inmediato, pero no lo hizo. Y tampoco la besó. Lo que hizo fue acariciarla por encima de la tela, empezando por los hombros y terminando por las pantorrillas y, luego, hacia arriba otra vez, recorriendo cada centímetro de su cuerpo desesperantemente despacio, hasta que fue ella misma quien se quitó el camisón.

Pasaron la primera semana de marzo en una casita que alquilaron en el extremo de una playa salvaje de Carmel. No podían quedarse más tiempo, porque Bryson debía volver a Hollywood para empezar un nuevo rodaje. Se dormían tarde y se levantaban pronto para tomar el sol y montar a caballo, pero compensaban la falta de sueño nocturno con largas siestas en las hamacas del porche, abrazados y arrullados por el sonido de las olas. Por la tarde, Maggie daba largos paseos por la orilla mientras él estudiaba el guion de su siguiente película y luego volvían a reunirse para cenar en algún pequeño restaurante. Algunas noches cenaban en la casita: compraban en el pueblo pescado fresco,

ostras y botellas de vino blanco y comían y bebían bajo las estrellas y hablaban durante horas de la vida que los esperaba juntos, del día en que se conocieron, de lo que habían hecho ese día y de lo que harían el siguiente. Se reían a carcajadas de bromas que solo entendían ellos, conectaban la radio y bailaban y, cuando el vino se terminaba y el cielo empezaba a aclararse, justo antes de que saliera el sol, volvían adentro, a su dormitorio, y dejaban al resto del mundo fuera.

# 13

—No entiendo por qué te pones así, June. Ya sabías que publicarían nuestras fotos en las revistas.

Bryson estaba sentado en el borde de la cama revuelta de su suite del Ritz, en Piccadilly, aún medio dormido y vestido solo con los pantalones del pijama. Tenía la cabeza entre las manos y los codos apoyados sobre las rodillas. El periódico descansaba sobre la colcha, abierto por la página de la fotografía. No entendía cómo podían haberla publicado tan rápido, teniendo en cuenta que solo habían transcurrido dos noches, pero así era. Y a Juniper no le había hecho ninguna gracia.

—Estáis como si... ¡como si realmente hubiera algo entre vosotros! —insistió ella.

Habían pasado la noche juntos para celebrar el fin de la travesía y el volver a disponer de una habitación en condiciones, pero a primera hora de esa mañana, mientras Bryson aún dormía, Juniper había abierto la puerta a la camarera que llevaba el desayuno y la prensa, se había encontrado con su imagen en blanco y negro acompañando la reseña de su llegada a Inglaterra y lo había despertado bruscamente tirándole un *muffin* de arándanos a la cabeza.

Volvió a mirar la foto. Los habían retratado justo en el momento en que Bryson se inclinaba sobre Maggie, con sus labios a pocos milímetros y los brazos de ella rodeándole el cuello. Tenía que admitir que la imagen dejaba poco margen a la discusión. El titular, «Maggie McEvers y Bryson Mallory, de nuevo enamorados y en Inglaterra», tampoco ayudaba mucho, a pesar de haberse preparado mentalmente para ello.

—Parece mentira que lleves trabajando como actriz desde los once

años, cielo —le dijo con tono conciliador mientras se ponía en pie. Rodeó la enorme cama para acercarse a ella—. Me has visto docenas de veces besando a otras mujeres en la pantalla, igual que yo he tenido que verte besando a otros actores.

—¡Pero ahí no estabais rodando una película!

—En realidad, sí. Tal vez no como solemos hacerlo, pero sigue siendo actuar.

Bryson puso las manos sobre sus hombros y trató de imprimir una carga de sinceridad y confianza en su mirada, pero Juniper se apartó.

—Estoy empezando a cansarme de todo esto, Bry. Estoy harta de veros juntos, de tener que quedarme en un segundo plano, de soportar cómo la bruja de tu exmujer te acapara...

—Ya sabías que esto sería así. Quizá haya sido un error que vinieras.

—¡Fuiste tú quien me lo pidió! —exclamó ella indignada. No solía enfadarse nunca y a Bryson le preocupó que la primera vez que la veía tan alterada fuese por culpa de aquello. Juniper cogió el periódico, arrancó la página en cuestión y la arrugó hasta hacer una bola que le lanzó a él a la cara—. ¡Y podría tolerarlo a la perfección si no fuera por cosas como esta!

—No te pongas violenta, Juniper —la advirtió Bryson.

—¡Y tú no coquetees así con tu exmujer!

Miró de reojo el pequeño reloj sobre la mesita de noche. Eran las nueve y media de la mañana y había quedado con Bobby en el vestíbulo a las once para ir juntos a la reunión con Damien Clayton, media hora más tarde. Tenía que concentrarse en eso, y no perder tiempo ni energía en discutir con Juniper. ¿Es que ahora iba a tener que soportar los gritos y reproches de dos mujeres? Bastante tenía con gestionar su complicada relación con Maggie, como para que las cosas también se pusieran difíciles con ella.

—Escúchame, June —le pidió, empleando la voz especial a la que sabía que no podía resistirse—. Ya no hay nada entre Maggie y yo. —Rozó su mejilla con la nariz mientras seguía murmurando—: Tú eres la única mujer a la que quiero... —Juniper pareció ablandarse un poco y esta vez no se apartó. Bajó los párpados y emitió un pequeño

suspiro. Bryson continuó... Ya faltaba muy poco—. ¿Podemos olvidarnos de ella un rato y disfrutar juntos de esta magnífica suite?

Ella se mordió el labio inferior, alzó la vista para mirarlo y asintió. Bryson aprovechó la tregua para besarla.

Esa voz nunca le fallaba.

El servicio de desayuno se terminaba a las diez en punto, pero Maggie y Bobby, resguardados de las miradas indiscretas en un pequeño reservado situado junto al vestíbulo del hotel, disfrutaban sin prisas del té y de los huevos con beicon y salchichas cuando el reloj ya marcaba las diez y cuarenta.

El reencuentro entre tío y sobrina había sido tan emotivo como Maggie había imaginado. Aunque durante aquel tiempo de separación se habían escrito con regularidad y se habían llamado de vez en cuando, tenían muchas cosas que contarse y se alegraron de poder hacerlo sin que nadie los interrumpiera. Ella aún no se podía creer el entusiasmo que despertaba su sola presencia entre los ingleses. No habían sido únicamente los periodistas que la esperaban al bajar del barco; había sido también el chófer que los trasladó a Londres, los botones del hotel, el recepcionista y la mayor parte de los clientes que coincidieron con ella en el vestíbulo, los pasillos y el restaurante. Maggie había firmado decenas de autógrafos y se había dejado fotografiar; había sonreído y contestado todo tipo de preguntas; había posado con Bryson, con Skye en sus brazos, en solitario e incluso con Bobby, justo antes de que abrieran la salita privada para que desayunasen con tranquilidad. Se sentía exultante, como si hubiera vuelto a nacer. Estaba en su país, rodeada de gente que la quería y que volvía a tratarla como a una estrella. Ni siquiera Juniper, a la que conocían en el rincón más remoto de la Tierra, había obtenido un recibimiento así.

—Me pones en una situación difícil con Bryson, querida —comentó Bobby quitando con el cuchillo la parte más grasa de una tira de beicon.

Maggie dejó la taza sobre el platillo y lo miró con curiosidad.

—¿Por qué lo dices?

—Bueno, quieres que sea amable con él y que trate de utilizar mi influencia con Clayton a su favor. —Se llevó el beicon a la boca y se limpió con la servilleta de hilo blanco—. Pero no puedo olvidar lo desgraciada que fuiste por su culpa. Cuando te dejó por Juniper...

—No me dejó por Juniper —replicó ella, a pesar de que en sus discusiones con Bryson le había acusado mil veces de eso. Incluso en su fuero interno seguía pensando que Juniper había sido la causa principal de su ruptura, no una consecuencia—. Pero ahora no importa, tío Bobby. Solo quiero que todo esto salga bien. ¿Me ayudarás?

La expresión suplicante de Maggie era tan exagerada y cómica que Bobby se rio. Las profundas arrugas que rodeaban sus ojos destacaron aún más y extendió el brazo por encima de la mesita redonda para estrechar su mano.

—Ya sabes que eres mi sobrina favorita. No puedo decirte que no a nada.

—Gracias. Solo espero que no lleguemos tarde a la reunión por su culpa...

—¿Vas a venir con nosotros?

—Claro. Quiero que todo el mundo nos vea juntos por las calles de Londres—. Maggie consultó su reloj de pulsera. Estaba impaciente por reunirse con Bryson en el vestíbulo—. ¿Te parecería bien entonces que Bryson interpretara al protagonista de tu novela?

Bobby dejó los cubiertos y se encogió de hombros.

—Tengo que reconocer que podría ser perfecto para el papel. Sin embargo... —titubeó. Parecía como si no supiera cómo expresar lo que quería decir—. Sin embargo, no estoy seguro de que se lo merezca.

—Lo hará bien, te lo prometo. Eso es lo único que debería importarte.

Bobby hizo un vago gesto de conformidad, pero no contestó, y Maggie adivinó que estaba a punto de enfrentarse con dificultades que no había tenido en cuenta: las malas opiniones que toda su familia tenía ahora acerca de Bryson, gracias sobre todo a la manera en que ella misma había contado la ruptura. Bobby era un hombre íntegro y

honesto; sería complicado que su opinión sobre Bryson no afectara a su influencia sobre Clayton. Y, en cuanto a sus padres y hermanos, ¿cómo gestionaría la convivencia cuando llegaran a su casa en Inverness? Suspiró y trató de alejar esos pensamientos: ya se ocuparía de todo eso llegado el momento.

—¿Qué tal tu vida en Los Ángeles, dejando aparte el divorcio? —quiso saber Bobby.

—Bien, es decir: no podría odiar más esa ciudad. —Se rio, aunque lo había dicho totalmente en serio. Ahora que estaba en Inglaterra se sentía feliz y tranquila, como si hubiera llegado a un puerto seguro después de una larga travesía en medio de la tempestad. La sola idea de tener que regresar en unas semanas la torturaba.

—¿Por qué no vuelves, Maisie-Leigh? Ya no hay nada allí que te ate.

Eso era algo que se había dicho a sí misma muchas veces. No encontraba trabajo como actriz, ya no estaba casada con Bryson, tenía pocos amigos y su familia estaba muy lejos. ¿Por qué continuar viviendo en un lugar que detestaba? Solo se le ocurría una razón...

—Quiero darle otra oportunidad a mi carrera. La abuela no habría querido que me rindiera tan rápido... Ella nunca se rindió en su vida.

La mirada de Bobby se suavizó.

—Oh, cariño, mi madre lo pasó mal cuando era joven, sí, pero cuando conoció a mi padrastro vivió feliz hasta que murió. Eso es lo que ella querría para su nieta. —Hizo una pausa para beber un poco de té y añadió—: No se trata de la profesión que desempeñes, sino de que elijas el camino adecuado para ti.

—¿Y cómo estar seguros de cuál es? —suspiró ella—. ¿Tú has encontrado el camino adecuado?

—Bueno, yo simplemente me centro en hacer cosas que me gusten. Escribo libros, participo en su adaptación a la pantalla cuando surge, viajo, me ocupo de las tierras de Oakhurst...

—¡Lo había olvidado! —le interrumpió Maggie—. ¿Cómo va el rancho?

Hacía tiempo que no recordaba que su tío Bobby poseía unas tierras en California, a una hora de Fresno y alrededor de cinco de Los Ángeles. Ella jamás las había visto, tampoco Bobby las visitaba

mucho, pero a Maggie le gustaba pensar que, en algún lugar de California, cerca de donde ella vivía, existía algo que la conectaba con su familia del otro continente.

—Mis apoderados lo cuidan bien, pero para que diera de verdad rendimientos debería vivir alguien allí permanentemente. Alguien a quien le gustara esa clase de vida, de pocos lujos y mucho trabajo.

—¿Por qué no te trasladas allí? ¡Sería maravilloso tenerte más cerca!

—¡Ay, Maisie-Leigh, yo ya soy un viejo! —rio, y luego se inclinó hacia ella como si fuera a hacerle una importante confesión—: Y también prefiero Inglaterra a California.

Un camarero se acercó a la mesa discretamente.

—Señorita McEvers, tiene una llamada de teléfono.

Maggie se disculpó ante su tío y siguió al camarero, que la guio hasta una salita adyacente y le tendió el auricular. La operadora le anunció que la llamada procedía de Los Ángeles.

—¿Diga? —Solo se escuchaba música de jazz y muchas voces de fondo. Volvió a hablar, esta vez más alto—: ¿Diga?

—¿Maggie? —Era la voz de Jonah—. ¡Mi pequeña rosa escocesa!

—¡Jonah! ¿Qué ocurre? —se extrañó. Hizo un rápido cálculo mental —. ¡Allí son las tres de la madrugada! ¿Qué es ese alboroto?

—Doy una pequeña fiesta en mi casa, me he acordado de ti y no he tenido más remedio que llamarte.

—¿Por qué?

—Me ha asaltado una irresistible curiosidad por saber cómo está yendo el asunto... ¿Qué tal la travesía? ¿Te recibieron los periodistas en el puerto de Southampton? Si no les repetí mil veces la hora de llegada del barco, no se la repetí ninguna.

—Sí, estaban allí —respondió. El reloj de la salita empezó a dar las once—. Jonah, me alegro de hablar contigo, pero no puedo entretenerme mucho ahora mismo, tenemos que ir a la reunión con...

—¿Cómo gestionas el vestuario? Espero que Lucy esté vigilando que no vayas de negro...

—¡No! Es decir, sí, Lucy se encarga de todo, y no, no voy de negro. Pero, Jonah, lo importante ahora es que Bryson y yo...

—Sí, sí, la reunión con Damien Clayton. Tengo delante una copia del itinerario...

—Lo que tienes delante es una botella de champán.

—Es cierto, pero me lo sé de memoria. Soy yo quien lo ideó, ¿recuerdas? —Jonah hizo una pausa y Maggie adivinó que estaba bebiendo de la copa que tendría en la mano. Sonrió. Cuánto lo echaba de menos...—. ¿El asunto con Bryson va bien? ¿Estáis siendo..., ya sabes, afectuosos?

—¿En público?

—No, en tu cama —masculló él—. Sí, Maggie, por supuesto que me refiero a ser afectuosos en público. A no ser que tengas algo más jugoso que contarme.

—De momento, no.

Maggie tuvo que separar un poco el auricular de la oreja cuando Jonah soltó una escandalosa carcajada.

—¿Pero quizá más tarde sí? Nunca dejarás de sorprenderme, Magg.

Ella enrojeció y cambió de tema.

—Hablando de sorpresas, Jonah: el acuerdo que redactamos no decía en ningún sitio que Bryson no pudiera traerse a Juniper... y eso es exactamente lo que ha hecho.

—¡Maldita sea! ¿Lo dices en serio?

—Así es, ella está aquí. —Tamborileó con las uñas rojas sobre la mesa y volvió a mirar nerviosamente el reloj—. Le he dicho a Bryson que eso es incumplimiento de contrato.

—¿Y qué te contestó?

—Que esto no es ningún contrato.

Jonah volvió a reírse.

—Ese canalla tiene respuesta para todo. —Su voz adquirió un tono más serio al añadir—: Bien, no te preocupes, preciosa, buscaré la manera de solucionar ese asunto. Y ahora, id a ver a Clayton y mantenme informado.

—De acuerdo. No bebas demasiado, a Rock Hudson no le atraen los borrachines.

—¿Cómo sabes que Rock Hudson...?

La línea se cortó sin dar tiempo a que se despidieran y Maggie colgó

el auricular con una sonrisa. Desayunar con su tío y hablar con Jonah la habían puesto del mejor humor posible para iniciar el día.

Al volver al vestíbulo vio que Bobby ya estaba allí con Bryson y se reunió con ellos. A medida que se acercaba, reparó en lo elegante que estaba su exmarido. Llevaba un precioso traje de tres piezas hecho a medida, color gris carbón, de un corte clásico que le sentaba muy bien; una camisa blanca impoluta, relucientes zapatos Oxford negros, corbata oscura y un sombrero en la mano. Tenía el pelo bien peinado, aunque una onda rebelde le daba cierto aire relajado, y olía a jabón caro y *after shave*. Pero había algo más. Cuando Maggie llegó hasta él y le dio los buenos días, reparó en que emanaba una cualidad intensamente masculina, como si... «como si acabara de estar en la cama durante horas con una mujer, ocupándose de colmar hasta el más íntimo de sus deseos». Esa imagen mental la turbó de tal manera que perdió el equilibrio y su tobillo derecho se torció sobre el tacón de diez centímetros del zapato. Tuvo que agarrarse al brazo de su exmarido para no caerse al suelo.

—Cuidado, Maggie. —La sujetó contra su cuerpo hasta que recuperó el equilibrio—. ¿Estás bien?

—Sí —contestó ella sin volver a mirarlo. Si lo hacía, volvería a desplomarse, estaba segura. ¿Por qué su presencia la ponía tan nerviosa? Ya le había visto vestido de forma elegante en otras ocasiones, pero lo que le ocurría ahora era diferente. Se parecía mucho a cuando se conocieron en la casa de Bobby, cuando Bryson ya era una estrella que desbordaba carisma y atractivo y ella solo una jovencita impresionable. Negándose a darle más vueltas, se puso derecha y agarró el bolso y los guantes con firmeza—. Bueno, ¿nos vamos?

Los tres salieron del hotel, en cuya puerta principal los esperaba un enorme Rolls Royce negro con chófer. Cuando Bobby le cedió el paso para que ella entrara primero en el coche, Maggie se percató de que la miraba con extrañeza y no pudo evitar preguntarse qué estaría pensando sobre Bryson y ella...

Para ser un productor tan importante, la recepción de la oficina de Damien Clayton era pequeña y sofocante. No tenía ventanas, ni butacas cómodas donde sentarse, y Maggie y Bryson esperaban a que la secretaria de Clayton los llamara sentados en estrechas sillas plegables. Bobby estaba dentro del despacho, hablando con él, y, cuando terminara, el productor recibiría a Bryson.

—¿Estás muy nervioso? —le preguntó Maggie, balanceando en su dirección una de sus largas piernas enfundadas en medias de seda. A Bryson siempre le habían encantado sus piernas y Maggie estaba haciendo lo necesario para recordárselo en todo momento.

Como respuesta, Bryson le dedicó una mirada condescendiente. Por supuesto, él nunca se ponía nervioso o, al menos, no lo exteriorizaba. Conseguir ese papel quizá fuera su mayor deseo, pero jamás se mostraría necesitado ni ansioso ante la persona que podía concedérselo. No era solo orgullo, sino el convencimiento de que gestionar las emociones propias en cualquier situación de la vida real que lo requiriera era una parte importante de su trabajo como actor. Maggie lo sabía, pero aun así le gustaba provocarlo con preguntas como la que acababa de hacerle.

—He pensado que cuando salgamos de aquí podríamos ir a almorzar a Bentley's —propuso él—. Me han hablado bien de ese sitio.

Bryson tenía el ejemplar firmado de *Niebla en Venecia* sobre las rodillas y se inclinó hacia un lado por puro azar justo a tiempo de que no cayera ceniza de su cigarro sobre la cubierta. Al verlo, Maggie se esforzó en no fruncir el ceño y en cambio sonrió ampliamente. Cada día se controlaba mejor.

—¿Ostras y langostinos? Me parece estupendo. Solía ir con mi tío cuando vivía aquí. —Echó un vistazo hacia la mesa de la secretaria, en la sala adyacente, donde una joven morena se afanaba en escribir a máquina, para comprobar que no estuviera pendiente de su conversación, y preguntó en voz más baja—: ¿No te estará esperando Juniper?

Bryson dio una larga calada al cigarrillo antes de responder.

—Iba a visitar a unos conocidos que tiene en la ciudad. Pasará todo el día fuera.

Ella se debatió entre la necesidad de satisfacer su curiosidad y su rechazo a hablar demasiado sobre la novia de su exmarido, pero finalmente ganó la primera.

—¿Cómo está llevando todo esto? Supongo que no se habrá arrepentido de haber venido, ¿o sí?

—Juniper tiene una enorme seguridad en sí misma y sabe que es a ella a quien amo —declaró él, haciendo que Maggie sintiera que la estaba acusando de lo contrario. Pero lo había dicho tras otra larga pausa para fumar y con la mirada obstinadamente fija en el cuadro que adornaba la pared de enfrente, y Maggie adivinó que no estaba resultándole tan fácil como decía. ¿Habrían empezado a aparecer las primeras grietas en su relación?

—Pero ¿ha visto ya la fotografía que...?

—Mira, Maggie, no quiero hablar sobre eso ahora mismo —le cortó él con tono cansado. Aplastó la colilla en un cenicero de cristal y se levantó—. Clayton nos hará entrar en cualquier momento, y...

—¿No decías que no estabas nervioso?

—Y no lo estoy, pero necesito concentrarme. Y estar a tu lado es como estar cerca de una colmena de abejas, con ese zumbido incesante en los oídos y la sensación de que vas a sentir el aguijón cuando menos te lo esperes...

Ella también se puso de pie y se enfrentó a él con los brazos en jarras.

—¡Oh, no exageres! ¿Quieres saber cómo es estar a tu lado, Bryson Mallory?

—Sí, querida, me encantaría que me lo explicaras. —La secretaria había dejado de teclear y los miraba interesada. Con expresión divertida, Bryson cogió a Maggie por la cintura y la pegó a su cuerpo. Ella contuvo el aliento—. Dime, ¿también sientes un aguijón?

La puerta del despacho se abrió entonces y se oyeron las voces de Bobby y Clayton, que terminaban al fin su reunión privada. Maggie y Bryson se separaron como si los hubiesen abrasado con un hierro candente y ella fue la primera en acudir al encuentro de los dos hombres.

Bobby se ocupó de presentarlos al productor, un hombre alto y

fornido, de pelo castaño con amplias entradas y ojos brillantes. El hombre estrechó la mano de Bryson y besó la de Maggie.

—¡Señorita McEvers! Es un honor recibirla en mi despacho en su primera visita a Londres después de tanto tiempo —le dijo con acento engolado y una galantería muy británica, que Maggie casi había olvidado—. Qué lástima que en la novela de su tío no haya más personajes para usted... —Clayton se rascó la barbilla y lanzó una mirada entusiasmada a Bobby—. Aunque puede que estemos a tiempo de crear uno...

—Damien, quizá sea mejor centrarnos de momento en el señor Mallory... —señaló Bobby.

—Sí, por supuesto —accedió el productor y, dirigiéndose a Bryson, dijo—: El proyecto va muy rápido esta vez, queremos empezar a rodar en unas semanas y necesitamos encontrar ya al protagonista. He hablado por teléfono con su agente, el señor Holland, y parece que está de acuerdo con los términos.

—Puedo asegurarle que yo también lo estaré —replicó Bryson con tono afable.

—Me ha garantizado que el estudio no pondría pegas a la cesión. Y que usted no tendría tampoco problema en trasladarse a Venecia dos o tres meses... —Hizo una pequeña pausa y contempló alternativamente a Bryson y a Maggie—. Supongo que será duro para la señorita McEvers y para usted sufrir esa pequeña separación ahora que acaban de... ejem, de reconciliarse. Por supuesto, está invitada a unirse a nosotros en Italia...

Bryson se apresuró a intervenir.

—Gracias, señor Clayton, pero esta belleza es una mujer muy independiente. —Maggie estuvo a punto de darle un codazo, pero él le cogió una mano y se la llevó a los labios antes de que pudiera decir o hacer nada—. Es una de las cualidades por las que la admiro tanto.

—De cualquier modo, primero debemos celebrar nuestra reunión, ¿no le parece? Pase a mi despacho, le presentaré a nuestro director de casting. —Damien Clayton se apartó para que Bryson entrara antes que él y, antes de seguirle, se volvió de nuevo hacia Maggie y añadió con una amplia sonrisa—: ¡Me alegré tanto cuando supe que volvían a

estar juntos! Son la pareja perfecta de Hollywood.

Firmaron una docena de autógrafos y permitieron que los fotografiaran tres o cuatro veces antes de pedirle al *maître* de Bentley's que se encargara de que no los molestaran más. Bryson era consciente de que el motivo de la mayoría de las personas para acercarse era Maggie, y no tanto él, pero también sabía que, cuando aparecían juntos, la atención se multiplicaba. En cualquier caso, le daba igual. Estaba eufórico.

—Deja que pida una botella de Moët & Chandon —le dijo a Maggie, antes de levantar una mano para llamar al camarero. Después de ordenar la bebida y el almuerzo, se reclinó en la silla y afirmó satisfecho—: No hay nada mejor que el champán para acompañar las ostras.

—Me alegra verte tan contento. Estaba segura de que lo conseguirías.

—Bueno, creo que me habría costado más de no haber sido por Bobby y por ti —reconoció—. ¿Cómo puedo agradecértelo?

—Ya sabes cómo.

Se quedaron mirando a través de la mesa mientras el camarero abría la botella y llenaba las copas con parsimonia, asegurándose de esperar unos segundos para que la espuma se asentara antes de verter más. Para cuando al fin se retiró, Bryson ya no estaba seguro de lo que Maggie acababa de decir, aunque sí sabía que el tono empleado había sido más que sugerente, razón por la que sus ojos iniciaron un extenso e involuntario recorrido visual a lo largo de las piernas de ella, que asomaban, cruzadas con elegancia, por un lado de la mesa. Volvió a alzar la vista a regañadientes.

—¿Qué decías?

—Que ya sabes cómo puedes agradecérmelo. —Los labios de Maggie se habían humedecido con el primer sorbo de champán. No parecía haber reparado en lo inadecuado de su mirada hacía solo un instante.

—¿Lo sé?

O quizá sí reparara en ello. Quizá fuera menos ingenua de lo que

aparentaba y se estuviera dando cuenta perfectamente del efecto que causaba en él. Quizá ella misma provocara ese efecto.

El camarero dejó sobre la mesa una bandeja de ostras sobre un lecho de hielo picado y un plato de langostinos. Maggie sonrió.

—Claro. Viniendo conmigo a Inverness para visitar a mi familia.

—Sí, por supuesto.

¿Por qué se sentía de pronto un poco decepcionado? ¿Qué había creído que iba a decir? Ya habían acordado que el último tramo del itinerario consistiría en esa visita a su familia. Lo haría incluso si no le hubieran dado el papel. Pero iba a ser Marco en *Niebla en Venecia* y estaba dispuesto a todo para mostrar su gratitud. Le sirvió más champán y le ofreció la bandeja para que eligiera ella primero entre las ostras.

—¿Has pensado qué hacer con Juniper en Inverness? —preguntó ella de pronto, rompiendo el encanto.

—¿Qué quieres decir?

—Tú y yo nos alojaremos en casa de mis padres, claro, pero estarás de acuerdo conmigo en que sería un poco raro que Juniper durmiera también bajo su techo.

—Estoy de acuerdo contigo, sí. Espero que no le importe quedarse en un hotel.

Bryson tenía que admitir que no había pensado demasiado en esa parte del viaje. Maggie tenía razón: la presencia de Juniper en casa de su familia no tenía cabida. ¿Qué iba a hacer con ella? ¿Y cómo lo recibirían a él sus antiguos suegros? Solo le habían visto una vez, justo antes de la boda, durante el viaje relámpago a Inverness para que los McEvers pudieran conocer en persona al prometido de su hija. Para esa familia, Bryson había pasado en un tiempo récord de ser un desconocido (por muy famoso que fuera) a un pariente y, al final, a un indeseable que había hecho sufrir a su adorada Maisie-Leigh. Y, ahora, cuando los viera de nuevo, tendría que arreglárselas para volver a caerles en gracia.

—Lucy también vendrá con nosotros, claro... —estaba divagando en ese momento ella—. Puede dormir en el antiguo dormitorio de mis hermanos, pero tú y yo tendremos que compartir el mío.

Bryson estuvo a punto de cortarse los dedos con la concha de una ostra.

—Pero en el acuerdo...

—Ya lo sé, pone que siempre tendremos habitaciones separadas, pero me temo que Jonah y yo solo tuvimos en cuenta los hoteles al redactar ese punto—. Maggie se encogió de hombros como si la perspectiva de tener que dormir en la misma cama no importara demasiado. Y a Bryson le importaba muchísimo—. Lo siento.

—Me parece peligroso —opinó él. Maggie resopló con su estilo característico.

—¿Quieres dejar de ser tan arrogante? Te aseguro que no voy a intentar nada.

—Pero ¿cómo sabes que no lo intentaré yo?

Casi pudo notar físicamente la reacción de ella: sus labios se separaron, sus ojos se volvieron más grandes y redondos y sus mejillas enrojecieron. Tuvo que beber la mitad de su vaso de agua para disimular su nerviosismo, incluso dejó de balancear la pierna hacia él como llevaba haciendo toda la mañana. Bryson estaba empezando a intuir las intenciones de Maggie: para su asombro, aunque aún se le escapaban sus motivos, su exmujer parecía estar embarcada en un implacable juego de seducción..., pero él era muy capaz de cambiar las reglas y jugar mucho más duro. Para potenciar el efecto, cambió bruscamente de tema.

—Mañana tenemos que estar en los estudios de la BBC a las nueve. Si te soy sincero, no me apetece demasiado que todo Reino Unido se ría de mí cuando se emita el programa.

—¿Por qué iba a reírse nadie de ti? —Maggie parecía confusa por el giro de la conversación, pero recobró la calma con admirable rapidez y se centró en pelar un langostino con los cubiertos de plata—. *El show de talentos de Martin Jenner* es uno de los concursos más exitosos de la televisión. Además, somos el jurado, no los participantes. No van a juzgarnos a nosotros.

—Pero yo soy americano. Y tu exmarido. Aquí me odia todo el mundo.

—Eso último ya está en proceso de cambio gracias a la fotografía

del barco. Y para quienes aún no se han enterado de la reconciliación, Martin Jenner se encargará de insinuarlo al principio del programa...

En ese punto, Maggie soltó los cubiertos con una mueca de frustración y empezó a pelar el langostino con los dedos. Estaba tan concentrada en la tarea que Bryson no pudo evitar sonreír: cuando no se empeñaba en ser insufrible, Maggie resultaba casi adorable.

Una vez que la comida y el champán se acabaron, Bryson llamó al camarero para pagar, pero el *maître* se acercó para decirles que el almuerzo corría por cuenta de la casa. Les comentó que la presencia de la pareja en el restaurante valía mucho más que cualquier cantidad de libras y reforzaba la fama del local, más aún si tenían la amabilidad de permitir que los fotografiaran de nuevo para colgar su retrato en la pared. Después de hacerlo, Bryson dejó unos cuantos billetes de diez libras como propina sobre la mesa y esperó a que Maggie volviera a ponerse los guantes y la chaqueta. De pronto, aquella situación le recordó algo. Algo de lo que podía aprovecharse... Con tono pensativo, le preguntó:

—¿Te acuerdas del «ensayo» que hicimos la primera noche de travesía? —Ella asintió con la cabeza y esperó a que continuase hablando—. Me estoy dando cuenta de que este preciso momento es casi igual al que describías, así que quizá deberíamos poner en práctica lo que ensayamos...

—¿Ahora? ¿Aquí? —Maggie miró a su alrededor con aire dudoso.

«En el barco no estabas tan confusa, ¿verdad, Maggie? Te pegabas a mí y te esforzabas en que tu pelo me acariciara la cara y en rozar tus pechos contra mi torso... Pero sabía que a la hora de la verdad te asustaría hacerlo», pensó él, animado por la idea de poder ponerla un poco más nerviosa. Bryson conservó una expresión neutra y le hizo un ademán para que ella empezara a avanzar entre las mesas. Tal como Maggie había vaticinado aquella noche en altamar, los comensales detenían sus conversaciones y se quedaban embobados mirándolos. Bryson mantenía la sonrisa fija en su rostro y el brazo rodeándole la cintura.

Ya en el exterior, a plena luz del día, la situó junto a él delante de la cristalera del local.

—¿Cómo era esta parte? —preguntó con extrema suavidad—. Ah, sí. Ponías la cabeza en mi hombro y yo te estrechaba entre mis brazos y sonreía porque eras mía de nuevo.

—Bryson, por favor... —susurró ella.

—Ya sabes que el mundo desaparece alrededor de dos personas enamoradas, Maisie-Leigh —ronroneó, asegurándose de pronunciar su nombre real con el tono más sedoso que pudo—. Apenas podemos estar sin tocarnos. Deja que te abrace.

—No me apetece hacer esto ahora... —Maggie tenía los ojos ligeramente empañados y, aunque al descubrirlo él se sintió conmovido por un breve instante, no se detuvo. Ella era quien le había arrastrado a todo aquello y ahora no se detendría la partida solo porque le apeteciese.

—Hazlo. Nos están mirando.

Maggie dejó escapar un pequeño suspiro, se acercó más y apoyó la cabeza en su hombro. Bryson sonrió y la estrechó entre sus brazos tan apretadamente que tuvo que separar las piernas y encajar el cuerpo de Maggie entre ellas para que las rodillas de ambos no chocaran.

—Suéltame ya —la oyó murmurar contra su pecho.

Le acarició el cabello con una mano, dejando la otra sobre su cintura y sin permitir todavía que se separara de él ni un centímetro. Ninguno de los clientes que los miraban maravillados desde el interior del restaurante podría siquiera adivinar cuánto estaba disfrutando.

—En el barco no temblabas así. Quizá deberíamos haber ensayado un poco más.

—No estoy temblando. —Maggie alzó la cabeza con orgullo recién recobrado, aunque sí estaba temblando—. Pero la escena terminaba en este punto, ¿recuerdas? Sin beso.

Él rio y la soltó por fin.

—Nuestros días de besarnos terminaron para siempre, querida. No diré que lo echo de menos.

Maggie se pasó la mano por el pelo para comprobar que no se le había estropeado el peinado y le lanzó una mirada huraña.

—No lo digas si no quieres, pero apuesto a que sí lo haces —replicó.

Sin hacer caso del comentario, Bryson le ofreció su brazo como un

perfecto caballero inglés.

—Regresemos al hotel dando un paseo por esta maravillosa ciudad para que todos puedan vernos, ¿de acuerdo? —propuso—. Te prometo que no volveré a hacerte temblar.

# 14

—¡Hola! Soy Maggie McEvers y acabo de descubrir que el champú Radiant Sun deja mi pelo más brillante y suave de lo que nunca lo he tenido —repitió Maggie por cuarta vez sin dejar de sonreír, ignorando el viento helado que se le colaba por el escote y el bajo del vestido blanco de verano. Sujetó el frasco ante ella para que se pudiera leer bien el nombre de la etiqueta—. Su fórmula especial contiene agua pura de manantial y extractos de flores que solo crecen en las Highlands. —Lanzó una mirada a su alrededor, extasiada, y la cámara abarcó el abrupto acantilado, la mole de piedra gris del castillo y el prado húmedo en el que rodaban. Luego se pasó los dedos por el pelo y agitó la cabeza con un movimiento sensual—. Puedo aseguraros que, cuando vuelva a Hollywood, me llevaré este secreto de mi amada Escocia para seguir teniendo... una melena radiante como el sol.

—¡Corten! —gritó el director, y Maggie se apresuró a envolverse en el albornoz que le ofrecía Lucy. Miró al hombre interrogativamente y este añadió—: Hemos acabado, señorita McEvers. Muchas gracias.

—Resulta muy irónico que el champú se llame así —comentó Lucy en voz baja.

—Ya lo sé. No he dejado de pensarlo ni un momento.

Eran solo las tres de la tarde, pero el cielo cada vez estaba más oscuro. Tenían suerte de haber terminado pronto, porque en pocos minutos —seguramente antes de que Maggie volviera a ponerse su ropa— comenzaría a llover.

El set de rodaje se encontraba desplegado en la explanada del castillo de Edimburgo, muy cerca de donde se celebraría un par de meses más tarde el Military Tattoo. Habían planeado rodar en el interior de los muros, pero les habían denegado los permisos

necesarios, así que el anuncio había consistido en una especie de fábula pastoral escocesa, con Maggie vestida de blanco, sentada sobre la hierba junto a una cesta de pícnic, y un gaitero vestido con *kilt* tocando de fondo a lo lejos. Bryson, cuya presencia ante las cámaras no se había requerido al final, había bromeado ofreciéndose para sustituir al gaitero en caso de que se despeñase por el acantilado, afirmando que estaba deseando probarse un *kilt* sin nada debajo y haciendo reír a todas las ayudantes femeninas del equipo. En ese momento, el actor estaba sentado en una silla de lona plegable, con una taza de café en la mano y la piel de color casi azul pálido por el frío. A pesar de haber comprado ropa de abrigo en Londres, el clima de Escocia estaba haciendo mella en él. Maggie tuvo el impulso de acercarse a hablar y preguntarle qué le parecía el anuncio, pero se lo pensó mejor y se dirigió directamente a la caravana aparcada unos metros más allá, donde se había vestido y maquillado. Antes de entrar, se volvió hacia su asistente.

—Lucy, ¿por qué no vuelves ya al hotel con el chófer? Skye lleva demasiado tiempo sola, estará deseando dar un paseo.

—¿Y tú? —preguntó esta de inmediato.

—Ya me acercará alguien del equipo.

Cerró la puerta de la caravana y se dejó caer en la silla que habían dispuesto frente al pequeño tocador. Las primeras gotas de lluvia empezaron a golpear las ventanas con suavidad, pero antes de que Maggie se hubiera quitado del todo el maquillaje, el techo metálico de la caravana ya retumbaba bajo el aguacero. Cuando llamaron a la puerta, le costó distinguir el sonido, pero finalmente se levantó a abrir.

Bryson estaba ahí, calado a pesar del sombrero y la nueva gabardina.

—¿Es que nunca deja de llover en este lugar? —A pesar del tono quejumbroso, sonreía—. Mi chófer está intentando sacar el coche del barro, deja que me refugie aquí un rato.

—Pasa.

Se apartó para que pudiera entrar en la caravana y, cuando Bryson se hubo quitado la gabardina y el sombrero, los colgó de un gancho en

la pared. Después pasó junto a él, rozándole por lo reducido del espacio, y se desató el albornoz. El vestido blanco del anuncio, que aún llevaba debajo, estaba seco, pero quería ponerse ropa más cómoda y abrigada. Y, además, tenía que devolver el traje antes de irse. Dejó caer el albornoz al suelo y se miró en el espejo.

—¿Qué te ha parecido el anuncio? —le preguntó a Bryson, el cual había seguido con la mirada todos sus movimientos.

—Habría quedado mejor si hubiese salido yo también. —Encendió un cigarro y el humo llegó enseguida a la cara de Maggie, que agitó la mano para disiparlo.

Bryson se dio cuenta y lo apagó de inmediato. Era un gesto poco frecuente en él, demasiado caballeroso. Últimamente se comportaban con gran cortesía y amabilidad, incluso cuando no estaban en público, y a Maggie le daba la impresión de que aquello había comenzado el día en que almorzaron juntos después de la reunión con Clayton. No le había gustado nada la pantomima romántica a la que Bryson la había dirigido cuando terminaron de comer. Aunque era algo que ella misma había ideado, a la hora de la verdad se había sentido inesperadamente triste y vulnerable. Durante unos segundos había deseado con todas sus fuerzas que nada de aquello fuera fingido, y saber que Bryson la tocaba así solo porque tenía que hacerlo la había herido más que si se hubiera negado a seguir el plan. Era evidente que su exmarido había llevado las riendas en ese momento, casi como si estuviera pretendiendo seducirla para luego detenerse en el último segundo, cuando ella hubiera vuelto a rendirse a sus encantos, pero Maggie había conseguido reponerse antes de llegar al hotel. No le volvería a ocurrir. Bryson sería quien acabara cayendo a sus pies, no ella a los suyos.

Habían transcurrido cinco días desde entonces, pero, a juzgar por la cantidad de cosas que habían hecho, parecía que habían pasado meses... Su participación en *El show de talentos de Martin Jenner* había resultado divertida, aunque agotadora. Habían recibido el cariño de un público entusiasmado, y las respuestas de Bryson a los pícaros comentarios de Martin Jenner sobre la reconciliación suscitaron aplausos instantáneos y artículos en el periódico al día siguiente.

Treinta y seis horas después de aquello, se había despedido de Bobby y estaban en Birmingham, en el hotel recién inaugurado. La fiesta a la que acudieron por la noche había resultado algo decepcionante debido a la presencia de Juniper. Cuando estaba con Bryson, a Maggie se le llegaba a olvidar la existencia de la actriz, pero siempre reaparecía en algún momento o él la mencionaba en el trascurso de una conversación y, entonces, Maggie se acordaba de que era su novia y de que cuando regresasen a Estados Unidos todo volvería a ser igual que antes entre los tres: Bryson y Juniper continuarían con sus vidas juntos y Maggie estaría de nuevo sola, pero... aún quedaba más de una semana para eso, aún tenía tiempo para que Bryson le entregara su corazón. Solo tenía que seguir siendo atractiva y seductora unos pocos días más.

Ahora estaban solos en la caravana y nadie los interrumpiría. Quizá había llegado el momento de dar un paso más... Maggie era pudorosa por naturaleza, incluso le costaba que Lucy la viera en combinación, pero haría un esfuerzo e iría más allá de sus límites. Empezó a desabrocharse los botones del vestido. Respiró profundamente tratando de calmarse mientras lo hacía, aunque conservó una expresión indiferente en el rostro, como si Bryson no estuviera allí en absoluto.

—¿Qué demonios haces? —preguntó él. Parecía sorprendido, pero no hizo ningún ademán de darse la vuelta o salir de la caravana.

—Con esta lluvia, no te vas a marchar, así que tendré que cambiarme de ropa delante de ti —respondió con tono impasible. Se desabrochó el último botón, pero sujetó la tela con las manos para mantener el vestido cerrado—. No verás nada que no hayas visto muchas veces en el pasado.

—Pero no desde el divorcio.

—Pues si te hace sentir incómodo, sal.

Bryson no contestó, pero no solo no se fue, sino que se sentó en la silla junto al tocador, de frente a ella, y se quedó contemplándola en silencio, descaradamente y con los brazos cruzados, como si fuera a presenciar alguno de esos espectáculos de dudosa moral que se ofrecían en ciertos antros de Los Ángeles.

«Oh, Dios mío», pensó Maggie. Pero ahora ya no podía echarse atrás: tendría que seguir adelante o Bryson se reiría de ella.

Se abrió el vestido, sacó los brazos de las mangas y permitió que Bryson la observara mientras lo guardaba en la funda. Aún llevaba la ropa interior, claro, además de la combinación, las medias y los zapatos, pero, aunque no miraba a su exmarido, sentía sus ojos clavados en su cuerpo como si no llevara una sola prenda encima. Era como tener brasas encendidas de la chimenea colocadas sobre cada centímetro de su piel.

Por fin, se atrevió a mirarlo. Seguía con la vista fija en ella, pero no había intentado tocarla, ni siquiera se había levantado de la silla. ¿Y si no se sentía atraído ya por su cuerpo? ¿La encontraría demasiado delgada y plana, en contraste con las voluptuosas curvas de Juniper?

Al ver que Bryson no reaccionaba de ninguna manera, aceptando su derrota, Maggie le dio la espalda para empezar a vestirse con su ropa. Se puso la falda de tweed y se peleó unos segundos con los diminutos botones en forma de perla con que se abrochaba en la parte trasera. Entonces, oyó el crujido de la silla al levantarse él. No se giró para ver qué hacía, pero enseguida notó sus manos en la cintura. Maggie se quedó paralizada, aún con los dedos sobre los botones. Bryson se los apartó, sustituyéndolos por los suyos, y le abrochó la falda. El gesto catapultó a Maggie de forma directa a la época en que vivían juntos: aquello fue tan dolorosamente íntimo y personal que apenas pudo murmurar «Gracias». Cuando se giró hacia él, los ojos de Bryson mostraban una expresión rara, pero sonreía con su indolencia habitual.

—Parecías tener dificultades.

Maggie se puso la blusa y la chaqueta y se apartó el pelo de la cara para recogérselo con horquillas. Sonrió sin darse cuenta; acababa de fijarse en las finas arrugas que se formaban en los extremos de los ojos de Bryson cuando este sonreía. El actor se iba haciendo mayor, igual que ella, pero sin duda los años aumentaban su atractivo en vez de disminuirlo. De hecho, tenía que admitir que nunca había estado mejor.

—Estoy deseando volver al hotel —dijo mientras acababa de

hacerse el moño—. Quiero descansar antes de salir mañana hacia Inverness.

—He visto que Lucy se iba por su cuenta. ¿Quieres que te lleve en mi coche? Supongo que el chófer ya lo tendrá listo.

—Sí, gracias.

Seguía lloviendo cuando salieron de la caravana, así que se despidieron del equipo de grabación sin detenerse demasiado y subieron a la parte trasera del coche que habían puesto a disposición de Bryson. Jonah había decidido que cada uno tuviera un Rolls Royce con chófer para su uso personal, lo que a Maggie le parecía un gasto innecesario pues se suponía que tenían que ir juntos a todas partes, pero ese día le había ido bien. Había mandado a Lucy al hotel sin pensar demasiado en cómo volvería ella y, con ese tiempo tan malo, agradecía la calefacción y poder reclinarse cómodamente en los mullidos asientos de cuero.

Cuando el coche enfiló Princess Street, se dio cuenta de que Bryson llevaba mucho rato en silencio.

—¿En qué piensas? —le preguntó.

Él estaba mirando por su ventanilla y no dejó de hacerlo para responder.

—En Inverness. En cómo me tratará tu familia. En lo molesta que está Juniper por tener que alojarse sola en un hotel mientras yo estoy contigo en tu casa.

—¿Te sientes culpable?

Bryson la miró por fin.

—No sé cómo me siento, Maggie. Ni siquiera sé qué estamos haciendo en realidad.

—¿En serio? Pues una gira para...

—¡Sí, sí, una gira para promocionarte! —exclamó él con brusquedad. Había estado toda la mañana de buen humor, pero ahora parecía estar a punto de explotar—. No me refiero a eso.

—Entonces ¿a qué?

—Ya lo sabes.

Sus ojos se encontraron un largo instante. Los de Bryson, tan penetrantes y oscuros, brillaban con intensidad y le transmitían un

mensaje que Maggie recibió con total claridad, pero no dijo nada. ¿Qué podía decir? Apartó la vista la primera y volvió al tema original.

—No te preocupes por mi familia. Ellos siempre te tratarán bien mientras crean que me tratas bien a mí.

—«Mientras crean...» —Bryson emitió una risa amarga.

—Y, en cuanto a Juniper... —siguió ella sin hacerle caso, resiguiendo con un dedo la costura de la media—, bueno, todas las parejas pasan por crisis.

—No seas cínica, Maggie. No estaríamos pasando por ninguna crisis si no estuviéramos aquí obligados a hacer esto.

—No deberías haberla traído.

Bryson suspiró.

—Empiezo a pensar lo mismo.

El Rolls Royce se detuvo en la puerta del hotel y el chófer abrió la puerta de Maggie. Los dos salieron del coche y entraron en el edificio con rapidez para evitar que se fijaran demasiado en ellos. Parecía que, cuanto más se acercaban a Inverness, más gente reconocía a Maggie y más tiempo tardaban en traspasar puertas, salir de restaurantes y llegar a cualquier sitio. Afortunadamente, en ese momento llovía tanto que había pocas personas en la calle y aquellas que caminaban por allí lo hacían con rapidez, protegidas por los paraguas y sin levantar la vista.

—Voy a ver a Juniper —dijo Bryson mientras atravesaban el vestíbulo en dirección a las escaleras—. Nos veremos por la mañana.

—Gracias por traerme en tu coche —respondió Maggie—. Y por todo lo que estás haciendo por mí —añadió unos segundos después, pero él ya se había alejado y no pareció oír la última parte de la frase.

Maggie ya no esperaba volver a ver a Bryson hasta el día siguiente, pero el actor se presentó en su habitación del hotel a última hora de la tarde, justo cuando ella estaba a punto de meterse en una bañera llena de agua caliente y burbujas.

—¿Qué haces aquí?

Iba vestida solo con la combinación otra vez, pero después de la

flemática escena de estriptis de la caravana, aquello ya no parecía tener ninguna importancia. Era evidente que a Bryson no le alteraba en absoluto verla con ese atuendo, así que no se molestó en volver a ponerse la ropa. Él tenía un aspecto mucho peor, no tanto por la camisa arrugada y con el cuello desabrochado sino por la crispación que se leía en su rostro. Skye corrió hacia él y le olisqueó los tobillos, pero él la ignoró y fijó sus ojos en Maggie desde el centro de la habitación.

—Juniper se marcha.

Maggie tuvo que sentarse en el borde de la cama.

—¿Cómo?

Él se dirigió al minibar, lo abrió y empezó a servirse una copa. Maggie había notado el enfado en su tono, así que se forzó a quedarse callada hasta que él se explicara, aunque el corazón le había empezado a latir mucho más rápido y apenas podía controlar su impaciencia. ¿Juniper se iba?

—Al parecer, recibió una llamada de su agente desde Los Ángeles —empezó a contar Bryson mientras abría la cubitera del hielo. Hizo una mueca de disgusto al descubrir que estaba vacía, pero aun así se sirvió tres dedos de whisky en el vaso—. Le han ofrecido protagonizar una película, un papel que ha rechazado Marilyn Monroe por la crisis nerviosa que sufrió durante el rodaje de *El príncipe y la corista*... Le han pedido a Juniper que regrese lo antes posible. Cuando he llegado a su habitación después del rodaje de tu anuncio, ella ya estaba haciendo las maletas. Tiene billete para un vuelo esta misma noche.

Maggie no supo qué contestar. Bryson parecía muy irritado y ella se preguntaba si la razón sería solo que Juniper lo abandonaba por una nueva película o si también tenía algo que ver el hecho de quedarse los dos solos en Escocia. Esperaba que fuera lo primero. Él se sentó ante el escritorio y empezó a beber el whisky con largos sorbos. Sintió el impulso de reprocharle su tendencia a recurrir a la bebida siempre que algo le salía mal, pero se contuvo. El autocontrol que estaba ejerciendo desde que había empezado el viaje era digno de encomio.

—¿Y ya os habéis despedido? —preguntó con un hilo de voz, sin saber qué otra cosa decir.

—Por lo que a mí respecta, sí.

«Está enfadado con Juniper. Muy enfadado. Y ella se va a marchar a casi diez mil kilómetros de distancia...». Tuvo que hacer un par de inspiraciones profundas para calmar los nervios que agarrotaban su estómago. Que Juniper se fuera —y por su propia voluntad, además—, dejándole a Bryson todo para ella, era un auténtico golpe de suerte y tendría que estar deseando que él saliera de la habitación para poder avisar a Lucy y descorchar juntas una botella de champán, pero las emociones que experimentaba eran muy diferentes. Bryson no estaba siendo fácil de manejar. Había ocasiones (muchas) en que ella se sentía al borde de desfallecer ante la presencia, la mirada, la voz y el tacto de su exmarido. Estaba resultando un juego muy complicado, mucho más de lo que se había esperado, y la ausencia de Juniper aceleraría la partida hasta que uno de los dos cayera vencido. Y Maggie no quería saber tan rápido cuál de los dos sería.

—Bueno, supongo que esto facilita en gran parte la etapa de Inverness... — balbuceó.

Tres rápidos golpes en la puerta, la forma de llamar característica de Lucy, la interrumpieron. Se levantó a abrir, dejando a Bryson aún sentado con su whisky.

—Es un telegrama de Jonah —anunció Lucy, de pie en el umbral con el sobre en la mano—. Acaban de traérmelo.

Maggie lo cogió. Era extraño que Jonah le hubiera mandado un telegrama en lugar de esperar a telefonearla, como habían quedado en hacer cuando llegara a la casa de sus padres en Inverness para comentar los últimos días del itinerario. Debía de haber pasado algo importante. Desplegó el papel sin moverse del umbral y leyó con rapidez.

—Oh, Dios mío... No sé si matar a Jonah o adorarlo para siempre.

—¿Qué dice? —preguntó Lucy.

Maggie echó una rápida mirada a Bryson. No parecía interesado en lo que estaba pasando en la puerta y ni siquiera estaba vuelto hacia ellas, pero a pesar de eso salió al pasillo con Lucy, sin acordarse de que solo llevaba una combinación, y bajó la voz para explicarle:

—Bryson está dentro. Acaba de decirme que Juniper vuelve esta

misma noche a Los Ángeles porque su agente la ha llamado por un papel importante.

—¡¿En serio?! —exclamó su asistente sin bajar el tono.

—Baja la voz —susurró Maggie. Le tendió el telegrama para que ella también pudiera leerlo—. Ha sido Jonah. Él ha movido los hilos para que le ofrecieran ese papel a Juniper y ha avisado a su agente para que la llamara de inmediato.

—Pero ¿por qué ha hecho eso? ¡Se supone que Jonah es tu agente, no el suyo!

—¿No lo entiendes? ¡Lo ha hecho para alejar a Juniper de aquí y dejar a Bryson solo conmigo! Cuando hablamos por teléfono en Londres me dijo que lo solucionaría... y lo ha hecho.

—¿Vas a contárselo a él? —preguntó Lucy en un susurro, atisbando por encima del hombro de Maggie el interior de su habitación.

—¿Estás loca? Seguro que me echaría la culpa a mí. No puede enterarse.

Los ojos verdes de Lucy bailaban de excitación.

—¿Qué está haciendo en tu habitación?

—Ha venido solo a contarme lo de Juniper, pero... —Maggie se atragantó con sus propias palabras. Se sentía exactamente igual que cuando conoció a Bryson en casa de su tío: excitada, nerviosa... y feliz —. ¡Mañana estaremos en casa de mis padres en Inverness y tendremos que dormir en el mismo cuarto!

Lucy elevó los ojos hacia el techo del pasillo.

—Por lo que más quieras, Maggie, tranquilízate. Parece que tienes quince años. Si sigues así, perderás el equilibrio y se te romperá el corazón. Una vez más.

—Se lo voy a romper yo a él.

—¡Eso ya lo veremos! Deberías centrarte en promocionar tu carrera. Al fin y al cabo, Jonah planeó este viaje para eso. Olvídate de recuperar a Bryson.

—¡No quiero recuperarlo! Solo pretendo...

—Llámalo como quieras. —Lucy abrió la carpeta que llevaba bajo el brazo y le tendió varios papeles—. Este es el resguardo del alquiler del coche, no sé por qué prefieres conducir cuatro horas hasta Inverness

en lugar de ir en tren.

—Quiero poder disfrutar de un viaje por carretera con Bryson, como cuando estábamos enamorados. Y enseñarle las Highlands. Además, conducirá él. —Maggie cogió los papeles. Estaba deseando meterse en la habitación y cerrar la puerta, pero Lucy parecía muy seria de repente, más de lo habitual, y se preguntó por qué. ¿Quizá no se fiaba de las habilidades de conductor de Bryson?—. No te preocupes, iremos despacio y pararemos de vez en cuando en pueblecitos preciosos...

—He decidido que yo iré en tren —dijo—. No te lo tomes a mal, pero no me veo con ánimo de pasar cuatro horas encerrada en un coche con vosotros dos. Significaría exponerme a demasiadas conversaciones con doble sentido, a demasiados reproches velados y a muchos más acercamientos físicos fingidos y sin fingir de los que quiero presenciar.

—¡No, Lucy, por favor...!

—Además, eso te dará más oportunidades para seducir a Bryson. Después de todo, es lo único que te importa en el mundo.

—¡Eso no es cierto!

No sabía si continuar dando excusas, suplicarle a Lucy que cambiara de idea o alegrarse por la perspectiva de pasar cuatro horas enteras a solas con Bryson. Las palabras se atropellaban en su garganta y la confusión invadía su mente, pero cuando vio que Lucy se quedaba mirando a un punto más elevado muy cerca de su hombro izquierdo y percibió que la piel se le ponía de gallina, supo que su exmarido estaba justo detrás de ella y que era hora de callarse.

—¿Qué hacéis tanto tiempo en la puerta? —preguntó él. El whisky parecía haberlo tranquilizado un poco.

—Repasamos el itinerario de los próximos días —respondió Lucy con rapidez. Le entregó la carpeta a Maggie—. Contiene una copia de todo, por si lo necesitas durante el trayecto en coche. Nos veremos en Inverness.

—¿No vienes con nosotros? —quiso saber Bryson.

—No, yo iré en tren con la mayor parte del equipaje. Como asistente de Maggie, es mejor así. Si el coche sufriera una avería o tuvierais cualquier tipo de... percance, yo podría ocuparme de encontrar una

solución.

Lucy lanzó una última mirada de advertencia a Maggie, la besó en la mejilla y se alejó por el pasillo. Bryson la contempló unos segundos antes de volverse hacia su exmujer y comentar:

—Esa chica es aún más rara que tú. —Se encogió de hombros—. En fin, será mejor que vuelva a mi habitación. Entra también en la tuya, Maggie, ya has dejado suficientemente claro cuánto te gusta exhibirte en ropa interior.

Ella lanzó un resoplido airado y entró en la habitación, dando un sonoro portazo y dejando a Bryson riendo entre dientes en el pasillo.

El lago Tay brillaba plateado y tranquilo como la superficie de un espejo. Era tan alargado y estrecho que, si no fuera por la quietud de sus aguas, parecería un río. Maggie contemplaba por la ventanilla del coche las arboledas de la orilla, el brezo violáceo que alfombraba las laderas de las colinas y, de vez, en cuando, las vacas rojizas que se quedaban mirándola con su cómica expresión y sus largos flequillos.

—¡Me encantan las vacas de las Highlands! —exclamó entusiasmada, alzando mucho la voz para que Bryson la oyera a pesar del viento—. ¿Sabes que también las hay negras? Cuando era pequeña, siempre les pedía a mis padres que me regalaran una vaca por mi cumpleaños. Deseaba que nos fuéramos a vivir al campo, a una granja, y tener un establo donde poder acurrucarme en el heno, entre las vacas y las ovejas.

Bryson sonrió sin apartar la mirada de la carretera. Aunque no lo había dicho, Maggie sabía que le estaba costando acostumbrarse a conducir por la izquierda.

—No te imagino acurrucada entre animales de granja.

—Tienes muy poca imaginación.

—No es cierto. Te imagino de muchas maneras. —Esta vez sí ladeó la cabeza para mirarla brevemente—. Y también te recuerdo de muchas maneras.

Maggie se mordió el labio. De vez en cuando hacía ese tipo de comentarios para ponerla nerviosa... y lo conseguía. Nunca eran tan

explícitos como para que ella entendiera del todo lo que quería decir, pero el tono y la voz con que pronunciaba las palabras producían un efecto mucho más potente que si se limitara a hablar con claridad.

Sostuvo con firmeza el mapa de carreteras para que no se volara con el viento.

—La próxima población es Kenmore —comentó después de consultarlo.

—Creo que ya lo hemos pasado.

—Imposible, está en el extremo norte del lago.

Bryson no respondió y Maggie se dedicó a mirar al cielo: aunque había algunas nubes de color gris pálido, estaba bastante despejado para tratarse de esa parte del país. Aquella mañana, la benigna temperatura de diecisiete grados había animado tanto a un Bryson harto del mal tiempo que se había empeñado en alquilar un precioso Mercedes Benz 300 SL de color rojo, con el techo de lona y los asientos de cuero de color crema, y llevarlo descapotado desde el principio. Era el coche menos adecuado del mundo para atravesar las Highlands y Maggie se lo dijo, pero, como de costumbre, no le hizo ningún caso. Ahora, ella iba envuelta en su manta de viaje y trataba de ignorar los devastadores efectos que el viento y la velocidad estaban causando en su peinado, a pesar del pañuelo.

—Aún queda más de una hora y media para llegar a Inverness. ¿Quieres que paremos a tomar algo o prefieres seguir hasta allí? —le preguntó.

Se moría por una bebida caliente y uno de esos panecillos típicos de la región, harinosos y rebosantes de mantequilla derretida, pero también estaba impaciente por ver a su familia. Esperó la contestación de Bryson, más tenso de repente.

—Noto algo raro. Creo que es la rueda...

Maggie también lo notó. Había una especie de desequilibrio en la marcha del coche, una vibración extraña. Bryson detuvo el automóvil a un lado de la carretera, no muy lejos de un rebaño de vacas que se quedaron mirándolos con curiosidad, y se apeó. Maggie se giró en el asiento para poder ver lo que ocurría.

—Por favor, dime que no se ha pinchado una rueda —le rogó.

—Como quieras. No se ha pinchado una rueda.

Bryson estaba agachado junto al lateral y su contestación sonó considerablemente sarcástica y malhumorada. Maggie suspiró y salió también.

—¿Sabes cambiarla?

—Claro que sé cambiarla —gruñó. Forcejeó un buen rato hasta que logró abrir el capó y emitió un suspiro de alivio al descubrir la rueda de repuesto—. Solo tardaré un momento.

Cuestionando para sus adentros que Bryson pudiera tardar «solo un momento» en solucionar nada, Maggie aprovechó para sacar a Skye de su trasportín y dio un pequeño paseo con ella por el prado que se extendía junto al arcén. Había guardado los zapatos de tacón y los vestidos elegantes en el fondo de la maleta y, esa mañana, antes de dejar el hotel, se había vestido con ropa apropiada para el campo: pantalones de tela resistente, botas y camisa de franela. La hierba estaba húmeda y olía maravillosamente y, entre las briznas verdes, crecían diminutas flores silvestres blancas y moradas. Inspiró hondo, llenando los pulmones con el fresco aire de las Highlands. ¿Qué hacía allí?, pensó con asombro. ¿Qué hacía en mitad de aquel aislado paraje escocés, con la pequeña Skye intercambiando miradas amigables con las vacas y su exmarido maldiciendo a media voz y manchándose las manos de aceite mientras trataba de desencajar la rueda pinchada del descapotable? ¡Era tan surrealista y al mismo tiempo la hacía sentir tan bien...!

Cuando se acercó de nuevo al coche, Bryson ya estaba terminando de atornillar la rueda de repuesto. Sostuvo la tapa del capó para que pudiera guardar la rueda pinchada y le ofreció su pañuelo de bolsillo para que se limpiara las manos.

—¿Qué crees que puedo hacer con ese pañuelito? —preguntó, mostrándole las palmas de las manos negras.

Maggie se encogió de hombros, volvió a guardar el pañuelo y contempló el cielo. Las nubes se estaban empezando a agrupar, tapando la luz del sol y haciendo que la superficie del lago se oscureciera con un tono parecido al del plomo.

—Bueno, me parece que va a llover de un momento a otro, así que a

no ser que subamos la capota, te darás una ducha completa sin dejar de conducir.

—No creo que llueva. No es posible que llueva hoy también. Me apetece seguir con el coche descapotado hasta Inverness.

Ella asintió pacientemente, pero buscó el impermeable en el maletero y se lo puso antes de subir de nuevo al coche. Bryson le dedicó una mirada burlona y arrancó el motor.

No habían recorrido medio kilómetro cuando las primeras gotas de lluvia empezaron a caer. Maggie apretó los labios para evitar reírse, se subió la capucha del impermeable y miró a Bryson de reojo. Él continuó conduciendo sin decir nada hasta que la lluvia arreció tanto que ya no pudo ignorarla. Volvió a detenerse y se bajó para subir la capota. Mientras lo hacía, ella recogió a Skye de la parte trasera, la puso sobre su regazo y la cubrió con la manta de viaje para que no se mojara más.

—¿Por qué tardas tanto? —gritó a Bryson.

—¡Se ha atascado!

«Maldito Bryson», se dijo Maggie al tiempo que dejaba a Skye en el suelo del automóvil y se ajustaba aún más la capucha del impermeable. Salió del coche. Con el pelo empapado pegado a la frente y justo en mitad de un charco de barro, su exmarido tiraba del extremo de la capota sin mucho éxito. Se situó junto a él para tirar también de la capota, haciéndose daño en las manos.

—Déjalo, Maggie, se te van a romper las uñas y entonces estarás de mal humor el resto del día.

—No seas imbécil. ¡Te dije que subieras la capota!

—¿Y crees que si te hubiera hecho caso antes, la capota no se habría atascado?

Tiraron los dos a la vez. Con el impulso, el pie de Maggie se metió de lleno en el barro y estuvo a punto de caerse hacia atrás.

—¡Tira con más fuerza!

Por fin, la capota subió de golpe. Bryson perdió el equilibrio y cayó sentado en el charco dejando escapar una exclamación de sorpresa. Maggie lanzó una carcajada y le tendió una mano para ayudarlo a ponerse en pie. Cuando consiguió levantarse, vio que Bryson también

se reía. Y, sin que ella supiera jamás cómo había ocurrido, de pronto se estaban abrazando. Maggie se perdió entre los brazos de su exmarido y lo apretó con fuerza contra sí, con la misma fuerza con que él la abrazaba, mientras los dos seguían riendo sin parar y la fría lluvia de las Highlands caía sin piedad sobre ambos.

—A veces hacemos un buen equipo —le oyó decir contra su cuello.

—El mejor equipo —respondió ella.

Se separaron lo justo para poder mirarse. Los ojos oscuros de Bryson no mostraban ni pizca de su habitual expresión burlona y maliciosa, brillaban limpios y alegres, y ella supo que sentía la misma euforia que estaba experimentando ella, allí, en ese paraje perdido, tan lejos de Hollywood, juntos al fin sin fingir nada, sin cámaras, ni periodistas ni admiradores, sin rencor ni reproches del pasado.

# 15

Seguía lloviendo cuando aparcaron el automóvil frente al número 15 de Southside Road, en la zona de Crown, un tranquilo barrio cercano al centro de Inverness y conocido por sus casas victorianas. Bryson parecía agotado, empapado y bastante incómodo entre tantos McEvers, pero Maggie no tuvo oportunidad de ocuparse de él. Sus padres, su hermano mayor, su cuñada y sus dos sobrinos no dejaban de abrazarla, de hablarle a la vez y de hacerle todo tipo de preguntas:

—¿Qué película estás rodando ahora?

—¿Cómo es vivir en California?

—¿Te piden muchos autógrafos y te fotografían cada vez que sales de casa?

—¡Oh, tienes un perrito! ¿Cómo se llama?

—¿Es verdad que celebráis la Navidad con fiestas en la piscina?

—¿Eres muy amiga de Marilyn Monroe?

Maggie rio y abrazó de nuevo a su sobrino de ocho años, Colin, que le había formulado esa última pregunta.

—La verdad es que nunca he hablado con Marilyn Monroe... Oh, Dios mío, ¡qué mayor estás! ¡La última vez que te vi eras muy pequeñito!

Duncan, su hermano mayor, puso una mano sobre el hombro de su hijo.

—Vamos, Colin, deja que la tía Maisie-Leigh entre en casa.

Maggie cogió su maletín de maquillaje, tiró de la correa para que Skye la siguiera hacia el interior de la casa y echó un vistazo a Bryson, que se había quedado junto al coche, con su padre, sacando el resto del equipaje. Se preguntó con inquietud de qué estarían hablando. Todos le habían saludado, por supuesto, y su madre le había dado la bienvenida en nombre de la familia entera, pero era evidente que se trataba más de una cuestión de educación que de un entusiasmo real

por tenerlo allí, incluso aunque creyeran que volvían a ser pareja. Más adelante tendría que decidir si contarles en algún momento la verdad o hacer como con el resto del mundo y limitarse a dejar que creyeran que habían vuelto a romper al regresar a América.

Su antiguo hogar estaba igual a como lo recordaba. El vestíbulo tenía el suelo y las paredes revestidos de cálido nogal y un mueble zapatero en el que dejar las botas sucias de barro antes de adentrarse más en la casa. Un tapiz con el tartán rojo y negro de los McEvers colgaba en la pared de la escalera que llevaba al piso superior y en el aire flotaba un olor indescriptible que Maggie nunca había olvidado: leña para la chimenea, pastel de carne, mermelada de mora y los saquitos rellenos de flores secas de brezo que su madre colgaba en rincones secretos. Maggie inspiró hondo y miró a su padre, que la contemplaba con los ojos llenos de orgullo. Aquello la entristeció un poco. «Soy un fraude. Un fraude como actriz, como esposa y como mujer, y en algún momento lo descubrirán y dejarán de mirarme así...». Sin embargo, tenían que estar al corriente de que llevaba más de un año sin rodar nada, así como de que las críticas de la última película habían sido terribles... Entonces ¿por qué seguían tratándola como si fuera una estrella de cine de la altura de Juniper?

—Subid para instalaros y descansad un poco —dijo Edine. Su madre seguía llevando su melenita rubia recogida a los lados con horquillas, y su acento era mucho más suave que el del resto de la familia debido a su ascendencia angloitaliana.

Maggie la siguió al piso de arriba, con Bryson detrás, y recorrieron el pasillo de los dormitorios. La casa era amplia y confortable, una vivienda típica de una familia acomodada, pero no rica. Su padre, Angus, era médico y, aunque desde hacía cinco o seis años repetía diariamente su intención de jubilarse, seguía abriendo su consulta en la parte trasera de la casa todas las mañanas a las nueve en punto. Maggie no recordaba grandes lujos en su infancia, pero tampoco necesidad alguna. Angus era un hombre recto y trabajador, y Edine, una madre abnegada y cariñosa, a la que le gustaba emplearse a fondo para que su casa fuera un hogar agradable para su familia y un refugio alegre para amigos y visitantes.

Edine abrió la puerta de su antiguo dormitorio y se apartó para que Bryson y Maggie pudieran entrar.

—Quitamos tu cama grande hace unos meses y la sustituimos por dos camas individuales. Pensamos que sería más práctico en caso de tener invitados. No os importa, ¿verdad? Podéis juntarlas, si queréis...

Maggie sintió que sus mejillas enrojecían. Sabía lo que su madre daba a entender y no se atrevía a mirar a Bryson, que contemplaba la habitación a su lado.

—Estaremos perfectamente, Edine, gracias —le aseguró él, avanzando con las maletas hacia las camas gemelas—. Es un dormitorio estupendo.

Edine se quedó mirando cómo Bryson colocaba una de las maletas sobre la colcha de cuadros, pero enseguida desvió la mirada y se dedicó a enderezar un cuadrito enmarcado que colgaba cerca de la puerta.

—Os dejo solos —dijo, pero antes de salir se volvió de nuevo y añadió—: Ah, Maisie-Leigh, querida, he preparado el otro dormitorio para la señorita Jenkins. ¿Llegará a tiempo para la cena?

—Creo que sí. Me dijo que su tren llegaría a las siete.

—¡Oh, pues telefonearé ahora mismo a Finn para que la recoja de camino!

Antes de que Maggie pudiera replicar, Edine salió y cerró la puerta con suavidad.

—¿Tu hermano Finn, el pequeño? —oyó preguntar a Bryson. Maggie se volvió hacia él. Se había quitado ya el jersey mojado y empezó a desabotonarse la camisa. Ella apartó la mirada y cogió su maleta para abrirla también.

—Es cierto, aún no le conoces... Terminó la carrera de veterinaria en Edimburgo después de que yo me fuera a Hollywood y desde hace un año es ayudante de un veterinario en una consulta que está muy cerca de la estación. Vendrá a cenar esta noche, así que supongo que no le importará recoger a Lucy cuando salga del trabajo.

—¿Cómo va a saber que es ella?

—No sé. Tendrá que llevar un cartel o ir preguntando a todas las chicas que vea con pinta de bostonianas...

Sacó un vestido de lana y una chaqueta ligera de la maleta y sacudió ambas prendas para que perdieran las arrugas del equipaje. Por el rabillo del ojo vio que Bryson tenía ahora el torso descubierto y rebuscaba en su maleta con aire tranquilo y concentrado. Se fijó en cómo se flexionaban los músculos de sus brazos mientras sacaba la ropa y la colocaba en montones sobre la cama y en su vientre plano. Su torso estaba bastante bronceado, no solo la cara y los brazos. No tenía los abdominales tan marcados como cuando se conocieron, pero estaba bastante en forma teniendo en cuenta la vida que llevaba. Bryson se pasó la mano por el pelo de forma distraída y Maggie emitió un ruidito ahogado sin darse cuenta. Él levantó la vista de los montones de ropa.

—¿Qué ocurre?

—Nada. Nada de nada.

—¿Tú no te cambias de ropa?

—Sí.

De pronto se dio cuenta de lo complicadas que se iban a volver las cosas en aquel dormitorio. No se sentía con fuerzas de seducir a Bryson quitándose la ropa delante de él, como había hecho en la caravana, pero era consciente de que ya no le quedaban demasiados días para hacerlo. Tendría que renunciar a su pequeño plan de venganza si continuaba sin hacer ningún avance significativo. Bryson la miraba desde la cama, aún medio desnudo, y ella se sentía más sobrepasada por su presencia que nunca. Deseando que su turbación no se le notara demasiado, se concentró en coger algunas prendas más de la maleta y en localizar su maletín con los artículos de baño.

—Vamos, Skye —murmuró a la perrita una vez hubo encontrado todo lo que buscaba.

—¿Adónde vas?

—Me arreglaré en el cuarto de baño. Creo que me voy a dar una ducha caliente.

—¿Y necesitas compañía?

Maggie se detuvo bruscamente.

—¿Qué quieres decir?

Bryson rodeó la cama para situarse en el centro del dormitorio,

donde Maggie pudiera verlo sin obstáculos, y la hizo esperar un poco antes de contestar. Ella sabía lo que estaba haciendo: estaba obligándola a mirarlo... Y lo peor era que hacía efecto. Mucho, mucho efecto.

—Me refiero a que, si te vas a dar una ducha..., ¿necesitas que Skye esté contigo en el baño?

Ella tragó saliva y alzó la barbilla.

—Skye está conmigo en todas partes. Incluso duerme en mi cama. —Enarcó las cejas y, remarcando con intención cada palabra, añadió —: No permito que nadie más duerma en mi cama.

—Nadie más por aquí tiene interés en hacerlo —replicó él, al tiempo que se quitaba el cinturón y empezaba a desabrocharse los pantalones.

Maggie le lanzó una mirada sardónica y se apresuró a entrar en el baño.

En la acogedora sala de estar, sentado en el sillón principal, Angus McEvers hablaba y hablaba y Bryson intentaba seguir el hilo de la conversación, pero le estaba resultando cada vez más difícil. Por suerte, el hermano mayor de Maggie, Duncan, su esposa, Barbara, y los dos hijos del matrimonio, Colin y Patricia, estaban también allí y se encargaban de rellenar los silencios y de armar el suficiente alboroto.

Maggie estaba en la cocina, ayudando a su madre a preparar la cena. Suponía que Edine la estaría sometiendo a un interrogatorio completo: cómo se habían reconciliado, qué había ocurrido con su relación con Juniper, qué iba a suceder en el futuro, si se estaban planteando casarse otra vez... Angus estaba siendo más discreto o, más bien, menos explícito: no mencionaba directamente el tema, pero de vez en cuando hacía algún comentario con segundas. El último, pronunciado mientras lo miraba fijamente a los ojos, había sido este:

—Mandé arreglar el televisor la semana pasada y de momento parece que funciona bien... Pero si vuelve a darme un disgusto, lo tiraré a la basura. Cuando una cosa se estropea, siempre se debería

sustituir por una nueva y mejor en vez de intentar arreglar los desperfectos.

Bryson habría querido responder algo ingenioso, pero se había quedado en blanco. Se había limitado a sonreír como un tonto y a permitir que Patricia le fotografiara con su pequeña Brownie 127. Solo podía pensar en lo difícil que le estaba resultando desde hacía días sobrellevar la proximidad física de Maggie. Los episodios en el barco habían sido más que nada fastidiosos..., pero algo había empezado a cambiar en Londres. Intentaba dar con el momento justo en que se había producido ese cambio, pero no lo conseguía. Quizá había empezado con la euforia y el agradecimiento que lo invadieron tras conseguir el papel en *Niebla en Venecia.* O quizá era que de pronto reparaba en que se estaba divirtiendo de verdad en su compañía, como durante el accidentado viaje en coche hasta Inverness...

El abandono de Juniper no había ayudado, desde luego. No había vuelto a hablar con ella desde la noche en que se había ido y, cuando se despidieron, no dejó demasiado claro si al dejar Londres lo estaba dejando también a él, aunque le había dirigido palabras bastante ásperas y desagradables. Si su relación no había terminado ya, como mínimo estaba en la cuerda floja, eso sí lo sabía.

Y la culpa era de Maggie. Maggie, que se había exhibido descaradamente en ropa interior en la caravana, después del rodaje del anuncio en Edimburgo, y luego una vez más, solo unas horas después, cuando le abrió la puerta de su suite sin molestarse en ponerse una bata. Solo el orgullo y la certeza de que aquello era parte de su perverso jueguecito habían impedido a Bryson tomarla en sus brazos y desnudarla del todo. No lo haría. Resistiría hasta el final, como había resistido muchas veces en el ring durante los combates de boxeo, hasta que ella se rindiera, cayera en KO técnico y se convenciera de que sus artimañas seductoras no conseguirían nunca que se postrara a sus pies, ni siquiera durante una breve hora de pasión. Además, había encontrado una táctica de contraataque bastante efectiva: cuando él tomaba la iniciativa para tocarla, cuando le hablaba con su «voz especial» o cuando hacía amago de desnudarse delante de ella, como había hecho un rato antes en el dormitorio que

compartían, Maggie se ponía nerviosa y se bloqueaba. La pobre se volvía completamente incapaz de apostar más fuerte... A Bryson le habría excitado mucho, por ejemplo, que su exmujer se quedara mirándolo impertérrita mientras él se quitaba los pantalones, pero, para ser sinceros, también le habría decepcionado un poco.

Su Maisie-Leigh siempre había sido así de digna e impresionable.

Se estaba preguntando qué ocurriría esa misma noche a la hora de meterse en la cama, cuando la puerta principal se abrió y la enérgica voz de Finn se oyó en el salón, provocando que la conversación se detuviera de golpe y que Angus y Duncan se levantaran de los sillones. Bryson también se puso en pie automáticamente para recibir al hermano menor de Maggie.

Finn tenía el pelo castaño claro y los ojos azules de Duncan, pero, aunque el mayor de los hijos de Angus era quizá más apuesto, el más joven resultaba irresistible por su carácter alegre y su estilo juvenil y desenfadado. Cargaba con el equipaje como si no pesara nada, mientras Lucy, detrás de él, miraba con timidez al resto de la familia McEvers. Maggie y Edine salieron entonces de la cocina precipitadamente y durante los siguientes minutos Bryson fue testigo de una nueva sucesión de saludos, abrazos y presentaciones, muy consciente ya de que, en aquella casa, la figura menos importante era él.

—Siento no haber elegido un tren que llegara antes, señor y señora McEvers —se disculpó Lucy mientras se desabrochaba la gabardina—. No pretendía retrasar la primera cena familiar que disfrutan en mucho tiempo con Maggie..., quiero decir, con Maisie-Leigh.

Finn la ayudó a quitarse la gabardina y la colgó en el perchero.

—Lucy lleva todo el camino disculpándose —explicó el joven con una sonrisa—. Ya le he dicho mil veces que estamos encantados de recibirla aquí, sea la hora que sea.

A Bryson no se le pasó por alto el guiño que Finn le hizo a Lucy, ni el rubor que cubrió las mejillas de ella. Era evidente que había algo, incipiente pero poderoso, entre los dos, y por la forma en que los miraba Maggie, no era el único que lo había percibido.

Edine subió con Lucy para enseñarle la habitación donde dormiría y

poco después se reunieron todos en el comedor para cenar. La mesa no era lo bastante grande para diez personas, pero Duncan dispuso muy cerca una pequeña mesa auxiliar para sus hijos. Había pastel de carne recién horneado, ensalada y una fuente grande con verduras. Edine le sirvió una generosa porción de pastel en su plato; Finn le pasó la botella de vino y Angus pronunció un pequeño discurso sobre lo contento que estaba de tener de nuevo a su hija en casa. Todos aplaudieron, los niños exclamaron: «¡Viva la tía Maisie-Leigh! ¡Viva Hollywood!», y después comenzaron a cenar con tanto entusiasmo como si fuera la primera vez que lo hacían. Y hablaban mucho. Hablaban sin parar, todos a la vez, quitándose la palabra los unos a los otros, riendo las ocurrencias de los demás e incluso subrayando su aprobación por los comentarios ajenos con aplausos. Bryson se preguntó cómo podían comer tanto si a la vez nadie parecía callarse más de diez segundos seguidos...

Sonrió y bajó la vista a lo que quedaba de puré de patatas y carne picada en su plato. De pronto, raro en él, se había quedado sin saber qué decir. Era incapaz de participar en la conversación ni de acaparar la atención de todos con sus anécdotas, como solía hacer siempre. Lo que estaba sucediendo en aquel comedor, esa escena familiar tan llena de calor y cariño, le superaba. Nunca había vivido algo parecido. Su infancia y su adolescencia habían sido demasiado solitarias y complicadas. Y ni siquiera al convertirse en estrella había podido disfrutar de nada así... Ninguna fiesta de Hollywood, ningún rodaje, por emocionante que fuera, le había proporcionado jamás a él el sentimiento de cálida felicidad que parecían experimentar todos los que se sentaban alrededor de esa mesa. En ese momento comprendió lo sola que debía de sentirse Maggie en Los Ángeles, tan lejos de su familia, y también su desinterés por integrarse en el falaz ambiente de allí.

¿Cómo iba a satisfacerle todo aquello, cuando tenía a gente que la quería de verdad al otro lado del mundo? Bryson contempló a la familia McEvers y por primera vez en su vida sintió auténtica envidia. Hizo un esfuerzo por volver a la conversación del comedor.

—¿Es la primera vez que visitas Escocia, Lucy? —estaba

preguntando Angus a la asistente de Maggie.

—Así es —contentó ella—. Edimburgo me ha encantado, aunque me habría gustado poder conocerla con más calma.

Finn le tiró una miga de pan a su hermana a través de la mesa.

—¡Oh, Maisie-Leigh, haces trabajar demasiado a esta pobre chica!

Maggie sonrió juguetonamente al esquivar el proyectil, pero luego miró a Lucy preocupada.

—Quizá Finn tenga razón. ¿Por qué no te tomas el día libre mañana?

—No sé... —dudó Lucy—. Tenéis una fiesta por la noche, debería supervisar que todo vaya según lo previsto. Tu vestuario y...

—¡Te prometo que no iré de negro! —se rio Maggie antes de servirle más vino a la joven—. Bryson y yo sabremos superar el día sin ayuda. Descansa, da una vuelta por Inverness... No es tan impresionante como Edimburgo, pero es bonita.

—Se me ocurre algo mejor —intervino Finn, y se dirigió a Lucy con una de sus luminosas sonrisas—. ¿Qué te parece si te llevo de excursión al lago Ness? Apenas se tarda una hora en coche. Podríamos hacer un pícnic en la orilla y buscar juntos al monstruo.

Todas las miradas se centraron en Lucy, que tardó un momento en contestar. Bryson adivinó que sus titubeos se basaban más en la vergüenza que sentía por ser el centro de atención de la familia (y, sobre todo, de Finn), que en la duda de si aceptar la invitación. La forma en que llevaba mirando al hermano pequeño de Maggie desde que habían empezado a cenar era bastante clara al respecto. Al final se las arregló para sonreírle y contestar con un tono dulce que Bryson nunca le había escuchado:

—Me encantaría, Finn. Gracias.

—¡Estupendo! —exclamó Finn, y continuaron comiendo.

La cena se alargó hasta casi las once de la noche y, después de una ruidosa partida de Ludo, Duncan y Barbara se fueron con sus hijos a su propia casa y Finn también se marchó en su coche, no sin antes despedirse con un beso en la mejilla de Lucy y recordarle que la recogería por la mañana. Angus y Edine se dedicaron a apagar luces y cerrar puertas con llave antes de desaparecer en el piso superior. Solo

quedaban Bryson y Maggie. Sin decir nada, subió la escalera detrás de su exmujer preguntándose qué ocurriría a continuación.

—Bueno, Maisie-Leigh —dijo una vez hubo cerrado la puerta del dormitorio, pronunciando con suavidad su nombre—, creo que ha llegado la hora de meternos en la cama.

—Muy bien —repuso ella con un tono neutro al que contradecía el brillo de sus ojos.

La observó sacar un camisón de un cajón de la cómoda y se sentó en la cama mientras Maggie iba al cuarto de baño a cambiarse. Tenía que admitir que estaba nervioso, incluso aunque lo más probable fuera que no pasara nada más allá de dormir el uno al lado del otro. La idea de pasar la noche juntos otra vez, tenerla dormida tan cerca y dejarse llevar por el sueño le parecía sencillamente increíble.

Tardó un buen rato en salir del baño y, cuando lo hizo, Bryson se quedó paralizado. Fue como uno de esos puñetazos que había recibido durante su época de boxeador, de los que dan de lleno en la boca del estómago, que cortan la respiración y provocan que sientas el corazón fuera de sitio. «¿Cómo has sido capaz, Maggie? ¿Cómo te has atrevido a ponerte eso?». Él había esperado una combinación transparente o uno de esos camisoncitos de estilo *babydoll* en colores pastel a los que Juniper era tan aficionada. Incluso un pícaro dos piezas en raso negro con blonda. Pero el atuendo que había elegido Maggie sobrepasaba cualquier límite. Iba mucho más allá de la apuesta más alta que hubiera podido imaginar por su parte. Era pura crueldad.

Llevaba el mismo camisón que se había puesto su noche de bodas. Largo, romántico, de un color rosa tan pálido que era casi blanco, con un escote redondeado cerrado con un lazo de seda y con el bajo y las mangas rematadas por un delicado encaje. Se trataba de una prenda tan dulce y recatada que Bryson, en su primera noche como marido y mujer, había enloquecido al verla vestida así. Se había encargado de demostrárselo toda aquella noche. En ese momento ella se había dado cuenta del efecto que le había provocado ese camisón, evidentemente. Y todavía se acordaba, estaba seguro de eso.

Bryson cerró los puños alrededor del borde de la colcha y la siguió con la mirada mientras ella rodeaba las camas y se tumbaba de lado

en la suya, sin cubrirse con las sábanas. Maggie apoyó la cabeza en su mano y se quedó mirándolo con tranquilidad. Las camas estaban cerca, pero ninguno de los dos las había juntado del todo (tampoco Edine, siempre tan discreta) y la mesilla que había entre ambas funcionaba como zona neutral. Una zona neutral del tamaño de un abismo.

Con el corazón en un puño, Bryson alargó el brazo hacia ella. Dejó la mano suspendida en el aire un segundo, como un pájaro asustadizo justo antes de decidir posarse. Luego extendió el brazo un poco más, hasta rozar con el dedo índice el lazo del escote. Maggie no se movió ni dejó de mirarlo. Él consiguió agarrar el extremo del lazo y tiró de la cinta hasta deshacerlo; la tira de seda se deslizó con rapidez entre sus dedos y el escote se abrió un poco. En el denso silencio de la habitación, pudo escuchar el leve jadeo que escapó de los labios de su exmujer. Bryson tragó saliva, apartó la mano, respiró hondo y se levantó con dificultad de la cama.

—Voy a ponerme el pijama.

Se encerró en el cuarto de baño, abrió el grifo del lavabo y se mojó la cara varias veces. Dejó que el agua fría le corriera por la piel unos segundos antes de coger la toalla para secarse. ¿Cómo iba siquiera a tocarla, cuando con ese camisón le había lanzado de lleno a la cara la visión de su primera noche como marido y mujer? Incluso un canalla como él tenía ciertos límites.

Una vez se hubo recuperado lo suficiente, se cambió de ropa y volvió a salir. Si Maggie pretendía provocarlo hasta lo indecible y a la vez dejarlo completamente incapaz de reaccionar, no habría podido planear nada mejor. Ella seguía en la cama, pero ya se había metido entre las sábanas, como si ahora se avergonzara de su iniciativa, y Bryson apartó la colcha y se metió también en la suya.

—Buenas noches, Maggie —murmuró y, tras apagar la luz de la lamparita, se volvió hacia el lado opuesto.

—Buenas noches, Bryson —la oyó contestar.

Maggie nunca hacía ruido cuando dormía, de eso también se acordaba bien. Casi no se podía oír su respiración y apenas se movía en toda la noche. Por tanto, no supo cuánto tardó en pasar de estar

despierta, tan cerca y tan lejos de él, a quedarse dormida.

A Bryson le costó dos horas y media.

La fiesta de esa noche estaba organizada por la Sociedad Gaélica de Inverness y se celebraba en el Royal Highland Hotel. Maggie esperaba en la oscuridad del coche a que Bryson terminara de fumar su cigarro; sabía que en cuanto salieran del automóvil y se acercaran a la entrada del edificio iluminado serían asediados tanto por el director de la sociedad como por el del hotel y, por supuesto, por la turba de periodistas y curiosos que los esperaban.

Sacó el espejito del bolso y se retocó el carmín. Esa noche era muy importante para ella y no tenía nada que ver con Hollywood ni con su carrera, y ni siquiera con Bryson. Era importante porque la Sociedad Gaélica había organizado un concierto de música tradicional escocesa, acompañado de los mejores bailarines y porque los invitados lucirían su tartán familiar en la indumentaria y porque, en pocas palabras, suponía la celebración de sus tradiciones y de todo lo que más amaban los escoceses de su tierra. Maggie estaba emocionada por todo ello y solo lamentaba dos cosas: que tuviera que mentir a unas personas tan encantadoras sobre su situación personal y que nadie fuera a llamarla por su verdadero nombre, su nombre escocés. Ahora que estaba con su familia, se estaba acostumbrando de nuevo a ser llamada Maisie-Leigh.

—Estoy ridículo —se lamentó Bryson a su lado.

Duncan, que tenía más o menos la misma talla que él, le había prestado su *kilt* y el resto de los complementos para que pudiera ir vestido convenientemente a una fiesta de gala en las Highlands. La primera impresión que se había llevado Maggie al ver a Bryson vestido así era la de que su exmarido se había disfrazado para un carnaval, pero, cuanto más lo miraba, más le gustaba el efecto. De hecho, le favorecía mucho, aunque su forma de hablar y su aspecto físico seguían delatando su origen estadounidense.

Maggie cerró el espejito y lo guardó de nuevo en el bolso junto a la barra de labios.

—En Edimburgo decías que estabas deseando ponerte un *kilt* sin nada debajo —le recordó.

—¡Sí, pero no para una fiesta elegante de doscientos invitados!

—¿No has pensado en lo mucho que mejorará la opinión que tienen de ti cuando te vean vestido como un escocés?

Bryson pareció considerarlo mientras sacaba un par de cigarros de su pitillera y los metía en el *sporran*. Ella pensó en lo disgustado que estaría su hermano si encontraba restos de tabaco en el interior, pero no dijo nada.

—Tienes razón. Pero... —La miró con ansiedad en la oscuridad del automóvil—. Pero ¿de verdad estoy bien?

Maggie no pudo evitar sonreír. Bryson se permitía translucir inseguridad en muy escasas ocasiones y, cuando eso ocurría, era señal de que le importaba muchísimo. A Bryson le importaba esa fiesta tanto como a ella y darse cuenta de eso la hizo muy feliz. Se sentía tan agradecida y contenta que, sin pensarlo, le apartó un mechón oscuro de los ojos y le dedicó una cálida sonrisa.

—Estás perfecto. Pareces tan escocés como Rob Roy.

—¿Quién?

Maggie suspiró y abrió la puerta del coche.

—Tendría que haberte enseñado un poco de historia escocesa en el barco...

Caminaron hasta la puerta principal del hotel, donde un grupo de unas veinte personas se agolpaban para esperarlos. En cuanto los vieron llegar, los flashes de las cámaras se dispararon y lo único que se oyó fueron las peticiones de los periodistas para que respondieran preguntas y las de los admiradores para que firmaran autógrafos. Bryson le pasó el brazo por la cintura a Maggie y ambos sonrieron a la multitud.

—Señorita McEvers, ¿puede decirnos unas palabras sobre la fiesta de esta noche? —preguntó el más insistente de los periodistas, armado con un bloc de notas y una pluma. Maggie se volvió hacia él y se acercó un poco.

—Es un honor para mí haber sido invitada por la Sociedad Gaélica de las Highlands. Aunque he estado varios años alejada de esta ciudad

en la que nací, siempre llevo a Escocia en mi corazón y por eso admiro y agradezco muchísimo el trabajo que realiza la sociedad para promover la lengua gaélica y nuestras costumbres escocesas.

Varias personas aplaudieron, y el que debía de ser el director de la Sociedad Gaélica le hizo un gesto de agradecimiento inclinando la cabeza. Otro periodista se abrió paso con su fotógrafo.

—Señor Mallory, le vemos muy elegante con ese atuendo. ¿Le gusta Escocia? ¿Ha venido por trabajo?

A su lado, Bryson se aclaró la garganta, esperó a que le fotografiaran y luego avanzó un paso para contestar con voz potente y animada:

—Me gusta mucho Escocia. He venido para acompañar a Maggie y os aseguro que está consiguiendo que ame su tierra casi tanto como ella.

Los periodistas asintieron con aprobación. «Buena respuesta, Bryson». El reportero que se había dirigido a ella antes intervino de nuevo:

—¿Este viaje quiere decir que también ama a la señorita McEvers?

Todos los presentes soltaron una corta carcajada, pero enseguida guardaron silencio para no perderse ni una palabra de la respuesta de Bryson. Maggie aguantó la respiración y fijó los ojos en su exmarido, el cual, si estaba teniendo problemas en decidir su contestación, no lo demostraba. Bryson esbozó lentamente una sonrisa seductora, miró a Maggie como si la idolatrara y, articulando con claridad, dijo:

—La amo ahora mucho más que cuando le pedí que se convirtiera en mi esposa.

En ese momento, el alboroto se multiplicó hasta tal extremo que el director de la sociedad tuvo que abrirles paso para que pudieran entrar por fin en el hotel.

Después del concierto se celebró una cena de gala y, cuando una pequeña orquesta se colocó en un rincón del comedor y empezó a tocar un fox, Bryson se levantó e invitó a Maggie a bailar. Era extraño ver a un montón de caballeros vestidos con *kilt* bailando de esa forma, todo resultaba encantador y un poco onírico, como salido de un cuento de hadas. En especial, estar en brazos de Bryson, que la llevaba

con elegancia por toda la pista.

—¿Lo estás pasando bien? —le preguntó ella.

—Sí. Aunque no sé cuánto tiempo podré seguir fingiendo que sé perfectamente lo que ocurrió en la batalla de Methven...

Maggie lanzó una carcajada.

—Yo me estoy divirtiendo mucho.

—Se te nota. Durante el concierto eras la persona más extasiada de la sala.

—¿Me estabas mirando?

—Tal vez —admitió él con una sonrisa casi tímida—. Estás muy guapa esta noche. Me gusta ese vestido, aunque sea negro.

—No se lo digas a Lucy.

Desobedeciendo a su asistente y a Jonah, Maggie había elegido un elegante vestido negro de Dior, de terciopelo, con escote de corazón, y se había atado a la cintura una banda con el tartán de los McEvers. Ninguno de los otros trajes que se había llevado a Escocia se ajustaba tan bien a la ocasión y el terciopelo negro resaltaba el estampado de cuadros y el tono rubio de su cabello, recogido en un moño alto.

—¿Crees que tu hermano y ella...?

Maggie sonrió. Cuando habían salido de casa en dirección a la fiesta, Lucy y Finn aún no habían regresado de su excursión: el monstruo del lago Ness los había devorado o había surgido algo entre ellos.

—Es evidente que sí.

—Pero tendrán que despedirse en pocos días... —señaló él.

—Nosotros también.

—Lo nuestro no es real.

—¿No lo es? —se preguntó Maggie, y solo después de pronunciar las palabras reparó en que las había dicho en voz alta, pero, ya que había empezado, sería sincera del todo—. En el viaje en coche hasta aquí nos divertimos mucho, tienes que admitirlo. Y anoche me tocaste. Ya sabes, cuando cogiste la cinta del camisón y deshiciste el lazo... Y no había nadie en la habitación para verlo. —Se estremeció al recordarlo. Había estado segura de que Bryson no iba a detenerse ahí, pero él terminó yéndose al cuarto de baño y, al salir, ya había vuelto a

alejarse. Sin embargo, ella no podía quitarse de la cabeza la intensidad de aquel momento. Movió la mano desde el hombro de él hasta su cuello y lo acarició con suavidad—. Creo que en los últimos días hemos vivido momentos juntos mucho más reales que los que vivíamos cuando estábamos casados.

Bryson no respondió nada durante unos segundos. La estrechó con más fuerza mientras seguían bailando y, cuando Maggie ya había perdido las esperanzas de que contestara, se inclinó un poco sobre ella y murmuró en su oído:

—Tienes razón. Resulta muy irónico, pero ahora es más real.

# 16

*Pasado: Beverly Hills, primavera de 1956*

Bryson no se lo había pensado demasiado cuando puso su casa en venta y aceptó comprar una fantasía de estilo Tudor en Beverly Hills para iniciar su nueva vida como hombre casado, pero lo cierto era que aquella mansión no le gustaba en absoluto. Tenía un aire rústico y pasado de moda, con muchos tejadillos inclinados y vidrieras de colores, como algo sacado de una novela romántica inglesa, pero a Maggie le había encantado nada más verla precisamente por esas razones. Y él estaba demasiado enamorado de su mujer como para negarse. Incluso había encargado en secreto un letrero en hierro forjado para colocarlo a la entrada, con el nombre que ella había elegido para la casa: Highland.

Además, no pasaría demasiado tiempo allí, pues el rodaje de su nueva película, *Sin compasión*, le tenía viviendo prácticamente en los estudios. Anthony Holland le había convencido para aceptar un papel que se alejaba un poco de lo que solía hacer. Ya no era espía, gánster, matón a sueldo ni detective en apuros, sino el dueño de una casa de apuestas chantajeado por su última amante. La actriz que trabajaba con él era una de las estrellas más famosas del momento: Juniper Gale. A Bryson le caía bien esa joven morena y vivaracha que hacía reír a todo el equipo incluso cuando algo salía mal o el director los tenía rodando hasta las tres de la madrugada. Juniper había sido una niña prodigio desde que a los once años la descubrieron en una playa de Florida y su dominio de la actuación y, sobre todo, de las relaciones sociales en la meca del cine la habían llevado a lo más alto y conseguían que pareciera permanentemente relajada y de buen humor. Un poco lo contrario de lo que le estaba ocurriendo a Maggie desde que habían regresado de la luna de miel.

La decoración de Highland había entretenido a su mujer al principio, pero Bryson percibía que no estaba del todo contenta. Primero lo achacó a los nervios por el estreno de *Sylvia Delaney*. Resultaba comprensible: se trataba de su primer papel como protagonista, el trabajo que podía encumbrarla o dejarla fuera del estrellato para siempre, como ocurría con la mayoría de las actrices que no llevaban mucho tiempo en Hollywood. Pero la película estaba siendo un éxito. La noche del estreno, Maggie había recibido una gran ovación cuando las palabras «The End» aparecieron en la pantalla del teatro. Deslumbrante con un largo vestido de color malva, no le quedó más remedio que ponerse en pie y agradecer los aplausos con lágrimas de emoción en los ojos. A su lado, Bryson también había aplaudido hasta que las palmas de las manos le ardieron; se sentía tan orgulloso de ella que notaba el corazón a punto de estallarle. Justo cuando se cumplía un año de su llegada a Estados Unidos, Maisie-Leigh se había convertido en una estrella.

Una noche de principios de abril, volvió del rodaje de *Sin compasión* con la sensación que solía tener siempre cuando se sumergía en un nuevo proyecto cinematográfico: estaba muy cansado físicamente, pero demasiado despejado como para meterse en la cama a dormir. Cuando esto ocurría, se asomaba al dormitorio principal de Highland para saludar a Maggie, que se acostaba temprano pero no se dormía hasta que él llegaba. Después de darle un beso y charlar sobre el día durante unos diez minutos, Bryson bajaba de nuevo, se instalaba en su estudio (la única habitación de la casa que no parecía sacada de un folleto turístico de castillos escoceses) y escuchaba música en su tocadiscos o tocaba la guitarra, su nueva afición. Se había comprado una Martin acústica hacía poco y había descubierto que no se le daba demasiado mal tocarla. Se servía una copa y practicaba un par de horas. Cuando los dedos, la espalda y la cabeza le dolían lo suficiente, subía de nuevo y se acostaba junto a Maggie, que seguía despierta en la oscuridad e invariablemente le reprochaba haber tardado tanto en subir.

Pero esa noche, cuando subió la amplia escalinata de Highland y entró en el dormitorio, la encontró dormida. La luz encendida del

pasillo, detrás de Bryson, la iluminaba de forma tenue: estaba tumbada boca arriba, con sus rizos rubios desparramados sobre la almohada y un pequeño rastro de máscara de pestañas en la parte superior de la mejilla, como si no se hubiera molestado en desmaquillarse a fondo. Para su vergüenza, Bryson sintió alivio de que ya no tuviera que contarle cada detalle de lo que había pasado en el rodaje ese día y en cambio pudiera bajar directamente al estudio. Intentó salir del dormitorio sin hacer ruido, pero entonces ella se movió, sus párpados aletearon ligeramente hasta abrirse del todo y, al descubrirlo plantado en el umbral, se incorporó hasta quedar sentada.

—¿Bryson? —lo llamó con voz somnolienta. Él avanzó un poco hacia la cama.

—Hola, Magg. Siento haberte despertado, vuelve a dormirte.

—Pero, ¿y tú? —Maggie se frotó un poco los ojos, aún medio dormida.

—Voy a bajar un rato, estaré contigo dentro de un momento.

—Siempre dices lo mismo —suspiró ella, y cogió el vaso de agua que tenía en la mesilla para beber unos sorbos. Bryson siguió el movimiento y reparó en un frasco de píldoras que había al lado.

—¿Qué es eso? —le preguntó señalando el frasco.

Ella volvió a apoyar la cabeza en la almohada y lo miró con los párpados entornados.

—Me ayudan a dormir cuando no estás...

—¡Estupendo! —respondió él al tiempo que retrocedía a la puerta —. Me alegro de que te las hayan recetado, así podrás descansar mejor.

Si Bryson hubiera sido un hombre más perspicaz o si la empatía no fuera un rasgo que siempre se le hubiese resistido un poco, se habría dado cuenta de la expresión triste y decepcionada que asomó al rostro de su esposa, pero se limitó a salir del dormitorio y solo pensó en que, de ahora en adelante, ya no tendría ninguna prisa por volver a casa y, además, dispondría de muchas horas de soledad y relajación en su estudio sin tener que preocuparse al imaginar a Maggie esperándolo.

Jonah había conseguido el último número de una conocida revista británica y se lo había dejado sobre el felpudo, en la entrada de Highland, junto con una cesta de claveles rosados y una nota que decía: «Para mi rosa escocesa. Disfruta de tu merecida fama». Maggie recogió la revista y la cesta, puso las flores en agua y se sentó en el sofá para leer el artículo de tres páginas sobre ella. Estaba repleto de referencias al éxito de *Sylvia Delaney* y a su boda «íntima y casi secreta» con Bryson y la idea general que planeaba sobre el texto era que en Hollywood tenían mucha suerte de contar con una actriz como ella, que había abandonado «su amada Escocia» para dar horas de felicidad a los espectadores de todo el mundo.

Cerró la revista y se apoyó en el respaldo. Bien, ya era famosa. El tictac del reloj, el único sonido que se escuchaba, resonaba en el salón, demasiado grande para pasar tantas horas sola en él. Nunca habría imaginado que después de casarse con Bryson y trasladarse juntos a Highland se sentiría mucho más sola que cuando vivía en el pequeño apartamento de Burbank. Se levantó y entró en la cocina sin ningún propósito concreto. Miró un rato por la ventana. Cambió de sitio una maceta de hierbabuena. Luego, abrió el frigorífico, localizó una botella de cerveza vacía y la tiró a la basura. Esa era una de las manías de Bryson: volver a meter en la nevera o en los armarios las latas, botellas o paquetes que terminaba. La empleada que habían contratado se encargaba de limpiar la casa, pero Maggie había convertido los despistes de su marido en una ocupación propia. Lo quería, pero también empezaba a darse cuenta de que no era del todo perfecto. De que, de hecho, estaba muy lejos de ser perfecto: algunos de sus defectos la estaban volviendo loca. Y, curiosamente, justo las cualidades que al principio la habían atraído de él ahora ya no le parecían rasgos tan atractivos. Bryson no era un hombre despreocupado y libre, sino más bien irresponsable e impuntual. No se le podría llamar un hedonista lleno de vida, sino que su comportamiento rayaba a veces en el egocentrismo, la autocomplacencia y en una ligera tendencia a beber en exceso. No tenía solo una carismática seguridad en sí mismo, sino que podía llegar a ser incluso un poco engreído. Maggie se preguntaba en qué

momento había empezado a ocurrir todo eso. Quizá había sido así siempre y quizá la pregunta fuera errónea... Tal vez lo que debería preguntarse era en qué momento se había empezado a dar cuenta ella.

Y, a pesar de todo, amaba a Bryson tanto que temía que le explotara el corazón.

Desde que había empezado el rodaje de *Sin compasión*, apenas lo veía. Llegaba muy tarde por las noches y ella había descubierto que era incapaz de dormirse hasta que se metía en la cama a su lado, lo cual nunca ocurría antes de las tres o las cuatro de la madrugada. Pero, por supuesto, eso no era problema de él ni parecía dispuesto a cambiar sus costumbres, así que la semana anterior ella había tenido que ir a la consulta de un médico a pedir una receta de somníferos. Confiaba en que el doctor no se fuera de la lengua y que en el próximo número de las revistas no encontrara un titular del estilo «Maggie McEvers: un mes de matrimonio y graves problemas de ansiedad». No sabía por qué le ocurría eso, solo sabía que, de pronto, tenía la molesta impresión de que no conocía de verdad al hombre con quien se había casado.

Pensando que tal vez se sentiría más relajada viendo a Bryson alguna vez durante el día, decidió hacerle una visita sorpresa. Era casi la hora del almuerzo de un martes de principios de abril y los árboles de su calle ondeaban suavemente como banderas verdes. Maggie entró en su nuevo coche, un pequeño Mercedes color perla, y condujo hasta los estudios con una extraña sensación en el estómago.

Cuando entró en el plató se alegró de haber llegado justo durante el descanso para comer. Buscó a Bryson con la mirada y lo vio al fondo, cerca del pasillo de los camerinos, con un cigarrillo en una mano y un sándwich en la otra. Se dirigió hacia él, pero antes de que pudiera verla se quedó un momento detrás de unos decorados. Bryson parecía muy entretenido mientras hablaba con la protagonista femenina, esa Juniper Gale tan famosa... Los observó un rato y la sensación de su estómago se intensificó. Los dos reían muy cerca el uno del otro envueltos en la nube del cigarrillo que compartían. Bryson fumaba y luego Juniper le quitaba el cigarro de entre los dedos con una confianza pasmosa y fumaba ella. Una vez, directamente, la actriz

tomó la mano de Bryson mientras él aún sujetaba el cigarro y la acercó a sus labios para fumar una calada. Justo entonces, un asistente de catering se acercó a ellos con una bandeja llena de bebidas. Ambos aceptaron una copa, brindaron, la vaciaron con la misma rapidez y, después, siguieron compartiendo el cigarrillo y riéndose.

Maggie los contempló hasta que reparó en que había empezado a temblar, aunque no hacía frío, y en que en sus oídos resonaba una especie de rugido, como el del mar cuando rompe furiosamente contra los acantilados de la isla de Skye. Cuando oyó que Juniper llamaba a su marido «Bry» y vio cómo le apartaba un mechón de pelo de la frente sin que él retrocediera un solo centímetro, volvió sobre sus pasos y salió del edificio.

—¡Vaya! ¿Tan rápido? —se asombró Bryson mientras terminaba de secarse. Se enrolló la toalla alrededor de las caderas y salió del cuarto de baño—. Es maravilloso, Magg.

Ella estaba tumbada sobre la cama, boca abajo, con la cabeza apoyada en las manos y vestida solo con una de las camisas de él. Estaba guapa así, aunque esa indumentaria significase que una vez más había rechazado acompañarle a una fiesta.

—Jonah dudaba si era conveniente que aceptase el papel, ya que ha pasado muy poco tiempo desde *Sylvia Delaney*, pero me irá bien mantenerme ocupada. Así no me sentiré tan sola.

Bryson ignoró su último comentario, dirigido claramente contra él, y buscó una camisa limpia en el vestidor. Dejó que la toalla cayera al suelo y empezó a vestirse. Cuando se giró para elegir unos gemelos, encontró a Maggie apoyada contra la puerta corredera.

—¿Va a ir mucha gente a esa fiesta?

—Imagino que sí. ¿Estás segura de que no quieres venir? —Lo preguntaba solo por cortesía, ya le había dicho varias veces que no. A Maggie no le gustaban demasiado sus amigos, ni irse tarde a dormir, ni emborracharse ni estar en lugares con mucha gente y música alta—. Será divertido —comentó. Tendió las manos hacia ella para que le abrochara los gemelos.

—No para mí —respondió Maggie, y ajustó con rapidez los cierres de plata. Parecía pensativa, más aún que de costumbre—. ¿Irá también Juniper Gale?

Él se miró en el espejo de cuerpo entero y comprobó su aspecto. Ojalá no le hubiera preguntado eso.

—Es posible —respondió con una diplomacia que, esperaba, evitase la discusión que se avecinaba.

Maggie salió del vestidor envuelta en una gélida nube de silencio. Bryson retrasó lo máximo posible el momento de reunirse con ella en el dormitorio, hasta que no le quedó más remedio que salir también.

—Probablemente vuelva tarde —le dijo con tono distendido antes de besarla en los labios. Ella no se apartó, pero tampoco le devolvió el beso—. ¿Qué te pasa? —le preguntó como si no lo supiera de sobra.

—Juniper coquetea contigo. Y a ti te encanta.

—¿Otra vez con eso? Trabajamos en la misma película, solo somos compañeros.

—Yo diría que algo más...

—Bueno, pues amigos —concedió de mala gana—. Buenos amigos. ¿Te parece mal?

Ella desvió la mirada y no respondió. Aquella era la enésima vez que tenían esa conversación y nunca acababa bien. Maggie le había reprochado hacía poco que los había visto juntos en el set de rodaje al hacerle una visita sorpresa y que había oído a Juniper llamarle «Bry». A su juicio, estaban teniendo un comportamiento inadecuado... Pero, para su mujer, cualquier actitud que se alejara demasiado de un puritanismo victoriano extremo resultaba inadecuada. Debería haberse casado con un lord inglés con el que tomar el té cada tarde a las cinco, en lugar de con él.

—Me voy —le dijo mientras se metía la llave del coche en el bolsillo —. No me esperes despierta.

La chica que tenía ante ella parecía muy joven, pero muy eficiente al mismo tiempo. Era una recién licenciada procedente de Boston, con ojos verde bosque de expresión inteligente y un aire resolutivo y serio

que la alejaba del estilo de Los Ángeles. A Maggie le gustó enseguida y, aunque era la primera candidata al puesto de asistente personal que entrevistaba, le ofreció quedarse con el empleo. Lucy Jenkins estrechó su mano con firmeza y, mirándola a los ojos, le dio las gracias, le aseguró que siempre podría contar con ella y salió de Highland con vistas a empezar su trabajo a la mañana siguiente.

Maggie regresó al salón, donde había dejado a Jonah con el contrato de la próxima película para que lo leyera y firmara. Su agente se había puesto cómodo en el sofá y tenía ante él la carpeta abierta con los papeles, un cuenco de cacahuetes y uno de los botellines de cerveza de Bryson. Maggie se dijo con ironía que, al menos, cuando ese botellín quedara vacío iría directo a la basura en lugar de otra vez al frigorífico.

—Me gusta esa chica —comentó él cuando Maggie volvió a sentarse a su lado.

—Sí, a mí también. Me inspira confianza, no como... —resopló y apretó los dientes— otras personas.

Jonah le tendió la hoja que debía firmar y su estilográfica y, con un garabato desganado, casi sin leer nada, Maggie estampó su rúbrica. Él enarcó las cejas y empezó a guardar los papeles en la carpeta.

—¿En qué consiste esta guerra fría en la que estáis inmersos Bryson y tú?

—Oh, nada especial —murmuró ella con sarcasmo—. Simplemente él sale todas las noches, flirtea con Juniper Gale en el rodaje o en cualquier sitio donde se encuentren, me lo niega, y luego me ignora o como mucho insinúa que me he convertido en una mujer aburrida. Y yo, por mi parte, le he retirado ciertas... prerrogativas.

—¿Hablas de sexo? ¿Te estás negando a hacerlo con tu marido?

—No se trata de eso exactamente —siseó.

—Entonces ¿de qué?

—Es complicado.

Maggie se levantó del sofá y Jonah la imitó. Se dirigieron a la puerta principal en silencio, pero cuando Jonah salió, se detuvo en el umbral para abrazarla y dijo:

—Cariño, siento que lo estés pasando mal. Es una pena que las cosas

se hayan torcido tanto cuando solo lleváis dos meses casados.

Ella cerró los ojos mientras se perdía entre los fornidos brazos de Jonah. Al menos lo tenía a él, aunque ojalá fuera Bryson quien la abrazara así... ¿Cuándo había sido la última vez que lo había hecho? No podía recordarlo. Empezó a sentir que las lágrimas pugnaban por asomar, así que dio un paso atrás y se esforzó en sonreír con frialdad.

—¿De verdad solo llevamos dos meses casados? —le preguntó en tono frívolo, como si hubiera una cámara grabándola—. La sensación que tengo es de llevar doscientos.

# 17

—¡Juniper, no entiendo cómo puedes decirme esto ahora! —exclamó Bryson. Recordó que estaba hablando por teléfono desde el despacho de Angus, en la casa de su exsuegro, y bajó un poco la voz. Había cerrado la puerta, pero las paredes eran finas—. ¿Ni siquiera puedes esperar a que vuelva a Los Ángeles y romper conmigo en persona?

—No me apetece seguir discutiendo, Bry. Además, tengo que marcharme ya al rodaje —replicó Juniper, y colgó sin más.

Bryson se quedó mirando el auricular como un idiota hasta que la puerta se abrió y Maggie asomó su rubia cabeza.

—¿Todo bien?

Él colgó el auricular con cuidado y respiró hondo.

—Tenía que hablar con Juniper. Tranquila, pagaré a tu padre la llamada.

Maggie entró en la habitación y cerró la puerta tras ella.

—No te preocupes por eso. ¿Qué ha pasado?

—Me ha dejado —respondió Bryson con llaneza—. Supongo que estarás contenta.

La miró de refilón para comprobar la expresión de su cara. En ese momento las odiaba a las dos, a su exmujer y a su exnovia. Estaba deseando marcharse a Italia, concentrarse en su rodaje y olvidar toda aquella pesadilla.

—No me alegro, Bryson. Lo siento. —Maggie titubeó un instante. Pasó el dedo por el borde del escritorio de su padre y añadió sin mirarlo—: ¿Ha sido por mi culpa?

—No lo sé. Dice que la nuestra le parece una relación absurda. Juniper siempre ha sido... caprichosa. —Echó un vistazo distraído por

la ventana. Volvía a llover de forma torrencial, por lo que parecía que la noche caía con más rapidez de lo normal para esas fechas—. Da igual, a estas alturas ya debe de haberse liado con Charlton Heston o con ese guapito de Paul Newman del que siempre está hablando...

Ella alzó las cejas, apartó la mano del escritorio y le acarició la suya.

—Me gustas mucho más tú que Paul Newman.

La caricia de su mano y sus palabras pretendían ser cariñosas y consoladoras, pero Bryson no estaba para tonterías. Se sentía irritado, triste y, sobre todo, muy harto.

—Déjalo, Maggie. Después de todo, has sido tú la que...

El teléfono empezó a sonar, interrumpiéndole, y los dos se quedaron mirándolo.

—Quizá sea Juniper, arrepentida —sugirió Maggie con ligero sarcasmo.

—Responde tú. Es la casa de tus padres.

Maggie cogió el auricular y Bryson escuchó lo necesario para deducir que se trataba de su agente, Jonah Leary. Lo que faltaba: el tercer culpable de todos sus problemas actuales...

Salió del despacho de Angus controlándose para no dar un portazo.

Pasó el resto de la tarde paseando por Inverness bajo la lluvia, solo, sin que nadie le molestara ni le reconociera, y, cuando volvió a la casa de los McEvers, se sentía un poco mejor. Era la última noche que pasarían con ellos. Los cuatro días que habían pasado en Inverness, excepto por la fiesta de la Sociedad Gaélica, habían sido agradables y tranquilos: Angus le había invitado a una cata de whiskies escoceses en su club, habían emprendido un pequeño crucero privado por el canal de Caledonia hasta el lago Ness y habían pasado muchas horas en casa, jugando interminables partidas de juegos de mesa junto con los sobrinos de Maggie o simplemente charlando. Para su infinita sorpresa, Bryson había disfrutado de todo ello.

En la cocina, Edine, Barbara, Lucy y Maggie estaban preparando una gran cena de despedida. Maggie conversaba animadamente con ellas mientras cortaba hortalizas, pero Bryson sabía lo triste que debía de estar. Al día siguiente tendría que dejar de nuevo a su familia y

emprender el regreso a Estados Unidos. La noche anterior, cuando se metieron en sus respectivas camas, le pareció oírla llorar, pero no había intentado consolarla. De hecho, no había vuelto a intentar tocarla a solas desde la noche del camisón, como si una barrera infranqueable se hubiera levantado entre ellos. Desde su llegada a Inverness, tenía la extraña sensación de que cada vez estaban más cerca emocionalmente, pero más lejos físicamente. ¡Había sido tan fácil jugar con ella en el barco y en Londres, aproximarse y alejarse en cuanto notaba su excitación! Pero ahora parecía que, cuanto mejor se llevaban, más complicado le resultaba tocarla. No tenía nada que ver con que no la desease. Por supuesto que la deseaba. Entonces ¿qué demonios le estaba ocurriendo?

Apartó ese asunto de su mente, como hacía con todo lo que le inquietaba y no podía resolver de forma inmediata o sencilla, y fue al encuentro de los hombres, que estaban en el salón. Finn estaba hablando en voz baja sobre un regalo de despedida que le había comprado a Lucy esa mañana y que pensaba entregarle tras la cena. Ninguno de los dos ocultaba ya el romance que había surgido entre ellos y, aunque a Bryson le parecía tonto que se hubieran dejado llevar por el romanticismo cuando vivían a miles de kilómetros de distancia, lo comprendía. Él también se había enamorado de Maggie en cuanto la conoció, aunque en aquel momento no lo supiera, y había tenido que regresar a Los Ángeles y dejarla en Londres muy a su pesar. Empezaba a sospechar que la había convencido de convertirse en una estrella de cine y de reunirse con él en Hollywood solo porque no podía soportar la idea de vivir sin ella. ¿Había sido un egoísta? ¿Había arruinado la vida de Maggie para siempre?

Después de cenar, Finn puso un disco de música tradicional escocesa y trató de enseñarles a Lucy y a él a bailar. Bryson rechazó su ofrecimiento, riéndose.

—Ya lo intentó tu hermana en la fiesta de la Sociedad Gaélica, Finn. Me gusta bailar, pero para esto soy un caso perdido.

Se acomodó con un vaso de whisky en uno de los viejos sillones y se dedicó a observar a Finn y a Lucy, que ensayaban los pasos en un rincón del salón, junto al tocadiscos, y a Maggie, que había empezado

también a bailar con sus sobrinos. Los dos niños trataban de saltar muy alto, con los talones apoyados en la pantorrilla contraria y los brazos alzados, y se reían cada vez que lo conseguían hacer bien. Maggie reía también; se detuvo un breve instante para quitarse los zapatos y acto seguido ejecutó sobre la alfombra la danza de las Highlands como si jamás hubiera salido de Escocia. Saltaba de puntillas alternando el peso de una pierna a otra, cambiando la posición de los brazos al ritmo de la música de gaita y dando vueltas sobre sí misma sin dejar de saltar ni un segundo ni perder el equilibrio. Qué bien lo hacía, ligera y elegante al mismo tiempo, y qué guapa estaba con las mejillas arreboladas, el pelo cada vez más despeinado y una sonrisa de pura felicidad en el rostro. La música le parecía increíblemente irritante y los pasos de baile un poco ridículos, pero nada ni nadie podría conseguir en ese momento que Bryson se levantara del sillón y dejara de mirarla. ¡Maggie parecía tan distinta cuando se sentía feliz y relajada! Ahora recordaba por qué había estado tan loco por ella durante tanto tiempo y le pareció muy extraño haberse enamorado después de Juniper.

Cuando terminó la música, todos la aplaudieron. Ella hizo una pequeña reverencia y se dejó caer exhausta en el sofá, junto al sillón que ocupaba él.

—Hacía años que no bailaba esto —jadeó, y le quitó el vaso a Bryson para beber un poco. Vació la mitad del contenido como si en vez de whisky fuera agua helada y, cuando trató de devolverle el vaso, Bryson lo rechazó.

—Quédatelo. —Se puso de pie. Acababa de ocurrírsele una idea—. Vuelvo enseguida.

Hacía mucho que Maggie no se sentía tan feliz. Se negaba a pensar en que todo se acabaría por la mañana, cuando tuviera que despedirse de su familia y emprender el regreso a Londres, primera parada antes de volver a Estados Unidos. Aunque el viaje de vuelta sería en avión en vez de en barco, mucho más corto por tanto, lo haría sola con Lucy. Bryson volaría a Italia desde Londres para empezar el rodaje de *Niebla*

*en Venecia* y quién sabía cuándo volverían a estar juntos de la forma en que lo habían estado esos últimos días... Probablemente nunca. La campaña publicitaria estaba saliendo muy bien, Jonah se lo había contado por teléfono esa misma tarde. No solo las revistas y los periódicos británicos hablaban de Maggie casi cada día, sino que todos los medios estadounidenses estaban ahora pendientes de ella. Jonah no quería lanzar aún las campanas al vuelo, pero en los estudios se rumoreaba que ya había un par de directores peleándose por tenerla como protagonista de sus nuevos proyectos. Parecía que habían conseguido sus propósitos para relanzar su carrera, pero, ahora que lo habían logrado, a Maggie ya no le importaba tanto. Quizá era porque no había tenido tanto éxito en su estrategia con Bryson... Aun así, no se había alegrado de que Juniper le dejara. Su agente se lo había comentado también durante su llamada, pues aunque la noticia ya había llegado a Hollywood días antes como parte programada de su farsa, Jonah se lo había oído contar a la propia Juniper durante una fiesta. A él le parecía muy irónico y maravilloso que una ruptura que en principio había sido falsa, ahora se volviera real, pero Maggie —para la enorme sorpresa de Jonah— no había compartido su reacción. Quizá unos meses antes aquella ruptura habría sido motivo de celebración, pero ahora solo quería que él fuera feliz. Ya ni siquiera estaba convencida de querer seguir adelante con su plan de venganza... ¿De qué tenía que vengarse, exactamente? Si Bryson había dejado de amarla, no había nada que ella pudiera hacer al respecto. La noche anterior, cuando ya estaban los dos acostados en sus respectivas camas separadas, se había dado cuenta de algo: seguía amando a Bryson, quizá más que nunca. Reparar en ello, y sobre todo aceptarlo, supuso un golpe tan fuerte y doloroso, pero a la vez tan liberador porque ya no tendría que seguir mintiéndose a sí misma, que se echó a llorar. Había tratado de ahogar los sollozos contra la almohada para que él no se diera cuenta y estaba bastante segura de que lo había conseguido. Cuando Bryson dormía, nada ni nadie podía despertarlo, mucho menos una crisis de llanto suya. Las había ignorado muchas veces durante su matrimonio.

Él reapareció entonces en el salón con varios discos debajo del

brazo. Durante su estancia en Londres se había comprado un tocadiscos portátil en la tienda musical más grande de la ciudad, junto con varios vinilos de sus cantantes favoritos, y había cargado con ellos de un sitio a otro como si fuera su tesoro más preciado.

—¿Qué os parece ahora un poco de rock and roll? —propuso, y se sentó junto al tocadiscos para quitar el que sonaba y poner uno de los que había traído.

Maggie lanzó una mirada nerviosa a su padre.

—Bryson, no sé si sería adecuado que...

Angus la interrumpió.

—¡Sí, por supuesto! ¿O creéis que en Escocia solo conocemos las gaitas y los *reels*? Queremos ver cómo bailáis Bryson y tú. —Su padre sonrió de forma extraña y, por primera vez desde que estaban en la casa, Maggie se preguntó si sospechaba cuál era su relación real.

—De acuerdo, de acuerdo —suspiró ella.

Sabía que Bryson sería difícil de controlar una vez convirtiera el ambiente del salón en algo más parecido a lo que estaba acostumbrado, lo cual era justo lo que parecía estar procurando. Iba a intentar llevarse a su terreno a los McEvers y aquello podía salir muy bien o desastrosamente mal. Rezó por que se abstuviera, al menos, de pedir que le cambiaran el magnífico Macallan de su padre por un bourbon.

La primera canción que sonó en el tocadiscos fue *Whole Lotta Shakin'Goin'On*, el último éxito de Jerry Lee Lewis. Bryson bailó unos segundos sin apenas moverse del sitio y, entonces, se acercó a la madre de Maggie, que estaba sentada en el sofá junto a Barbara y Lucy, y extendió el brazo hacia ella.

—¡Vamos, Edine!

Edine titubeó un instante, pero enseguida se levantó y, riendo, se dejó llevar por Bryson de un lado a otro del salón, mientras las horquillas que sujetaban su cabello cedían una a una sin que a ella pareciera importarle. Maggie los contempló boquiabierta. Pero aquello solo era el principio, porque mucho antes de la mitad de la canción, Finn también se había levantado y sacado a bailar a Lucy. Después se unieron Duncan y su esposa. Y Maggie solo podía prestar atención a

Bryson: era incapaz de apartar la vista de él, de cómo se movían sus caderas, de la forma en que sonreía sin perder un solo paso, de lo bien que sabía llevar a su madre... Era increíble la forma en que sabía bailar cualquier ritmo.

Solo quedaban sentados Maggie y Angus. Apartó con esfuerzo los ojos de su exmarido, cruzó una mirada con su padre y sonrió.

—¿Qué puedo decir? Bryson siempre es el rey de las fiestas.

Angus sonrió a su vez, pero había cierta preocupación en sus ojos azules.

—¿Por qué me parece que estás un poco triste, Maisie-Leigh?

—No lo estoy. —Nada más decirlo se le llenaron los ojos de lágrimas—. Solo es que mañana nos vamos, y...

Bryson apareció ante ella. Había cambiado el disco en algún momento y, ahora, en vez del piano enloquecido de Jerry Lee, la voz profunda y seductora de Elvis llenaba el salón.

—Baila conmigo, Maggie.

—No sé si me apetece bailar ahora...

—Venga, no seas cruel —insistió Bryson con tono de broma, aprovechando el título de la canción que sonaba.

—Está bien.

Se levantó, le dio la mano derecha y empezaron a desplazarse en círculo al ritmo de la música. Bryson hizo que diera dos vueltas vertiginosas bajo el arco de su brazo y, cuando ya estaba empezando a relajarse, la canción terminó, pero enseguida comenzó *Blue Suede Shoes* y después llegó *All Shook Up*. Maggie volaba por el salón, a veces de la mano de Bryson, a veces sola, a veces con alguno de sus hermanos. Jamás se había divertido tanto. Las estrategias, los planes de promoción, las cámaras, la inseguridad, lo sola que se había sentido los últimos meses... Todo se había evaporado. Ni siquiera tenía que pensar, únicamente dejarse llevar por la música, mirar a los ojos de Bryson cuando coincidían como pareja de baile... No pensaba, pero si hubiera pensado en algo, solo habría sido en su deseo de que esa noche no terminase nunca.

Bryson curioseaba entre las botellas que Angus guardaba en la despensa, al fondo de la cocina. Se había ofrecido a buscar algo más de beber. Los McEvers seguían en el salón, con el tocadiscos aún en marcha y, aunque ya no bailaban, no parecían tener intención de irse a la cama temprano. Nunca habría creído que la familia de Maggie pudiera ser tan animada, pero así era. Y no sería él quien aguara la fiesta.

En cuanto a ella... Verla así, sin su rigidez habitual, tan desinhibida y alegre, le estaba provocando toda una tormenta de emociones. Para capear el temporal, al vino de la cena había añadido tres vasos de whisky, pero no creía que fuera suficiente. Si no embotaba sus sentidos del todo, si no caía desplomado en la cama prácticamente inconsciente, no respondía de lo que ocurriese la última noche que pasarían bajo el mismo techo.

Acababa de decantarse por una botella de un líquido ambarino llamado Drambuie que tenía buena pinta cuando Maggie entró en la despensa.

—¿Qué haces? —preguntó. El pequeño espacio pareció reducirse aún más con su presencia—. ¡Estás tardando mucho!

Se volvió hacia ella. Estar tan cerca —y tan solos— en un sitio tan pequeño le nublaba el cerebro mucho más que todas las botellas de whisky del mundo.

—Tu padre me ha dicho que cogiera alguna otra bebida.

—Pero yo no quiero que bebas más —repuso, sujetándole por el brazo para evitar que cogiera la botella.

Él sonrió peligrosamente, pero, en vez de coger el licor, lo que hizo fue apoyar la mano en la cintura de Maggie. Ya no podía resistirse a tocarla, le daba igual lo que ocurriese a continuación.

—No me controles, Maisie-Leigh. Es lo único que te he pedido siempre.

—No es eso. Es que me lo estoy pasando muy bien contigo y no quiero que se estropee. —Su tono era a medias de reproche y a medias de súplica, no parecía darse cuenta de que, de forma instintiva, se había acercado más y le había rodeado el cuello con un brazo.

Bryson la sujetó por la cintura con las dos manos y la estrechó

contra él.

—Vamos a seguir pasándolo bien, no te preocupes.

—Pero si te emborrachas...

No la dejó terminar la frase. Estampó su boca contra la suya y la besó con brusquedad. Percibió la sorpresa de ella, que duró tan solo una milésima de segundo antes de que le devolviera el beso con la misma pasión. Bryson subió una de las manos hasta el lateral de su cuello y presionó con suavidad hasta que la cabeza de ella quedó un poco inclinada hacia atrás. Desde ese ángulo devoró su boca casi con furia, sin ningún control, sin pararse a calcular la intensidad ni pensar en lo que estaba haciendo. Maggie había cerrado los ojos, tenía los dos brazos alrededor de su cuello y se dejaba llevar. La inclinó un poco más hacia atrás, apoyándola contra uno de los estantes de la despensa. El hombro derecho de ella golpeó un paquete de judías, que cayó al suelo desparramando por todas partes la mitad del contenido. Bryson soltó a Maggie de golpe y la miró jadeante. Ella también respiraba de forma entrecortada, el rojo de sus labios había desaparecido por completo y sus pupilas estaban ligeramente dilatadas.

—Esto era lo que querías, ¿verdad? Lo que has querido todo este tiempo... Lo sé porque también es lo que quería yo —articuló Bryson con esfuerzo. Maggie se limitó a mirarlo en silencio, demasiado conmocionada para responder. Tenía una pequeña irritación junto a la comisura izquierda, seguramente provocada por el roce contra su incipiente barba. Deseó posar los labios sobre la rozadura, curarla con otro beso, besarla de nuevo, pero esta vez con más delicadeza... En vez de hacerlo, continuó diciendo apasionadamente—: Pero, Maggie, ahora que hemos conseguido lo que los dos queríamos, no volverá a ocurrir. Se quedará en esto, debe quedarse en esto. —Cogió la botella de Drambuie y pasó junto a Maggie para poder salir de la despensa. Antes de hacerlo, añadió—: Esta noche no dormiré en tu habitación. Me iré al sofá del salón y, si alguien lo descubre, diremos que estaba roncando demasiado.

Maggie apenas pegó ojo en toda la noche. Cuando conseguía dormirse,

se despertaba sobresaltada a los pocos minutos, sin saber si lo que había ocurrido con Bryson en la despensa había sido real o solo un sueño. Encendía la luz de la lamparita y contemplaba su dormitorio de soltera y la cama sin deshacer junto a la suya y, entonces, recordaba que sí, Bryson la había besado de verdad, pero luego había preferido irse a dormir al sofá del salón, una vez que todos se hubieron retirado a descansar y no pudieron percatarse de ello.

¿Qué demonios había ocurrido? ¿Por qué la había besado? ¿Acaso su plan de seducción había funcionado justo en el último momento? No dejaba de darle vueltas a esas preguntas mientras contemplaba alternativamente el techo del dormitorio y la cama vacía de al lado, como si Bryson pudiera aparecer en ella solo por la fuerza de sus pensamientos. Estaba claro que él aún la deseaba... pero ¿la amaba también? ¿O ese beso solo había sido el resultado de la escalada de tensión sexual que habían mantenido desde el barco? En cualquier caso, ya no tenía tiempo para más. Y ya no le interesaba romper el corazón de Bryson. Lo que quería era ganárselo; ganárselo y conservarlo y poder comprobar si disponían de otra oportunidad para ser felices juntos. Pero por la mañana volverían en tren a Edimburgo y allí tomarían otro hasta Londres. Y, una vez en Londres, sus caminos se separarían varios meses: él se iría a Italia y ella regresaría a Estados Unidos con Lucy. Nada más.

Hacia las siete de la mañana, cuando el débil sol iluminaba ya el cuarto, Maggie se dio por vencida y se levantó. Decidió centrarse en hacer el equipaje y en disfrutar del último desayuno junto a su familia, pero ver la rozadura junto a su boca mientras se lavaba volvió a recordarle el beso. Nadie besaba como él, nadie la besaría así jamás. No podía quitárselo de la cabeza, y tampoco ayudaba tener las pertenencias de Bryson dispersas por toda la habitación. Cada vez que cogía una falda o unos zapatos para meterlos en la maleta, se topaba con una de sus camisas. Y si entraba en el baño para guardar en el maletín de maquillaje el juego de cepillos y las barras de labios, su frasco de loción para después del afeitado parecía hacerle señales desde la repisa para que lo destapara y lo oliera.

No bajó al comedor hasta que el timbre de la puerta y las voces del

vestíbulo la avisaron de que sus hermanos habían llegado para despedirse. Bryson ya estaba con ellos y tampoco parecía haber dormido demasiado. Sin embargo, en algún momento de la noche debía de haber subido a su habitación para coger ropa limpia, pues no llevaba la misma con la que se había ido a dormir. A Maggie le dolió pensar que Bryson había entrado mientras ella dormía, justo durante alguno de los breves ratos en que había conseguido hacerlo, y que se había esforzado en no despertarla. No creía que fuera por respetar su descanso, sino más bien porque quería evitarla.

Pero todavía le dolió más cuando, a los tres minutos de que todos se sentaran en el comedor, Bryson se levantó excusándose.

—Perdonad. Tengo el estómago un poco revuelto esta mañana y aún debo hacer el equipaje.

Maggie se quedó mirando cómo su exmarido salía del comedor. Ni siquiera le había dado los buenos días y apenas la había mirado. Los ojos se le llenaron de lágrimas de desamor. Un sollozo sacudió sus hombros y las lágrimas empezaron a deslizarse por sus mejillas, cayendo una a una sobre su taza de té.

—Maisie-Leigh, ¿por qué lloras, cariño? —le preguntó su madre, poniendo la mano sobre su brazo.

El resto de la familia la miraba preocupado. Lucy también parecía triste esa mañana, ya que tenía que despedirse de Finn, seguramente para siempre, pero se levantó enseguida para acudir junto a la silla de Maggie y abrazarla.

—Maggie, quizá podamos planear una nueva visita en Navidad. Volverás a verlos pronto...

Ella se deshizo de su abrazo y negó con la cabeza.

—No es eso. O, más bien, no es solo eso... Tú ya lo sabes, Lucy, sabías lo que iba a ocurrir y me avisaste, pero no te hice caso. —Los demás parecían confusos y dirigieron su atención a Lucy, pero ella volvió a su sitio sin decir nada. Maggie suspiró, ahora sabía que tenía que contarles la verdad. No soportaba la idea de irse de Inverness y dejarlos creyendo que todo iba muy bien entre Bryson y ella. Estaba harta de mentir, no había sido tan difícil con los periodistas y la gente que no conocía, pero no podía seguir engañando a su familia—.

Bryson y yo no estamos juntos.

Barbara enarcó las cejas.

—¿Qué quieres decir? ¿Habéis discutido esta mañana?

—No. No hemos discutido. Lo que quiero decir es que... Nosotros no... —Se secó los ojos con la servilleta y respiró hondo para poder hablar con más claridad. Todas las miradas estaban clavadas en ella—. Nunca nos llegamos a reconciliar después del divorcio. Todo esto no ha sido más que una pantomima, una idea de mi agente para recuperar un poco de fama mientras viajábamos por Gran Bretaña, para mejorar así mi carrera.

—¿Una farsa? —preguntó Angus, aunque parecía un poco menos sorprendido que el resto de la familia—. ¿Habéis estado fingiendo que erais pareja otra vez como una especie de truco publicitario?

—Sí —respondió, y se acordó de Bryson besándola en la despensa e ignorándola después en el desayuno. Se tapó los ojos con la mano y siguió balbuceando—: Aunque en realidad, yo... Pero él... —Maggie volvió a echarse a llorar y ya no pudo parar.

Cuando Bryson bajó con las maletas, el ambiente había cambiado radicalmente. En un primer momento lo achacó a la pena de la despedida, pero todos parecían muy cariñosos con Maggie y mucho más distantes con él. ¿Se habrían enterado de que había dormido en el sofá y pensarían que habían discutido?

Maggie tenía los ojos enrojecidos y peor cara aún que al principio del desayuno, cuando se había sentado frente a él y lo había mirado con aquella expresión expectante, con esos ojos azules y brillantes llenos de adoración que le habían hecho sentir tan culpable. No debería haberla besado, pero tampoco podría haberlo evitado. Había pasado toda la noche dándole vueltas al asunto. Y había estado a punto de despertarla cuando subió de puntillas a coger un traje limpio... Se había quedado contemplándola en la oscuridad durante un rato, pero ¿qué iba a hacer? ¿Volver a besarla? Estaba convencido de que, si volvía a hacerlo, ya no podría detenerse ahí. Y por eso había salido en silencio de su dormitorio y había vuelto al salón. Solo

besarla una vez ya suponía un error descomunal y ahora tendría que asumir las consecuencias: un viaje hasta Londres lleno de tensión e incertidumbre.

Sin embargo, supo que aquello no era todo cuando Maggie pasó junto a él para buscar entre sus cosas la correa de Skye y murmuró con tono de agotamiento:

—Les he contado la verdad.

No le dijo nada más, pero bastó para que Bryson comprendiera por qué se comportaban así con él. Deseó que la despedida fuera lo más breve posible y que el largo viaje hasta Londres empezara y acabara de una vez.

Apenas prestó atención cuando Finn anunció que él se encargaría de llevar a Lucy en su coche hasta Edimburgo.

—Así dispondremos de unas horas más juntos —dijo el hermano menor de Maggie, mirando a Lucy con expresión radiante. La joven lo rodeó con los brazos, feliz, y se apresuró a separar su maleta del resto del equipaje.

—No te importa, ¿verdad, Maggie? —le preguntó a su jefa, y Maggie negó con la cabeza al tiempo que esbozaba una sonrisa melancólica.

—Claro que no. Nos reuniremos en Edimburgo.

Bryson se retiró a un rincón del vestíbulo mientras Maggie y su familia se sumían en una emotiva despedida. Era consciente de que le esperaban más de cuatro horas de tren junto a una llorosa Maggie y por alguna razón no se sentía digno siquiera de intentar consolarla.

Quizá porque sabía que él era en gran medida parte de su desdicha.

El tren a Edimburgo salió con retraso debido al mal tiempo y, aunque se refugiaron en una esquina del andén, los minutos extras que pasaron hasta que pudieron subir al vagón se convirtieron en una pesadilla para Maggie. Los viajeros que también esperaban en la estación se arremolinaron en torno a ellos y les hicieron todo tipo de preguntas que fue totalmente incapaz de responder. Lucy no estaba a su lado para ayudarla en la situación y, más serio de lo habitual,

Bryson tuvo que encargarse de contestar y de acceder a los ruegos de fotografías y autógrafos. En un momento dado, Bryson explicó en tono ligero que Maggie se encontraba «algo cansada por los rigores del viaje promocional», lo cual le hizo pensar que debía de estar más pálida y apagada de lo que creía. Forzó una sonrisa, pero la descarada insinuación de una señora sobre si tal vez estaba «esperando» fue demasiado para Maggie. Con el cuello de la gabardina subido y las gafas de sol cubriendo sus ojos enrojecidos, se escondió en el lavabo de señoras hasta que escuchó por los altavoces la llamada a su tren.

El vagón de primera clase estaba medio vacío, pero aun así Bryson se sentó junto a ella. Maggie se dedicó a mirar por la ventana mientras abandonaban Inverness, con Skye hecha un ovillo sobre su regazo, hasta que sintió que la mano de él acariciaba la suya.

—Maggie —oyó que la llamaba.

—Dime —respondió secamente.

No apartó la mano, pero tampoco se volvió hacia él. Cuanto más pensaba en que, lejos de romperle el corazón a Bryson, él había sido quien acabara controlando la situación, se ponía de peor humor.

—No hemos hablado aún de lo de anoche...

—No hemos hablado de nada —le cortó— porque, por algún motivo que se me escapa, a ti te parece muy normal besar a tu exmujer en la despensa de sus padres y luego retirarle la palabra...

Le llegó el quedo suspiro que soltó él y, después de un breve silencio, sus palabras.

—Siento haber reaccionado así, de verdad. No pretendía herirte. Pero estamos divorciados, Maggie. Cosas como las de anoche pueden pasar, pero no deben ir a más, sobre todo cuando ocurren por estar borrachos...

Se giró por fin hacia él y lo miró indignada. Por lo menos estaba consiguiendo que se enfadase; siempre era preferible estar enfadada que triste.

—Yo no estaba borracha.

—Pero yo sí —replicó él.

—Como siempre, por otra parte.

Bryson no respondió. Maggie retiró la mano de debajo de la suya y

volvió a concentrarse en el paisaje. Quizá su comportamiento estuviera siendo algo infantil, pero no le importaba. Apenas podía soportar tenerlo sentado junto a ella y mucho menos aguantar sus excusas y su condescendencia. ¡Si había sido él quien la había besado!

A pesar de todo, estaba tan cansada que a los pocos minutos se quedó dormida, mecida por el traqueteo del tren y acunada por el sonido de la lluvia contra los cristales. Cuando volvió a abrir los ojos estaban detenidos en una estación y llovía con mucha más intensidad. Skye también se había despertado y se revolvía inquieta sobre su falda. A su lado, Bryson se había puesto de pie para poder escuchar lo que decía el revisor.

—¿Ocurre algo? —preguntó ella, luchando por salir del sopor que parecía haberla engullido.

—Al parecer, el viento ha hecho caer un árbol sobre las vías un poco más adelante y el tren no puede continuar. ¡Maldito clima escocés! ¿Es que nunca tenéis un solo día de sol?

Maggie se despejó del todo y buscó con la mirada el cartel de la estación hasta descubrir que se encontraban en la población de Kingussie, a escasos ochenta kilómetros al sur de Inverness. Aún quedaba mucho para llegar a Edimburgo.

—¿Cuánto tardarán en retirarlo?

—No lo saben —respondió él mirándola desde arriba, y sacó la cajetilla de tabaco del bolsillo de la chaqueta—. Me temo que bastante.

Esperaron dentro del vagón unos veinte minutos, hasta que el revisor reapareció y anunció que el tren no podría seguir el trayecto hasta la mañana siguiente.

—No puedo creerlo —murmuró Bryson—. ¿No son capaces de retirar un simple árbol hasta mañana? ¿Qué demonios os pasa en este país?

Maggie se levantó, metió a Skye en su trasportín y empezó a recoger sus cosas.

—Baja a la vía y retira tú el árbol con tu fuerza de boxeador americano, si tanto sabes —repuso malhumorada.

Los viajeros llenaron el pequeño andén de la estación de Kingussie,

algunos juntándose en grupos para discutir cómo proseguir su trayecto y otros avanzando decididos hacia la salida para buscar alojamiento antes de que se hiciera de noche. Maggie y Bryson se quedaron plantados en mitad del andén, con los numerosos bultos de equipaje dispuestos a su alrededor. Seguía lloviendo y ya nadie se detenía a mirarlos ni a intentar hablar con ellos.

—¿Y ahora, qué? —preguntó Bryson.

—Supongo que tendremos que buscar un hotel en el pueblo.

Una mujer de unos sesenta años, ataviada con impermeable azul, botas de agua y sombrero, se acercó a ellos entonces.

—No se molesten en ir al hotel. La mitad de las habitaciones están en obras y la otra mitad ya habrán sido alquiladas por la gente del tren. Aquí están acostumbrados a que pasen estas cosas y enseguida corren al Columba's para refugiarse. No son de por aquí, ¿verdad? —dijo, y Maggie sonrió al ver que no los había reconocido.

—Yo sí. Soy de Inverness, pero llevo mucho tiempo viviendo lejos...

La mujer se llevó la mano a la boca y sus ojos se abrieron de incredulidad.

—¡Oh, Dios mío! ¡Usted es Maggie McEvers! He ido siguiendo en las revistas todo su viaje por Escocia, pero nunca pensé que... —Se interrumpió al tiempo que daba unos saltitos sobre sí misma, sin poder contener el entusiasmo, y la sonrisa de Maggie se ensanchó—. Y usted, por supuesto, es Bryson Mallory...

—Eso es —asintió él—. Parece que usted sí es de por aquí, ¿qué nos recomienda que hagamos?

—He vivido en Kingussie desde siempre y, con el dinero que me dejó mi querido Morgan, que en gloria esté, compré una pequeña cabaña a las afueras del pueblo y la remodelé para alquilarla a los turistas. Es un *cottage* encantador, se encuentra en el campo pero no está muy lejos de aquí... Sería un honor para mí que aceptaran pasar la noche gratis en él. —Hizo una pausa para comprobar su reacción, y los miró de hito en hito—. Quizá no sea tan lujoso como los hoteles a los que están acostumbrados, pero no encontrarán lugar más romántico en toda Escocia. Y como he leído que ustedes, en fin... —La mujer se ruborizó bajo el sombrero.

—Así es. Es usted muy amable —respondió Bryson con gentileza antes de mirar a Maggie—. ¿Qué opinas, Magg? ¿Te parece buena solución?

Maggie se encogió de hombros. Había perdido la capacidad de pensar con lógica desde hacía ya varios días y lo único que deseaba era darse una ducha caliente, comer algo y meterse en la cama. Se preguntó si le quedaría algún somnífero en el neceser.

—De acuerdo. Muchas gracias, señora...

—Buchanan. Mary Buchanan.

La señora Buchanan los guio hasta un Land Rover verde oscuro, con las ruedas llenas de barro y numerosos sacos de pienso para perros en la parte trasera. Los ayudó a colocar las maletas e hizo espacio en el sucio habitáculo para que pudieran acomodarse. Luego, se sentó al volante y arrancó el motor.

—Llegaremos en un momentito. La cabaña dispone de fogón y tetera, así que podrán prepararse una buena taza de té en cuanto se instalen.

—Confío en que pueda beber algo más fuerte que una taza de té —musitó Bryson. La señora Buchanan no pareció oírle.

Nada más salir del pueblo, el Land Rover abandonó la carretera principal y se internó por lo que no era mucho más que un camino embarrado. Recorrieron en silencio unos diez kilómetros bordeando un frondoso bosque de pinos escoceses, hasta que Maggie se atrevió a preguntar:

—¿Estamos muy lejos?

La señora Buchanan volvió un poco la cabeza para contestar.

—Solo un ratito más.

Maggie miró de reojo a Bryson. Este contemplaba el verde paisaje a través de su ventanilla y de una densa cortina de lluvia y, por la expresión de su cara, ya se había arrepentido de haber aceptado el ofrecimiento de aquella mujer.

El «ratito» se convirtió en otros veinte minutos de viaje antes de que la señora Buchanan girara a la izquierda, junto a un tosco cartel de madera clavado en un árbol que decía «The Stream Cottage» y tomara una pista forestal que terminó en un pequeño claro entre los pinos,

junto a un arroyo que parecía a punto de desbordarse. Detuvo el Land Rover con un brusco frenazo que lanzó a Maggie, Bryson y Skye hacia delante violentamente. La señora Buchanan dio una palmada entusiasta y abrió la puerta.

—¡Ya estamos! Bienvenidos a The Stream Cottage. Estoy segura de que pasarán una noche maravillosa aquí.

# 18

Bryson contempló un momento la casita de estuco blanco y tejado a dos aguas cubierto de paja ornamental y tuvo el impulso de volver a subirse al Land Rover de un solo salto. ¿Cómo iban a sobrevivir ahí dentro los dos? Intentó cruzar una mirada con Maggie para transmitirle el mensaje, pero ella ya estaba bajando las maletas del coche con ayuda de la señora Buchanan. Se apresuró a bajar el resto del equipaje; la lluvia caía inclemente sobre los árboles del bosque y el suelo embarrado, creando una especie de velo verde, como si tuviera un pañuelo de gasa de ese color cubriéndole los ojos.

La señora Buchanan sacó una llave de su bolso y abrió la puerta de la cabaña.

—¡Bueno, pues todo suyo! —Se apartó para que pudieran entrar—. No tenía previsto que la ocupara nadie esta semana, así que quizá la encuentren un poco fría, pero hay leña en la cesta junto a la chimenea y, como la casa es pequeña, se calentará en un momento.

Bryson pasó detrás de Maggie y de Skye y, cuando la mujer accionó una serie de interruptores, la casita se iluminó tenuemente, pero lo bastante para confirmar que la estancia no sería demasiado placentera. Se encontraban en lo que supuso que era la sala de estar, aunque la escasez de muebles y de adornos llamaba la atención. Solo había una mesa de madera con dos sillas, una mecedora en un rincón, cerca de la pequeña chimenea, y un par de estantes en la pared encalada, sobre los cuales vio tres o cuatro libros y una botella de vidrio marrón con un ramito de brezo seco. Giró sobre sí mismo y descubrió que la sala de estar también hacía las veces de cocina, ya que en el otro extremo de la estancia había una encimera con un par de quemadores de gas, una alacena con platos de barro y un fregadero diminuto.

—¿No hay frigorífico? —preguntó sin poder contenerse, aunque en

realidad lo que quería preguntar era «¿No hay ningún otro lugar en el que alojarnos?».

La señora Buchanan rio con jovialidad.

—¿Y para qué lo quiere? Además, solo van a estar una noche. —Atravesó a grandes zancadas la salita hasta situarse junto a la chimenea y apartó una cortina de cuadros en la que Bryson no se había fijado hasta entonces. Detrás de ella había un estrecho colchón cubierto de cojines—. Aquí puede dormir una persona de noche y de día puede usarse como sofá.

—¡Oh, eso es magnífico! —exclamó antes de quitarse la gabardina. Aunque la mujer estaba siendo muy amable al permitirles dormir allí gratis, no pudo evitar ser sarcástico, pero ella sonrió como si hubiera elogiado en serio su gusto en decoración de interiores.

—Detrás de esta puerta están el dormitorio y el cuarto de baño. Y en la alacena encontrarán cubitos de caldo, té, galletas y algunas latas de conservas. —Se acercó a Maggie, que había permanecido apoyada en la chimenea con Skye en brazos, como si ambas pudieran recibir algún calor a pesar de que el fuego estuviera apagado, y le entregó una bolsa de papel—. ¡No me olvido de esta cosita encantadora! He cogido un poco del pienso que llevaba para mis perros.

—Muchas gracias, señora Buchanan, está usted en todo —contestó Maggie aceptando la bolsa. Entonces pareció acordarse de algo, dejó a Skye en el suelo y sacó una libreta y un lápiz de su bolso—. ¿Podría hacernos un último favor? Mi asistente nos espera esta noche en Edimburgo y se preocupará cuando vea que no llegamos... —Se sentó a la mesa y escribió con rapidez en una hoja que luego arrancó—. Si pudiera llamarla usted de nuestra parte al hotel y explicarle la situación...

—Por supuesto, señorita McEvers, será un placer, no se preocupe por nada. —La señora Buchanan cogió el papel, contenta de apropiarse de algo proveniente del puño y letra de la actriz—. Y ya que tiene ese lápiz en la mano, ¿no le importaría firmarme un autógrafo...?

Mientras lo hacía, Bryson aprovechó para echar un vistazo al dormitorio: una cama con cabecero de hierro, cubierta con una manta

roja, una mesita con una lámpara de aceite y una cómoda con cajones. Igual de frío, húmedo y oscuro que el resto de la cabaña. Prefirió no abrir la puerta del cuarto de baño y regresó a la sala de estar, donde la señora Buchanan estaba a punto de marcharse.

—En cuanto hayan despejado las vías, volveré para recogerlos y llevarlos a la estación.

Cuando se hubo ido, Bryson rebuscó entre los bultos del equipaje hasta encontrar su bolsa de mano y la abrió. Afortunadamente llevaba consigo dos cosas que le ayudarían a superar la noche: el tocadiscos portátil y una botella de whisky aún sin abrir que había comprado durante su último paseo por Inverness.

—Menos mal que he traído esto —dijo aliviado. Maggie frunció el ceño.

—¿Eso es siempre lo más importante para ti? ¿Tener música y alcohol en cualquier sitio?

—Pues lo cierto es que sí. Te dejaré probar un poco si dejas de estar de mal humor.

—¡Claro! No quiera Dios que dejemos de divertirnos durante un minuto —masculló ella moviendo los labios como tijeras.

Bryson sonrió sin alterarse y colocó el tocadiscos sobre la mesa.

—Divertirse es importante, Maggie.

—¿Como anoche? —Y añadió con toda intención—: Te divertiste conmigo, ¿verdad?

La miró de soslayo mientras dejaba unos cuantos discos junto al aparato. Habían pasado menos de veinticuatro horas desde el beso, pero parecían semanas.

—Sí, como anoche.

Ella no contestó. Giró en redondo y se alejó hacia la zona de la cocina para dar de comer a la perrita. En realidad, Bryson prefería que estuviera enfadada. Divertirse juntos los llevaba a sobrepasar límites peligrosos y, por otra parte, no soportaba verla llorar, lo desequilibraba y lo hacía sentir culpable. Sabía que Maggie sobrellevaría mejor la situación si estaba furiosa con él. Quizá volviera a despreciarlo, como había ocurrido hasta hacía pocos días, y eso sería lo mejor que podía ocurrir. La mejor forma de resolver aquel

embrollo.

—No deberíamos haber hecho caso a la señora Buchanan, Magg —suspiró. Llevó la botella de whisky hasta la cocina y buscó vasos en la alacena—. Habría sido mejor ir al hotel del pueblo, como el resto de los viajeros. Siendo nosotros, nos habrían dado la mejor habitación—. Se sirvió un poco y, después de pensarlo un momento, le sirvió un vaso a Maggie también—. No sé cómo vamos a pasar aquí una noche entera... ¿Tú qué opinas?

Ella estaba arrodillada en el suelo, acariciando con suavidad a Skye mientras esta devoraba el pienso de la señora Buchanan en un cuenco de cerámica desportillado, pero el tono que empleó al responderle denotó la tensión de su cuerpo.

—Opino que deberías estar agradecido a esa buena mujer en vez de quejarte tanto, Bryson. No eres más que un engreído, una estrella de Hollywood tan caprichosa y superficial como... —Se puso de pie y lo señaló acusadoramente con el dedo índice—. No, no eres una estrella siquiera... ¡Eres un agujero negro! ¡Un agujero negro que lo absorbe todo! —Recogió su vaso de whisky con una mano y su maleta con la otra—. ¿Y sabes qué más opino? ¡Que dormirás estupendamente en el sofá, igual que preferiste hacer anoche después de que nos divirtiéramos!

Pasó como una exhalación junto a él, con Skye siguiéndola apresuradamente, y se encerró en el dormitorio dando un sonoro portazo.

Maggie asomó con cautela la cabeza. El salón de la cabaña estaba silencioso y en penumbra, mucho menos frío que el dormitorio. Bryson debía de haber encendido la pequeña chimenea por la noche y, en ese momento, unas brasas aún candentes seguían calentando la estancia. Las cortinas estaban cerradas y solo se escuchaba el repicar de la lluvia contra los cristales, algo más débil ya, y los ronquidos de Bryson, echado en aquel extraño sofá cama y tapado con una manta vieja.

Se quedó en el umbral del dormitorio, sin saber qué hacer, hasta

que Skye se coló por el resquicio de la puerta y atravesó a toda velocidad el salón hasta llegar a la puerta de la cabaña. Arañó levemente la madera y miró a Maggie con expresión apurada. De puntillas, esta pasó por delante del sofá en que dormía su exmarido y dejó salir a Skye. Mientras la perrita se aliviaba junto a unos arbustos, y, procurando no hacer ruido, Maggie buscó en la alacena algo de comer. No había cenado nada la noche anterior y estaba muerta de hambre. La última vez que había comido algo había sido en el tren, unas dieciocho horas antes.

Puso la tetera al fuego y devoró un par de galletas sin esperar a que el té estuviera listo. Estaba deseando llegar a Edimburgo y disfrutar de una verdadera comida y un baño de espuma. No había dormido mal del todo, aunque había tardado en entrar en calor incluso con las mantas de la cama y el jersey de lana que se había puesto encima del camisón. Pero ahora le dolía el cuello y la espalda, se sentía sucia e irritable y, sobre todo, le daba la impresión de que aquella cabaña era demasiado pequeña para que Bryson y ella pasaran una sola hora más juntos bajo su techo. Aunque, de hecho, incluso el palacio de Buckingham habría sido demasiado pequeño... Esperaba que la señora Buchanan no tardara demasiado en llegar a recogerlos. Eran casi las nueve de la mañana, seguro que los operarios ya habrían quitado el árbol de las vías.

Skye arañó de nuevo la puerta para que la dejara entrar. Cuando Maggie abrió, una corriente de aire entró en la cabaña, provocando que la puerta del dormitorio se cerrara de golpe. Maggie miró con aprensión hacia Bryson. Efectivamente, se había despertado con el ruido.

—¿Qué pasa? —le oyó murmurar somnoliento desde el sofá.

La tetera silbó en el fogón. Maggie suspiró y cogió dos tazas del estante de la alacena.

—¿Quieres un té? —le ofreció.

Quizá había sido demasiado arisca la tarde anterior. Seguía sintiéndose muy dolida, pero pronto terminaría aquella pesadilla. Lo mejor sería que durante las horas que les quedaban juntos intentaran ser amables el uno con el otro.

—¿No hay café?

¿Por qué no se limitaba a aceptar el té, por amor de Dios? ¿Por qué no se conformaba con lo que había y le daba las gracias?

—Claro, ahora te sirvo también un plato de huevos y beicon y te preparo una cestita con *muffins*.

—¿Siempre tienes que ser tan sarcástica?

Sin responder, le llevó la taza al sofá como si fuera una esposa perfecta. La botella de whisky sobre la mesa estaba mediada y eso la sorprendió. Esperaba haberla encontrado vacía. Bryson se incorporó hasta quedar apoyado en los cojines y sorbió el té. Estaba despeinado, sin afeitar y con la camisa arrugada; no parecía una estrella de cine, sino más bien un hombre que hubiera pasado la noche en prisión, pero seguía resultando increíblemente atractivo. Maggie se sentó en la mecedora con su taza y contempló los rescoldos de la chimenea con la imagen de él grabada en la mente.

—Confío en que la señora Buchanan llegue pronto —comentó—. Podríamos estar en Edimburgo a la hora del almuerzo.

—Eso espero.

Pasó alrededor de una hora antes de que Skye indicara que necesitaba volver a salir. Maggie dejó a un lado el libro que había estado leyendo y se levantó para abrir la puerta. Un papel asomaba por debajo.

—Nos han dejado una nota —le anunció a Bryson, al tiempo que se agachaba para recogerla—. Debe de haber sido hace nada, porque cuando me he despertado no estaba...

Era una hoja arrancada de una libreta, pautada y de color amarillo pálido, y a Maggie le costó un poco descifrar la letra, pero cuando consiguió entender el mensaje su primer impulso fue emitir un gemido de frustración.

—¿Qué dice la nota? —Bryson se había levantado del sofá y estaba detrás de ella, tratando de leer por encima de su hombro.

Maggie se volvió hacia él y se la tendió. Bryson empezó a leer en voz alta, despacio, con las mismas dificultades que había tenido ella.

—«No he querido molestaros en vuestro descanso, por eso no he llamado. Dicen en la estación que aún no ha podido acudir nadie a

retirar el árbol y, como hoy es domingo, probablemente no lo hagan hasta mañana. Sentíos como en vuestra casa. Afectuosamente, Mary Buchanan». —Bryson levantó la mirada del papel para fijarla en Maggie—. ¿Qué quiere decir esto?

—¿Tú qué crees? Que tenemos que quedarnos aquí al menos un día más.

Las horas pasaron con lentitud. Bryson encendió de nuevo la chimenea y se instaló en el sofá con su tocadiscos y el guion de *Niebla en Venecia* que le habían entregado en la oficina de Clayton. Mantenía la música a un volumen moderado, lo cual era extraño en él, y Maggie, sentada en la mecedora con su libro, se preguntó si lo hacía para no molestarla. La música alta le disgustaba, y él lo sabía. Era curioso, reflexionó, la cantidad de cosas que sabían el uno del otro y que aun así no encontraran la manera de hacerse felices.

De vez en cuando, levantaban a la vez la vista de sus lecturas y sus ojos se encontraban unos segundos. Apenas hablaban: los temas de conversación frívolos se habían agotado ya y los temas de conversación importantes eran inabordables en aquella situación, en la que no podrían escapar el uno del otro si el diálogo descarrilaba.

A mediodía se levantaron para revisar el contenido de la alacena en busca de algo que sirviera como almuerzo. Tal y como había dicho la señora Buchanan, además de las galletas, los cubitos de caldo y el té, solo había latas de conserva: crema de champiñones, cecina, alubias y guisantes. Maggie calentó la crema de champiñones en el fogón mientras Bryson abría la lata de cecina y colocaba la carne en un plato. «Parecemos un matrimonio de verdad», se dijo, y no se dio cuenta de que estaba sonriendo hasta que Bryson la miró con extrañeza. Antes de que pudiera preguntarle por qué sonreía así, se apresuró a verter más pienso en el cuenco vacío de Skye.

Comieron sentados a la pequeña mesa de madera, frente a la chimenea. Ahora estaban más cerca y no tenían sus lecturas como excusa para no tener que hablar, así que Maggie miró alrededor, desesperada, buscando algún tema que sirviera. Se fijó en el guion que

había dejado sobre el sofá.

—¿Qué te parece la adaptación del libro?

Bryson terminó de masticar una tira de cecina y se encogió de hombros.

—No está mal, supongo, aunque el libro es mejor... Han cambiado varias cosas respecto a la novela, pero imagino que tu tío está de acuerdo. —Bebió un poco de agua. ¡Qué extraño era ver a Bryson bebiendo solo agua! Maggie supuso que estaba guardando lo que quedaba de whisky para la noche—. Tengo que devolverte tu ejemplar, por cierto. Ya no lo necesito.

Maggie removió la crema de champiñones y se rio.

—¿Quieres decir que después de dos semanas de viajes, hoteles y maletas aún no lo has perdido?

Él la miró con expresión recriminatoria, un poco ofendido.

—Sé que me consideras un desastre, Magg, pero también sé que ese libro es muy importante para ti. Lo he cuidado mucho todos estos días.

—Gracias. Y siento de nuevo que el tuyo acabara en el fondo del mar..., aunque no fuera tan importante para ti.

—Sí que lo era —repuso él. Parecía triste de repente, como si el recuerdo de su libro perdido significara para él la pérdida de algo mucho más valioso—. Pero ya da igual.

—¿Por qué era importante? ¿Porque lo escribió mi tío? Ni siquiera era una edición antigua. Puedes encontrarlo exactamente igual en cualquier librería...

—No, esa no era la razón.

—Entonces ¿por qué? —insistió ella, abandonando la cuchara en el plato. De pronto, averiguar aquello le parecía crucial.

Bryson bajó la mirada hacia su comida.

—Da igual —repitió con un suspiro.

Maggie volvió a su crema de champiñones, aún pensativa.

—¿Qué es lo que han cambiado?

—¿Cómo?

—En el guion. Has dicho que han cambiado algunas cosas del libro...

Bryson le tendió un trocito de cecina a Skye, que permanecía sentada en el suelo junto a él, esperando con paciencia a que uno de los dos le diera algo de la comida. Skye olisqueó la carne y la tomó delicadamente de los dedos de Bryson. Este, por alguna razón, no parecía tener muchas ganas de conversar y, cuando respondió a la pregunta de Maggie, lo hizo con un poco de desgana.

—Bueno, le han quitado importancia a la historia de amor de los protagonistas y ahora Marco es detective en lugar de ilusionista retirado. Supongo que por eso me han elegido a mí para interpretarlo en lugar de a Gary Cooper o alguien así...

Ella soltó la cuchara, perpleja.

—¿Ahora Marco es detective? ¿Qué sentido tiene eso? ¡Marco es un mago brillante, tiene que serlo, el personaje está basado en mi abuelo!

—Los guionistas creyeron que funcionaría mejor así. No sé, Maggie, pregúntales a ellos.

Respiró hondo y trató de calmarse. Que los guionistas hubieran cambiado la profesión de Marco, por mucho que los detectives estuvieran más de moda que los ilusionistas, le parecía un crimen, pero quizá la historia continuara siendo buena.

—¿Y qué pasa con la trama romántica? —quiso saber, más tranquila pero aún en tensión.

—Marco y Eliza tienen un lío, claro, pero al final deciden seguir cada uno con su vida...

Maggie se levantó con tanta brusquedad que volcó su silla, provocando que Skye se asustara y se escondiera bajo la mesa.

—¿Un lío? ¡No puedo creer que Bobby estuviera de acuerdo con eso cuando les cedió los derechos! ¡Era la historia de amor de su propia madre y de su padrastro!

Bryson, aún sentado, la miró asombrado por su arrebato.

—Sí, lo sé, pero es solo una adaptación cinematográfica. El papel de Marco, incluso con los cambios, es el mejor que interpretaré nunca. Y siempre tendrás la novela con la historia original...

—¡Tendrían que haber respetado todos los detalles! —Maggie paseó de un lado a otro de la cabaña. La sangre empezaba a hervirle de indignación—. ¡Han convertido la mayor historia de amor que he

conocido nunca en una tontería detectivesca y vulgar!

—¿No crees que estás exagerando?

—¡No, Bryson, por supuesto que no estoy exagerando! Ya imagino que alguien como tú no puede entenderlo, pero era el romance que yo siempre he esperado vivir...

En ese momento Bryson también se levantó de su silla.

—¿Alguien como yo? —repitió. Lanzó su servilleta sobre la mesa, pero la mitad de la tela aterrizó dentro del plato de crema—. ¿Y qué quieres decir con «el romance que yo siempre he esperado vivir»? ¿Que el que vivimos nosotros no fue en absoluto lo que tú esperabas?

—¡No seas cínico! —le espetó—. Está bastante claro que no fue lo que esperábamos ninguno de los dos. Por eso nos divorciamos, ¿no?

Bryson la miró desde la mesa. En ese momento parecía más herido que enfadado.

—Yo no me arrepiento de haberme casado contigo, Maggie. Ya sé que tú sí.

Ella le devolvió la mirada y durante un segundo se planteó encerrarse en el dormitorio con Skye, como había hecho el día anterior, y dejar que transcurriera el tiempo, evitando así las discusiones con Bryson, hasta que la señora Buchanan regresara. Pero, de pronto, su lado mezquino y rencoroso, la parte de ella que había conseguido mantener más o menos a raya durante las últimas semanas, se adueñó de todo su ser. Se olvidó de todos los momentos felices con Bryson, los del principio de su relación y los que habían vivido durante el viaje; se olvidó de los motivos por los que se habían casado, de las cualidades que admiraba en él, incluso de que hacía menos de dos días que se había abandonado en sus brazos mientras lo besaba como si le fuera la vida en ello. En lugar de todo eso, le vinieron de golpe a la mente todas las noches que había pasado sola en Highland, despierta y ansiosa, esperando a que Bryson volviera de un rodaje o de la casa de Juniper; las veces que había soportado sus borracheras o que la había ignorado; el dolor que había sentido cuando se enteró de que la había sustituido tan rápido, cuando ella todavía lloraba sobre los papeles recién firmados del divorcio. Y, entonces, volcó sobre él toda su rabia contenida y buscó en su interior

las palabras más hirientes que pudiera dirigirle.

—Eres lo peor que me ha ocurrido jamás, Bryson Mallory.

Él se agarró al respaldo de la silla como si sus palabras le hubieran hecho perder el equilibrio y pareció terriblemente dolido por un instante, pero, aunque sus ojos permanecían serios, enseguida esbozó una medio sonrisa y dijo:

—Estos últimos días no me ha dado esa impresión, Maggie. ¿De verdad pensabas eso cuando íbamos en coche de Edimburgo a Inverness? ¿O cuando bailamos en el salón de tus padres? ¿O esa misma noche en que...?

—No hace falta que sigas —lo interrumpió ella con altivez—. Sí, de acuerdo. He disfrutado contigo durante este viaje.

Bryson avanzó un poco hacia ella. A Maggie le dio la sensación de que él era ahora quien tenía el control de la situación y eso le hizo sentir insegura otra vez. Retrocedió hacia la cocina, pero él la siguió mientras hablaba.

—Creo que has hecho algo más que disfrutar. Creo que has intentado seducirme, Maggie, todos los días, desde esa primera noche en el barco. Con todas tus armas. Llegados a este punto, sé sincera de una vez.

Ella suspiró. Odiaba a Bryson con todas sus fuerzas en aquel momento, tanto como le amaba, pero tenía razón en lo de que fuera sincera... De todas maneras, ¿qué podía importar ya todo?

—Sí, lo admito, pretendía recuperarte durante la gira —confesó, y esperó resignada a que se burlara de ella.

Pero las burlas no llegaron. Los ojos oscuros de Bryson brillaban como la superficie del lago Ness en verano y, en vez de reírse o ridiculizarla, murmuró con voz suave:

—Y lo conseguiste, Magg, durante unos momentos lo conseguiste.

Ella movió la cabeza con impaciencia rechazando sus palabras. No quería escuchar nada más sobre ese tema.

—Sí, sí, ya lo sé, cuando me besaste...

—¿Cuando te besé? —Bryson soltó una carcajada amarga y se acercó más a ella, arrinconándola contra la alacena. Puso las manos sobre sus hombros y la zarandeó ligeramente, como si estuviera

intentando despertarla de una pesadilla—. ¡Pero qué boba eres...! ¡No te has enterado de nada, Maggie! ¿Piensas que lo importante de todo esto fue ese beso en la despensa? ¿Que me recuperaste en el momento en que no pude controlarme físicamente más en tu presencia? ¡Lo habías conseguido mucho antes de que te besara! Lo conseguiste cuando empezaste de nuevo a sonreírme como hacías al principio, hace años, cuando volviste a mirarme como entonces..., como si fuera el hombre más maravilloso que hubieras conocido nunca. Y ahora, en cambio, me miras con odio y me dices que soy lo peor que te ha ocurrido jamás.

Bryson la soltó y, al hacerlo, Maggie sintió una vez más la diferencia formidable que suponía su contacto físico... incluso en medio de una discusión. Cuando él la tocaba, ella percibía que todos sus sentidos se amplificaban, como si su cuerpo se convirtiera en una gigantesca antena, y, cuando dejaba de tocarla, aunque continuara estando en la misma habitación, Maggie se limitaba a flotar en un vacío gélido. Había subsistido en ese abismo helado el último año, durante los largos meses en que solo veía a Bryson de lejos en una fiesta, y se daba cuenta, ahora, de cuán doloroso resultaría tener que volver a habitarlo el resto de su vida. Los ojos se le llenaron de lágrimas y luchó para que no se desbordaran. Por suerte, él se había girado y ahora le daba la espalda.

—Siento no haber sido la esposa perfecta —contratacó, sin saber qué otra cosa decir después del discurso de Bryson—, pero no fue nada fácil estar casada contigo, ¿sabes? Lo intenté, lo hice todo para que siguieras amándome como al principio, pero preferías tu trabajo y tus diversiones antes que a mí y cada día me ignorabas un poco más... ¡hasta que al final me abandonaste del todo!

Él volvió a girarse hacia ella con brusquedad. Sus ojos ya no brillaban, ahora lanzaban llamaradas de fuego.

—Yo no quería divorciarme, fuiste tú la que pidió el divorcio. ¡Recuérdalo, Maggie! ¡Empieza a recordar las cosas tal y como ocurrieron! ¡No eres la virginal doncella en apuros, agraviada e indefensa que te gusta imaginar!

—¿Y qué querías que hiciera? ¡Saltaste a la cama de Juniper cinco

minutos después de decidir separarnos, puede que incluso antes! ¿Pretendías que siguiéramos casados mientras la convertías en tu amante oficial y toda la prensa se hacía eco de ello? ¡Admite que en el fondo estabas deseando que pidiera el divorcio para librarte del todo de mí y que te saliste con la tuya como siempre!

—No puedo creer que digas eso.

A Maggie le enfurecía que emplease ese tono calmado y ofendido mucho más que cuando gritaba como estaba haciendo ella. Supo que, si se quedaba allí más tiempo, acabaría volviéndose loca, sufriendo una crisis de nervios o lanzando los platos de la comida por los aires.

Cogió la gabardina y la correa de Skye y abrió la puerta de la cabaña.

—¿Adónde vas? —preguntó él.

—A dar un paseo. No soporto estar aquí dentro contigo ni un solo minuto más. Nunca he conocido a nadie tan egoísta, autoindulgente, manipulador...

—¿Egoísta? Te presenté a la gente importante de Hollywood, te busqué un apartamento, te ayudé a convertirte en una verdadera actriz... ¡Me casé contigo! ¿Qué más querías de mí?

Maggie lo miró por encima del hombro desde el umbral de la puerta.

—¡Que hubieras estado conmigo siempre, Bryson, como me prometiste! Quería tu amor.

—Eso lo tenías —murmuró él.

—No lo creo. —Se secó una lágrima que ya había empezado a deslizarse por su mejilla. Se sentía absolutamente exhausta—. Vamos, Skye, demos un paseo por el bosque. —No hubo ruido de patitas contra el suelo de madera de camino a la puerta. Maggie la llamó con voz un poco más alta—. ¡Skye! ¡Vamos!

La buscó con la mirada por la estancia principal de la cabaña, pero no estaba en ningún sitio, ni siquiera debajo de la mesa. Se asomó al dormitorio. La perrita tampoco se había refugiado allí de la tormenta que había estallado entre los dos humanos.

—¿No está en el dormitorio? —preguntó Bryson.

—No. —Miró hacia la puerta de entrada que había mantenido

abierta mientras seguían discutiendo—. ¿Ha salido sola?

—No lo sé.

Maggie se precipitó al exterior.

# 19

*Pasado: Beverly Hills, mayo de 1956*

Los sonidos que salían de una caja de cartón detuvieron de inmediato a Maggie en mitad de la calle. Sonaba tan triste, tan lastimero y angustiado, como ella misma se sentía casi todo el tiempo y no podía abandonar a aquello que fuera que se sintiese así también. Había un hombre latino en la acera, sentado en una silla plegable, con una gran caja de embalaje abierta delante de él. Cuando vio a Maggie detenida a su lado, le hizo un gesto para que echara un vistazo. Ella se inclinó sobre sus tacones altos para mirar el contenido.

—Oh, Dios mío... —musitó con el corazón encogido.

En el interior de la caja había tres cachorritos muy pequeños, que lloriqueaban y se subían los unos a los otros, tratando de escapar.

—Necesitan una familia —dijo el hombre—. Ya he colocado a uno, pero aún quedan estos tres.

—Son preciosos.

—Cavalier king Charles spaniel. Se suponía que habían esterilizado a la madre, pero... —Se encogió de hombros.

—¿Son suyos? —preguntó Maggie antes de alargar la mano para acariciarlos. Tenían un pelo tan suave que le pareció casi irreal.

—No, señora. Yo solo recibí el encargo de regalarlos a buenas personas que los quisieran.

«Pues acaba de encontrar a una», se dijo Maggie, sin que se le pasara por la cabeza que pudiera necesitar la opinión de Bryson para nada. Contempló a los perritos un instante, tratando de decidirse por uno. Habría querido llevarse a los tres, pero ahora que estaba a punto de empezar un rodaje no podría encargarse de tantos, ni siquiera con la ayuda de Lucy. Uno de los cachorros la miró directamente a los ojos con tanto anhelo que no pudo soportarlo. Maggie lo cogió con cuidado

y lo besó con suavidad en la cabecita.

—Me llevaré este.

—Es una hembra —le informó el hombre, y sonrió a Maggie—. Tiene usted un gran corazón, señora.

Le dio las gracias al hombre y se alejó calle abajo en busca de una tienda de animales en la que comprar todo lo que necesitaría. Al notar el movimiento, la perrita se revolvió en sus brazos hasta que encontró una postura cómoda y después se quedó quieta y tranquila, como si hubiera estado esperando a Maggie durante toda su corta existencia.

—Ahora vendrás a casa conmigo y buscaremos un nombre bonito para ti —le dijo con voz suave mientras caminaba. La perrita inclinó la cabeza y la miró con expresión interesada—. Te prometo que nunca nos separaremos, pequeña. Te daré la vida más feliz que puedas imaginar.

Bryson cerró la puerta de golpe y trató de serenarse lo suficiente para conducir. Acababa de dejar a una llorosa Maggie en mitad de otra discusión, abrazada a su nueva compañera canina y enfadada de nuevo porque no iba a quedarse a cenar en casa, pero no había sufrido el encarcelamiento y la muerte de su padre, los apuros económicos de su madre, la Ley Seca, la Depresión, los golpes en el ring y una guerra mundial para acabar cediendo a los chantajes emocionales de una mujer, por mucho que se tratara de su esposa.

—¡Te recuerdo que eres un hombre casado! —le había gritado desde lo alto de la escalera, con Skye en sus brazos.

—¡Sí, casado! —había gritado él en respuesta—. ¡No prisionero!

Condujo en dirección a la casa de Juniper pisando el acelerador a fondo, a pesar de que estaba en una zona en la que el límite máximo de velocidad era muy reducido. Cuánto necesitaba una copa. ¿Qué se había creído Maggie? ¿Por qué le parecía mal todo lo que hacía? Siempre se estaba quejando de cualquier cosa. De sus amigos, de que no quisiera recoger su desorden precisamente en el momento en que ella decidiera, de que pidiera una tercera copa en los restaurantes, de que pusiera la música demasiado alta, de que le gustara trasnochar y

levantarse lo más tarde posible... Maggie parecía odiar todo lo que él era y no dejaba de preguntarse por qué había accedido a casarse con él si tantos defectos le encontraba. Él no la criticaba tanto, por todos los demonios. De hecho, nunca le decía lo que tenía que hacer ni cómo hacerlo, ni le había pedido que cambiara una sola de sus irritantes manías ni que dejara de hablar como una maestra de internado.

Le había explicado muchas veces que si iba a la casa de Juniper era simplemente para repasar juntos las escenas que rodarían al día siguiente mientras tomaban algo de cena en su jardín. No podía comprender qué tenía de malo aquello, pero Maggie hacía que pareciera la actividad más depravada y licenciosa que ningún hombre pudiera llevar a cabo. No quería quedarse otra noche sola en casa, le había dicho indignada, pero ¿qué culpa tenía él de eso? Ella era libre para salir también, para quedar con quien quisiera o para asistir a alguna fiesta... De hecho, a Bryson le gustaría que lo hiciese de vez en cuando. Algunos amigos suyos ya habían empezado a preguntarle por qué su mujer nunca quería reunirse con ellos, y él no sabía qué responder.

Aparcó junto a la casa de Juniper y atravesó el jardín, en cuyo centro refulgía una piscina iluminada con forma de pequeño lago. Juniper le esperaba junto a las puertas acristaladas, vestida con un top escotado atado al cuello y pantalones capri.

—Tengo ya los martinis preparados —le dijo mientras él se acercaba —. Los sacaré afuera con algo de comer.

Lo único que no le gustaba de sus cenas con Juniper era que ella no comía nada de carne y Bryson siempre se quedaba con un poco de hambre. Pero valía la pena una cena frugal a cambio de esas horas sentados en el fresco porche de su casa, bebiendo una copa tras otra y alternando algunos minutos de ensayo con largos ratos de risas y agradable charla. Así habían sido las cosas con Maggie al principio, antes de que todo cambiara.

Bryson se sentó en la zona de estar del porche, cogió el martini y se mojó los labios. Juniper los preparaba con un toque especial, siempre estaban en su punto, mejor que los de cualquier barman profesional.

Ella se acomodó junto a él con las piernas recogidas sobre el asiento y bebió un poco del suyo. Luego, dejaron las copas a la vez sobre la mesa y se miraron el uno al otro.

—¿Qué ha dicho tu mujer? ¿Ha vuelto a enfadarse?

—Más que nunca —respondió él, cansado. Hacía una noche estupenda, el martini estaba delicioso y lo último que le apetecía era hablar de Maggie—. Pero no tengo por qué obedecer sus órdenes.

—Eres un hombre libre, ¿no?

—Eso creía antes de casarme.

A pesar de haberse tomado dos somníferos, Maggie pasó casi toda la noche despierta, con Skye hecha un ovillo en el lado de la cama que debía ocupar su marido y pendiente del ruido del coche en la entrada y del sonido de la llave en la cerradura. Cuantas más horas transcurrían, peor se sentía y más segura estaba de que Bryson no volvería a casa a dormir. Lo peor era que no se trataba de una de esas ocasiones en las que él había acudido a una fiesta o a un local de jazz. Esa noche estaba en casa de Juniper; se había marchado antes de la cena y, ahora, cuando estaba a punto de salir el sol, todavía continuaba allí con ella. Ser consciente de eso dejaba a Maggie paralizada, sin nada a lo que agarrarse. No había ninguna excusa que pudiera imaginar para consolarse un poco y explicar la ausencia de Bryson, no había forma de engañarse a sí misma. Su marido estaba pasando la noche en casa de otra mujer, eso era lo que estaba ocurriendo, y tenía que asumirlo.

¿Lo había arrastrado ella a hacerlo? ¿Se había convertido en una bruja maniática y aburrida que había empujado a su marido a los brazos de otra? Pero no podía creerse que las demás esposas sí permitieran sin quejas la clase de cosas que Bryson hacía. ¿De verdad la señora Jensen, su nueva vecina, tenía que aguantar también que el señor Jensen pasara todas las noches fuera de casa? No, estaba segura de que no.

Skye gimió en sueños y ella le acarició el lomo hasta que se quedó tranquila otra vez. Le había puesto ese nombre en recuerdo de

Escocia, cada vez la echaba más de menos. La perrita estaba siempre con ella, se la llevaba incluso al rodaje, y entre escena y escena iba a verla al camerino, donde dormitaba o jugaba en una cestita acolchada. Lucy le había cogido cariño y se encargaba de pasearla cuando le resultaba imposible, pero a Maggie le gustaba hacerlo, aunque estuviese agotada. Adoptarla había sido la mejor decisión que había tomado en muchísimo tiempo. Si hubiese tenido que pasar esa noche completamente sola, quizá habría acabado por tomarse todos los somníferos, porque encima era su cumpleaños... A Maggie le gustaba considerar que los cumpleaños comenzaban desde las doce de la noche anterior, no desde que uno se levantaba por la mañana, y Bryson lo sabía de sobra y le había dado igual. O quizá lo había olvidado.

Maggie ya no estaba segura de nada.

Llevaban dos días sin parar de discutir. Maggie repetía una y otra vez que el hecho de haber empezado el día de su cumpleaños llorando era la señal definitiva de que su matrimonio no podía ir peor. Bryson había intentado apaciguar la situación saliendo a comprarle una pequeña tarta de chocolate con veintinueve velitas, pero ella había cogido la tarta, cuatro botellines de cerveza vacíos que encontró en el frigorífico y un montón de calcetines sucios olvidados por el suelo del vestidor y había tirado todo al cubo de la basura sin dirigirle una sola palabra. A él le había enfurecido esa reacción y se había encerrado en el estudio todo el día. Tocó la guitarra horas y horas para no oír los sollozos de Maggie, que duraron horas también, y durmió en el pequeño sofá de cuero, totalmente vestido y muy borracho.

Cuando se despertó, con resaca y todos los músculos del cuerpo doloridos, subió para darse una ducha, aunque lo que de verdad quería era comprobar qué estaba haciendo ella. Entró en el dormitorio con la cabeza alta y expresión resuelta, sin permitir que el más mínimo asomo de culpabilidad asomara a sus ojos. Maggie estaba sentada en el borde de la cama, en camisón y aparentemente sin hacer nada, con Skye tumbada a su lado. Su mujer tenía los ojos enrojecidos y estaba muy pálida, pero parecía tranquila, como si después de haber

pasado mucho tiempo llorando ya se hubiera desahogado del todo. El frasco de somníferos de la mesilla estaba cada día más vacío. Levantó un poco la cabeza cuando lo vio en la puerta del dormitorio y lo miró con una decepción y un dolor tan profundos que Bryson no pudo articular palabra. Fue Maggie quien habló:

—Creo que deberíamos separarnos.

Él no dijo nada durante unos segundos. Últimamente también había pensado en esa posibilidad, pero escuchárselo decir a ella era más duro que limitarse a imaginarlo. Por un momento estuvo a punto de sentarse a su lado, abrazarla y prometerle que todo se arreglaría entre ellos... Pero no se movió de donde estaba y solo asintió con la cabeza y murmuró:

—Yo también lo creo.

Apenas había dormido en dos noches, pero Bryson se las arregló para conducir hasta la casa de Juniper. Por suerte, el director les había dado tres días de descanso en el rodaje mientras solucionaban ciertos problemas con las escenas en exteriores y podía dar rienda suelta a su malestar sin demasiadas consecuencias.

Juniper lo abrazó, le aseguró que todo iría bien y sacó de la casa una botella de tequila, sin vasos. Se sentaron en el borde de la piscina y se fueron pasando la botella hasta que los dos estuvieron completamente borrachos. Bryson gruñó un par de veces refiriéndose a Maggie: «Joder, ¿por qué esa arpía no se da cuenta de cómo la quiero?». Pero Juniper se arrimó más a él, volvió a ponerle la botella en la mano y le aconsejó que se olvidara del asunto.

Antes de que supiera lo que estaba pasando, ahogado por una marea de dolor, alcohol y orgullo herido, Bryson besaba a la joven estrella y ponía punto final a su aflicción por esa noche.

Volvió a Highland hacia mediodía para recoger algunas cosas. No se quedaría en casa de Juniper, pero tampoco podía seguir viviendo con Maggie ya. Subió al dormitorio y, antes de entrar, su mirada se cruzó con la de Lucy Jenkins, sentada frente al escritorio del pequeño despacho que Maggie le había preparado para que trabajara.

—Buenos días, señorita Jenkins —la saludó, consciente del aspecto que debía de presentar en esos momentos.

—Buenos días, señor Mallory —respondió ella con tono educado, pero con una expresión helada en sus ojos verdes. Era obvio que estaba al corriente de muchas cosas.

Aunque la asistente no dijo nada más y había sido muy correcta con él, Bryson sintió de pronto el impulso de defenderse. Se apoyó en el quicio de la puerta abierta del despacho y cruzó los brazos mientras inspiraba hondo.

—No he hecho nada malo, a pesar de lo que ella haya podido contar.

Lucy se limitó a parpadear y a dar unos golpecitos insolentes sobre la mesa con el lápiz que tenía en la mano, como si no deseara perder ni un minuto de su tiempo en hablar con él. Irritado, Bryson recorrió el pasillo a largas zancadas, pero, antes de llegar al dormitorio, dio la vuelta y regresó al despacho.

—¿Está Maggie en casa?

Lucy levantó la cabeza de las carpetas que tenía ante ella para volver a mirarlo.

—No. Está en el rodaje.

—Perfecto. Voy a recoger un par de cosas y luego me iré.

—Estoy segura de que eso es justo lo que Maggie desea —repuso ella con tanta calma que Bryson sintió ganas de gritar.

—¡No he hecho nada malo! —insistió. Avanzó un paso para entrar en el despacho, pero la expresión fría que mantenía ella actuó como una barrera inabordable y retrocedió de nuevo hasta la puerta—. Maggie no dejaba de insistir e insistir en que había algo entre Juniper Gale y yo, pero puedo jurar ante quien sea que no hubo absolutamente nada hasta esta noche.

No se dio cuenta de lo que acababa de confesar hasta que vio a Lucy levantarse de su silla, adelantarse hacia él, dirigirle una mirada de profundo desprecio y cerrarle la puerta del despacho en las narices, todo con mucha tranquilidad y una gran parsimonia.

Maggie volcó otra brazada de prendas de Bryson sobre la montaña de ropa que ya cubría buena parte del suelo del estudio.

—Creo que ya está —dijo, y se detuvo un momento para descansar y secarse el sudor que le cubría la frente y el escote.

Llevaba toda la tarde recorriendo con Lucy cada habitación de Highland para hacerse con todas las pertenencias de Bryson y reunirlas en su estudio. Ahora, la habitación estaba repleta de libros, discos, ropa, zapatos, artículos de aseo, fotografías, guiones viejos, raquetas de tenis, palos de golf y ceniceros de cristal. Su guitarra y su tocadiscos ocupaban un lugar privilegiado encima del sofá.

Lucy miró alrededor con las manos apoyadas en la cintura.

—¿Y ahora qué?

—Llama por teléfono a Anthony Holland y pídele que localice a Bryson. Supongo que su agente sabrá dónde está. Que él le advierta de que debe sacar todas sus cosas de aquí en un plazo máximo de tres días a partir de mañana. Si no lo hace, me desharé yo misma de todo. Mientras tanto, estaré alojada en el hotel Beverly Hills con Skye.

Lucy asintió. Maggie había llorado mucho al enterarse de lo que Bryson le había dicho, pero después se había servido un whisky escocés y había adoptado una actitud considerablemente resolutiva, transformando su desolación en una energía arrolladora, casi maniaca.

—¿Algo más?

—Sí. Llama también a Jonah Leary, cuéntale lo último que ha ocurrido y dile que necesitaré un buen abogado de divorcios y un plan para controlar a la prensa.

La demanda de divorcio le quemaba la mano como si sostuviera un puñado de brasas ardientes. Había transcurrido solo una semana desde que se habían separado y en ese tiempo Maggie ya le había obligado a mudarse de Highland y le había hecho llegar los documentos a través de Lucy, todo ello sin cruzar una sola palabra con él, pero ahora no le quedaría más remedio que mirarle a la cara y escucharle.

Esperó ante la puerta cerrada de la mansión durante un rato que se le hizo eterno, hasta que ella abrió por fin y se quedó mirándolo con

las cejas enarcadas.

—¿Qué quieres?

—¿Puedo entrar un momento en mi propia casa a hablar contigo?

—Ya no es tu casa, Bryson —le recordó con una especie de siseo—. Anthony Holland me dijo que estabas dispuesto a cedérmela, pues has sido tú quien lo ha estropeado todo...

—¡Maggie, por favor!

Ella suspiró y se hizo a un lado para que pasara al interior, pero no le invitó a sentarse. Se quedó de pie en el vestíbulo, dándole la oportunidad de que dijera lo que tuviera que decir pero sin mirarle a los ojos.

—Maggie... —No sabía muy bien cómo decirlo. Maggie era una estatua de hielo, ataviada con un vestido negro de corpiño ajustado y falda amplia, con el pelo perfecto y elegantemente recogido y los labios pintados. No parecía haber sufrido demasiado los últimos días y se preguntó si ya habría dejado de echarlo de menos—. ¿No podemos hablar de esto? —preguntó agitando los papeles del divorcio.

—No sé qué es lo que quieres que hablemos...

—Pues... ¿de verdad nos vamos a divorciar?

Un brillo de algo indescifrable centelleó en los ojos azules de la que aún era su mujer. Ladeó la cabeza y le lanzó una mirada penetrante que atravesó el alma de Bryson.

—¿Y por qué no?

—Porque en el fondo nos seguimos amando —contestó él manteniéndole la mirada.

Maggie no dijo nada durante unos instantes. Bryson sabía que era demasiado orgullosa como para lanzarse a sus brazos solo porque él le hubiera dicho eso, pero confió en que sus palabras provocaran en ella alguna clase de reacción, aunque no lo demostrase en ese momento. Esperó su respuesta con impaciencia, de pie en el vestíbulo de la casa en la que ya no vivía. Desde algún lugar del piso de arriba se oía la voz de Lucy hablando por teléfono y el leve sonido de las patas de Skye yendo de un lado a otro, pero, aparte de eso, era una casa terriblemente silenciosa. A Bryson se le hacía raro pensar que hasta hacía pocos días la había compartido con Maggie.

—¿Has vuelto a ver a Juniper desde esa noche? —preguntó ella con una voz muy suave. Parecía una hermosa pantera negra, ronroneando ante la misma presa que se disponía a destrozar.

De nuevo ese espinoso tema. Bryson no consideraba haber sido infiel a su esposa jamás, pues lo que había ocurrido entre Juniper y él había pasado después de que Maggie propusiera que se separaran. Sin embargo, entendía que se sintiera humillada y trató de pensar cómo contestar a su pregunta de forma correcta pero sin mentir.

—Bueno, la veo en el rodaje, claro...

—Sabes perfectamente a qué me refiero.

Sintió que la sangre le subía a la cabeza de golpe y bajó la vista para que ella no pudiera leer su expresión, pero fue inútil. Los labios de Maggie se estiraron en una de sus frías sonrisas.

—Ya veo cuánto nos seguimos amando —dijo, sarcástica, y le señaló la puerta con un gesto expeditivo y majestuoso—. Haz llegar a mis abogados tu copia firmada lo antes posible y no vuelvas a poner un pie en Highland nunca más.

# 20

Siguió desganadamente a Maggie por el estrecho camino de tierra que salía de la cabaña, con sus palabras resonando aún en la cabeza. «Eres lo peor que me ha ocurrido jamás». De nuevo comprobaba que, para ella, no era más que un ser egoísta y vil, un auténtico villano de película. Había sentido su odio casi como si fueran pequeñas lanzas envenenadas clavándose en su piel. Pero ahí estaba él, sin embargo, buscando a su perrita por el bosque que rodeaba la cabaña, con barro hasta las rodillas y la lluvia que aún caía colándose por el cuello de la gabardina.

—¡Skye! ¡Skye! —gritaba ella, adentrándose cada vez más en la arboleda. Se giró para mirarlo con ojos aterrados—. ¿Y si le ha pasado algo? ¿Y si se ha caído por un barranco o la ha devorado un lobo?

—No creo que haya lobos por aquí —respondió Bryson, pese a no estar muy seguro.

Miró a su alrededor con recelo. El bosque era tan denso y el cielo estaba tan nublado que apenas entraba luz a través de las copas de los árboles. No eran más que las tres de la tarde, pero parecía casi de noche, y ya estaban en junio, pero la temperatura no debía de superar los doce grados. Deseó con todas sus fuerzas estar en un club de Los Ángeles, vestido con esmoquin, fumando y sorbiendo un martini mientras escuchaba una buena banda de jazz. Luego, daría un paseo junto al mar al amanecer, con la chaqueta colgando del hombro y la cálida brisa del Pacífico acariciando su embriaguez...

—Me moriré si no la encuentro —gimió Maggie—. ¡No podría soportarlo!

Bryson recibió en plena cara el impacto de unas ramas de pino que ella no había mantenido apartadas, pero no se quejó.

—No seas melodramática —le dijo—. Es una perra muy pequeña, no puede haberse ido demasiado lejos.

Maggie se detuvo y se volvió hacia él.

—¡Pero ella no sabe sobrevivir sola en sitios como este! Estará asustada y perdida. Si le pasa algo habrá sido por mi culpa...

Se echó a llorar. Bryson la cogió por los hombros, como había hecho solo unos minutos antes en la cocina, pero, ahora, en vez de por pura impaciencia, lo hizo para intentar confortarla.

—Escucha, Magg, tienes que calmarte un poco. No le va a pasar nada, te lo prometo. Sé que estás angustiada, pero no conseguirás solucionarlo poniéndote así. Seguiremos buscando hasta que la encontremos, ¿de acuerdo? —Le secó las lágrimas pasando con suavidad la yema del pulgar por sus mejillas y la besó en la frente—. Vamos.

Continuaron andando un buen rato, llamando a Skye cada pocos minutos y mirando el interior de los huecos de los troncos caídos y debajo de los arbustos más grandes. A medida que pasaba el tiempo, Bryson empezó a plantearse qué ocurriría si no la encontraban. Y una idea aún peor lo asaltó a continuación: ¿y si ellos también se perdían en el bosque? Tenía una vaga idea de la dirección en la que estaba la cabaña, pero, por mucho que caminaran, todo allí parecía exactamente igual. No había puntos de referencia. Los mismos árboles, las mismas rocas cubiertas de musgo mojado, los mismos círculos de setas rojas y blancas, como corros de hadas. Trató de fijar un margen razonable de tiempo antes de que se viera obligado a decirle a Maggie que debían abandonar la búsqueda, pero ¿cómo iba a hacer eso? Acababa de prometerle que encontrarían a Skye sana y salva.

Ella había empezado de nuevo a sollozar cuando le pareció escuchar un débil ladrido.

—Calla, Maggie —le ordenó—. Escucha.

Los dos se detuvieron. Durante un momento solo se oyó el ruido de la lluvia contra las ramas de los árboles, pero luego volvió a escucharlo. Sí, era un ladrido, sin duda. La cara de Maggie se iluminó.

—¡Es Skye!

Bryson la tomó de la mano y empezó a caminar delante.

—Creo que es por allí.

Los ladridos se escuchaban cada vez más cerca a medida que

avanzaban, y también eran más seguidos, como si la perrita también hubiera percibido que ellos no estaban lejos. Por fin, la divisaron escondida debajo de unas ramas bajas, calada pero indemne, al otro lado del río.

—¡Skye! —la llamó Maggie, aliviada—. ¡Ven aquí!

—¿Cómo ha llegado ahí? —se extrañó él.

Estudió la situación. Debía de haber llegado a la orilla contraria desde otro punto, quizá saltando sobre algunas ramas caídas, y ahora no podía volver. El río tendría unos cuatro metros de ancho, demasiado para que una perrita como Skye pudiera atravesarlo, incluso aunque, como era el caso, no hubiese demasiada corriente. Había algunas rocas, pero estaban muy separadas unas de otras, por lo que con sus cortas patitas tampoco podría saltar sobre ellas hasta llegar a su orilla. En cualquier caso, parecía demasiado asustada para intentarlo.

—Vamos a tener que ir nosotros hasta ella.

Evidentemente, con «nosotros» se refería a él mismo. Bryson saltó hasta la primera roca sin dificultad. La siguiente estaba un poco alejada, pero era grande y bastante plana. Podía conseguirlo. Trató de darse impulso y extender las piernas lo máximo posible y aterrizó justo en el borde. Respiró hondo. En ese momento, las dos damiselas en apuros se habían callado por fin y observaban su operación de rescate desde orillas opuestas. Ahora solo tenía que alcanzar la tercera roca y desde allí sería sencillo llegar hasta Skye, pues podría agarrarse a las ramas sobresalientes de los pinos y así guardar mejor el equilibrio. Pero antes tenía que llegar a esa última roca, más pequeña, lejana y resbaladiza que las anteriores. Se mordió el labio y tuvo la certeza absoluta de que no lo conseguiría. Y aun así, saltó.

Por Maggie. Porque la quería.

Le faltó poco para lograrlo, pero acabó con medio cuerpo sumergido en las aguas frías y limosas. Se agarró como pudo a la roca para salir y las aristas de piedra le cortaron las manos. La rodilla derecha también le dolía.

—¡Dios mío, Bryson! ¿Estás bien?

Ella se había acercado más a la orilla y parecía totalmente

sobrepasada por la situación. Durante un breve instante de humor sardónico, se preguntó cómo se las arreglaría Maggie para sacarlos a los tres de allí en caso de que él se hubiera hecho daño de verdad. De alguna manera, lo conseguiría. Lloraría, por supuesto, y le echaría la culpa a él, y gritaría y se quejaría mucho, pero lo conseguiría. Su Maisie-Leigh era así.

—¡Sí! —gritó. Logró ponerse de pie en la roca, chorreando agua. La rodilla le sangraba profusamente—. Sí, estoy bien, tranquila.

Desde allí, saltó a la orilla, agarrándose a la rama de los árboles más cercanos como había planeado, y se agachó junto a Skye. La perrita temblaba de frío y miedo.

—Vamos, pequeña. Maggie te necesita.

La sujetó bajo un brazo y se preparó para emprender el camino de vuelta. Iba a ser mucho más complicado ahora que no podía utilizar ambas manos, pero se negó a pensar en ello. Entonces, vio a Maggie de pie sobre la segunda roca, con una larga rama en la mano, extendida hacia él. Bryson se agarró al extremo y llegó hasta su roca y después ambos saltaron a la orilla con facilidad.

—Podríamos haber pensado en esto antes —bromeó mientras le tendía a Skye.

—¡Oh, Bryson! ¡Skye! —consiguió exclamar ella, cubriendo a la perrita con su gabardina, antes de echarse a llorar otra vez—. ¡Gracias!

Encontrar la cabaña les costó menos de lo que había temido y, cuando divisó el tejado a dos aguas y los muros de estuco, se alegró tanto como si acabaran de llegar al Ritz. Estaba empapado y helado, la sangre de la rodilla le corría por la pierna hasta el tobillo y Maggie y Skye seguían temblando y absortas en un silencio cercano al shock. Demasiadas emociones para ambas.

Entraron en la casita y Maggie se apresuró a envolver a Skye en una toalla. Mientras, aún con la ropa calada, Bryson reanimó el fuego de la chimenea. Sonrió al contemplar a Maggie, que susurraba tonterías cariñosas en la oreja de la perrita.

—¡Mi pequeña! Mi vida sería horrible sin ti. Si te hubiera pasado algo... —Como para tranquilizarla, Skye le dio un lametazo en la

mejilla.

Maggie la dejó sobre el sofá y volvió hasta él. Aún tenía los ojos llenos de lágrimas.

—No sé cómo agradecértelo —balbuceó. Puso una mano sobre su hombro. Ella también estaba empapada, el pelo le caía en jirones mojados y lacios a ambos lados de su pálido rostro—. Después de todas esas cosas horribles que acababa de decirte...

Empezó a disculparse, pero Bryson dejó de escucharla. En algún momento, no sabía bien cuándo, se había dado cuenta de que el amor que aún sentía por ella sobrepasaba cualquier otro sentimiento negativo que pudiera albergar. Tomó la mano que había colocado en su hombro y le besó la palma helada.

—¿Cómo no iba a hacer eso por ti? —musitó. Acunó su cara entre las manos y la miró a los ojos—. ¿Cómo no iba a hacer cualquier cosa que me pidieras? Por mucho que me odies y que me digas crueldades, Maggie. Y quizá me mereciera la mayor parte de esas palabras... —Le quitó una ramita que se le había quedado enganchada en el cabello. A continuación la besó en la frente y después en la mejilla—. Pero sí te equivocabas en algo: tenías mi amor. —Ella lo miraba en silencio, expectante y temblorosa. Le dio un beso breve pero candente en los labios y añadió con voz febril—: Aún lo tienes.

La expresión que asomó a los ojos de Maggie al oír sus palabras encendió al instante la pasión de Bryson. Volvió a besarla, esta vez durante más tiempo y de forma aún más vehemente; exploró su boca con la lengua hasta que ella cerró los ojos, gimió en voz baja y pegó su cuerpo contra el suyo, y la fue empujando con impaciencia en la dirección en la que —creía— estaba el sofá. Chocaron con algo que debía de ser la mesa de comedor y redirigió el rumbo más hacia su izquierda. Maggie se dejaba llevar, moviéndose de espaldas pero confiando en él, y sus manos se aferraban a su cuerpo como si fuera lo último que le quedara en el mundo. Se fueron quitando ropas empapadas y llenas de barro el uno al otro, por turnos, como si estuvieran jugando a un frenético juego de las prendas, y, cuando solo les quedó la ropa interior por quitar, Maggie se detuvo. Abrió la boca para decir algo, pero él volvió a aplastar sus labios contra los suyos y

no llegó a decir nada. Bryson se quitó los calzoncillos, le desabrochó a ella el sujetador de encaje blanco —sorprendentemente delicado y elegante teniendo en cuenta la ropa que lo había cubierto hasta entonces— y le bajó las bragas a juego de un tirón. La tumbó sobre el sofá y la contempló un momento, aún de pie. Se recreó en cada línea y en cada curva de su cuerpo, en su piel nívea y en sus pechos redondos, en las largas piernas que lo atormentaban cada día, que llevaba semanas deseando ver sin medias; en la elegante curva del cuello que terminaba en sus hombros delicados, en los labios hinchados y enrojecidos por sus besos, en su mirada ardiente clavada en él... Cada parte de ella lo excitaba por igual y se infligió a sí mismo la tortura de mirarla un rato más, sin tocar, hasta que el deseo fue demasiado fuerte y se tumbó sobre Maggie. Hundió el rostro entre su hombro y su cuello e inhaló su aroma. Olía a bosque, a lluvia, a un casi desvanecido rastro de perfume, a ella misma...

—Cariño —murmuró con voz ronca—, no sabes cuánto tiempo llevo imaginando esto...

—Yo también —suspiró Maggie.

Separó las piernas para acoger a Bryson entre ellas. La total ausencia de duda o recato que mostraba arrancaron un gruñido de la garganta de él. No creía que fuera a poder controlarse mucho, pero ella tampoco parecía querer tomárselo con calma. Había empezado a acariciarlo con atrevimiento y destreza, deslizando sus manos, que ya no estaban frías, por sus hombros y su espalda hacia abajo, hasta abarcar las nalgas. Después, la mano derecha de ella se deslizó entre sus cuerpos hasta que encontró su dureza y se cerró a su alrededor. Bryson estuvo a punto de explotar, pero se contuvo, nunca sabría cómo. Permitió que lo acariciara unos segundos, no más, y, haciendo gala de un inmenso autocontrol, le apartó la mano. Ella pareció confusa.

—Si me haces eso en este momento, te aseguro que habremos acabado mucho antes de empezar de verdad —le explicó.

Ella esbozó una sonrisa sensual y satisfecha, pero no insistió. Bryson le colocó los brazos por encima de la cabeza, contra los cojines a cuadros del sofá, y le sujetó las finas muñecas con una mano. Bajó la

otra hasta sus pechos y se entretuvo en acariciarlos, alternando sus dedos con sus labios, y, después, bajó la mano aún más y la tocó entre las piernas exactamente de la manera en que sabía que le gustaba. Maggie gimió, se retorció debajo de él y separó todavía más las piernas al tiempo que luchaba desesperada por liberar sus brazos. Bryson aflojó la presión para que pudiera soltarlos y, automáticamente, ella se aferró a su cuerpo con los brazos y las piernas. Ahora ambos tenían la piel ardiendo, no tanto a causa del fuego que crepitaba en la chimenea como del que incendiaba su interior.

Sin poder esperar ni un segundo más, Bryson entró en ella y una intensa corriente de placer lo invadió. Maggie se quedó inmóvil un instante, como paralizada, pero enseguida se apretó más contra él y elevó un poco la cabeza de los cojines, echándola hacia atrás con abandono. Del cerebro de Bryson había huido hacía mucho cualquier pensamiento lógico, pero en la niebla de locura y de pasión que lo llenaba una única idea consiguió abrirse paso: «¿Cómo he podido resistir sin esto? ¿Cómo he podido aguantar sin ella?».

Puso la mano en su muslo y le elevó la pierna un poco para poder penetrarla de forma más profunda. Ella se mordió el labio y giró la cabeza a un lado. Bryson temió haberle hecho daño y suavizó sus movimientos, pero Maggie colocó las manos sobre sus omóplatos y lo atrajo hacia ella con fuerza. Ese mero gesto arrastró a Bryson al borde del precipicio y tuvo que detenerse otra vez. Llenó la pausa con otro largo beso, apoderándose por completo de su boca, y murmuró apasionadamente contra sus labios:

—Sigues siendo mi mujer.

En respuesta, ella emitió un sonido inarticulado, algo entre un suspiro y un jadeo.

—Tú renunciaste a ese derecho... —consiguió gemir a duras penas. Hizo más presión sobre su espalda con las palmas de las manos y le rodeó la cintura con las piernas, incitándolo a que continuara.

—Pues ahora lo reclamo —gruñó él, y volvió a moverse dentro de ella—. Ahora lo reclamo.

Unos enérgicos golpes en la puerta despertaron a Maggie. Tuvo que esforzarse en recordar dónde estaba. ¿En un hotel? ¿En casa de sus padres? ¿De vuelta en Los Ángeles? ¿Y quién estaba llamando? ¿Lucy, un botones, su madre...? Se incorporó un poco y, al ver a Bryson dormido junto a ella, sonrió. Estaban en la cama revuelta de la cabaña, en Escocia. Juntos. Aún desnudos. Habían hecho el amor toda la noche en el dormitorio después de hacerlo en la sala de estar y él la había llamado «mi mujer»... Le había dicho que seguía queriéndola, que siempre la querría. Ahora se acordaba de todo con tanta claridad que el rubor la cubrió de la cabeza a los pies.

Los golpes volvieron a sonar. Bryson ni siquiera abrió los ojos; era capaz de seguir durmiendo incluso en mitad de un terremoto. A Maggie, ese sueño profundo de su exmarido le había irritado mucho durante el tiempo que vivieron juntos: siempre era ella quien tenía que contestar los teléfonos, abrir la puerta o apagar el despertador. Pero en ese momento no le importó. Le dio un suave beso en su hombro, recogió su bata de un rincón del dormitorio y se envolvió en ella mientras se apresuraba a la puerta, seguida de Skye.

Cuando abrió, se quedó mirando a su anfitriona con tanta sorpresa como si fuera la última persona a la que hubiera esperado ver allí.

—¡Oh, señora Buchanan!

—Buenos días, señorita McEvers. —La mujer se puso de puntillas para mirar por encima del hombro de Maggie, seguramente en espera de obtener una visión íntima de Bryson, pero, al no verlo, se centró en explicarle—: Están terminando de despejar las vías. Han dado aviso de que el tren a Edimburgo saldrá de la estación dentro de aproximadamente hora y media.

—De acuerdo, pues... —Maggie vaciló. Eso significaba que tenía que despertar de inmediato a Bryson, recoger todas sus cosas sin perder un instante y abandonar esa cabaña que se había convertido inesperadamente en un nido de amor... ¿Habría alguna posibilidad de que se quedaran allí para siempre? ¿De evitarse el tedioso regreso a Londres y la horrible despedida? La señora Buchanan la miraba un poco desconcertada y Maggie se apresuró a añadir—: Denos un momento para prepararnos y recogerlo todo. Estaremos listos

enseguida.

—Claro, querida. Esperaré en el Land Rover.

Volvió al dormitorio. Bryson continuaba durmiendo, aunque se había movido al levantarse Maggie y ahora ocupaba toda la cama. Estaba abrazado a la almohada de Maggie, como si al buscarla a ella entre sueños y notar su ausencia se hubiera conformado con eso, con tal de abrazar algo que hubiera tocado su cuerpo y que aún conservara su olor. Ella se sentó en el borde del colchón y pasó suavemente los dedos a lo largo de su brazo desnudo, deslizándolos desde la muñeca hasta el hombro y luego de vuelta a la muñeca.

—Bryson.

—Hum —ronroneó él, aún con los ojos cerrados.

—La señora Buchanan está aquí para llevarnos a la estación. —Maggie miró su reloj de pulsera—. El tren saldrá en una hora y media.

—Eso es muchísimo tiempo —repuso Bryson con voz somnolienta, pero abrió un poco los ojos—. ¿Por qué has parado? Me gustaba lo que me hacías en el brazo...

—¿Esto? —sonrió ella, empezando de nuevo.

Bryson dejó que lo acariciara unos segundos. Luego se giró, la sujetó por los hombros y la atrajo hacia él hasta que quedó tumbada encima. En esa posición, Maggie pudo notar que volvía a estar excitado y se rio, tratando de apartarse.

—La señora Buchanan nos está esperando...

—Creo que después de dos días podrá esperar un rato más.

Su voz sonaba ronca, cálida y sensual; la desnudaba con sus palabras antes de hacerlo con sus acciones. Maggie suspiró al sentir las manos de Bryson, que bajaban decididas hasta su cintura y luego más abajo aún. La acarició brevemente entre las piernas, por encima de la tela, y después le desató el cinturón de la bata. La besó en la clavícula y en la parte superior del pecho y solo se detuvo un segundo para quitarle del todo la bata y lanzarla despreocupadamente al suelo. Entonces giró sobre sí mismo con ella entre los brazos, cambiando sus posiciones y dejando a Maggie tumbada debajo.

—Pero el tren... —balbuceó ella.

No pudo continuar hablando: la acalló colocando la palma de la

mano contra sus labios. Luego retiró la mano y la miró a los ojos.

—Bésame, Maggie, bésame. Necesito que vuelvas a besarme antes de salir de aquí.

Bryson tenía la cabeza de Maggie sobre sus muslos y aunque las piernas le hormigueaban, no las había movido la última media hora. En ese momento quedaban ya pocos minutos para que el tren llegara a Edimburgo y sentía tener que despertarla. Ella se había quedado dormida en una posición incómoda casi nada más instalarse en sus asientos y él aprovechó un instante en que despertó brevemente para hacer que se reclinara sobre él, descansando la cabeza en sus piernas. Le había acariciado el cabello hasta que su respiración se hizo profunda y regular otra vez y había pasado el resto del viaje mirando por la ventanilla, absorto en el paisaje, apreciando la belleza de Escocia justo cuando se tenía que preparar para abandonarla. Igual que le había ocurrido con Maggie.

¿Qué iban a hacer ahora?

# 21

Jonah no había comprendido del todo el desarrollo de los acontecimientos, de eso estaba segura. Maggie dejó el auricular en el teléfono con suavidad y sonrió. Su agente se había quedado perplejo al enterarse de todo lo ocurrido los últimos días, aunque había tenido que esperar un buen rato para contárselo. Jonah estaba demasiado entusiasmado con lo que parecía estar ocurriendo en Hollywood: Bryson y ella aparecían en las revistas todas las semanas, los mencionaban en muchos programas de televisión y los estudios estaban revolucionados; sabían que Bryson había firmado un contrato para rodar su próxima película en Venecia, pero querían a Maggie para tres posibles títulos. Jonah había dicho que se alegraba de que fuese a regresar ya, porque empezaba a no saber cómo mantener a raya a los productores ni qué oferta era la mejor. Necesitaba la presencia de Maggie para leer los guiones, asistir a las primeras reuniones y planificar los siguientes pasos de su carrera. Ella le había escuchado sonriendo, contenta por los resultados de su plan pero consciente de que ya no era lo más importante. Lo importante era lo otro. Lo que había ocurrido con Bryson.

—Pero, Magg, mi amor —había protestado Jonah—, ¿no estarás pensando en serio en volver con Bryson de verdad?

—Es mi marido, Jonah, y...

—Tu exmarido —le recordó él, interrumpiéndola con brusquedad.

—Pero me dijo que, para él, sigo siendo su mujer, a pesar del divorcio. Que nunca dejaré de serlo... ¿No te parece lo más romántico que has oído nunca?

—Me parece tan solo una tontería más de las muchas que dice ese hombre. A estas alturas ya deberías saber que no puedes confiar en él.

—Pero...

—¿Qué dice Lucy? Supongo que se lo habrás contado...

Maggie había suspirado al recordar la reacción de su asistente.

—Ya sabes cómo es Lucy. No le tiene mucho aprecio precisamente.

—Es una chica lista.

Ella no respondió. Se había estado enredando el cable del teléfono entre los dedos y había lanzado una mirada rápida al reloj de mesa que adornaba el tocador de la habitación. Se preguntaba cuándo acudiría Bryson, cuándo volvería a tomarla entre sus brazos.

—Lucy se ha enamorado como una boba de mi hermano Finn y ya no piensa con claridad —repuso finalmente—. Además, da igual que no lo entendáis. No hay que entenderlo. Es amor.

—Es lujuria en una cabaña del bosque.

—Es amor.

La conversación había acabado en buenos términos, pero a Maggie no le gustaba que sus dos mejores amigos no estuvieran de su parte en ese asunto. La opinión de ambos había sido muy similar y eso la hacía sentir insegura.

Se obligó a dejar de pensar en ello y rebuscó en su equipaje hasta encontrar un vestido adecuado para la cena. Después de dos días en la cabaña, le apetecía arreglarse y que Bryson la viera guapa y elegante. Disfrutarían de una romántica cena en el restaurante del hotel y después pasarían una última noche juntos, antes de regresar a Londres por la mañana. Lucy se estaba encargando de pasear a Skye en ese momento, así que tenía toda la tarde libre para darse un baño, ponerse los rulos y elegir el maquillaje que más la favoreciera.

Estaba a punto de desnudarse cuando llamaron a la puerta de la suite.

—Adelante —dijo en voz alta.

Bryson entró. Iba vestido con un traje bonito y bien cortado, que se ajustaba perfectamente a sus medidas, pero no lo bastante elegante como para bajar a cenar. Sonrió al ver a Maggie, pero resultó una sonrisa extraña, de esas que solo abarcan los labios, pero no el resto de la cara.

—Aún no estoy lista para bajar —le advirtió ella.

—No importa. —Se adentró más en la habitación, moviéndose despacio y sin eliminar esa expresión del rostro que la estaba

empezando a inquietar tanto—. Maggie, tenemos que hablar un momento a solas.

Su corazón empezó a latir más deprisa, tan fuerte que notaba el retumbar en los oídos, en las sienes, en todo su cuerpo. ¿Iba a pedirle que se fuera con él a Venecia? No podía imaginar nada más romántico que recorrer con Bryson los callejones retorcidos y débilmente iluminados, como habían hecho hacía décadas sus abuelos. Él tendría que pasar buena parte del día en el rodaje, por supuesto, pero después se reunirían y cenarían juntos en alguna *trattoria* y se refugiarían en un encantador hotel, quizá un antiguo palacete reformado... Sonrió ante la perspectiva y se sentó en el borde de la cama, pero él no tomó asiento junto a ella, sino en la butaca del tocador.

—¿De qué tenemos que hablar? —le preguntó.

Bryson tardó un poco en responder. Primero contempló el dibujo de la alfombra, luego enderezó uno de los cepillos de Maggie y, por último, hizo algo que despertó en ella la sospecha de que algo iba mal de nuevo... Fue un gesto insignificante para cualquiera menos sensible y perceptivo o que no conociera tanto a Bryson: se miró en el espejo. Y, al hacerlo, Maggie supo instintivamente que la actitud de su exmarido había vuelto a cambiar, aunque el lado racional de su cerebro todavía no supiera decir en qué sentido. Era como si, al importarle más comprobar su aspecto, incluso cuando se suponía que tenía que hablar con Maggie, Bryson estuviera admitiendo que prefería volver a centrarse en sí mismo que en ella. Sin embargo, esperó con paciencia. Quizá se tratara solo de su habitual pesimismo, de su tendencia a adelantar desastres cuando las cosas iban demasiado bien.

—No puedo dejar de pensar en lo que ocurrió en la cabaña, Maggie —dijo él por fin—. No me lo quito de la cabeza.

Maggie se relajó un poco. No parecía una frase especialmente agorera, más bien lo contrario.

—Yo tampoco —confesó.

—Desde que nos embarcamos en el *Queen Elizabeth*... —Movió la cabeza—. No, antes incluso... Creo que desde que nos vimos por primera vez en el hotel de Nueva York, me he sentido todo el tiempo

tremendamente atraído por ti. Lo sabes, ¿verdad? —Su tono se volvió más ansioso en ese punto y la miró de forma más directa, como si quisiera asegurarse de que prestaba atención a sus palabras—. Quiero decir: tú lo provocabas, o quizá no, pero te dabas cuenta de mis reacciones... —Maggie asintió en silencio, sin apartar la vista de él. Bryson continuó—: ¿Cómo iba a evitar lo que ha ocurrido? Cuando estoy cerca de ti, siento como si me arrastraras... Y lo peor es que empieza a no importarme en absoluto adónde me arrastres.

Ella se puso en tensión. Cruzó las piernas y balanceó el pie, nerviosa. Lo último que había dicho sonaba como si se estuviera excusando por algo. No disculpándose, sino más bien echándole la culpa a ella.

—¿Estás diciendo que yo te he obligado a algo?

—¡No, claro que no! Todo esto ha sido tan culpa mía como tuya.

—¿Por qué hablas de culpa? —preguntó, notando cómo se ponía a la defensiva de inmediato—. Suena como si pensaras que hubiéramos hecho algo malo.

—No, pero... No sé, Magg. —Bryson volvió a desviar la mirada—. No creo que sea lo mejor para nosotros en estos momentos.

—¿Y qué sería lo mejor? —preguntó ella con aspereza.

Se puso de pie y luchó contra el impulso de acercarse a él y rodearlo con sus brazos. Estaba claro que no le iba a pedir que se fuera con él a Venecia. No le iba a pedir nada, excepto quizá que siguiera con su vida como hasta ahora. Sin él.

—Lo que ha pasado ha sido un accidente maravilloso, algo extraordinario y milagroso, jamás imaginé que volvería a conectar contigo así... Pero mañana nos despediremos para varios meses. No tiene sentido que comencemos algo que no va a poder continuar —dijo Bryson sin responder a su pregunta, y añadió con un tono más intenso—: Y que volverá a hacernos daño a los dos. —Él se levantó también y fue hacia Maggie, pero ella se movió para evitar que pudiera aproximarse demasiado. No quería ningún acercamiento por su parte si era con intención compasiva. No permitiría que notara su desilusión ni que percibiera las esperanzas que había albergado.

Levantó la barbilla, irguió los hombros y colocó la maleta abierta

sobre la cama sin preocuparse de apartar la colcha.

—Sí, no tiene ningún sentido —concedió y, sin fijarse demasiado en lo que hacía, empezó a meter prendas en la maleta revuelta al mismo tiempo que sacaba otras. No se podía creer que, en lugar de cumplir con sus planes de venganza, hubiera caído otra vez en los cambios emocionales de Bryson. Si se lo hubieran preguntado, habría sido incapaz de precisar si estaba más enfadada con él o consigo misma.

—Entonces ¿todo está bien entre nosotros?

Nada estaría bien entre ellos. Nunca. Extendió una falda plisada en la cama para doblarla mejor.

—Claro, pero ahora tengo que hacer el equipaje.

Sintió la mano de Bryson sobre su omóplato, pero no se volvió hacia él.

—¿Bajas conmigo a cenar en el restaurante? —le escuchó decir a su espalda. Metió la falda en la maleta y apretó los dientes.

—Creo que cenaré aquí en la suite.

—¿Ya no quieres que le gente nos vea juntos?

—No es necesario —respondió con una frialdad que estaba muy lejos de sentir—. Los dos hemos conseguido ya lo que queríamos.

Bryson la hizo girar hacia él y ella no opuso resistencia, pero le miró con hastío cuando quedaron cara a cara. ¿Qué demonios quería? ¿No había tenido ya suficiente con aprovecharse de ella en la casa de sus padres y en la cabaña? ¿Por qué le daba más vueltas, si acababa de dejarle claro que no consideraba conveniente que volvieran a estar juntos?

—Maggie, lo que te dije en la cabaña era en serio.

—¿El qué?

—Que siempre te querré. —Resiguió el contorno de su cara con el dedo, desde la sien hasta la barbilla, y después le apartó un mechón de pelo que le colocó detrás de la oreja. A ella le recorrió un escalofrío y luchó contra las inmensas ganas de llorar que empezaban a invadirla —. Y que siempre te consideraré mi mujer.

«Entonces ¿qué haces? ¿Cuál es el maldito problema ahora?», pensó con una mezcla de irritación hacia él y lástima por sí misma. Levantó los ojos hacia los suyos.

—Supongo que ese será tu tormento.

Al oír eso, Bryson la soltó.

—Espero que tengas una cena agradable —murmuró, y se encaminó a la puerta.

—Lo mismo te deseo.

Él se quedó mirándola unos segundos desde el umbral. Luego, hizo un vago gesto de despedida con la mano y salió cerrando con suavidad. Maggie volcó sobre la cama toda la ropa que había guardado en la maleta de mala manera y se dispuso a hacer el equipaje desde el principio otra vez.

El aeropuerto de Londres era un bullir constante y molesto de viajeros cargados con maletas, avisos por los altavoces y despedidas llorosas entre amantes o familiares, y Maggie sujetaba a Skye contra sí en un intento de que el contacto con la perrita la consolara un poco o, al menos, evitara que se echara a llorar. Estaba de pie, cerca de la puerta de embarque del vuelo a Nueva York, esperando a que Lucy terminara las gestiones para que Skye pudiera subir a la cabina del avión. Una columna y un enorme macetero con una frondosa palmera la ocultaban lo suficiente para que nadie se fijara en ella; por primera vez en su vida, rezaba porque nadie la reconociera. No se había quitado el sombrerito azul marino, a juego con el traje que llevaba, ni las grandes gafas de sol. No estaba de humor para charlar con desconocidos ni para firmar autógrafos o dejar que la fotografiaran.

Frotó la mejilla contra la cabeza de Skye y cerró los ojos unos segundos. En unas horas estaría de nuevo en Estados Unidos. ¡Qué lejos quedaban ya los días con su familia en Inverness! Ahora le parecía que todo lo que había vivido aquellas últimas semanas —el barco, los actos promocionales, las cenas con Bryson, su aislamiento en la cabaña— no era más real que un sueño. Algo que había experimentado, sí, pero de lo que apenas quedaban ya unos retazos. Desde luego, no era nada sólido a lo que pudiera agarrarse. Se sentía como si estuviera al borde de un acantilado, sin forma de poder avanzar de un modo seguro, pero sin tener tampoco ningún refugio al

que retroceder.

Cuando volvió a abrir los ojos, el revuelo que se había formado a su alrededor la indujo a pensar que había llegado el momento de subir al avión, pero la gente congregada en la sala de espera no miraba hacia la azafata que custodiaba la puerta de embarque, sino en dirección contraria, más allá de las filas de sillas y de la pequeña barra donde un camarero se afanaba en servir bebidas de última hora. Al ver que las personas más alejadas a ella empezaban a arremolinarse alrededor de alguien, supo de forma instantánea a qué se debía tanto alboroto o, más bien, a quién.

Allí estaba Bryson, tratando de abrirse paso entre la multitud que lo rodeaba, sin dejar de sonreír ni de contestar a los saludos, pero mirando ansiosamente más allá de los admiradores, como si estuviera buscando a alguien. Cuando sus ojos se encontraron, Bryson se apresuró hacia ella y solo tuvieron que transcurrir unos segundos antes de que el gentío reparara en que la anónima viajera rubia que sujetaba un perrito entre sus brazos era Maggie McEvers y de que iban a tener la suerte y el privilegio de ser testigos de la despedida entre los miembros de la pareja más célebre y tumultuosa del cine... Al menos, durante ese mes.

—Maggie... —dijo él al llegar a su lado, jadeante e ignorando a los curiosos que presenciaban la escena atentamente—. No encontraba tu puerta de embarque. Temía no llegar a tiempo.

—¿Qué haces en el aeropuerto? —se extrañó ella—. Pensaba que tu vuelo no salía hasta esta noche.

—Así es, pero no te he visto en el hotel. Fui a buscarte a tu habitación para decirte adiós, pero Lucy me dijo que no estabas visible.

Maggie le había pedido a Lucy que le dijera eso porque quería ahorrarse la despedida, pero era evidente que, si él quería que se despidieran, así sería y ahora tendría que enfrentarse a ello en un lugar mucho peor que la habitación del hotel: en la sala de embarque atestada, con docenas de ojos fijos en ellos. Dejó a Skye en el suelo, consciente de la cantidad de gente que los miraba. Abrió la boca para decir algo, pero Lucy llegó entonces con las tarjetas de embarque en

una mano y su inseparable maletín en la otra.

—La azafata dice que puedes subir ya al avión, Maggie. Así estarás ya instalada en primera clase antes de que suba el resto del pasaje.

—De acuerdo —asintió, y miró a Bryson—. Suerte en el rodaje.

Hizo el amago de levantar su neceser de viaje, pero Bryson se lo impidió tomándola entre sus brazos. La besó en los labios. No fue un beso apasionado, sino un suave roce, cálido y delicado, y la gente que los rodeaba empezó a aplaudir, a suspirar y a intercambiar expresiones conmovidas.

Le ardían los labios cuando Lucy la apartó de Bryson y la empujó ligeramente hacia la azafata que la esperaba en la puerta, y que se encargó de Skye y de llevar su neceser. Maggie atravesó la pista de despegue sin mirar atrás, con los ojos llenos de lágrimas, presionando el dorso de la mano contra la boca, como tratando de retener lo máximo posible la sensación de los labios de él. ¿La había besado solo porque estaban en público o porque de verdad la amaba todavía?

Subió las escalerillas del avión con el convencimiento de que nunca lo sabría con seguridad.

# Tercera parte

Sé siempre una versión de primera clase de ti mismo, no una versión de segunda de otra persona.

JUDY GARLAND

*I've got you under my skin*
*I've got you deep in the heart of me*
*So deep in my heart that you're really a part of me.*

*I've got You Under My Skin*

# 22

*Hollywood, febrero de 1958*

Bryson no podía dar más de tres pasos seguidos sin que alguien le detuviera para preguntarle qué tal le había ido. Había aterrizado en Los Ángeles la noche anterior y se había visto asediado por una nube de periodistas nada más salir del avión: querían saber cómo había sido el rodaje de *Niebla en Venecia*, qué opinaba de las mujeres italianas, adónde había ido después y qué había ocurrido exactamente con la señorita McEvers. Dios, ¿cómo iba a responderles a esa última pregunta, si él mismo no tenía la más mínima idea? Bryson sabía por las revistas que Jonah Leary y ella ya se habían encargado en julio de explicar que su «reconciliación» no había llegado a buen puerto, pero los periodistas nunca tenían suficientes detalles escabrosos y les encantaba hurgar en la herida. A él, sin embargo, ya no le importaba nada volver a quedar como el malo.

Durmió toda la noche como hacía tiempo que no dormía; no se había dado cuenta de lo agotadores que habían resultado los últimos meses hasta que entró en su casa, abandonó las maletas al pie de la escalera y se derrumbó en un sofá del salón. Tuvo que hacer acopio de las pocas fuerzas que aún le quedaban para levantarse y llegar a la cama, de donde ya no se movió hasta casi la hora del almuerzo del día siguiente.

Cuando se despertó, con las maletas aún junto a la escalera y sin tomarse la molestia de vestirse, se sentó junto a la piscina para tomar una taza grande de café y pensar en lo que haría a continuación. No tenía ningún rodaje a la vista, ni reuniones profesionales ni de ocio, tampoco había ninguna mujer esperando su regreso. Juniper no había intentado ponerse en contacto con él desde que habían roto y de Maggie solo sabía lo que aparecía en las revistas y periódicos: que

estaba muy ocupada con su nueva película y que volvía a ocupar el pódium de las estrellas. Se alegraba de que le fuera bien... Al menos, los dos habían conseguido lo que en principio pretendían con el acuerdo: ella, recuperar su fama, y él, ser el protagonista de *Niebla en Venecia*. La película se había estrenado en Italia en otoño con gran éxito y en Estados Unidos justo antes de las Navidades con un perfil algo más bajo, pero él no había estado en ninguno de los dos estrenos. Sin embargo, se sentía orgulloso de su interpretación y sabía que Marco sería ya siempre uno de sus papeles favoritos.

Unas horas después se acercó a los estudios, no porque tuviera nada que hacer realmente allí, sino más bien para hacerse una idea de lo que estaba ocurriendo en Hollywood. Había pasado más de ocho meses fuera y se sentía un poco desplazado, como si tuviera que empezar todo de cero otra vez. Charlar con conocidos y quizá presenciar un rato algún rodaje le ayudaría a situarse.

Nada más llegar se encontró con Henry Cobb, un actor algo mayor que él famoso por sus papeles en varios *westerns*. Habían trabajado juntos en *Sin compasión,* la película que estaba rodando cuando su relación con Maggie estalló en mil pedazos, y Henry se había convertido desde entonces en un amigo que, sin ser demasiado íntimo, sí había aguantado con paciencia sus interminables diatribas acerca de sus problemas conyugales.

—¡Vaya, pero si es Bryson Mallory! —le saludó quitándose el sombrero de *cowboy* y propinándole unas palmaditas en la espalda—. ¿Dónde has estado?

Bryson le devolvió las palmaditas y sonrió.

—El verano lo pasé en Venecia y en Roma, en un rodaje. Pensaba volver a Los Ángeles al acabar, pero... —Se interrumpió cuando pasó entre ellos media docena de chicas vestidas de coristas. Llevaban plumas rosas en la cabeza y armaban mucho alboroto. Bryson las dejó pasar, perdiendo el hilo de lo que estaba diciendo.

—¿Pero...? —lo animó Henry.

—Pensé que me vendría bien un descanso y me fui a Francia. Alquilé una villa en la Provenza y allí he pasado el otoño y el invierno.

No había sido del todo así, por supuesto. Bryson era demasiado inquieto para pasar tantos meses en el campo y solo había sido capaz de aguantar hasta mediados de octubre. Después había ido a Montecarlo, donde había ganado más de cinco mil dólares en el casino para perderlos a continuación, y a París, donde se hizo amigo de tres artistas *beat* con los que compartió un apartamento en Montmartre y muchas noches de juerga. Había pasado las Navidades allí, aunque no habría podido precisar qué había hecho exactamente el día de Navidad ni aunque su vida dependiera de ello. Uno de sus nuevos amigos le había presentado a su hermana, una joven morena y delgada vestida de negro que quería ser poetisa y que no se despegó de Bryson hasta que este descubrió que era menor de edad... Al día siguiente, compró un billete de avión para Nueva York y allí otro con destino a Los Ángeles.

Habían sido unos meses vacíos y extraños, un interludio anormal en su vida, y solo sabía una cosa: ni en Venecia, ni en Roma, ni en la Provenza, ni en Montecarlo ni en París había pasado un día que no hubiera pensado en Maggie en algún momento. Pero intentaba controlarse, seguir adelante, no llamarla. Y convencerse a sí mismo de que se trataba tan solo de un deseo que acabaría desvaneciéndose.

—Si no te importa que te lo pregunte... —empezó a decir Henry. «Allá vamos», pensó Bryson—. ¿Qué ha sido todo ese lío con tu exmujer?

Se dio cuenta de que no solo los periodistas querían saberlo. Todos quienes habían leído la noticia de su reconciliación y, después, de su nueva separación estarían ansiosos por conocer su versión del asunto. Se preguntó qué les habría dicho Maggie a sus propios amigos y al instante se sintió aliviado al recordar que ella no tenía demasiados.

—Supongo que nos precipitamos un poco al anunciar que volvíamos a estar juntos. Preferiría no hablar de eso.

Henry asintió discretamente, le propinó unas cuantas palmaditas más y se dio la vuelta para marcharse. Pero antes de irse giró la cabeza y le gritó por encima del hombro:

—¡Está rodando en ese mismo edificio!

Bryson miró hacia donde señalaba y, cuando volvió a mirarlo a él

para decirle que también preferiría no verla, Henry ya se estaba alejando con el sombrero en la mano y silbando una canción. Se dirigió al edificio al mismo tiempo que se repetía una y otra vez que debería marcharse de los estudios sin más dilación, pero pocas veces se hacía caso a sí mismo, así que entró y se situó sin hacer ningún ruido detrás de la docena de personas que acompañaban al director.

Y vio a Maggie.

Estaba sentada en una cama blanca, vestida con un camisón azul, y lloraba con el rostro oculto entre las manos. Cuando irguió un poco la cabeza y retiró las manos, Bryson pudo comprobar que tenía los ojos y las mejillas llenos de lágrimas auténticas y, por su dilatada experiencia como actor, supo que la tristeza que estaba expresando su personaje la sentía ella de verdad. Era una actriz magnífica... Encontraba las emociones en su interior y las sacaba para que cualquiera pudiera verlas. Entonces hizo su entrada un hombre vestido con esmoquin —un actor al que no conocía demasiado—, que primero se quedó mirándola sin hacer nada y luego se arrodilló ante ella. Maggie dejó de llorar, lo miró con expresión herida y murmuró:

—Ya nada volverá a ser como antes. Será mejor que te vayas.

Bryson contempló la escena con el corazón en un puño. Era como si hubiera retrocedido en el tiempo y se encontrara en el dormitorio de Highland, el día en que la había encontrado sentada en la cama con los ojos enrojecidos por el llanto... El mismo día en que ella le había dicho que lo mejor sería que se separaran y él había sido demasiado orgulloso para intentar convencerla de lo contrario. Tragó saliva con dificultad; el nudo que sentía en el estómago ya estaba instalado también en su garganta. Pensó otra vez en salir de allí lo más rápido posible, pero fue incapaz de moverse.

El actor, todavía arrodillado, la cogió con suavidad por las muñecas y dijo en tono vehemente:

—Mírame. Me tienes arrodillado a tus pies, Lavender. No me eches de tu mundo sin escucharme...

—¡Corten! —gritó el director. Bryson dio un respingo. Se había metido tanto en la escena que casi había olvidado que no era real—. Es «No me eches de tu vida», no «de tu mundo»... Y por lo que más

quieras, John: se supone que Lavender es tu gran amor, no tu última conquista fácil de anoche...

—Lo siento —se excusó el hombre.

Maggie se rio y aceptó el pañuelo que le tendía una ayudante para secarse las lágrimas. Bryson se ocultó un poco más detrás de las cámaras por miedo a que ella se moviera del set y lo descubriera ahí plantado, pero no lo hizo. Alguien le llevó un vaso de agua y una maquilladora se acercó para retocarle el maquillaje. Varios miembros del equipo, además del director y del actor que había rodado la escena con ella, la felicitaron por su actuación. Ella sonreía a todo el mundo y daba las gracias con los ojos brillantes.

Bryson aprovechó el ajetreo para salir sin ser visto.

—Por favor, apártense, nada de autógrafos... —rogaba Jonah mientras se abrían paso entre la multitud que se agolpaba frente a las puertas—. ¡Por favor, déjenla pasar!

Maggie avanzaba con una sonrisa fija en el rostro, flanqueada por Jonah y Lucy, sin dejar de pensar en cuánto preferiría estar en cualquier otro sitio. Pero las entrevistas, sesiones de fotos e invitaciones a fiestas y eventos no dejaban de llegar desde el verano y, aunque muchas las declinaba, no le quedaba más remedio que aceptar otras tantas. Alguien le recogió el abrigo de piel y le entregó una copa de champán, y ella le dio las gracias con tono amable pero ausente. Un paso, luego otro. El flash de una cámara fotográfica. Lucy sujetando por ella la copa mientras firmaba un autógrafo. Estaba agotada, tanto que ya ni siquiera era consciente del todo de lo que ocurría a su alrededor...

El rodaje de *Retrato de una mujer casada* había terminado por fin y, aunque ahora dispondría de más tiempo libre hasta el día del estreno, le daba la sensación de que nunca volvería a sentirse descansada, por mucho que se tumbara en la cama o jugara con Skye o se divirtiera con Jonah y Lucy. Estos no se separaban apenas de Maggie, parecía como si tuvieran un pacto secreto entre ellos para turnarse en su cuidado, para vigilar que no se escapara... Como si fueran sus padres.

Y ella lo único que deseaba era estar sola.

Pero estaba atravesando el mayor momento de éxito y fama de su carrera; el plan de Jonah había dado resultado (a pesar del anuncio de la segunda ruptura o quizá precisamente por él) y ahora no podía proceder en contra de todo lo que había conseguido. Por eso estaban los tres allí esa noche, en la casa de un productor musical que quería presentar a una nueva cantante de jazz. Durante la velada, la cantante actuaría acompañada de una orquesta y se había anunciado que por cada disco que los invitados comprasen, recibirían de regalo una botella de champán, valorada en doscientos dólares, con la letra de una de las canciones impresa en la etiqueta con tinta dorada.

Aceptó canapés y una segunda copa; conversó con Lucy, bailó con Jonah y saludó a conocidos. Luego, se sentaron a escuchar a la joven cantante hasta que la necesidad de salir de allí y estar sola se volvió tan apremiante que se excusó con sus acompañantes y salió al jardín.

Después de acercarse a la barra para que un camarero le llenara la copa, Bryson decidió quedarse allí en lugar de tomar asiento en una de las mesas. Acababa de llegar a esa fiesta (tarde como siempre, porque venía de otra fiesta anterior) y estaba empezando a considerar sus opciones. No le gustaba el ambiente —en exceso tranquilo y refinado, con solo una cantante de jazz un poco deprimente e invitados demasiado silenciosos—, pero en ese momento estaba ya un poco borracho y tendría que esperar un rato para coger el coche. El comportamiento lógico para poder escapar de ese lugar habría sido, por tanto, no pedir otra copa, pero Bryson había dejado de pensar con lógica desde el instante en que vio a Maggie en el rodaje o, en realidad, desde mucho antes de eso... El nudo que permanecía instalado en su garganta solo podría disolverse con un poco más de alcohol; si no, corría el peligro de llamar a Maggie o, directamente, plantarse en su casa.

Cuando el camarero le tendió el vaso de bourbon, se giró de espaldas a la barra para contemplar a la gente mientras bebía. No pasaron ni cinco segundos antes de descubrir a Lucy Jenkins, sentada

junto a un hombre corpulento que, al volverse para decir algo al oído de la asistente, Bryson reconoció como Jonah Leary. Toda su atención se concentró entonces en esa mesa y, a continuación, al no ver a Maggie sentada con ellos, en el resto de la sala. No, ella no estaba. Mientras continuaba buscándola con la mirada, Jonah se levantó y se acercó a la barra, al parecer sin percatarse de su presencia allí.

—¡Señor Leary! —lo llamó sin pensárselo dos veces.

El hombre se volvió al escuchar su nombre y, al ver a Bryson, pareció perplejo un segundo, pero después se acercó.

—Mallory —dijo con tono amable, pero no afectuoso.

—¿Está Maggie aquí?

Bryson no estaba para conversaciones superfluas de cortesía y le daba igual lo que Jonah pensara de él. Lo único que le importaba era que llevaba meses queriendo verla a solas para tener la oportunidad de hablar con ella, aunque en realidad no estaba seguro de lo que quería decirle, y ahora que ya no podía controlarse más, parecía que esa oportunidad se le había presentado de pronto.

—Bryson, déjala en paz. Por favor —le pidió Jonah, llamándole por primera vez solo por su nombre de pila—. Si alguna vez la has querido de verdad, déjala ya tranquila.

—Claro que la he querido de verdad —gruñó él—. Y aún la quiero. Por eso necesito hablar con ella. Tengo que explicarle...

—No tienes nada que explicarle. Maggie lo ha pasado muy mal...

—¿Por mi culpa?

—Sí, por supuesto que por tu culpa. Y quizá sea verdad que la quieres, pero ella no está hecha para estas cosas.

—¿Qué cosas?

—Que la abandones por Juniper, que luego la seduzcas y la beses, después la ignores, que te acuestes con ella y le digas que la amas, que la llames tu «mujer» y que, al final, vuelvas a abandonarla.

Bryson escuchó el resumen de lo ocurrido y la retahíla de acusaciones impertérrito y sin bajar la mirada, aceptando que lo que decía era cierto. Y, cuando terminó de hablar, lo miró a los ojos y dijo con el tono de un hombre que no tiene nada que perder:

—Jonah, si está Maggie aquí, dímelo.

El corpulento agente suspiró.

—Joder, Bryson. Ha pasado más de medio año sin que dieras señales de vida. ¿Y ahora que por fin Maggie está empezando a olvidarte pretendes que...?

—¿Está empezando a olvidarme? —lo interrumpió con brusquedad.

Jonah levantó los brazos y los dejó caer en un gesto de hastío.

—No creerás que va a esperarte eternamente, ¿verdad? Maggie te ama más de lo que nadie te amará nunca, pero incluso ella tiene un límite de resistencia.

Bryson dejó el vaso de bourbon sobre la barra, desesperado, y respiró hondo para no ponerse a gritar.

—Necesito que me digas dónde está. Te lo suplico.

Durante un momento ninguno habló. Jonah parecía estar atravesando una lucha interna, pero después de beber un trago de su copa y de suspirar un par de veces para dejar claro lo muy en desacuerdo que estaba, pareció rendirse y señaló las puertas que daban al exterior.

La parte del jardín a la que salió Bryson, en la zona trasera de la casa, estaba oscura y húmeda. Se oía el borboteo de una fuente en algún parte y solo dos farolillos iluminaban aquel lugar, por lo que le costó un poco distinguir la figura de Maggie. Estaba sentada en un elegante columpio que colgaba de las ramas de un árbol cubierto de flores. Bryson no sabía qué clase de árbol era, pero cada vez que ella balanceaba un poco el columpio, algunas flores se desprendían de las ramas y caían sobre su pelo o sobre su abrigo de piel.

Contempló a Maggie en la oscuridad, sin hacer ningún ruido, hasta concluir que no parecía exactamente triste, pero tampoco del todo feliz. Recordó las palabras de Jonah: «Déjala en paz», y se preguntó si tendría razón. Quizá estaba siendo egoísta de nuevo, pero... la echaba de menos todos los días y no dejaba de pensar en ella. Incluso soñaba con ella a menudo y despertaba en mitad de la noche con las sábanas empapadas en sudor, con una sensación de anhelo y pérdida tan palpables como si un cuchillo afilado le estuviera cortando en

pedazos. Soñaba que estaban los dos en la cabaña del bosque, que paseaban con Skye y luego se besaban frente a la pequeña chimenea de piedra y, de pronto, ya no estaban en la cabaña de Escocia, sino en la casita que alquilaron en la playa durante su luna de miel o en un lugar indeterminado, pero en el que Bryson estaba junto a Maggie también y, por tanto, se trataba de un lugar perfecto. Quería decirle todo eso a ella, antes de perder un solo día más... Así que dio un paso en su dirección, tropezó con un arbusto de camelias y Maggie se levantó del columpio sobresaltada.

—Hola, Maisie-Leigh.

Su tono le sonó mucho menos controlado de lo que habría deseado y, por la forma en que ella lo miró, tuvo la vaga intuición de que la escena no acabaría bien.

—No sabía que habías vuelto a Los Ángeles —dijo ella.

Bryson odió la manera en que, en lugar de acercarse, se alejó de él, como si fuera el portador de una enfermedad contagiosa.

—Alguna vez tenía que volver —replicó con voz pastosa.

Dio unos pasos más hacia ella, volvió a tropezar, esta vez con la raíz sobresaliente del árbol que sostenía el columpio, y se tambaleó un poco hasta que logró recuperar el equilibrio.

—Ojalá no lo hubieras hecho. —Maggie se ajustó más el abrigo alrededor de su cuerpo y cruzó los brazos sobre el pecho con una especie de dignidad defensiva—. Estás borracho, ¿verdad?

Bryson esbozó una sonrisa amarga.

—En absoluto.

Ella suspiró y echó a andar hacia las puertas del jardín con intención de volver al salón.

—Me da igual si lo estás o no, la verdad —aseguró mientras pasaba a su lado—. Espero que te haya ido bien allá donde hayas estado...

Bryson la sujetó por el codo para que se detuviese, la atrajo hacia él y murmuró en su oído:

—He estado navegando en mitad de la tempestad. Y he descubierto que te necesito a ti para no hundirme.

—No digas idioteces —replicó ella despectivamente, aunque sin intentar soltarse.

Descubrió que una de las flores blancas del árbol se había quedado atrapada entre sus mechones rubios. Bryson la retiró con cuidado, procurando no tirarle del pelo.

—¿Estás con alguien ahora?

—No te incumbe si estoy con alguien o no.

—De acuerdo, no me incumbe, pero ¿lo estás?

—Me divierto.

Trató de mirarla a los ojos para descifrar qué significaban aquellas palabras, pero había bebido demasiado y no podía enfocar su rostro con claridad. Tenía a Maggie allí ante él y solo deseaba abrazarla, dejar de discutir de una vez y, después, cuando tuviera la cabeza más clara, pedirle perdón por todo lo que había ocurrido aquellos dos últimos años, pero lo único que hizo fue mascullar:

—Eso no es una respuesta.

En ese punto, la actitud fría aunque calmada que había estado exhibiendo ella cambió. Agitó el brazo para que él la soltara y exclamó con rabia:

—¡Solo hago lo mismo que tú hacías después de casarnos! ¡Lo que decías que era normal hacer! ¡Voy a fiestas, me relaciono con gente y, si tengo que pasar la noche en casa de alguien para estudiar un guion o incluso meterme en su cama, lo hago también!

—No digas eso...

—Pero ¿qué te crees? —siguió ella, furiosa—. ¿Crees que puedes aparecer y desaparecer cuando quieras y que yo te seguiré esperando siempre? ¿Que solo por tomarme entre tus brazos y hablarme de esa forma yo acabaré...?

Dejó la frase sin terminar. Incluso a través de la densa bruma de alcohol que lo envolvía, Bryson comprendió que Maggie estaba luchando con todas sus fuerzas para no romper a llorar. Se abalanzó para abrazarla y trató de besarla con torpeza.

—Sabes que nunca he dejado de quererte.

Ella se revolvió para salir de su abrazo y se frotó la piel allí donde sus labios la habían tocado.

—Dímelo cuando estés sobrio —dijo y, cuando alcanzó las puertas, se detuvo un segundo para añadir—: O mejor, no me lo vuelvas a

decir jamás.

Había tormenta. De menor intensidad que las que había presenciado en Escocia, pero en Los Ángeles, a Maggie, la lluvia le parecía mucho más molesta e irritante. Le producía la misma sensación de opresión y el mismo dolor de cabeza que el vino tinto, la música demasiado alta y las discusiones con Bryson.

De pie junto al ventanal de su dormitorio, contemplaba cómo la lluvia empapaba el jardín delantero y doblaba las ramas más finas de los sicómoros. Skye dormitaba sobre su cojín favorito de la cama, entreabriendo de vez en cuando los ojos para comprobar que Maggie seguía cerca y que el sonido de los truenos no suponía una amenaza seria.

No iba a ir a ningún lado esa tarde, dijeran lo que dijesen Lucy y Jonah. El mal tiempo era lo de menos: Maggie estaba exhausta y desbordada emocionalmente y esa sensación no estaba causada solo por la interminable sucesión de eventos, entrevistas y sesiones fotográficas, sino también, y en especial, por su encuentro con Bryson la noche anterior. Si tuviera que conversar, sonreír o sencillamente dejarse fotografiar una sola vez, Maggie estaba segura de que huiría despavorida. Nunca habría imaginado que la fama le importara tan poco. Que nada le importara tan poco.

Había estado a punto de sucumbir al ver a Bryson en el jardín. No esperaba en absoluto verlo en ese momento y las razones por las que había sido capaz de hablarle de la forma en que lo había hecho y de alejarse de él eran solo dos: su propio orgullo y la borrachera de él. Eso le había facilitado mucho poder pasar junto a él, rechazar su abrazo y volver a la fiesta sin apenas alterarse. No había salido de casa en todo el día, porque temía volver a encontrárselo.

Todos esos meses en que él se había ausentado no habían sido más que el decorado de un escenario, un espacio en el que ella tenía que moverse, que trabajar y vivir, que hablar con gente, firmar contratos o autógrafos, dormir, comer y vestirse. Pero lo había hecho todo de forma mecánica, con una sonrisa fija en el rostro y un tono amable en

la voz, y con sus emociones centradas en Bryson. Cuando lloraba en escena, sus lágrimas eran por él. Cuando besaba al protagonista masculino de su película, cerraba los ojos e imaginaba su cara. Y cuando por fin se quedaba sola en su dormitorio, con la única compañía de Skye, dialogaba consigo misma, un diálogo agotador en el que primero se recordaba que tenía que pasar página y olvidarlo, y luego se respondía que era incapaz, que no podría hacerlo por mucho tiempo que transcurriera. No, no era solo que no pudiera. Tampoco quería. Maggie había asumido que muy probablemente jamás amaría a otro hombre, y aceptada esa certeza, dejó de importarle tanto que él no la amara a ella. Porque estaba segura de que no la amaba, por mucho que hubiese tratado de besarla en el jardín y por más bobadas que hubiera dicho acerca de tempestades y hundimientos... Bryson no la quería, solo le gustaba la forma en que ella le hacía sentir. La necesitaba, quizá, pero no la quería. Y, cuando dejara de necesitarla, volvería a alejarse, igual que había pasado a las pocas semanas de casados y también justo antes de abandonar Inglaterra.

Los haces de luz de unos faros, difuminados por la lluvia, iluminaron la entrada de Highland debajo de su dormitorio. Por un segundo pensó que estaba imaginándolo, pero Skye también percibió la llegada del automóvil y se puso en alerta tensando todo el cuerpo y echando las orejas hacia atrás. Las dos intercambiaron una larga mirada interrogativa, hasta que oyeron claramente la puerta de un coche que se cerraba y, unos segundos después, el timbre de la entrada. Skye saltó al suelo y se precipitó escaleras abajo. Maggie comprobó su aspecto en el espejo rápidamente y salió del dormitorio a la vez que Lucy salía del suyo en el otro extremo del pasillo.

—¿Han llamado al timbre? —preguntó Lucy.

—Sí. Abriré yo.

Bajó corriendo la escalera y abrió la puerta con el corazón desbocado. Bryson estaba de pie en el umbral, con el rostro en sombras bajo el sombrero del que caían gotas de lluvia.

—Estoy sobrio —aseguró a modo de saludo.

Maggie estuvo a punto de responder de forma mordaz, quizá algo como «Eso es una verdadera novedad», pero se sentía tan asombrada

de verlo ahí, de constatar que había conducido hasta Highland en plena tormenta para intentar hablar de nuevo con ella, que solo pudo mirarlo y asentir con la cabeza.

Tenía mejor aspecto que la noche anterior, y no por su vestimenta, pues llevaba un traje corriente en lugar de esmoquin, sino porque bajo el sombrero su rostro aparecía fresco y despejado y no tenía esa mirada turbia y oscura que le provocaba la bebida.

Le hizo un gesto para que entrara y cerró la puerta. Al volverse hacia él, pudo atisbar a Lucy, asomada por la barandilla del piso superior, pero se retiró enseguida y Maggie volvió a concentrarse en Bryson. Skye saltó alrededor de él, contenta de verlo al parecer, y este se inclinó para acariciarla tras las orejas y se quitó el sombrero.

Durante un largo momento permanecieron en un silencio solo interrumpido por el retumbar de los truenos. Bryson, que por lo general no tenía ningún problema para iniciar cualquier tipo de conversación, no parecía saber qué decir, y Maggie, por su parte, estaba demasiado conmovida por su presencia en Highland después de tanto tiempo.

—La última vez que estuve aquí fue para pedirte que detuviéramos el divorcio —dijo él por fin como si hubiera leído sus pensamientos.

Maggie recordaba perfectamente ese día. A menudo se preguntaba qué habría ocurrido de haber aceptado, de haber sido capaz de dejar a un lado el asunto de Juniper. Quizá, si lo hubiese hecho, Bryson habría terminado de inmediato su entonces fugaz aventura con ella y habría aprendido de sus errores, para convertirse en el marido que Maggie necesitaba.

—Sí, lo recuerdo —contestó—. Te pregunté por qué deberíamos seguir casados.

—¿Y recuerdas lo que te respondí?

Los dos continuaban de pie en el vestíbulo, rígidos y enganchados en la mirada del otro. Maggie sentía su corazón latiendo con fuerza desde que había oído el timbre, pero con la pregunta que acababa de formularle él, la sangre que bombeaba le llegó de golpe a la cara, inundándola de un calor abrasador.

—Dijiste... —Bajó los ojos, incapaz de fijarlos durante un solo

segundo más en los de Bryson—. Dijiste que porque nos seguíamos amando.

—Sí.

—Pero también admitiste que habías vuelto a verte con Juniper esa semana —le recordó. Cada vez que se acordaba de aquello, su amor por él retrocedía un paso y el rencor avanzaba otro. Aquella batalla extenuante no terminaba nunca.

—Juniper no significaba nada para mí en ese momento. Sé que no es una excusa, pero estaba enfadado y dolido, y llevaba muchas semanas dando tumbos, sin saber lo que hacía...

—¿Y ahora lo sabes? —Maggie volvió a mirarlo y permitió que él la tomara por los hombros, pero aún no estaba del todo segura de hasta dónde le dejaría llegar. Deseaba perderse entre sus brazos más que nada en el mundo, pero no arriesgaría su corazón otra vez. No sin ciertas garantías. Bryson asintió con la cabeza, pero eso tampoco le pareció suficiente y preguntó con tono amargo—: Entonces ¿por qué me dijiste en Londres que no podíamos estar juntos? ¿Y por qué has tardado tanto en volver?

—Supongo que tenía pánico y, cuando te dije eso en Londres, tú respondiste que opinabas igual. Estuve a punto de pedirte que vinieras a Venecia, pero pensé que no querías estar conmigo. Y después, cuando entendí que ni siquiera el miedo era más fuerte que lo que siento por ti, quise enterrar mis sentimientos viajando, divirtiéndome, escapando de mi vida, como he hecho siempre, pero... por fin he aprendido que no sirve de nada. —Y, para la infinita sorpresa de Maggie, se abrazó a ella y hundió la cara en su pelo, sin intentar besarla, sin rastro de lujuria o descontrol. Solo permaneció así, inmóvil en los brazos de ella, en silencio y con el rostro escondido, hasta que al cabo de unos segundos murmuró con voz rota—: Perdóname, Maisie-Leigh.

Era la primera vez que le pedía perdón con tanta sinceridad y de forma tan humilde. Maggie se sintió tan conmovida que lo abrazó, le besó el pelo y le acarició la espalda.

—Bryson, escucha... —Volvió a besarle el pelo y lo apartó de sí para poder mirarlo a la cara. Se quedó horrorizada al ver que el gran

Bryson Mallory, la estrella de cine, el exboxeador, el seductor cínico y carismático, tenía los ojos desbordados de lágrimas. El corazón generoso de Maggie y el amor que sentía ganaron al resentimiento y al odio y sintió entonces que el peso de algo helado que había vivido en su interior desde hacía mucho tiempo se disolvía por completo—. Yo también tengo que pedirte perdón. De alguna manera olvidé lo maravilloso que eres y no hice más que torturarte un día tras otro con mis quejas y mis críticas...

Él se tapó el rostro con las manos hasta recobrarse y, luego, un poco más calmado, negó con la cabeza.

—Tú no hiciste nada malo —suspiró, y se dirigió a la puerta principal. La abrió y, antes de traspasarla, besó a Maggie en la mejilla y dijo—: Comprendo que venir a tu casa a decirte todo esto después de tantos meses no es suficiente, pero quiero que sepas que seguiré esperando que me perdones, que te esperaré el tiempo que sea necesario.

Bryson salió de nuevo bajo la lluvia antes de que Maggie pudiera decir nada. Ella cerró la puerta con suavidad, pero se quedó de pie en el vestíbulo, incapaz de moverse, varios minutos después de que el ruido del motor se extinguiera y las luces de los faros dejaran de filtrarse por los ventanales de Highland.

Colgó el auricular dos o tres veces antes de decidirse a marcar el número de Maggie. Bryson temía que respondiera Lucy o, mucho peor, un hombre desconocido, pero fue ella misma quien contestó. La conversación fue corta y extraña, casi como si fueran dos corteses desconocidos, pero consiguió pronunciar su invitación para cenar en su casa la noche siguiente y Maggie aceptó. Bryson respiró aliviado; quizá ella estuviera viéndose con otros hombres, pero no debía de ser nada demasiado serio aún si estaba dispuesta a cenar con él después de todo lo ocurrido.

Pasó el resto del día recogiendo la casa. La empleada de hogar había limpiado a fondo tras su regreso, pero Bryson se aseguró de que todo estuviera ordenado y reluciente. Durmió mal y poco, pero se despertó

pronto e hizo varias llamadas para encargar la cena y varios ramos de flores frescas. Después, cogió el coche para ir a una tienda del centro especializada en decoración y compró varias ristras de bombillas de colores y un mantel bordado, con servilletas a juego. Cuando volvió a casa, dispuso la zona del patio junto a la piscina de la forma más parecida que recordaba al restaurante junto a la playa de Santa Bárbara donde habían celebrado su boda. Por suerte, el tiempo había mejorado y no había previsión de lluvia para esa noche. Colgó las bombillas de las vigas del porche y entre las ramas de los árboles cercanos, preparó la mesa y colocó un jarrón con flores sobre ella y un cubo al lado para enfriar el vino blanco y el champán. También llevó el tocadiscos y el álbum de Louis Armstrong con *A Kiss to Build a Dream On* y revisó que la estufa exterior funcionara correctamente, por si ella tuviera frío... Y, por último, entró de nuevo en la cocina para comprobar que el pescado estaba a punto y subió para ducharse y vestirse.

Maggie llegó a las ocho, cuando ya se había hecho de noche. Le ofreció un cóctel, que aceptó, y salieron al jardín envueltos en un halo de timidez y surrealismo, como si se tratara de su primera cita. Al ver ella la mesa preparada, las bombillas de colores y la cena, en especial el pescado, su cara se iluminó y, aunque no dijo nada, su expresión pasó de la extrañeza a una emoción cercana a las lágrimas en pocos segundos. Cuando Bryson puso el disco y la canción sonó, sus mejillas enrojecieron y sus labios se separaron por el asombro, pero tampoco hizo ningún comentario al respecto. Y él se preguntó por qué en el pasado le había resultado tan difícil tener ese tipo de gestos con su mujer. A Maggie le habría encantado tenerlo en Highland para cenar, que se sentara con ella por las noches e hiciera algo bonito para demostrarle cuánto la quería. La angustia ante la posibilidad de que ya fuera demasiado tarde lo atenazaba, pero consiguió controlarse y evitar el tema de su relación un buen rato. Sin embargo, necesitaba saber si ella recordaba el día que era.

Separó la silla de Maggie para que se sentara a la mesa y aprovechó para contemplarla. Llevaba un vestido de manga larga gris azulado, con la parte superior confeccionada en gasa transparente sobre un

corpiño azul sin tirantes. Se había peinado con el pelo suelto, aunque apartado de la cara con una diadema de pequeñas perlas, y llevaba poco maquillaje, apenas un suave tono rosa en los labios y las mejillas. Había engordado un par de kilos y parecía más joven y, a la vez, más sabia y tranquila. Se sentó frente a ella y desplegó su servilleta, aunque estaba tan nervioso que estuvo a punto de volcar la copa de vino.

—Maggie, quería invitarte hoy a cenar porque... —Volvió a empezar —. Supongo que no lo recuerdas, pero... —Desesperado, dejó otra vez la frase en suspenso y se limitó a señalar las ristras de luces de colores. Era más sencillo que tratar de explicárselo.

Ella siguió con la mirada su gesto y luego bajó los ojos hacia el pescado.

—Lo recuerdo perfectamente.

—Entonces también sabes qué día es hoy.

—Si fuera un año bisiesto y si aún siguiéramos casados, sería el segundo aniversario de nuestra boda.

—Sí.

Maggie probó el pescado y lo masticó despacio. Luego bebió un poco de vino. Bryson no comía ni bebía, solo esperaba, como un acusado que espera el veredicto en un juicio. No quería tener que pedirle explícitamente que volviera con él, se sabía merecedor de su rechazo. Maggie era inteligente y sabía leer entre líneas, tenía que ser consciente de que todo aquel despliegue, aunque no demasiado original, constituía la declaración de amor más directa que él era capaz de hacer, porque, a pesar de las apariencias, Bryson era muy tímido cuando no las tenía todas consigo y, sobre todo, cuando era mucho lo que podía perder.

—El año pasado, pasé este día entero metida en la cama —confesó ella de repente—. Ni siquiera fui capaz de sacar a pasear a Skye, Lucy tuvo que hacerlo por mí. —Sonrió de forma melancólica y alargó la mano para tocar los pétalos de las flores que adornaban la mesa—. También he empezado a odiar el día de mi cumpleaños...

Bryson asintió. Volvió a sentirse tremendamente culpable, porque sabía la razón, pero esta vez no sintió el impulso de ponerse a la

defensiva como las otras veces que ella había insinuado que él había sido la causa de su infelicidad. Extendió el brazo para coger su mano y dijo:

—No sabes cuánto siento lo que ocurrió. —Le acarició el dorso de la mano, se la llevó a los labios y la besó—. Pero podemos volver a empezar. Déjame hacer que tu próximo cumpleaños sea muy diferente... Que tu vida sea muy diferente.

Ella retiró la mano y cogió de nuevo los cubiertos.

—No volveré a caer en ese error, Bryson.

—¿Cuál?

—Dejar que mi felicidad dependa de ti.

Él parpadeó, se echó hacia atrás en la silla y cogió su copa de vino.

—Supongo que estás saliendo con alguien mejor. —No lo dijo con despecho, sino con humildad. Desde hacía meses, Bryson estaba seguro de que la inmensa mayoría de la población mundial masculina era mejor que él. Al menos, para ella—. Pero, como te dije en Highland, te esperaré el tiempo que haga falta...

—No se trata de eso —le interrumpió Maggie mirándolo con sus ojos azules y tranquilos como lagos glaciares—. No salgo con nadie. No quiero a nadie.

—¿A mí tampoco? —preguntó él—. En Escocia dijiste que...

—En Escocia dijimos muchas cosas, Bryson, tú también. De todos modos, el problema nunca ha sido que no te quisiera. El problema es estar contigo queriéndote.

Bryson se puso de pie. No podía aguantar más sentado frente a ella, con la fuente de pescado delante y las bombillas centelleando sobre su cabeza. Maggie le estaba rechazando y probablemente no merecía otra cosa, pero no por ello le dolía menos. La perspectiva de vivir el resto de su vida sin ella le helaba la sangre.

—Por favor, dame la oportunidad de demostrártelo —le suplicó—. Quédate conmigo unas semanas. Sin champán, sin fiestas, sin cámaras, sin público... Una vida de verdad, una vida normal, solos los dos.

Ella lo había escuchado con expresión inescrutable y la mirada clavada en su plato, pero la alzó para preguntarle:

—¿Y Juniper?

Bryson hizo un gesto de incomprensión.

—¿Juniper? La última vez que la vi fue en el hotel de Edimburgo, la noche que se marchó. Ni siquiera he hablado con ella. —Hubo un breve silencio. Esperó unos segundos a que Maggie contestara algo, pero, aunque su expresión había cambiado un poco al oír que no veía a Juniper desde hacía tanto tiempo, comprendió que no iba a responder nada y dijo sencillamente—: Te quiero, Maisie-Leigh, ya lo sabes. Nunca podré dejar de quererte. Y nunca he dejado de hacerlo.

—Eso no es cierto —repuso ella con un hilo de voz.

Bryson buscó frenéticamente una manera de convencerla, de que creyera lo que estaba diciendo aunque a veces le hubiera demostrado justo lo contrario. Comprendió que solo había una forma, aunque jamás hubiese querido tener que recurrir a ello. Pero lo haría en ese momento, si así podía demostrar que nunca había dejado de amarla.

—Ven conmigo. Quiero enseñarte algo.

# 23

Maggie siguió a Bryson por el interior de la casa sin saber qué esperar. Se había quedado conmocionada al ver el patio preparado para la cena, con las luces, la canción de Armstrong, las flores y el pescado fresco; había sido como si la catapultaran a la noche de su boda, y las emociones que la habían embargado le habían impedido comportarse de una manera normal. Si se hubiese sentido un poco menos impresionada, probablemente se habría bebido un par de copas más de vino, se habría dejado llevar y se habría abandonado entre sus brazos, pero las cosas ya no eran tan sencillas. El gesto de Bryson era muy romántico y significaba mucho para ella, pero que hubiese hecho una cosa así, tan sentimental y novelesca, como si fuera una escena de película, podía deberse tan solo a su tendencia a desear lo que creía que no podía obtener. Y una vez que lo obtuviera —a ella, de nuevo —, volvería a cansarse. Era algo que no se podía permitir. No porque ya no le amase, sino por lo contrario.

Cuando Bryson abrió una puerta al final del pasillo, descubrió que se trataba de su dormitorio y dio un paso atrás, ofendida.

—Pero ¿quién te has creído que soy? —le espetó.

Él pareció desconcertado por un momento, pero entonces miró hacia su enorme cama con vistas a la piscina, la miró a ella y una expresión de vergüenza asomó a sus ojos oscuros.

—¡No! ¡Por Dios, Maggie, no es lo que te imaginas! —Como para demostrárselo, se apartó de ella y encendió todas las luces de la habitación y, después, entró en el vestidor, dejándola a ella indecisa en el umbral—. Solo quiero enseñarte un álbum —lo oyó decir desde el interior.

Maggie pasó y se sentó en una butaca, cerca de la puerta y dispuesta a salir corriendo si intuía la más mínima estrategia de seducción. Al cabo de un rato, Bryson salió del vestidor con un álbum de tapas de

cuero negro. Se arrodilló junto a ella y le puso el álbum sobre el regazo.

—Míralo, por favor.

A regañadientes, lo abrió por la primera página y se quedó de piedra. Su propia cara la miraba desde la reproducción de un cartel de su primera película. Miró a Bryson inquisitivamente; él seguía de rodillas junto a la butaca, mirándola y esperando en silencio. Pasó otra página para descubrir una antigua invitación a la fiesta de inauguración de un club.

—¿Qué es? —le preguntó señalándola.

Él esbozó una sonrisa tímida.

—Supongo que no lo recuerdas, pero la primera vez que te besé fue al salir de esa fiesta.

Incrédula, Maggie se preguntó si realmente sería posible lo que estaba empezando a sospechar: que Bryson había ido recopilando recuerdos de ella y de su relación. Sin atreverse a creerlo, siguió pasando las páginas con lentitud. Había más fotos suyas: recortes de periódicos y revistas, carteles promocionales y fotografías que recordaba que el propio Bryson le había hecho, pero también cartas y notas escritas con su caligrafía inclinada y difícil de leer, mensajes que al parecer le había escrito, pero nunca enseñado; había hojas sueltas con intentos de composiciones de canciones que trataban sobre Maggie, y también había guardado la cuenta del restaurante donde cenaron la noche de su boda. La última página del álbum con contenido mostraba el billete del *Queen Elizabeth* y el recorte de la noticia que anunciaba su llegada a Inglaterra.

Cuando cerró el álbum y se lo devolvió a Bryson, las lágrimas ya le corrían por las mejillas. Él dejó el álbum en el suelo y se las secó cariñosamente.

—No quería hacerte llorar —murmuró, y sonrió un poco— ni hacerte creer que estoy loco. Solo quería que vieras que en el fondo soy un romántico. Que nunca he dejado de pensar en ti...

Ella trató de hablar, pero no podía. Tragó saliva varias veces y respiró hondo. El corazón le latía sin ningún control y temió que, si seguía así, le estallaría y moriría allí mismo, entre los brazos de

Bryson. Por fin, se calmó un poco, lo necesario para preguntar:

—¿Quieres decir que incluso cuando estabas con Juniper...?

Él asintió.

—Desde que te conocí, hasta este mismo día. —La besó en los labios e, irguiéndose un poco pero aún arrodillado, la abrazó y la retuvo en sus brazos mientras le acariciaba el pelo y continuaba hablando—: Y te diré algo más... ¿Te acuerdas de que te pregunté en el barco si habías abierto el libro, cuando me lo dejé olvidado en la hamaca y tú lo encontraste? ¿Y que, después, en la cabaña, te dije que ese ejemplar era importante para mí, igual que lo era para ti el que te había regalado Bobby? No quise explicarte por qué, pero necesito hacerlo ahora... Y es que el tuyo tenía una dedicatoria especial, pero el mío también. En él guardaba la foto que te hice en el jardín de tu tío, cuando nos conocimos, la que me dedicaste antes de casarnos... ¿Recuerdas lo que escribiste? Ponía: «Te querré siempre, Bryson, no importa lo que ocurra a partir de ahora». Usaba la foto para marcar la página en todos los libros que iba leyendo. Así podía verte todos los días y leer tus palabras. Leer que me amabas, aunque me odiases en ese momento...

Maggie se puso de pie con dificultad. Las piernas le temblaban, toda ella temblaba con sacudidas violentas como las ramas bajo un huracán, pero Bryson también se levantó a la vez y la sujetó firmemente contra sí.

—¡Te quiero tanto! —exclamó ella con la cara hundida contra su pecho—. ¡He intentado no hacerlo, pero...!

—Yo también, Maisie-Leigh —contestó él—. No te he contado todo eso para intentar seducirte... Ahora sabes la verdad.

Maggie alzó el rostro bañado en lágrimas hacia él y sus labios se encontraron. Como siempre ocurría, el calor de la boca de Bryson provocó que se le aflojaran las rodillas y que el deseo despertara en ella casi de manera automática. La forma en que él la besaba —primero de manera brusca, mordisqueando sus labios e invadiéndola con su lengua, y después con más suavidad, casi perezosamente, tentándola y seduciéndola— la enloquecía, siempre lo había hecho.

—Me crees, ¿verdad? —preguntó Bryson con voz jadeante cuando

se detuvo un segundo.

—Sí —respondió, y pasó las manos tras su nuca para acercar de nuevo su boca, ávida de más besos suyos—. No dejes nunca de besarme.

—No quiero dejar de hacerlo.

Bryson volvió a pegar su boca a la suya y, antes de que Maggie se diera cuenta de lo que hacía, le estaba ayudando a quitarse la chaqueta y a desabrocharse la camisa. Deslizó las manos sobre los tensos músculos de su espalda mientras él maniobraba con los cierres de su vestido. Acabó ayudándole ella misma y se detuvo para quitarse los zapatos mientras él terminaba de desnudarse. Liberó su cabello de la diadema que lo retenía y, cuando se disponía a quitarse también las medias de seda, Bryson la detuvo.

—Déjatelas puestas. —Cogió a Maggie en brazos como si no pesara nada y la llevó en volandas a la gigantesca cama y, cuando la tuvo tumbada, le acarició las piernas sensualmente, muy despacio—. Siempre me han vuelto loco...

—¿Mis piernas?

—Sí. —Volvió a besarla con vehemencia—. Sí, cariño. Tus piernas. Tus labios... Toda tú.

Sus suaves caricias la estimulaban de un modo desquiciante y tuvo que morderse el labio para no ordenarle que se diera prisa. Con él siempre le pasaba lo mismo: incluso cuando sus encuentros comenzaban con un beso dulce y romántico, la pasión que compartían se desataba en cuestión de segundos convirtiendo a Maggie en una esclava de su deseo. Quería que aquello durase lo máximo posible; tener a Bryson así, entregado a ella de tal forma, era tan maravilloso que apenas podía soportarlo, pero, por otra parte, lo necesitaba ya dentro de ella.

—Te deseo —le dijo con voz sofocada—. Te deseo tanto que duele...

Él se detuvo para mirarla a los ojos.

—Soy tuyo, Maisie-Leigh.

Sintió su peso cubriéndola y todo su cuerpo se estremeció, agradeciendo el contacto y preparándose para recibirlo en su interior, pero, antes de que pudiera hacerlo, Maggie presionó con las manos

contra su pecho para apartarlo de sí.

—¿Qué ocurre? ¿No quieres...?

En lugar de contestar, Maggie le empujó con suavidad hasta que se quedó tumbado en la cama, a su lado, y entonces se colocó sobre Bryson. Dejó las piernas, enfundadas aún en las medias, a cada lado de las caderas de él, e irguió la espalda para que pudiera contemplarla así. Los ojos de Bryson brillaron al embeberse de aquella imagen. Se humedeció los labios, suspiró y puso las manos en su cintura.

—Nunca te había visto tan preciosa.

Maggie sonrió, inclinando un poco la cabeza, y elevó las caderas para luego descender muy despacio, centímetro a centímetro, sobre él.

Cuando Maggie le anunció a Lucy su decisión de vivir con Bryson durante una «temporada de prueba», esperó resignada un largo discurso sobre el enorme desastre que supondría, pero este no llegó. Desde que habían regresado de Escocia, su asistente mantenía una apasionada relación epistolar y telefónica con Finn, y la mesura imperturbable de su tranquilo corazón se había visto sustituida por la locura romántica que Maggie también estaba viviendo.

—¿Estáis seguros de lo que vais a hacer? —se limitó a preguntarle mientras contemplaba cómo metía ropa en dos maletas.

—Es más bien un acto de fe —respondió Maggie.

No quería ni podía pensar más. Su corazón le decía que tenía que hacer aquello y sabía que, si no le obedecía, pasaría el resto de su vida arrepintiéndose y preguntándose qué habría ocurrido.

Lucy y ella habían convenido que la asistente se quedaría viviendo en Highland mientras tanto y que hablarían todos los días por teléfono para repasar la agenda y los compromisos que pudiera tener Maggie. Skye se iría con ella a casa de Bryson, por supuesto, así que también debía preparar sus cosas. De todos modos, las dos viviendas no quedaban demasiado lejos la una de la otra, así que podría volver a Highland para recoger cualquier cosa que pudiera necesitar.

Metió las dos maletas y la bolsa con las cosas de Skye en el maletero del coche, abrazó a Lucy y se puso al volante con una sensación de

incertidumbre. Las siguientes semanas podrían compensar la pesadilla que habían sido los últimos años o ser la confirmación del error que habían cometido enamorándose el uno del otro.

Los primeros días fueron extraños y maravillosos. A Maggie se le hacía raro vivir en la casa de Bryson, tan masculina, minimalista y moderna, y echaba un poco de menos las comodidades opulentamente rústicas de Highland, pero estar de nuevo junto a Bryson, de día y de noche, contar con su presencia y con su amor a todas horas, le suponía una sensación tal de euforia que el lugar donde vivían era lo de menos. Skye ya no podía dormir sobre la cama al lado de Maggie, pues este puesto lo ocupaba ahora Bryson, pero habían colocado su camita y sus almohadones favoritos de Highland sobre la alfombra, justo al lado, y pasaba las noches allí acurrucada, feliz y solo un poco molesta por las actividades amorosas de los humanos.

Ninguno de los dos tenía demasiados compromisos a la vista. Bryson había decidido darse un pequeño descanso antes de aceptar otro papel y a Maggie aún le quedaban varios días antes de tener que asistir al estreno de *Retrato de una mujer casada* y a su fiesta correspondiente. Pasaban casi todo el día juntos, a veces simplemente sentados en la misma habitación mientras que cada uno se dedicaba a una cosa: Maggie leía un libro con una taza de té mientras Bryson tocaba la guitarra o él dormitaba en una hamaca del porche mientras ella jugaba cerca con Skye. A veces cocinaban juntos, aunque no se les daba muy bien, o se sentaban en la pequeña sala de proyección que había en el sótano y veían películas, con un cubo enorme de palomitas de maíz entre los dos. Él apenas bebía alcohol y trataba de mantener el orden y la armonía a su alrededor, y Maggie se comportaba de forma espontánea y alegre, aunque ya no tenía que fingirlo, pues así era como se sentía.

Parecía que todas las complicaciones y los enfrentamientos que los habían acosado al casarse, de repente, hubieran desaparecido. Se esforzaban más ahora, sí, pero Maggie se preguntaba por qué les había resultado tan complicado comportarse de ese modo en el pasado. No

era fácil del todo, pero tampoco estaba fuera de su alcance.

Se preguntaba también cuánto tiempo deberían pasar así para que quedara confirmado que la «prueba» había sido un éxito. ¿Dos semanas? ¿Tres meses?

¿Qué pasaría si empezaban a creer que todos sus problemas se habían solucionado y después tenían alguna pelea? ¿Significaría una señal de alarma o solo la evolución normal y esperable de una relación sana? Maggie ya no sabía muy bien a qué atenerse y confiaba en que Bryson sí lo supiera, pero él parecía tan volcado en ella, en sus sentimientos y en su pasión, que era muy complicado sacar el tema. Se dijo a sí misma que solo podía relajarse y confiar en que esta vez el amor que sentían y, sobre todo, la experiencia ganada superaran cualquier obstáculo.

No entendía por qué Maggie prefería siempre tumbarse en la hierba en lugar de en una de las hamacas, pero lo cierto era que a Bryson le encantaba esa costumbre suya. Y le encantaba contemplarla sin que ella lo supiera... Él estaba junto a la ventana de la cocina, adonde había ido para empezar a preparar la comida, pero la visión de Maggie tendida boca abajo sobre la hierba húmeda, con la cabeza apoyada en una mano y un libro en la otra, le tenía arrebatado. En la encimera tenía unos tomates a medio cortar y una lechuga que aún debía deshojar y lavar, pero eso podía esperar un poco. Fuera, Maggie leía muy concentrada, ataviada con un sencillo vestido de algodón lavanda bajo una chaqueta de punto, y con el pelo suelto. De vez en cuando le caía un bucle sobre los ojos, ella lo soplaba para apartárselo y continuaba leyendo. Mientras, Skye correteaba por el jardín persiguiendo pájaros, aunque alternaba con ratos de descanso en los que se tumbaba junto a Maggie. A consecuencia quizá de su incidente del río, reconociéndolo como su salvador, Skye lo buscaba también a él para que le hiciera mimos y Bryson tenía que admitir que había cogido cariño a la perrita. Maggie y él la habían sacado a pasear por la mañana y después habían jugado con ella junto a la piscina, lanzándole una pelota de tenis para que la atrapara en el aire, juego

que a Skye se le daba muy mal pero al que se entregaba de forma conmovedoramente entusiasta... Aún no había llegado la primavera, pero el cielo estaba despejado y, aunque la temperatura era fresca, el jardín tenía el aspecto de un pequeño paraíso recién creado. Su pequeño paraíso, como había sido la cabaña escocesa hacía unos meses.

Bryson sonrió sin darse cuenta y bajó la vista de nuevo hacia los vegetales que tenía sobre la tabla de cortar. Había dejado el tocadiscos encendido en el salón con el disco de Sinatra y empezó a trocear los tomates mientras canturreaba la canción que sonaba en ese momento.

—«Te llevo bajo mi piel, te llevo en lo más profundo de mi corazón, tan profundo en mi corazón que realmente eres una parte de mí...».

Levantó la vista de la tabla para echar otro vistazo por la ventana. Maggie había dejado el libro y ahora estaba tumbada de lado, aún con la cabeza apoyada en una mano, pero mirando hacia la casa. En realidad, lo estaba mirando directamente a él. Sus ojos se encontraron y ella le sonrió dulcemente, no con la falsa dulzura que había utilizado para manipularle en el barco o para reírse de él, sino con una dulzura auténtica que lo derritió por completo. Incluso desde esa distancia percibía la luz que irradiaba su rostro al mirarlo. Bryson le hizo un gesto de saludo con la mano y volvió a los tomates, pero estaba tan en las nubes que faltó poco para que se cortara con el cuchillo. Sinatra continuaba cantando:

*Me dije a mí mismo: «Esta aventura nunca saldrá bien».*
*Pero ¿por qué debería resistirme?*
*... Cuando tengo condenadamente claro*
*que te llevo dentro de mí...*

Bryson dejó el cuchillo sobre la tabla con la mano temblorosa. Acababa de sentir como si un rayo le atravesara el corazón. Y supo con cada fibra de su ser que la emoción que le embargaba desde hacía días, casi demasiado intensa e inconmensurable como para soportarla, solo encontraría alivio de una forma...

Le pediría a Maggie que volviera a convertirse en su esposa.

Desde que vivían juntos otra vez, todas las mañanas se sucedían igual. Maggie se despertaba antes y lo primero que hacía era lo que ella llamaba para sus adentros «la resituación»: confirmar que realmente se hallaba en la cama de Bryson, con él a su lado, y que lo que estaba ocurriendo entre ellos no era un sueño que acabara de tener en su solitario lecho de Highland. Luego, echaba un vistazo hacia el suelo, a su otro lado, donde Skye dormía en su camita, para comprobar que estaba bien y tranquila. Y después se quedaba un rato inmóvil, disfrutando de la sensación de que, por primera vez en años, todo resultaba perfecto. Finalmente, Bryson se despertaba y, en cuanto lo hacía, se giraba hacia ella, la rodeaba con sus abrazos para atraerla a su cuerpo y hundía su rostro en su cuello para besarla con languidez. Tardaban mucho tiempo en levantarse de la cama y empezar el día.

Esa mañana empezó exactamente del mismo modo. El deseo que Bryson parecía sentir por ella no se extinguía con el paso de los días, sino más bien al contrario y sobre todo nada más despertarse. Deslizó su mano por debajo del camisón de seda y empezó a acariciarla al tiempo que le subía la tela por las caderas y luego por la cintura.

—Mi preciosa espina escocesa... —murmuró él con voz grave y, como siempre le ocurría al escuchar ese tono, Maggie sintió que su excitación alcanzaba las mismas cotas que la de Bryson a velocidad de vértigo.

Pegó su cuerpo al suyo hasta que no hubo un solo centímetro que no tocara el de Bryson y alzó la cabeza para besarlo ansiosamente. Él emitió un leve gruñido contra su boca y estuvo a punto de desgarrarle el camisón al quitárselo. Entonces sonó el teléfono.

—Bryson, está sonando...

—Déjalo.

—Pero podría ser Lucy con algo importante...

Él suspiró, pero se apartó y se sentó en la cama para descolgar el auricular. Después de saludar, escuchó unos segundos y se lo ofreció a ella.

—Tienes razón, como siempre, es Lucy.

Maggie rio y gateó medio desnuda por la enorme cama para coger el auricular.

—¡Buenos días! ¿Qué se te ofrece, querida?

Lo que se le ofrecía a la señorita Jenkins no era nada agradable.

# 24

Maggie no podía creer que de verdad hubiera muerto. Bobby no era tan mayor, tampoco un hombre débil ni enfermizo... No, no podía morir así, de repente. Las explicaciones que le dio Lucy acerca de un infarto fulminante no tenían ningún sentido para Maggie, que llevaba toda la mañana hablando por teléfono alternativamente con Lucy, Edine, Angus y Jonah. Al parecer, Bobby se había echado una siesta en su casa de Londres y ya no había vuelto a despertarse, y había sido su jardinero, a quien tenía la costumbre de invitar a tomar el té al final de cada jornada, quien había dado la voz de alarma cuando no contestó al timbre de la puerta. Edine había intentado ponerse en contacto con Maggie en Highland, pero allí solo dio con Lucy, la cual había llamado rápidamente a casa de Bryson.

Y ahora, unas horas después, Maggie estaba hundida en el sofá del salón, con una caja de pañuelos de papel al lado, rastros de lágrimas en la cara y un dolor agudo que le martilleaba las sienes sin compasión. Otro tipo de dolor, mucho más lacerante y difícil de aliviar, le desgarraba el corazón. Aceptó la taza de té que le tendía Bryson y apoyó la cabeza en su hombro cuando se sentó junto a ella.

—Su abogado de Londres va a designar a un colega suyo de aquí para facilitar las gestiones —le contó—. El rancho es ahora propiedad de Duncan, de Finn y mía, pero a Duncan no le interesan las tierras ni los beneficios que puedan dar. Prefiere que Finn y yo le compremos su parte y supongo que tendremos que encontrar a alguien que fije el valor de...

Bryson la escuchaba con atención, pero ella se detuvo ahí. Tenía la cabeza demasiado embotada como para pensar en abogados, herencias, tasaciones, terrenos y cabezas de ganado. Él la abrazó y empezó a acariciarle el pelo.

—No necesitas pensar ahora en esas cosas.

—Pero tengo que hacerlo —suspiró. Se incorporó un poco para dejar la taza humeante en la mesa, sin beber—. Soy la única de mi familia que vive en Estados Unidos, así que me corresponde a mí ocuparme de ese asunto. Tendré que ir a Oakhurst a visitarlo y a hablar con los apoderados de mi tío.

—Iré contigo.

—No es necesario, puedo hacerlo sola...

—¡Oh, cariño, no se trata de que no puedas!

Bryson la besó en la frente para subrayar sus palabras y ella no contestó. No podía quitarse el rostro de su tío de la cabeza ni dejar de escuchar en su memoria su cálido acento inglés proponiéndole tomar el té o contándole anécdotas sobre su abuela. Ahora, nunca más volvería a verlo ni volvería a oír su voz. Se le llenaron los ojos de lágrimas otra vez y, cuando Bryson lo notó, volvió a abrazarla.

—Lo siento mucho, de verdad... —le escuchó susurrar. Su voz sonaba rota, profundamente apenada. A él también le había afectado la noticia, pero nunca podría sentir su mismo dolor.

—El estreno de *Retrato de una mujer casada* es dentro de tres noches —recordó ella de pronto. Al imaginarse entrando en el teatro con un vestido de fiesta y rodeada de admiradores, periodistas y cámaras, lo único que sintió fue otro peso más que se añadía al montón—. No sé si seré capaz de asistir...

—No lo hagas si no quieres —repuso Bryson, y se quedaron en silencio un largo rato, el uno en brazos del otro.

A pesar de la tristeza que sentía, Maggie se obligó a asistir al estreno y a la fiesta posterior. Lo hizo en memoria de su tío y de su abuela. Lo hizo para complacer a Jonah y a Lucy, que tanto la apoyaban siempre. Lo hizo por Bryson, que, a pesar de no haberla presionado en ningún momento, estaba deseando acudir. Y, en definitiva, lo hizo porque era lo que debía hacer.

Esa noche llevó un vestido de fiesta largo de color aguamarina, con la falda drapeada y tirantes estrechos, el pelo recogido y adornado con rosas blancas, y un collar de brillantes y topacios azules tallados en

forma de lágrima. Bryson se había quedado mirándola un largo instante cuando fue a su encuentro al terminar de arreglarse y había hablado un buen rato sobre lo hermosa que estaba y el éxito que tendría cuando la vieran aparecer así, pero ella apenas lo había escuchado.

Y más tarde, en la sala donde se proyectó *Retrato de una mujer casada* por primera vez ante el público, tampoco prestó demasiada atención a la pantalla ni a lo que ocurría a su alrededor. Sí había percibido el entusiasmo con que la multitud que se agolpaba en la entrada los había recibido, pero no se había percatado hasta ese momento de que se trataba del primer acto público de Hollywood al que acudía con Bryson como pareja desde el divorcio. Le resultó muy extraño que, ahora que no fingían nada, ya no le hiciera feliz la atención que recibían. Sonreía a todos, por supuesto, firmó autógrafos y posó para los fotógrafos, y se dejó llevar por Bryson hasta sus butacas tapizadas de terciopelo rojo. Y cuando *Retrato de una mujer casada* finalizó y todos aplaudieron, se puso en pie y agradeció los aplausos igual que había hecho en el estreno de *Sylvia Delaney*.

Y ahí estaba Bryson, siempre a su lado, sonriendo también y firmando sus propios autógrafos, pero dejándole a ella el papel protagonista y cuidando de que se sintiera cómoda en todo momento. Cuando salieron de la sala para trasladarse al hotel donde se celebraba la fiesta, la dirigió hacia el coche con la mano suavemente posada en su espalda y dijo:

—Quiero que esta noche sea perfecta, Maggie. Espero que más tarde tengamos un rato a solas para hablar.

Ella entró en el coche y se despojó de la estola de piel.

—¿Hablar de qué...? —preguntó distraída, pero Bryson no respondió nada y, para cuando llegaron a la fiesta, ya había olvidado su comentario.

Maggie estaba agradecida por todo lo que había logrado. Por fin había obtenido la fama y el reconocimiento, incontables admiradores, el respeto de la crítica tanto británica como estadounidense... y a Bryson. Tenía todo por lo que había luchado y sufrido durante años, pero algo dentro de ella debía de ir terriblemente mal si ni siquiera así

era feliz.

En realidad, en lo que más pensaba desde la noticia de la muerte de Bobby era en el rancho que iba a heredar con sus hermanos. En pocos días tendría una reunión con los abogados y los apoderados de las tierras, y entonces visitaría por fin la casa y los terrenos, y decidirían qué hacer con ellos. Los beneficios seguirían llegando sin necesidad de que se ocupara de casi nada y aquello no supondría una carga ni un obstáculo en su carrera como actriz. Bryson le había dicho que la ayudaría en todo lo necesario y, además, tendría también a Finn, que iba a viajar hasta allí dos días después. No dejaba de preguntarse cómo sería el rancho. ¿Tendría extensas tierras de cultivo, bonitos establos y una cerca de madera pintada de rojo? ¿Habría un lago o un río cerca donde ir a pescar o darse un baño? ¿Encontraría allí algún rastro de su tío o para él se habría tratado solo de un negocio que llevar a distancia, un complemento a su trabajo como escritor?

—Magg, ¿quieres comer algo?

Bryson seguía sin despegarse de ella y le había acariciado ligeramente el brazo para llamar su atención mientras un camarero esperaba a su lado con una bandeja llena de canapés.

—No, gracias —suspiró, y se volvió hacia él al tiempo que le cogía de la mano—. ¿No podríamos irnos ya?

Al llegar a casa, Bryson se sirvió un vaso de zumo de tomate que espolvoreó con sal y pimienta. Por un instante pensó en echarle un chorro de vodka, pero no lo hizo. Ya había bebido un par de copas de champán en la fiesta y eso tendría que bastarle. Estaba intentando hacer todo lo que no había hecho durante su matrimonio: moderar la bebida y las salidas nocturnas, meterse en la cama con Maggie para abrazarla y consolarla por la muerte de su tío y, en general, convertir su caótico estilo de vida en algo parecido a lo que haría un marido tradicional. Había una parte que no podría cambiar nunca, su pasión por la vida y por la propia Maggie, pero eso no parecía molestarla. En realidad, últimamente nada parecía molestarla o perturbarla en lo más mínimo. Él sabía que el fallecimiento de Bobby la había afectado

mucho, razón por la que aún no le había pedido que volvieran a casarse, pero ya no podía esperar más. También a él le entristecía su muerte y no dejaba de pensar en lo corta que era la vida y en que no podía seguir desperdiciándola ni permitiéndose vivirla a medias, sin que Maggie fuera de nuevo su esposa.

Se llevó el vaso al dormitorio, donde la encontró frente al espejo, luchando con la cremallera del vestido. Dejó el vaso, se colocó tras ella y le bajó la cremallera. Cuando el vestido se deslizó por su cuerpo hasta el suelo, le dio suaves besos en los hombros y el cuello. Al cabo de unos segundos, la hizo girar para poder besarla en la boca, pero se detuvo al descubrir la expresión afligida de su rostro.

—Con el tiempo resultará más fácil —le aseguró mientras la envolvía con sus brazos.

Maggie se dejó abrazar unos instantes, pero luego se apartó, se puso la bata de seda y se sentó en el borde de la cama.

—No es solo por mi tío —dijo en un susurro.

Un escalofrío de miedo como nunca había sentido recorrió la espalda de Bryson.

—¿Qué más hay?

—No lo sé. Nada. Todo. —Emitió una risa amarga y extraña—. Quizá esté loca...

Bryson se arrodilló frente a ella, pero no para proponerle matrimonio. Era evidente que el momento de hacerlo ya había quedado atrás y que no llegaría en un futuro cercano. Había tenido dos años para arrepentirse del divorcio y los había desperdiciado. Resignándose a esa idea, le cogió las manos y le preguntó:

—¿He hecho algo mal?

Ella negó con la cabeza.

—Entonces ¿qué te pasa? Estás muy distante conmigo y entiendo que es por lo de Bobby, pero si hay algún otro motivo que debería saber...

—Me he perdido el entierro de mi tío y también me perderé su funeral —respondió con cierta brusquedad, como si de alguna manera él tuviera la culpa de aquello.

—No puedes sentirte mal por eso, tu sitio está aquí...

Maggie desvió la mirada y no contestó. Al cabo de un rato, dijo:

—No creo que mi sitio esté aquí, Bryson.

—¿Quieres decir en Estados Unidos? —Volvió a sentir esa punzante sensación de miedo, pero se obligó a preguntarle lo que de verdad le importaba—: ¿O en esta casa, conmigo?

Contuvo la respiración mientras ella se volvía a poner en pie y cruzaba la habitación hasta los ventanales. Skye los miraba desde su camita, pendiente de los cambios que percibía en ellos. Bryson, aún arrodillado en el suelo, le hizo una señal para que fuera hacia él y la perrita acudió rápidamente y se tumbó a su lado con las patas hacia arriba. Él le rascó la tripa distraídamente mientras seguía con la vista fija en Maggie.

—Si no estás segura de lo nuestro...

Ella se giró hacia él y la expresión de su rostro le heló la sangre.

—No estoy segura de nada —dijo, y volvió hacia donde estaban Bryson y Skye. Se sentó en el suelo, con ellos, y suspiró—. Te quiero, Bryson, pero me da miedo que esto vuelva a salir mal.

—No volverá a salir mal...

—No lo sabes —le cortó—. Y no es solo eso. En realidad, no creo que ser actriz me haga feliz de verdad.

—¡Pero si has luchado durante años para tener éxito en el cine! ¡Todo lo que hicimos durante ese viaje...!

—Sí, sí... Soy consciente de lo absurdo e irónico que resulta decir ahora todo esto, pero estoy empezando a entender que ese viaje no lo hice por amor a mi profesión, sino por dos motivos muy distintos: para recuperarte a ti y para no decepcionar a mi abuela y a Bobby. ¡Y ahora han desaparecido los dos!

Bryson asintió, sin saber qué decir. La atrajo hacia sí hasta dejarla sentada entre sus piernas flexionadas, con la espalda de ella apoyada contra su pecho, y la rodeó con los brazos. Estaba a punto de perderla y nunca la había amado tanto como en ese momento.

—¿Vas a dejar el cine, Magg? —le preguntó con suavidad.

—Creo que toda mi motivación provenía del recuerdo de mi abuela, de mi deseo de ser como ella.

—Tu abuela solo querría que fueras feliz...

—Eso es lo que me dijo Bobby en Londres.

Maggie parecía haberse relajado un poco en sus brazos, pero algo en su voz continuaba dándole escalofríos y poniéndole cada vez más nervioso. Solo quería obligarla a mirarlo a la cara y exclamar: «¿Cómo puedes estar pensando en echarlo todo a perder ahora? ¿Cómo puedes hacerme esto?». El antiguo Bryson se habría comportado así, pero el Bryson que era ahora respiró hondo y dijo:

—Y yo también quiero que seas feliz.

La besó en la parte superior de la cabeza, cerró los ojos y la abrazó con más fuerza, como si de ese modo pudiera atesorarla para siempre junto a él.

La situación empezaba a ser insostenible en casa de Bryson y, aunque Maggie ya había tomado una decisión, de momento solo se la había transmitido por teléfono a sus padres y a Finn.

Dos días después del estreno de *Retrato de una mujer casada,* Maggie volvió a Highland y encontró a Lucy en su despacho, canturreando la canción que emitían en la radio encendida y colocando en el archivo los recortes de los últimos artículos que habían publicado sobre ella.

—¡Maggie! No sabía que pasarías por casa hoy. —Le mostró uno de los recortes, entusiasmada—. A todos los críticos les encanta la película. Tú, sobre todo. Aquí dicen que es la mejor interpretación de tu carrera y que te consideran una firme candidata para el Oscar a la mejor actriz...

Leyó el artículo brevemente y sonrió a Lucy sin hacer ningún comentario. Se sentó en el sofá y supuso que su expresión debía de ser rara, porque Lucy se giró hacia ella mirándola con extrañeza.

—¿Ha pasado algo? ¿Te has peleado con Bryson?

Maggie empezó a contarle lo que pensaba, primero con un tono un poco inseguro, pero a medida que iba hablando su voz ganaba confianza y todo lo que le decía a Lucy cobraba más y más sentido para ella. Para cuando acabó de hablar, Lucy estaba perpleja, pero no parecía disgustada.

—Hablé por teléfono con Finn ayer mismo y no me dijo nada de

esto —comentó.

—No se lo tomes en cuenta, le pedí que no te contara nada hasta que fuera una decisión definitiva.

—Entonces ¿estás ya segura?

—Sí —asintió Maggie—. Sé que será complicado, pero Finn tiene los conocimientos veterinarios necesarios para ocuparse del ganado y con lo que yo saque de la venta de Highland nos sobrará dinero para contratar a trabajadores con experiencia, y para hacer todas las mejoras que hagan falta.

Las dos guardaron silencio largo rato. Después, Lucy sonrió, miró su reloj y dijo:

—Aún no es demasiado tarde en Inverness para llamar por teléfono.

—¿Vas a llamar a mi hermano?

—Quiero saber si le parecería bien que yo me uniera a vuestro plan.

Maggie se levantó del sofá a la vez que Lucy de su silla.

—¡Oh, Lucy! —exclamó abrazándola con fuerza.

Cuando se separaron, Lucy se acercó al teléfono, pero antes de marcar le preguntó:

—¿Se lo has dicho ya a Bryson?

Esa era precisamente la parte más dura del asunto. Lo único que le había hecho dudar.

—Aún no.

Bryson contempló a Maggie mientras recogía sus cosas y las metía en las maletas. No había intentado convencerla de que cambiara de idea, tampoco intentaba consolarla ahora que la veía hacer el equipaje con lágrimas resbalándole por las mejillas. Debía de ser una decisión muy difícil para ella, pero cada vez que pensaba en que iba a abandonarlo, en que pasaría el resto de su vida sin Maggie, se le rompía el corazón. Él era quien necesitaba consuelo ahora.

Además, ¿qué iba a hacer ella en un rancho? ¿Qué podía saber de ganado, de cultivos, de levantarse al amanecer y acostarse por la noche con la espalda molida y las manos llenas de ampollas? Por otra parte, tampoco era feliz en Hollywood, eso era evidente. Recordó la

noche en que la había conocido, cuando le confesó que deseaba ser actriz porque su abuela había trabajado en el mundo del espectáculo... En aquel momento, Bryson había pensado que no era un motivo demasiado bueno y el tiempo le había dado la razón.

Maggie cerró la maleta y se quedó parada en mitad del dormitorio, mirando a su alrededor para comprobar que no se dejaba nada y ese gesto —como si lo último que deseara fuese tener que volver allí— entristeció a Bryson aún más. Trató de pensar que tenía derecho a buscar su felicidad, igual que él la había buscado al hacerse actor, y se dio cuenta de que lo que Maggie hacía era uno de los mayores actos de amor propio que había presenciado nunca. Lo amaba a él, estaba convencido, pero había aprendido a amarse más a sí misma por primera vez en su vida. Y por eso, Bryson la respetaba y no había intentado retenerla.

—Creo que ya tengo todo —dijo ella.

—Te ayudaré a llevarlo al coche.

Dispuso los bultos de equipaje en el pequeño Mercedes de Maggie y ayudó a Skye a acomodarse en el asiento del copiloto. ¡Dios, incluso echaría de menos a esa perrita consentida...!

—Bueno... Hagamos esto rápido —suplicó Maggie con un hilo de voz antes de abrazarse a él.

Bryson la acogió en sus brazos y cerró los ojos en un vano intento de que el tiempo se detuviera.

—Maggie, dime que al menos has sido feliz conmigo estas últimas semanas...

—Sí —murmuró ella—. Quizá si no hubiera pasado nada de esto...

Entendió que se refería a la muerte de Bobby y a todas las dudas que la habían asaltado por ello y se dijo que, al menos, su marcha no tenía que ver con él. No habría soportado que se fuera por haber vuelto a fracasar en su empeño de hacerla feliz.

Se separó un poco para poder mirarla a los ojos.

—Iba a pedirte que volviéramos a casarnos —confesó.

Una expresión asombrada y conmovida apareció en el rostro de Maggie y enseguida volvió a rodearle el cuello con los brazos.

—¡Oh, Bryson...!

—Supongo que ya no podrá ser —dijo estrechándola contra él—, pero el resto de mi vida me imaginaré que habrías contestado que sí. —La besó por última vez y añadió—: Vete, Maggie. Vete y sé feliz.

# 25

Transcurrieron unas cuantas semanas hasta que quedó todo arreglado con los abogados, pero Maggie pudo pasar el día de su trigésimo primer cumpleaños en el rancho, rodeada de caos pero en compañía de Lucy y Finn, recién llegado de Escocia. No lo celebró de ninguna manera especial y se esforzó en mantenerse ocupada para no pensar demasiado. La muerte de Bobby la había sumido en una tristeza de la que, un mes y medio después, solo empezaba a recuperarse y, en cuanto al fin de su relación con Bryson, bueno, tendría que pasar página de una vez por todas, por mucho que le doliera.

Sin embargo, estaba segura de que había tomado la decisión correcta. No podía quedarse en Hollywood ni continuar siendo actriz solo por quedarse junto a él, cuando sabía en el fondo de su corazón que esa no era la vida que debía vivir. La muerte de Bobby la había ayudado a darse cuenta de los verdaderos motivos que la habían movido en el pasado y ahora sabía que ni su abuela ni su tío estarían orgullosos de ella si continuaba haciendo algo en lo que, simplemente, no creía. Le había costado varios años llegar a esa certeza, pero por fin lo veía claro.

Al anochecer, cuando su cumpleaños ya tocaba a su fin un año más, los tres se sentaron en los sillones de mimbre que habían dispuesto en el porche. Llevaban solo dos días en el rancho y parecía que la lista de tareas que quedaban por hacer nunca disminuía. Había que pintar la fachada, reparar el tejado, encargar sacos de fertilizante y semillas, contratar a varios empleados y construir nuevos establos. Finn tenía las manos casi en carne viva después de haber pasado todo el día intentando levantar una cerca, sin la experiencia necesaria como para ponerse unos guantes, y Lucy se había quemado la cara con el sol. Maggie tenía la espalda destrozada y todas las uñas rotas, y había pasado un rato larguísimo tratando de que Skye superara su miedo a

los caballos. La perrita también parecía exhausta y se había tumbado en los escalones de madera, desde donde contemplaba cómo el cielo iba pasando del naranja al morado oscuro a medida que se ocultaba el sol tras las montañas.

Finn sirvió vino blanco en las tres copas y Maggie se acordó de inmediato de Bryson, pero no se alteró. Tenía que acostumbrarse a vivir con esos recuerdos.

—Por ti, Maisie-Leigh —dijo su hermano alzando la copa—. Espero que hayas pasado un feliz cumpleaños, aunque no haya habido champán ni ninguno de los lujos a los que estás acostumbrada, hermanita.

—Te aseguro que ha sido mucho mejor que los últimos, como Lucy te podrá confirmar —respondió después de beber un poco.

—Hace un año no podíamos imaginar que en tu siguiente cumpleaños estaríamos aquí, ¿verdad? —reflexionó Lucy.

Los tres se quedaron un momento en silencio, asumiendo el significado y el alcance de sus palabras. Estar allí en ese momento implicaba el fallecimiento de Bobby, también el giro que había dado Maggie a su vida. Por esos motivos, resultaba difícil alegrarse de pasar su cumpleaños en el rancho, pero tampoco era algo que pudiera lamentar.

Finn pasó su brazo alrededor de los hombros de Lucy y ella apoyó ligeramente la cabeza en su pecho. Maggie esbozó una sonrisa melancólica al mirarlos. La relación de su hermano y de la joven parecía ir tan bien que sospechaba que en cualquier momento podrían anunciar su compromiso. Cuando eso ocurriera, Lucy habría pasado de ser su asistente a su mejor amiga y, por último, a su cuñada. Había sido como una hermana casi desde el principio, pero ahora lo sería de verdad.

—¿Sabéis? Aún no le hemos puesto un nombre al rancho —comentó Finn al cabo de unos minutos—. No podemos llamarlo con el número que figura en el registro...

Cavilaron un rato, aunque los pensamientos de Maggie se centraron sobre todo en Highland, en cuando Bryson se la compró y grabó un letrero con el nombre que ella había escogido. Se preguntó qué estaría

haciendo él en aquel momento, en Los Ángeles... Pero no podía, no debía pensar en Bryson.

—¿Y si le ponemos el nombre de vuestro tío? —sugirió Lucy, sacándola bruscamente del curso de sus recuerdos.

—¿Quieres llamarlo «Bobby del Piero»? —dudó Finn. Soltó una de sus cálidas risas y besó a Lucy con cariño—. Es una bonita idea como homenaje a nuestro tío, preciosa, pero no estoy seguro de que sea un buen nombre para un rancho...

—Yo tampoco lo creo —intervino Maggie sonriendo. Aquello le recordaba a cuando habían tenido que elegir un nuevo nombre para ella y en ese momento se dio cuenta de lo importante que era encontrar una forma adecuada de llamar a su nuevo hogar, algo que representara todo el entusiasmo y el amor que estaban invirtiendo en él. Entonces se le ocurrió algo... Bebió un poco más de vino y se aclaró la garganta—. ¿Qué os parece «Piero's Love Ranch»?

Finn y Lucy sonrieron y los tres volvieron a alzar sus copas.

Aún no amanecía. A Bryson nunca se le había hecho tan larga una noche, pero se había negado a recurrir a sus habituales trucos de evasión: alcohol, clubes, amigos, música... Se había limitado a permanecer tumbado en la cama, fumando un cigarrillo tras otro, con los ojos fijos en el ventilador de techo que giraba perezosamente sobre él. Era incapaz de dormir. En un momento dado, hacia las tres de la madrugada, se había levantado, había cogido el álbum del vestidor y había vuelto con él a la cama para repasarlo página a página, deteniéndose largos minutos en cada recorte, en cada imagen, en cada recuerdo. Revisó los últimos tres años y medio de su vida con calma, como si alguien le estuviera presentando un resumen de su existencia, y se permitió por primera vez solazarse sin límites en el dolor y en la felicidad que esa actividad le producía. Su amor por Maggie estaba hecho de emociones contradictorias, felicidad y dolor, orgullo y vergüenza, y ya no pretendía que no fuera así. Desde pequeño se había centrado en buscar el placer, el éxito, lo fácil, en convertirse en un verdadero vividor, pero ya no podía seguir siéndolo.

La pérdida de Maggie lo había anulado todo... Su existencia pasada, sus posibilidades futuras.

Volvió a abrir el álbum al azar y contempló su rostro durante un rato. La única luz que lo iluminaba correspondía a la lámpara del pasillo, que había dejado encendida, pero era suficiente para distinguir sus rasgos, su pelo, su silueta. Resiguió los contornos con el dedo índice, con tanta suavidad como si estuviera acariciando a la Maggie real. A cada minuto que pasaba, el corazón de Bryson se resquebrajaba un poco más, hasta que el dolor fue tan intenso que solo pudo dejar el álbum a un lado sobre la cama y cerrar los ojos, tratando de controlar su respiración y sus pensamientos.

Había sido una batalla perdida desde el principio, pero él había tardado muchísimo más en reconocerse como un soldado caído. Por fin, al filo de las seis de la mañana, Bryson admitió su derrota y firmó su rendición.

Se levantó de la cama con un movimiento decidido, fue al cuarto de baño para lavarse la cara y luego al vestidor para ponerse lo primero que encontró: unos pantalones vaqueros y una camiseta de algodón. Después, metió varias prendas más en su vieja bolsa de viaje, cogió las gafas de sol y las llaves del coche y salió de la casa.

Fuera, las palmeras se mecían con suavidad bajo el cielo violeta y todo estaba en silencio. Lanzó la bolsa al asiento del copiloto del descapotable, sintonizó en la radio una emisora que emitía una canción de Johnny Cash y enfiló la calle en dirección al norte justo cuando el sol comenzaba a asomar.

La valla necesitaba un buen lijado y quizá una mano de pintura para suavizar la madera, pero no era del todo incómoda. Maggie estaba sentada sobre ella, con los pies, calzados con botas de montar, enganchados en el travesaño inferior para equilibrarse, y contemplaba cómo Rick daba de comer a las gallinas. El corral no era demasiado grande, pero resultaba suficiente para los veinte ejemplares que tenían por el momento. Rick había sido el primer empleado al que habían contratado Finn y ella: se trataba de un hombre de más de cincuenta

años, con la cabeza calva siempre cubierta por un sombrero de *cowboy* y la piel atezada por el sol. Era trabajador y agradable, cariñoso con los animales y resolutivo ante las múltiples dificultades que un rancho podía deparar. En ese momento, lanzaba a su alrededor el pienso y saludaba a las gallinas que se acercaban a comer como si se tratasen de viejas amigas. Fuera del corral, pero sentada en primera fila frente a la valla metálica, Skye seguía atentamente la operación. Una pluma se posó sobre su hocico, haciendo que agitara la cabeza de forma cómica para librarse de ella y, después, estornudara un par de veces.

Maggie se rio y dirigió la vista más allá del corral. En la parte delantera, cerca de los establos, Finn estaba terminando de ajustar los estribos a la altura de los pies de Lucy, la cual, montada sobre una bonita yegua llamada Apple Pie, comentó algo que hizo sonreír a su hermano. Cuando estuvo cómoda, se inclinó para besarlo y luego agitó las riendas para que Apple Pie se pusiera en marcha. Finn subió a su caballo, Dusty, y los dos se alejaron hacia el bosquecillo.

—Bueno, las gallinas han comido y son felices —declaró Rick, cerrando tras él la puerta metálica antes de que Skye aprovechara la ocasión para colarse. Se limpió las manos en los pantalones y sonrió a Maggie—. Iré a buscar a Danny y nos pondremos con la reparación del tejado, y después recogeré las vacas.

Maggie saltó al suelo con agilidad. Una leve nube de polvo se formó alrededor de sus botas.

—Creo que Finn dejó la escalera de mano en la cocina cuando cambió las bombillas esta mañana... —le dijo a Rick—. Iré a buscarla.

—No es necesario, le diré al chico que la coja...

—No, no te preocupes, tengo que ir a la cocina de todos modos para vigilar el pan en el horno.

Entró en el edificio principal y se dirigió a la cocina. Era quizá su estancia favorita de la casa, cálida y acogedora, con una gran mesa de madera de roble en mitad de la estancia y muchos cazos de cobre colgados de las paredes. Echó un vistazo al pan; aún le quedaba un buen rato, pero bajó un poco la temperatura del horno para que no se quemara la corteza. Localizó la escalera, apoyada contra el enorme fregadero de granito, y la sacó al exterior a duras penas. Rick había

desaparecido, así que dejó la escalera junto a la puerta de entrada y se detuvo un momento a descansar y a pensar en lo que tenía que hacer a continuación. Tenía pendiente ir al cobertizo para comprobar que las herramientas para recoger el heno estaban preparadas, pero Maggie dudaba de sus conocimientos. Tendría que consultar el *Manual del buen ranchero* una vez más, porque ¿tendría el mismo uso una horca de tres puntas que una de seis? Cuando pensaba en todo lo que aún le faltaba por aprender se agobiaba un poco, pero confiaba en Rick y en su hijo Danny, en el matrimonio que se encargaba de los cultivos, en los conocimientos veterinarios de Finn y en la energía incansable de Lucy, que se había adaptado a la vida en el campo como si nunca hubiera vivido en otro lugar, aunque sospechaba que su relación con Finn tenía mucho que ver en ello.

Maggie se sentía también feliz con su nueva vida. Había temido que, una vez pasara la novedad y se encontrara con las primeras dificultades, echaría de menos la ciudad, los lujos y la actuación, pero había ocurrido todo lo contrario. Cuantos más días transcurrían, más segura estaba de que su antigua vida en Hollywood era algo que merecía dejarse atrás. Solo echaba de menos una cosa o, más bien, a una persona, pero, al parecer, no estaban destinados a estar juntos. Suspiró, se remangó la camisa y se encaminó hacia el cobertizo preguntándose dónde habría dejado su sombrero. Era casi mediodía y el sol brillaba con fuerza en un cielo tan azul que parecía a punto de desgarrarse y Maggie ya había asumido que, por mucho que pasara el día en espacios abiertos, su cutis nunca adquiriría el tono dorado que ya empezaba a mostrar el de Lucy... Sin embargo, sus mejillas estaban ahora permanentemente sonrosadas a causa de la actividad al aire libre. Su aspecto era mucho más saludable que antes, pero no deseaba quemarse la piel. Se acordó de pronto de que había dejado el sombrero sobre la cerca donde había estado sentada y dirigió sus pasos hacia allí.

En el camino, a lo lejos, una pequeña polvareda y el ruido de un motor anunció que se aproximaba un coche. Se quedó aguardando con el sombrero en la mano, tratando de recordar si esperaban a alguien. Jonah iba a ir a visitarla, pero aún faltaban varias semanas. Y no era

día de reparto, aunque a veces acudía sin que lo esperaran algún vendedor a domicilio o el dueño de un rancho cercano (que podía vivir a más de cuarenta kilómetros) para saludar o pedirles algún favor. Cuando el vehículo se acercó más a la casa y vio que no era una ranchera ni una camioneta, sino un deportivo descapotable, dejó caer el sombrero y se agarró al borde de la valla para no caerse ella también.

No había duda: era el coche de Bryson.

Cuando detuvo el automóvil frente a ella, la miró un largo momento a través de las gafas de sol, todavía al volante, y después salió, contempló el edificio y los terrenos que lo rodeaban y dijo:

—Es un lugar precioso.

Maggie se limitó a asentir con la cabeza como una tonta, incapaz de contestar nada ni de moverse, ni de procesar de verdad su presencia. Solo podía pensar en que su propio aspecto dejaba mucho que desear, incluso con las mejillas sonrosadas... Llevaba unos pantalones gastados y una camisa vieja, manchada de diversas sustancias: harina del pan, pienso de animales, barro, pintura. Se había recogido el pelo con una coleta y hacía tiempo que sus cosméticos languidecían en un cajón de su dormitorio. Ya no era una estrella de cine, ahora era una granjera, una auténtica granjera escocesa tratando de sacar adelante un rancho en el centro de California, y prefería que Bryson lo entendiera así tan solo con mirarla.

—¿Qué haces aquí? —consiguió preguntarle por fin.

Él se acercó un poco más y la miró de arriba abajo.

—Tú también estás preciosa —le dijo sin asomo de sarcasmo y sin contestar a su pregunta—. Parece que esta vida te sienta muy bien, Maggie.

—Ya no soy Maggie. De ahora en adelante quiero ser solo Maisie-Leigh. Nunca debí dejar de serlo.

Bryson asintió y se quitó las gafas de sol. Parecía un poco cansado, aunque no tenía pinta de haber bebido nada la noche anterior.

—Creo que ya sabes por qué he venido.

Ojalá no le hubiera dicho eso. Ella lo sabía, o al menos podía sospecharlo, pero mientras Bryson no apareciera en Piero's Love

Ranch, no se vería obligada a decidir entre su amor por él y el hogar que al fin había encontrado. Aunque pensaba en Bryson todos los días, la situación resultaba muy sencilla: ella ya no pertenecía a Hollywood y él no querría vivir en el campo. Su destino era no estar juntos por mucho que se quisieran y esa convicción la ayudaba a seguir adelante por muy doloroso que resultara. Pero ahí estaba él otra vez, a punto de abrir de nuevo todas sus opciones y obligándola a enfrentarse a la realidad que gritaba su corazón.

Lo miró y lo que vio no fueron sus atractivos rasgos y su aire carismático, sino su alma reflejada en sus ojos. Bryson era su exmarido, sí, pero también su mejor amigo, su amante, su amado, el hombre al que nunca olvidaría. Se mordió el labio para evitar llorar y dijo con el tono más firme que pudo:

—No voy a volver a Hollywood.

—No iba a pedirte eso —repuso él—. Lo que quiero pedirte es que consideres un nuevo plan.

—¿Un nuevo plan? —se extrañó ella dejando escapar una suave risa —. ¿Necesitas algo de publicidad?

Bryson sonrió, la tomó por la cintura y la acercó a él.

—No. Te necesito a ti, Maisie-Leigh, y te quiero. Quiero tu fiereza y tu dulzura, quiero que pongas los ojos en blanco cuando diga alguna tontería y que me dejes abrazarte cuando eches de menos Escocia... Pero sé que aquí eres feliz, igual que yo soy feliz haciendo películas en Hollywood, de modo que... ¿y si en lugar de pelearnos y tratar siempre de llevar al otro a nuestro terreno, entendemos de una vez por todas que somos diferentes y que nos amamos precisamente por eso?

—¿Qué quieres decir?

—Vivamos la vida que cada uno ha escogido... pero juntos. Puedo venir aquí las temporadas en que no esté rodando y tú puedes vivir conmigo en Hollywood cuando te apetezcan unos días de baile y champán...

Los ojos de Maggie se abrieron de par en par. Nunca se habría imaginado que esa pudiera ser la solución... ¿Estar juntos, pero separados? Se le ocurrieron mil preguntas de golpe, pero solo formuló

la que más miedo le daba.

—¿Y si volvemos a fracasar?

—Entonces, volveremos a intentarlo. —Bryson la estrechó aún más y la besó en los labios—. A veces las cosas tienen que romperse para poder hacerlas mejor.

Las dudas desaparecieron de la mente de Maggie al comprender que lo que él proponía era lo que ella siempre había deseado y lo besó a su vez hasta que sintió que Skye reclamaba su atención arrimándose a sus piernas. Abrazó a Bryson una vez más y después cogió a la perrita en brazos.

—¿Qué te parece, Skye? ¿Quieres que sigamos viviendo aventuras los tres?

Skye lamió el cuello de Maggie y luego acercó el hocico a la cara de Bryson, que la acarició bajo la barbilla. Lanzó un ladrido alborozado y saltó al suelo para salir corriendo detrás de una ardilla.

—Espero que eso haya sido un sí —sonrió él—. Y ahora, Maisie-Leigh, ¿por qué no me enseñas tu rancho? También va a ser mi hogar largas temporadas...

Ella recogió su sombrero del suelo y se lo colocó a Bryson en la cabeza.

—Empecemos por los caballos —propuso—, aunque Lucy y Finn se han llevado dos hace un rato...

Echó a andar hacia los establos, pero Bryson la detuvo cogiéndola de la mano.

—Antes, dime una cosa... ¿Todavía piensas que nuestra historia no está a la altura del romance de tus abuelos?

Maggie fingió meditarlo durante unos segundos y después respondió con ternura:

—¿Sabes? Empiezo a creer que tiene potencial para superarlo.

# Agradecimientos

Quiero dar las gracias a mi padre, por ser siempre el primero en leer lo que escribo, por contagiarme su amor por los libros y por todos sus buenos consejos, en la literatura y en la vida. Y gracias también a mi madre, porque está siempre ahí para ayudarme en lo que sea, y porque no permite nunca que me rinda.

Gracias a mis grandes amigos, los «Jonah» y «Lucy» reales (vosotros sabéis quiénes sois), por las risas y el apoyo incondicional y constante.

Y, por supuesto, gracias a mi editora Aranzazu Sumalla y a los miembros del jurado del XII Premio Vergara, por elegir la historia de Maggie entre un montón de historias maravillosas.

**XII Premio Vergara a la mejor novela romántica. Una hermosa historia de amor y desamor que nos traslada al mítico Hollywood de los años cincuenta donde, tras los destellos y el esplendor, podrían esconderse las sombras de algunos sueño rotos o reconquistados.**

**Hollywood, 1957**. Maggie McEvers está pasando por un mal momento: su carrera como actriz está estancada, no termina de encajar en el ambiente hedonista de las estrellas y, para colmo, no deja de encontrarse con su exmarido, el carismático actor Bryson Mallory. Su agente, preocupado por la imagen de mujer amargada y solitaria que proyecta, le propone como treta publicitaria aprovechar una gira por Inglaterra y Escocia para fingir ante el mundo una reconciliación con Bryson.

Maggie acaba aceptando la propuesta y ambos se embarcan en un viaje que les lleva mucho más lejos de lo que imaginan. Desde las fiestas de la época dorada del cine hasta los indómitos paisajes de las Highlands escocesas, Maggie y Bryson simularán que vuelven a ser pareja. Así que reñirán, se atraerán, volverán a discutir y a seducirse y, quizá, incluso aprenderán que el amor verdadero no tiene nada que

ver con el de las películas.

**Belén Urcelay** nació en Madrid en 1980 y es licenciada en Humanidades y Periodismo. Desde muy joven le apasiona leer y escribir, sobre todo novela romántica. Actualmente compagina su trabajo como escritora con los cursos de escritura creativa que imparte en su librería, El Jardín de las Letras. En sus historias procura combinar protagonistas poco comunes, atisbos de sucesos reales y relaciones por las que, en principio, nadie apostaría.

*Te llevo bajo la piel* es su tercera novela, ganadora del XII Premio Vergara. Anteriormente publicó bajo el seudónimo de Ana de Liévana *Un caballero del East End* (2018) y, ya con su propio nombre, *Magia en tus brazos* (2020).

Edición en formato digital: junio de 2022

© 2022, Belén Urcelay
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Anna Puig
Imagen de portada: © Ilina Simeonova / Trevillion

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19248-03-9

Composición digital: www.acatia.es

Facebook: penguinromantica
Twitter: penguinlibros
Instagram: penguinlibros
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

# Índice

Te llevo bajo la piel

La banda sonora de Maggie y Bryson

Primera parte

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7

Segunda parte

- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18

Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Tercera parte
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Agradecimientos

Sobre este libro
Sobre Belén Urcelay
Créditos